

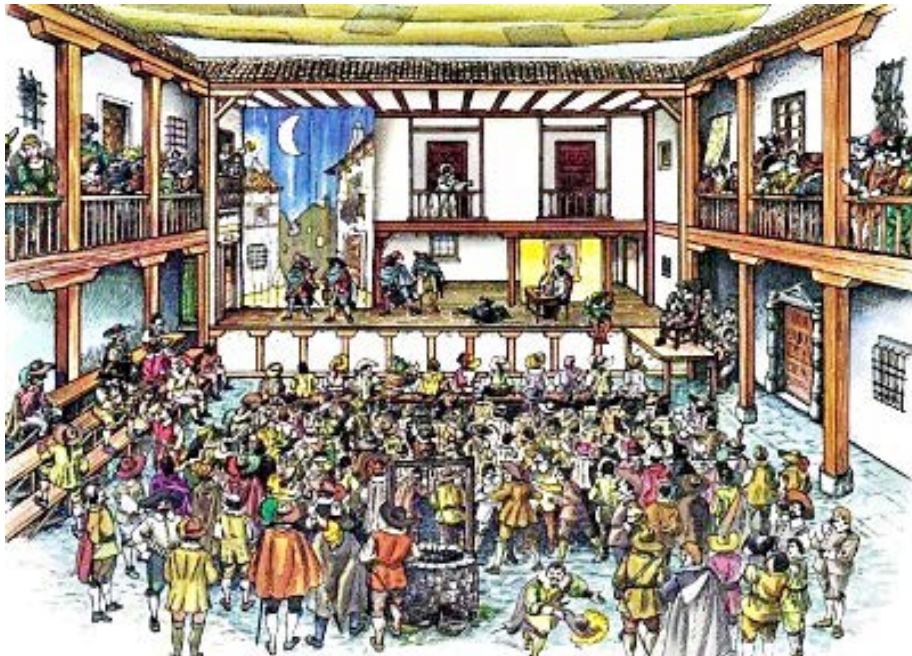


Lemir 20 (2016) - Textos: 145-344

ISSN: 1579-735X

JUAN DE ZABALETA

EL DÍA DE FIESTA EN MADRID Y SUCESOS QUE EN ÉL PASAN



Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

ADVERTENCIA

JUAN de Zabaleta fue un autor prolífico. Sus escuetas biografías precisan que amaneció ciego el 9 de diciembre de 1664, y aun en esas condiciones alcanzó a publicar la *Historia del Emperador Cómodo* (1666) y la recopilación de sus *Obras en prosa* (1667). De todas ellas, la más destacable es la costumbrista *El día de fiesta en Madrid y sucesos que en él pasan*, cuya lectura es poco menos que obligada para cualquier aficionado a nuestros clásicos castellanos. Se publicó en dos partes: *El día de fiesta por la mañana...* (Madrid-1654) y *El día de fiesta por la tarde...* (Madrid-1659), estampadas en la imprenta de María de Quiñones y que en esta modesta edición digital presento una a continuación de otra.

Puede entenderse el lapsus entre ambas publicaciones, pues la temática es diferente: la *Mañana* se dedica a la obligación de asistir a misa con el debido recogimiento —que para eso instituyó la Iglesia el día de fiesta—, en tanto que la *Tarde* nos da cuenta de las actividades lúdicas a que se lanzaban los madrileños contemporáneos del Autor (aquí se percibe la influencia de *Los peligros de Madrid*, que Baptista Remiro de Navarra publicó un par de décadas antes). El tono general es reprimendón, por momentos casi mordaz, pero entre tanta reconvención hay pasajes de antología: de ahí la lectura gustosa —amén de didáctica— y la merecida popularidad de la obra.

— o O o —

Para preparar mi edición, no existiendo en Barcelona ejemplar alguno de las primeras, he debido recurrir a diversas ediciones de los siglos XVII y XVIII. De todas ellas, la más fiable sería la de 1667, que consta fue revisada por el Autor, pero las más legibles son las de 1692 y 1754; y por ser esta última a una columna y la de ortografía más consistente, de ella he capturado ofimáticamente el texto-borrador que luego he corregido siguiendo meticulosamente la de 1692, a dos columnas y con poquísimas erratas. A las otras ediciones (1728, 1704, 1672 y 1667) sólo he recurrido al final y puntualmente para afianzarme en las enmiendas que ya había aplicado al texto. Casi siempre las vi confirmadas, por lo que son escasísimas las que pueda considerar propias. Dejo nota de ellas.

De la edición de 1754 mantengo los documentos preliminares (algunos se copiaron de las príncipes) y el índice; pero a partir de ese punto el texto propiamente dicho resulta del proceso de depuración arriba descrito. No he podido acercarme más a las ediciones príncipe, pero estoy seguro de que el texto les será fiel en un altísimo porcentaje (variantes gráficas aparte).

E. S. F.
Barcelona, enero 2016

**OBRAS
EN PROSA
DE
DON IVAN
DE ZAULETA.
CORONISTA
DEL REY NUESTRO SEÑOR,
POR EL MISMO AÑADIDAS,
Y POR EL DEDICADAS
A L
ILVSTRISSIMO SEÑOR
CONDE
DE VILLAVMBROSA.
DEL CONSEJO SVPREMO DE CASTILLA,
en su Real Camara.
Y PRESIDENTE DEL REAL CONSEJO DE HAZIENDA,
y sus Tribunales.**

**CON PRIVILEGIO, En Madrid, Por Andres Garcia de la Iglesia,
Año de 1667.**

**A costa de Juan Martin Merinero, Mercader de Libros. Vendese en su
caja en la Puerta del Sol.**

OBRAS
EN PROSA
DE D. IVAN DE ZAVALETA,
CORONISTA DEL REY NUESTRO
Señor. Por él mismo añadidas.

SEGUNDA IMPRESSION.

DEDICADAS

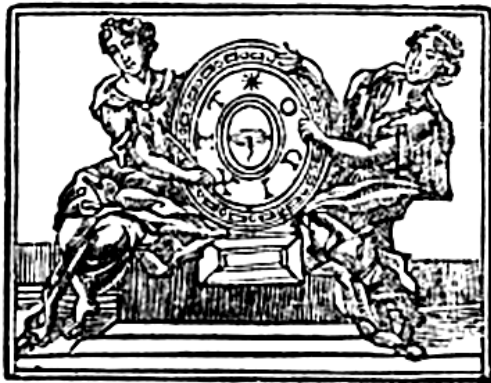
AL SEÑOR D. ALONSO MARQUEZ DE PRADO,
*Colegial mayor de el insigne Colegio del Arçobispo, Catedratico de
Digesto viejo de la Vniuersidad de Salamanca, Oydor de la Real
Chancilleria de Valladolid, del Consejo de Hacienda, Fiscal
del Consejo Real de Castilla, y Oydor del mismo Consejo,
Canallero del Orden de Alcantara, &c.*



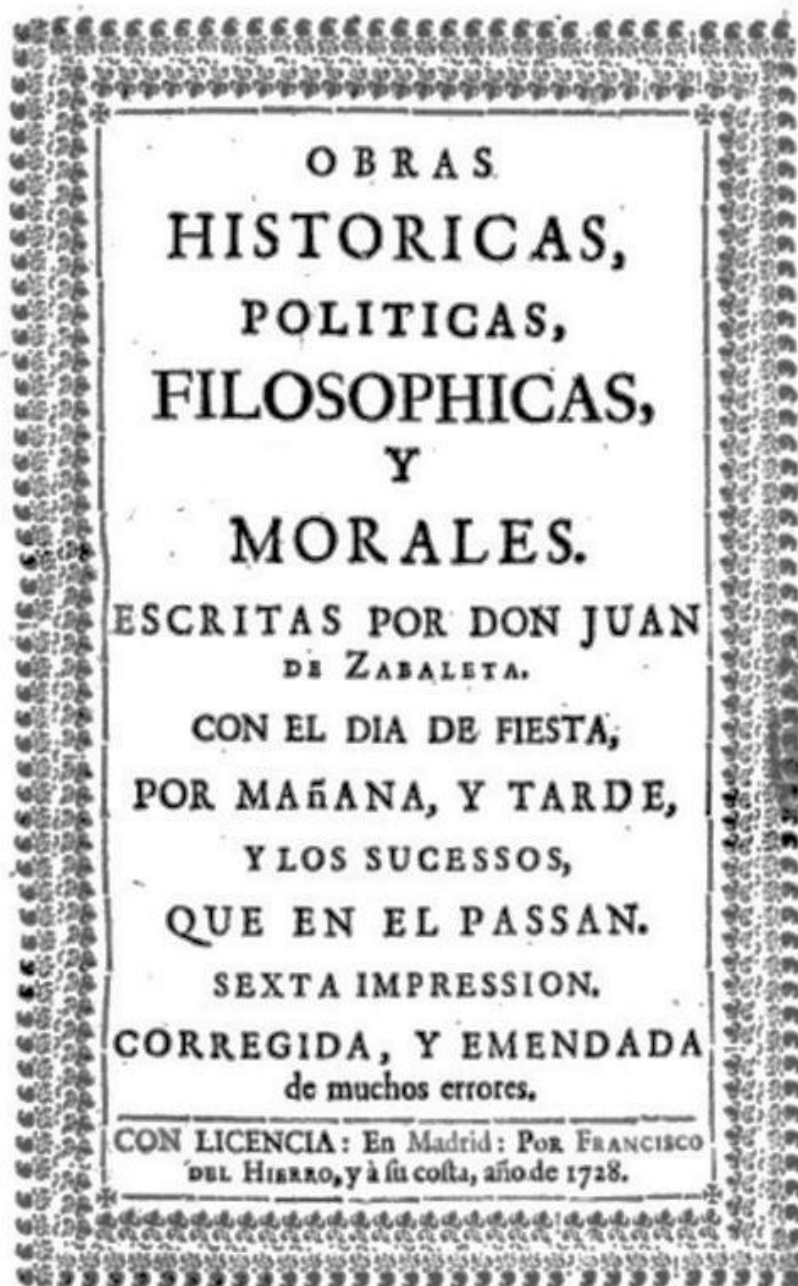
CON PRIVILEGIO: En Madrid, Por Joseph Fernandez de Bucadia.
Año de 1672.
A costa de Juan Martin Merinero, Mercader de Libros. Vendese en su
casa en la Puerta del Sol,

OBRAS
HISTORICAS, POLITICAS,
FILOSOFICAS, Y MORALES.
ESCRITAS POR DON JUAN
DE ZABALETA.
CON EL DIA DE FIESTA
por Mañana, y Tarde, y los successos
que en el passan.
AÑADIDAS EN ESTA QVARTA
impresion vn Indice muy puntual, para mayor
facilidad de los Lectores.
DEDICADAS
AL SEÑOR DON BERNARDINO PARDIÑAS,
Cavallero del Orden de Santiago, del Consejo de su
Magesdad, y su Secretario en el Real de las Ordenes, y
Regidor perpetuo desta Villa de Madrid, &c.
CON LICENCIA: EN MADRID Por Antonio Gonçalez
de Reyes. Año de 1692.
A costa de Francisco Sacedon, Mercader de libros. Vendese
en su casa en la calle de Atocha, junto à la Santissima
Trinidad, frente de la casa de los Fucares.

OBRAS
HISTORICAS, POLITICAS,
FILOSOFICAS, Y MORALES.
ESCRITAS POR DON IVAN
DE ZABALETA.
CON EL DIA DE FIESTA POR
MAÑANA, Y TARDE, Y LOS SVCESSOS
QUE EN EL PASSAN.
QVINTA IMPRESSION CORREGIDA,
y enmendada de muchos errores.
DEDICADAS
ALA SACRATISSIMA VIRGEN DE
Madrid.



*Barcelona: en la Imprenta de JOSEPH TIXIDÒ. Año 1704.
A su costa. Vendese en su casa en la calle de S. Domingo.*



✠
EL DIA
DE FIESTA
POR LA MAÑANA
EN MADRID,
Y SUCESSOS QUE EN EL PASSAN.
SU AUTOR
DON JUAN DE ZABALETA.

Septima impressio, segun la primera.



CON LICENCIA.

En Madrid, en la Imprenta de Juan de San Martín,
y à su costa. Año de 1754.

Se hallará en la Librería del Mercurio.

APROBACIÓN DEL MUY R. P.
ANTONIO VÁZQUEZ,
religioso de los Clérigos Menores

COMETIDO del señor Doctor don Juan de Narbona, Canónigo y Dignidad de la Iglesia de Alcalá, Consultor del Santo Oficio y Vicario de la Villa de Madrid, el libro intitulado *El día de Fiesta*, que compuso don Juan de Zabaleta, no hallo en él cosa que contravenga a nuestra santa fe, y así, se le podrá dar la licencia que pide. Madrid y marzo 25 de 1654.

Antonio Vázquez
de los Clérigos Menores

LICENCIA DEL ORDINARIO

NÓS el Doctor don Juan de Narbona, Canónigo y Dignidad de la Iglesia Magistral de San Justo y Pastor de Alcalá, Consultor del Santo Oficio y Vicario de esta Villa de Madrid y su Partido, por la presente y lo que a nós toca damos licencia para que se imprima el libro intitulado *El día de fiesta por la mañana*, compuesto por don Juan de Zabaleta, atento que por la censura antecedente consta no haber en él cosa contra nuestra santa fe y buenas costumbres. Dada en Madrid, a 19 de abril de 1654.

Doct. D. Juan de Narbona

APROBACIÓN DEL LIC.
D. PEDRO DE VELASCO,

Juez de la real Capilla

M. P. S.:

DE orden de V. A. he visto este libro intitulado *El día de fiesta por la mañana*, que compuso don Juan de Zabaleta, y no hallo en él cosa que se oponga a nuestra santa fe ni que disuene en las buenas costumbres. Madrid y marzo, a 30, de 1654.

Lic. D. Pedro de Velasco

LICENCIA DEL CONSEJO

DON Josep Antonio de Yarza, Secretario del Rey nuestro señor, su escribano de Cámara más antiguo, y de Gobierno del Consejo, certifico que por los Señores de él se ha concedido licencia a Juan de San Martín, mercader de libros en esta Corte, para que por una vez pueda reimprimir y vender las *Obras históricas, políticas, filosóficas y morales* escritas por D. Juan de Zabaleta, con el *Día de fiesta por mañana y tarde y los sucesos que en él pasan*, con que la reimpresión se haga por el ejemplar que sirve de original y va rubricado y firmado al fin de mi firma, y que antes que se venda se traiga al Consejo dicho libro reimpreso, junto con su ejemplar y certificación del Corrector de estar conformes, para que se tase el precio a que se ha de vender, guardando en la impresión lo dispuesto y prevenido por las leyes y pragmáticas de estos Reinos. Y para que conste lo firmé en Madrid a cuatro de marzo de mil setecientos cincuenta y uno.

D. Josep Antonio de Yarza

TASA DE LOS DOS TOMOS

DON Josep Antonio de Yarza, Secretario del Rey nuestro señor, su escribano de Cámara más antiguo, y de Gobierno del Consejo, certifico que habiéndose visto por los Señores de él el libro intitulado: *Obras históricas, políticas, filosóficas y morales*, su autor D. Juan de Zabaleta, con *El día de fiesta por mañana y tarde y los sucesos que en él pasan*, que con licencia de dichos Señores concedida a Juan de S. Martín, mercader de libros en esta Corte ha sido reimpreso, tasaron a seis mrs. cada pliego; y dicho libro parece tiene treinta y ocho, sin principios ni tablas, que a este respecto importa doscientos y veinte y ocho mrs., y al dicho precio, y no más, mandaron se venda, y que esta certificación se ponga al principio de cada libro para que se sepa el a que se ha de vender. Y para que conste lo firmé en Madrid, a 24 de diciembre de 1753.

Don Josep Antonio de Yarza

FEE DE ERRATAS

CONCUERDA, advertidas estas erratas, con su antiguo, que, rubricado, sirve de Original, este libro *El día de fiesta por la mañana*, su autor don Juan de Zabaleta. Madrid, 10 de diciembre de 1753.

Lic. D. Manuel Licardo de Ribera,
Corrector General por S. M.

PAPEL QUE ESCRIBIÓ D. JUAN DE ZABALETA
AL DOCTOR D. FERNANDO INFANTE,
MÉDICO DE LA REINA NUESTRA SEÑORA

POR las experiencias de mi casa he conocido lo mucho que V. M. alcanza en la Medicina; por la comunicación, lo mucho que atesora de todas letras. Con lo que de la Medicina sabe le he visto hacer curas que para no parecer milagros no tienen más tropiezo que ser hechas con arte. Con lo que sabe de letras humanas espero que me curará este libro de los achaques que de mi entendimiento le proceden. Ahí se le envió. El médico piadoso no es bueno para médico: no sea V. M. con él piadoso. La Medicina siempre ha dado más esperanzas que remedios; sólo en V. M. da más beneficios que esperanzas. Mucho espero en esta censura, y luego me parece que he de hallar mucho más de lo que espero. Guárdeme Dios a V. M. muchos años.

Amigo de V. M. muy reconocido,

D. Juan de Zabaleta

RESPUESTA DEL DOCTOR DON FERNANDO INFANTE

ENVÍAME V. Md. muchas alabanzas: estímolas mucho, si las merezco; mas no quisiera que V. Md. en esto padeciese engaño. Si esto no es, es grande la estimación, pues viene de varón alabado. *Laetus sum* (decía Héctor) *laudari me abste viro laudato*.

También me envía su libro para que se le cure. Siendo aforismo nuestro que la Medicina sana lo enfermo y enferma lo sano, entregar al médico la salud es agenciar la enfermedad. Su Libro de V. Md. viene tan sin achaques cuanto más bien puesto en la salud evéctica (esta es la que no se puede más aumentar). Manda Hipócrates deponer las disposiciones atléticas. Sola esta indicación hallo en su libro: muy lleno está de preciosa doctrina, luego con mucho aparato de envidia. Llano es el pronóstico de este peligro, en estos como en los otros tiempos, y siempre incurable. Exclamación es grave de Silio, lib. 17:

*O, dirum exitium mortalibus! O, nil unquam
Crescere, nec magnas patiens exurgere laudes
Invidia!*

Ajustolo Marcial, lib. 5 *Epigram.*:

*Esse quid hoc dicam, vivis quodquod fama¹ negatur
Et sua quod rarus tempora lector amat?
Hi sunt invidiae nimirum, Regule, mores,
Praeferat antiquos semper ut illa novis.*

Doyle parabienes a nuestro idioma, que alcanzó su Horacio, su Persio y Juvenal. Certifico que no encuentro en él cosa que no me admire. Con tal suspensión le leo, que se me olvida el respirar: gusto ha de ser muy grande el que pone en peligro la vida. No siento sino que no puedo sentir sus primores como ellos son, y siento que no he de acertar a decir lo que siento.

*Scio, quae de te concepi infinitum subsidere infra fastigia doctrinae tuae, scias, & tu
quaecumque loquimur longe esse minora iis, quae concepimus, tam deesse scias animo
verba, quam rebus animus deest.*

Mejor lo ha dicho que yo Juan Pico Mirandulano. Su receta es mi *Vale*.

De V. Md. siempre,
El Doct. D. Fernando Infante

1.- Suplo 'fama'

A DON PEDRO FERNÁNDEZ TINOCO Y
CORREA, CABALLERO DEL HÁBITO
DE AVIS, FIDALGO DE LA CASA DE SU
MAJESTAD EN LA DE PORTUGAL

TODOS los libros se habían de dedicar a Dios: son obras del alma, y obras de tan noble artífice no habían de tener patrón menos grande. Quien ofrece un libro a un hombre le hace acatamiento soberano: la mejor cortesanía es que ha descubierto la discreción humana. Las obras de un espíritu en cuya hechura no hubo otra mano sino la de Dios se las dedico a un hombre. Aunque estas *Obras* sean por algunas partes imperfectas, no es culpa del artífice, sino de la oficina: fabricáronse en un cerebro de barro, vaciáronse en unos moldes defectuosos: no es mucho que falte la suma perfección en ellas. El libro menos acertado es obra de un alma derivada del Cielo: sus errores son vicio del instrumento, no de la destreza; por esto no deja de ser obra de nobleza muy alta.

Mucho ofrece quien ofrece un libro. Por lo que en las dedicatorias se usa poner tantas alabanzas de la persona a quien se ofrece es por la buena razón de lo que se hace. No parece que da buena razón del patrón que ha elegido el que hubiese elegido patrón en quien no cupiesen muchas alabanzas. ¡Qué buena razón puedo yo dar de mi elección cuando dedico a V. M. este libro! ¡Qué de alabanzas puedo decir tuyas! Mas no pienso decir más que una —bien que ésta vale por muchas—, y es que no gusta de sus alabanzas. Mucho merece quien piensa que le engañan cuando le dicen lo que merece. No se lo digo, por que no piense V. M. que le engaño y por que no piense el mundo que yo me engaño: digo esto.

Muy de V. M.,
Don Juan de Zabaleta

PRÓLOGO AL LECTOR

TODOS deseamos hacer creer que sabemos más que todos. El que toma un libro en la mano piensa que descubriéndole algún defecto al libro queda mayor que el que le escribió en el entendimiento; por esto andan los más poniéndoles a los libros tachas. Tanto vale querer un autor que no le calumnien o acusen sus obras como intentar que le tengan los lectores más amor a él que a sí mismos,² que dejen el amor propio por el ajeno. Yo no intento quitarle la condición al mundo: búsqúenme el defecto, que le hallarán; parezcan más entendidos que yo, que lo conseguirán fácilmente: sólo quiero dar a entender que sólo quien halla el defecto y le perdona es el entendido: quien conoció lo bueno sabe perdonar lo defectuoso, quien se escandaliza de la tacha da indicios de que no supo estimar lo bueno. Quien hace esto deseando parecer entendido lo desaparece; sepa perdonar y creerán que sabe entender.

La humanidad no acierta a hacer obra cabal de todos sus números. Quien no entiende la humanidad, ¿qué entiende? El que perdona los defectos a un libro que no es todo defectos queda con el crédito de bien entendido. Luego, descubre agradecimiento y se manifiesta bienhechor. Cualquiera de los que escriben se fatiga por agradar a cualquiera de los que leen. Ningún trabajo le parece grande por agradar al más pequeño. El lector que no le maltrata le agradece el trabajo; el que sin piedad le acusa no se escapa de desagradecido. La mayor dádiva que puede hacer un hombre a otro es la de la buena fama. Grande bien le hace a otro el que le hace este beneficio. La buena fama se hace con sólo decir bien: tan a poca costa se hace dádiva tan mucha: muy villano tiene el natural quien por la costa de cuatro alabanzas niega un bien que vale tanto. Lector mío: si no soy totalmente indigno de tu aprobación no me malquistes con el mundo: el negocio de entrambos haces. Vale.

2.- Orig.: 'mismos'

ÍNDICE DE LO QUE EN ESTE LIBRO SE CONTIENE

El galán	161
La dama	168
El enamorado	172
El adúltero	175
El celoso	178
El enamorado que quiere a todas	182
El hipócrita	185
El cortesano	189
El dormilón	192
El tahúr o jugador de naipes	195
El poeta	198
El calvo que trae cabellera	202
El glotón que come al uso	205
El pretendiente en la Corte.....	214
El agente de negocios.....	221
El vengativo	226
El cazador	231
El avariento	236
El linajudo	243
El lucido del día del Corpus	251

EL DÍA DE FIESTA POR LA MAÑANA

OCUPOSE Dios —digámoslo así— en fabricar el mundo seis días. Parecía que era mucho tiempo para estar metido en los negocios del mundo y volvióse a su descanso. Dios siempre es Dios; pero como es la regla por donde se han de gobernar los mortales hace algunas cosas que parecen de mortal: ocupose en la creación seis días, el séptimo se retiró a sí mismo, que es lo mismo que al Cielo. Enseñó a los hombres a trabajar como humanos y a que de cuando en cuando tuviesen un día de divinos: mandoles santificar las fiestas, esto es, hacer santos algunos días. La palabra «santo» quiere decir cosa sin tierra; quiso que tuviesen algunos días de Cielo. Cada semana hay un domingo; no tiene más de siete días la semana: cada siete días quiso Dios que los humanos fuesen celestiales. Dioles seis días para las penalidades del suelo, y es tan grande su bondad, que le pareció que eran muchos seis días para estar sin gloria, y señaloles un día con tales calidades que pudiesen hacer gloria del día: obligolos a no trabajar. No parece humano el que no trabaja. Quísolos ocupados en oraciones y alabanzas suyas. Quien está en oración está en el Cielo; quien alaba a Dios parece que lo está. Instituyoles en la Ley de Gracia la misa: mandoles que en los días santos la oyesen. Allí baja la gloria que quiso que tuviesen de su gloria en la tierra. Conocióle a Dios la Iglesia la intención, y con la potestad que Él la tiene dada les hizo a sus fieles otros días de la calidad del domingo por que más a menudo que cada seis días tuviesen Cielo. Dios y su Iglesia aman tanto a los hombres, que a pocos días de trabajo les da uno de fiesta, uno de gloria; pero ¿cómo usan los hombres de esos días?

EL GALÁN

CAPÍTULO I

DESPIERTA el galán el día de fiesta a las nueve del día, atado el cabello atrás con una colonia. Pide ropa limpia y dásela limpia y perfumada: la limpieza es precisa, los perfúmenes son escusados. Sin limpieza es un hombre aborrecible, con perfúmenes es notado. Limpio, da a entender que cuida de sí; perfumado, da a entender que idolatra en sí mismo. El hombre se debe a sí la limpieza; el sacrificio se lo debe a Dios. Los humos olorosos se hicieron para el sacrificio: quien se aplica a sí los olorosos humos, digno de sacrificio parece que se juzga.

Dícele a un criado que le dé de vestir, que otro vaya a llamar al barbero y al zapatero. Pónese un jubón cubierto de oro, porque es constitución de la gala cuidar más de el adorno interior que del exterior. Esta regla, mejor era para observada en el alma —que es la porción escondida— que en el jubón, que es la gala secreta. El jubón, sea el que fuere, abriga, y entalla; pero el alma, sino es muy buena se irá al Infierno y al cabo se llevará cuerpo consigo. El arnés grabado de oro carga es, pero es carga que vale la vida; el jubón donde está el oro como derramado es peso que suele hacer daño mortal al alma.

Calzase luego, y pónese unas medias de pelo tan sutiles, que después de habérselas puesto con grande cuidado es menester cuidado grande para ver si las tiene puestas. Yo pienso que ha de llegar tiempo en que hasta las medias las hagan hechicerías por que las puedan hacer invisibles. Si es fealdad no estar calzados, ¿cómo se calzan los hombres de manera que parece que andan descalzos? Yo no sé cómo hay en el mundo quien se ponga medias de pelo, porque ha menester andar con más cuidado que si trujera las piernas de vidrio: las guarniciones de las faldas de las mujeres se las amedrentan, las conteras se las asustan y los pies de las sillas se las espantan. Traer medias de pelo no es delito para castigado, pero es locura para corregida. Porque trae medias de pelo no se puede enviar un hombre a un presidio, mas pareciera acertado enviarle a una casa de locos donde le curaran el desatino y no le castigaran la culpa. Ajústase, en fin, las medias nuestro galán a las piernas con unos ataderos tan apretados que no parece que aprietan, sino que cortan. Garrotes suelen dar a los que están sin sentidos: muy sin sentidos está quien no vuelve en sí con estos garrotes.

Pónese en pie, pregunta si ha venido el zapatero o el barbero; pero, ni el barbero ni el zapatero parece. ¡Que haya quien compre una cosa tan baladí como unos zapatos a más que a dinero, a dinero y cuidado, y cuidado tan enfadoso como esperar! Ya en casa me admira que haya quien aguarde unos zapatos nuevos, y me vuelvo loco de pensar que haya quien los aguarde en casa teniendo otros que ponerse aquel día. El barbero sólo está pronto en su tienda para el que se va a hacer en ella la barba; el que no se la puede hacer en ella llámele en día que esté menos dificultoso. Pide el chocolate, por esperar con menos fastidio, y tráenle el chocolate. ¡Las atenciones que hay con el cuerpo! Y con el alma ¡que pocas atenciones!

Entra el zapatero oliendo a cansado. Saca de las hormas los zapatos con tanta dificultad como si desollara las hormas. Siéntase en una silla el galán, híncase el zapatero de rodillas, apodérase de una pierna con tantos tirones y desagradados como si le enviaran a que le diera tormento. Mete un calzador en el talón del zapato, encapíllale otro en la punta del pie y luego empieza a guiar el zapato por encima del calzador. Apenas ha caminado poco más que los dedos del pie cuando es menester arrastralle con unas tenazas, y aun arrastrando se resiste. Pónese en pie el paciente, fatigado, pero contento de que los zapatos le vengan angostos, y de orden de el zapatero da tres o cuatro patadas en el suelo, con tanta fuerza que, pues no se quiebra, debe de ser de bronce.

Acoceados, dan de sí el cordobán y la suela: pellejos en fin, de animales que obedecen a golpes. Vuélvese a sentar el tal señor: dobla hacia fuera el copete de el zapato, cógele con la boca de las tenazas; hinca el oficial junto a él entrambas rodillas, afírmase en el suelo con la mano izquierda y, puesto de bruces sobre el pie, hecho arco los dos dedos de la mano derecha que forman el jeme, va con ellos ayudando a llevar por el empeine arriba el cordobán, de quien tira con las tenazas su dueño. Vuelve a ponerse en una rodilla, como primero estaba, empuña con la mano la punta del pie, y con la palma de la otra da sobre su mano tan grandes golpes como si los diera con una pala de jugar a la pelota; que es la necesidad tan discreta, que se hace el pobre mal a sí mismo por no hacérsele a aquel de quien necesita.

Ajustada ya la punta del pie, acude al talón: humedece con la lengua los remates de las costuras por que no falseen las costuras, de secas, por los remates. ¡Tremenda vanidad sufrir en sus pies un hombre la boca de otro hombre sólo por tener aliñados los pies! Desdobra el zapatero el talón, dale una vuelta con el calzador a la mano y empieza a encajar en el pie la segunda porción del zapato. Manda que se baje la punta y hácese lo que manda. Llama hacia sí el zapato con tal fuerza, que entre su cuerpo y el espaldar de la silla abrevia torpe y desaliñadamente al que calza. Dícele luego que haga talón, y el hombre obedece como un esclavo. Ordénale después que dé en el suelo una patada, y él da la patada, como se le ordena. Vuelve a sentarse, saca el cruel ministro el calzador del empeine, y por donde salió el calzador mete un palo que llama «costa», y contra él vuelve y revuelve el sacabocado, que saca los bocados de el cordobán para que entren las cintas. Deja en el empeine de el pie un dolor y unas señales como si hubieran sacado de allí los bocados. Agujerea las orejas, pasa la cinta con una aguja, lleva las orejas a que cierren el zapato, ajústalas, y da luego con tanta fuerza el nudo, que si pudieran ahogar a un hombre por la garganta del pie le ahogara. Hace la rosa después con más cuidado que gracia. Vuelve a devanarse a la mano el calzador, que está colgando de el talón, tira dél como quien retoca, da con la otra mano palmadas en la planta como quien asienta, y saca el calzador echándose todo hacia atrás. Pone el galán el pie en el suelo y quédase mirándole. Levántase el zapatero, arrasa con el dedo el sudor de la frente y queda respirando como si hubiera corrido. Todo esto se ahorra con hacer el zapato un poco mayor que el pie.

Padecen luego entrambos otro tanto con el pie segundo. Llega el último, y fiero trance de darle el dinero. Recoge el oficial sus baratijas, recibe su estipendio, sale por la puerta de la sala mirando si es buena la plata que le han dado, dejando a su dueño de movimientos tan torpes como si le hubiera echado unos grillos.

¿Si pensarán los que se calzan apretado que se achican el pie? Si lo piensan se engañan: los huesos no se pueden meter unos en otros Con esto es fuerza que si le quitan de lo lar-

go al zapato se doble el pie por las coyunturas y crezca hacia arriba lo que le menguan de adelante. Si le estrechan lo ancho es preciso que se alargue aquella carne oprimida. Con la misma cantidad de pie que se tenían se quedan los que calzan sisado. Lo que hacen es atormentarse y dejar los pies de peor hechura.

El animal a quien más largos pies dio la Naturaleza, según su cantidad, es el hombre, porque como ha de andar todo el cuerpo sobre ellos y no son más de dos, quiso que anduviese seguro. El que se los quiere abreviar, gana parece que tiene de caer y de recaer en los vicios, donde se hará mayor mal que en las piedras. La parte que le puso Dios al hombre en la fábrica de su cuerpo más cerca de la tierra son los pies: quiso sin duda que fuera la parte más humilde de su fábrica; pero los galanes viciosos les quitan la humildad con los aliños y los ensoberbecen con el cuidado. Enfada esto a Dios tanto, que habiendo de hacer al hombre animal que pisase la tierra, hizo la tierra de tal calidad que se pudiese imprimir en ella la huella de el hombre: abierta deja su sepultura el pie que se levanta, y parece que se levanta de la sepultura. Tremenda crueldad es enloquecer con el adorno al que se quiere tragar la tierra a cada paso.

Entra el barbero dando priesa desde que entra, pide lumbre para los hierros y dice que pongan el escalfador en la lumbre. Siéntase el galán en una silla, y en sentándose pierde el dominio de su cuerpo, porque no se puede menear sino hacia donde el barbero le manda. Pónele un peinador muy plegado, que es lo mismo que ponerle unas enaguas por el cuello. Rodea una toalla al cuello del peinador en forma de muceta, ajústale bien detrás de las orejas el cabello, echa el agua vaheando en la bacía, encájale por la muesca la bacía en la garganta y déjale la cabeza como cabeza de degollado que llevan de presente. Empieza a bañarle oliéndole las manos a lo que almorzó, y nunca es bueno lo que almuerza. Salpícale con la lejía los ojos y deslízansese por entre los dedos algunos chorros hacia la boca. Ruédale el jabón por la cara y déjale la cara de pícaro de Carnestolendas.

Desahógale de la bacía, saca una navaja del estuche, límpiala por ambas haces en la palma de la mano izquierda, como quien la afila, y empieza a raerle con ella el rostro. Córtale un poco en un carrillo y pónele el dedo de enmedio de la mano —que gobierna la cabeza—, como que afirma sobre la cortadura por quitarle la sangre con el dedo. Esta atención dura hasta que vuelve a bañarle, que entonces se limpia la sangre de todo punto. Báñale segunda vez, repásale con la navaja, y por quitarle bien los pelos del perfil del labio inferior le mete dos o tres veces el dedo en la boca y echa de ver que es bobo en que se lo sufre. Refréscale la cara con agua fría, y cogiéndola con la toalla entre sus dos manos se la enjuga.

Mira si están los hierros bien puestos en la lumbre y reconoce que están bien puestos. Desenvaina un peine y unas tijeras del estuche y parte al miserable paciente abriendo y cerrando en el aire las tijeras. Arremángale las narices con el dedo pulgar de la mano en que lleva el peine, y con las tijeras que lleva en la otra se las desenzarza. Corre luego a las orejas y escómbrales. Anda de aquí para allí despuntando pelos. Sacude, al fin, en el peine las tijeras, encaja el peine en su cabello, deposita las tijeras en la pretina. Arrebata, como quien se quema, los hierros de la lumbre y échalos por los anillos en el agua que quedó en la bacía: huye el calor, quejándose, de el sitio que el agua moja. Riega lo que resta hasta el fiel, y hace con los rocíos el hierro caliente el mismo ruido que hacen los que labran sombreros. Empúñalos, sacúdelos, enjúgalos, examínalos y embiste a los mojados bigotes con el mismo arrojamiento que si estuviera aquel cuerpo difunto. Valos el hierro tirando

y el calor endureciendo. Después de muchas tenazadas los deja tan arrimados al rostro y tan aguzados de puntas, que más parecen fingidos con un pincel que aliñados con un hierro. Cobra de su pretina las tijeras, y del cabello el peine, acude al pelo que se desmanda y córtale. Escudriña todo el rostro por ver si falta algo, y déjale como ve que no falta. Trae el espejo, bésale, entrégale, y mientras el galán se mira le va desamortajando: en esto se echa de ver que resucita quien sale vivo de aquel tormento. Sacúdele de la garganta con el peñador los pelos pegados; dícele al paciente que le guarde Dios y recoge el espejo. Junta sus trastos, toma su capa, carga con ellos, recibe la satisfacción y vase como quien huye.

Yo no digo que se puede escusar el quitarse un hombre la barba, pero digo que se la quite, pues es trabajo, en día de trabajo, y que se la quite sin tantas prolijidades. Muy bien parece un hombre limpio; muy mal parece afeitado. Sin barba erizada está agradable, con los bigotes muy en orden tiene la cara de retrato. El bigote limpio y desparramado significa hombre guiado, y forzado con el hierro significa hombre que pone cuidado en su hermosura. Si en una mujer parece demasiado desvelo rizarse, ¿qué parecerá en un hombre labrarse los bigotes? ¿Qué parecerá, haciéndose ambas cosas con un mismo instrumento y para un mismo fin? Los más lo hacen los más lo yerran. Muchos lo dejaron de hacer si no lo hicieran los más. Fuerte error es sujetarse un hombre a traer su cara al antojo ajeno; y aun esta imitación no era tan culpable si los que estos usos empiezan fueran hombres de peso, pero ordinariamente les da el principio la juventud galanteadora. ¡Qué dichosa fuera la república en que se guardaran las leyes como los usos!

Lávase luego las manos por que estén blancas, debiendo cuidar de que estén limpias, no de que estén blancas. En ninguna cosa del aliño corporal pone un hombre con tanta fealdad la atención como en la hermosura de las manos. Formolas la Naturaleza casi todas de nervios y huesos por que fuesen para mucho, y hay hombres que por que no se les pongan duras y negras no quieren que les sirvan de nada. Los que hacen esto son mancos sin que lo sepa nadie.

Pónese luego la golilla, que es como meter la cabeza en un cepo: tormento inescusable en España. Esta es la nación, entre cuantas la razón cultiva, que menos cuida de sus comodidades. Está la golilla aforrada en blanco por dejar de la valona no más de algunos visos. Ya les llega a los galanes la enfermedad de las medias a la garganta: plegue a Dios no los ahogue.

Estréchase en la ropilla muriendo por quedar muy entallado. No hay hombre mozo que desde el remate de los pechos a la cintura no quisiera caber en un cañuto. Arquéase las costillas tanto, que no sé cómo no saltan. Abolla y arruga el estómago. Esto lo debió de inventar algún mezquino por comer a menos costa cabiéndole menos. Ensangosta de manera el camino de la respiración, que entra y sale de tres veces el aire que había de entrar y salir de una. Aun por vehementísimos indicios de delincuente parece demasadamente cruel el tormento de la cincha, y hay quien se le dé a sí mismo sólo por el crédito de bien entallado. Si el darle allí parece duro, el sufrirlo aquí es locura. Intenta ceñirse con la pretina el vientre, y está forcejando un gran rato con la pretina para juntarla por los dos extremos.

En estando con toda esta fuerza metido en cintura desenlaza la colonia que le aprisionaba el cabello. Toma el peine de desenredar y derrama en ondas por los hombros la guedeja. Echa la cabeza hacia atrás para peinarse, que es lo mismo que echar a rodar el juicio. Aplica luego los menudos dientes del peine de pulir y deja de por sí cada hebra. Desta ma-

nera son las cabezas de metal: por de fuera muy acabadas, y por de dentro aire. Vuelve a tomar el peine más vacío y ahuécase la melena en forma de espuma: déjala hecha un golfo con quien juega el viento. Si la misma vanidad hace burla deste vicio, ¿qué hará la razón? El cabello por junto a su nacimiento cortado tiene las puntas hacia el cielo; el cabello largo tiene hacia la tierra las puntas. De los pensamientos es el cabello semejanza: quien le trae muy corto parece que tiene hacia el Cielo los pensamientos; quien le trae muy largo da a entender que los tiene muy hacia la tierra.

Toma la espada y pónesela, que era harto mejor no ponérsela; y si no, díganme: ¿contra quién se ponen en la paz las espadas los hombres? Contra el que vive en su tierra, contra su vecino; muchas veces contra su amigo, algunas contra su pariente y alguna contra su hermano. Si a lo arrebatado de la ira le ponen a la manó instrumentos, ¿qué atrocidades no hará la ira? Diranme ahora que las espadas se permiten en la paz para la defensa justa de la honra, la vida y la hacienda. A esto respondo que para ninguna cosa destas son menester las espadas: no hay más honra que la virtud; una virtud se guarda con otra. La peor guarda de una virtud es un vicio, porque hace que huya la virtud que se le encarga. Querer que la venganza, que es vicio detestable, guarde las virtudes de que se compone la honra, no es más de hacer que eche a perder la venganza las virtudes.

Una de las partes de la honra es la virtud de cumplir muy bien con las obligaciones de casado. Vengar a su arbitrio el adulterio es juntar con una virtud un vicio. No se engañe el mundo: lo que llaman honra comúnmente es la estimación; y ésta no toda, sino la que hacen de un hombre los mozos sin prudencia y los viejos sin juicio: por cumplir con éstos se hacen las venganzas, que para con los varones cuerdos, sólo el que obra sin culpa es el honrado. Dios entiende mejor de duelo que todos, y para con Dios queda más bien puesto el que perdona los palos que el que los da. Para perdonarlos no es menester espada: para vengarlos es menester, y vengarlos es delito. Luego para guardar la honra mejor está un hombre sin espada que con ella, pues con el vicio de la venganza se pierde la virtud, que es la verdadera honra.

Si la espada es para la guarda de la vida, la vida está sin ella más bien guardada: andando sin espadas todos, se redujeran a manos desarmadas todas las pendencias, y éstas raras veces han quitado la vida. Si es la espada para guardar la hacienda, a la hacienda no acometen violentamente de día los ladrones, y contra la maña subrepticia no aprovechan las espadas. Para las invasiones que pueden intentar de noche, mejores son que buenas espadas buenas puertas; fuera de que aun de esas puertas adentro puede haber armas mucho mejores. En mi juicio, donde no hay guerra son las espadas muy perniciosas.

Nuestro galán, en fin, se puso su espada, y ésa con la vaina abierta; que también debe de entrar en la gala dar a entender un hombre que anda fácil para una pendencia, y debe de ser parte del bien parecer parecer que no se teme a la justicia. ¡Gentil gala la que se compone de culpas!

Pónele un criado en los hombros la capa de bayeta, rodeada toda de puntas al aire, cuajado el cuello y los escudos, tan erizada por dondequiera, que da miedo tocarla con la mano. Mas si tuviese pretensiones de rosa, ¿quién se embravece de puntas?

Toma luego el sombrero de castor labrado en París, negro y luciente como el azabache, de precio tan crecido, que con lo que él costó pudieran tener mantos con que ir aquel día a misa seis viudas pobres que por estar sin ellos se quedan sin ella. Ordena con la mano

las puntas de humo de la toquilla, no habiendo mano tan desordenada como la que compró aquellas puntas. Anochece, y no desaparece entre ellas el listón de color que le dio por favor la dama: secreto parecido a su secreto, pues el favor que más encubre, le encubre de manera que le divisan todos.

Pónese el sombrero en la cabeza y danle el espejo: en él se hace el galán una visita de cumplimiento a sí mismo, porque parece que era dejar una obligación vacía salir de casa sin haberse mirado. Agrádase de verse tan compuesto y dase la norabuena de lindo. En lo que aforran el vidrio para hacerle espejo es en plomo: éste es metal pesadísimo; pero si dilatado en la mina le echan en el agua, nada como corcho. Es por su naturaleza muy grave, pero no sabe serlo. El hombre es de tierra, y la tierra es muy pesada: debiera irse luego al profundo de la verdad y no quedarse vago en la superficie, donde están los colores y los engaños. Mírase en el espejo, y el plomo que aforra el vidrio, como está en lámina, le paga la ligereza. Vese allí retratado y debiera irse al profundo de la verdad de su ser; debiera irse a lo mortal, debiera no parar hasta la nada de su principio; pero como está dilatado en galas y en adorno quédase en la superficie: allí no da en los engaños y no sabe usar del peso de su naturaleza.

Deja el espejo muy pagado; compone con ambas manos las faldas de la ropilla y empieza a caminar a la calle. ¿Por qué pensarán estos que cuidan tanto de que su vestido sea galán que se puso Adán el vestido? Pues sepan, si no lo saben, que fue no por adorno, sino por señal de afrenta. Estaba Adán en el Paraíso, antes que pecara, como en la caña el lirio, como la rosa en el ramo: tan naturalmente era galán y hermoso como es el lirio hermoso, y galán como es bella y aliñada la rosa. Quebrantole a Dios el precepto, conoció la culpa que había cometido y púsose una señal de su culpa: hízose vestido. Señal es el vestido de afrenta: bien poca vergüenza tiene quien de la afrenta hace gala. Si a uno a quien hubiesen azotado por ladrón le viésemos que se hacía dorar y matizar la marca de su castigo, si la piedad no nos obligara a tenerle por loco, la razón nos hiciera mirarlo como a descarado. ¿Cómo, pues, miraremos al hombre que el vestido, que es la marca de su culpa original, le guarnece y le aliña con tal arte que parece adorno? Si le evitamos el descarado no le escaparemos la locura.

Por la culpa original son todos deudores de la vida. Si uno que estuviese condenado a degollar cuidase mucho de que el capuz con que había de ir al suplicio fuese de seda muy bien labrada, de que se le cuajasen todo de puntas al aire, de que llevase mucho vuelo y de que tuviese muy airoso el corte, ¿no le tuvieran todos por desatinado? Es evidente. Pues cualquiera hombre que cuida mucho de su gala hace este desatino, pues está a muerte condenado cualquiera hombre, y es el vestido el traje con que le llevan a la muerte.

Mucho le debiera disuadir de su engaño a los que gastan mucho en galas ver que por dar que mirar a los curiosos, dejan de dar de comer a los necesitados: por hartar de admiraciones la vista desocupada quitan el bocado de la boca hambrienta; a los ojos los ocupan de superfluidades y apartan de la boca mendiga y desocupada el alimento. ¡Cuánto mejor era engalanar la marchita piel del pobre del color de bien sustentado que aliñar el cuerpo propio con gastos de mal advertido!

Yo no digo que la gente de lustre escuse³ de vestirse conforme a su estado; pero en cualquiera estado, para su lustre bastan la seda y la lana pulida. No hay persona, por señalada

3.- Eds. consultadas: 'escusa'

que sea, a quien el invierno no la vista muy bien el terciopelo y a quien el tafetán doble no le aliñe muy bien el verano. La capa de buen paño es muy decente, y la de bayeta no es mala capa. No hay guarnición que no sobre: en cualquiera vestido está de más, y si sirve de algo es sólo de libelo infamatorio de las costumbres de su dueño.

Entra, pues, nuestro galán en la iglesia haciendo de su misma sombra espejo. Quien en su sombra se halla galán bien pudiera hallarse en sí mismo sombra. Lo primero en que pone los ojos es en las damas: él quedará sin ojos. Llega delante del altar mayor, pone la punta del lado derecho de la capa en el suelo y pone en ella la rodilla. Si el poner en el suelo la capa es limpieza es melindre muy fuera de tiempo, y si es comodidad es muy irreverente desahogo. ¿Atreviérase nadie a ponerse de rodillas delante de un rey de la tierra previniéndose de descanso y de aliño? Claro está que no se atreviera. Pues ¿por qué para estar un instante delante del Rey del Cielo ha de poner tanto cuidado en no deslucir su gala y no lastimar su cuerpo?

Puesto ya allí, parece que hace oración, y a mí me parece, según le juzgo divertido, que no la hace. Para hacer un ramillete de flores no basta que las flores sean hermosas, que es menester también que sea atenta la mano que las teje. El que empieza un Padrenuestro, con muy lindas palabras empieza su oración, pero si no tiene atención con que continuarle no hace más que amontonar palabras divinas, y no hace oración con tan divinas palabras.

En cumpliendo con aquella ceremonia se levanta, arrímase a una capilla y habla con la mujer hermosa más cercana. En un mercado concurre mucha gente: los más van por lo que han menester, pero también van algunos ladrones a hurtarles el dinero con que lo han de comprar. Mercado espiritual es el templo: a él van muchos a prevenirse de lo que han menester para su alma, pero van algunos ladrones que les hurtan las virtudes con que han de hacer el empleo. Entra la mujer hermosa en la iglesia a pedirle a Dios que la remedie sus necesidades, pónese junto a ella el mozuelo galán y parlero, húrta la atención y devoción con que iba a buscar el remedio, y quizá se vuelve por esto la triste sin remedio a su casa.

Sale una misa, y lo primero que hace el galán que la aguardaba es mirar si tiene señas de breve. ¡Válgame Dios, tanto espacio con el zapatero y con el barbero, y tanta priesa con el sacerdote! Parece a propósito y busca un banco a que arrimarse, hinca una rodilla en el suelo y déjase caer sobre el banco. A quien hace esto parece que le pesa de no tener allí su cama. Está el sacerdote en pie ofreciendo el sacrificio por todos y él está recostado mientras se ofrece por él el sacrificio. A quien no se le da nada de estar como debe poco se le debe de dar de que el sacrificio le aproveche. El tiempo que había de gastar en atender aquel espectáculo divino le gasta en ahuecarse el pelo, en enderezarse la golilla, en mirarse los hombros y en arrimarse con la palma de la mano la liga a la pierna.

Acábase la misa y hace con gran puntualidad la cortesía a las damas que están cerca dél. Eso sí: gran cuidado con las ceremonias humanas, pero con el acatamiento divino muy poco cuidado. Si al cristiano que hace esto le preguntaran si creía que había estado en la misa en la presencia de Cristo no hay duda que dijera que sí, pero si le preguntaran si había pensado que estaba en la presencia de Cristo tengo por cierto, según estuvo divertido, que dijera que no. Dura cosa es que, creyendo un hombre que está Dios allí, no repare en Dios, que allí está.

Parécele a nuestro galán que es ya hora de comer, y mirando si le miran, dando pasos de agradar toma el camino de su casa. En esto gastó este hombre la mañana del día de fiesta, oyó misa sin atención y puso grande atención en el adorno con que había de ir a misa.

LA DAMA

CAPÍTULO II

AMANECE para la dama el deseado día de fiesta, para ella verdaderamente de holgar, porque ha de salir a ser vista. Entrase en el tocador a medio vestir, engólfase en el peinador, pone a su lado derecho la arquilla de los medicamentos de la hermosura y empieza a mejorarse el rostro con ellos. Esta mujer no considera que si Dios gustara que fuera como ella se pinta Él la hubiera pintado primero. Dióle Dios la cara que le convenía, y ella se toma la cara que no le conviene. Para lo que quiere la cara que se pone es para agradar a las gentes, porque no le estaba bien agradarlas le dio Dios la cara que se quita. No hay artífice humano que no sienta que otro artífice le enmiende sus obras, pudiendo estar erradas, ¿qué sentirá Dios, que todo lo acierta, viendo que una mujer ignorante le enmienda sus obras? El Demonio suele, cuando quiere engañar una alma, transfigurarse en ángel de luz. Lo mismo hace una mujer fea que se aliña el rostro: para engañar las almas hace cuanto puede por transfigurarse en ángel.

Siempre ha parecido, en los pulpitos y en los libros, reprehensión de poca importancia la de los afeites. Pues cierto que no lo es: de grande importancia fuera que no los hubiera en el mundo. Bien veo que es dificultoso de remediar, pero también pueden ver todos, si lo miran atentamente, que importara mucho el remedio. Naturalmente apetecen los hombres con grande ansia a las mujeres. Uno de los remedios que hay para esto es que ellas tengan pocos instrumentos de incitar. La fea con los afeites es menos fea, y no sé si diga que hermosa; la hermosa, hermosísima. Claro está que hay aquí más instrumentos de inquietar las alma, de destruirlas.

Ve un hombre una mujer en la calle más blanca que la nieve, las cejas como de ébano, las mejillas como de rosa, los labios como de coral y la garganta como de alabastro. Como no la ha visto su cara natural piensa que es aquella su cara y enamórase della. Si este hombre viera en aquella misma parte en que ve el alabastro, el coral, las rosas, el ébano y la nieve un pellejo de color de sombra, unos ojos sin cejas, unas mejillas sin sangre, una nariz que berenjenea, unos labios blanquecinos y una garganta que desde lejos parece esclavina, no hay duda que apartara los ojos de aquellos horrores. Pues la esclavina está debajo del alabastro; lo blanquecino, debajo del coral; lo pálido, debajo de las rosas; el campo pelado en las cejas; debajo del ébano y debajo de la nieve la sombra: por el engaño del afeite cayó él en otro engaño. ¡Miren si puede mucho el afeite! Tanto es lo que vale este fingimiento, que el mozo lascivo que se levantó del lado de la mujer perdida, habiéndola mirado al salir

de la cama con enfado por su fealdad se agrada de mirarla a mediodía: la confección de los afeites le olvida de lo que ve.

Diranme ahora que para rehacer el cariño de el matrimonio es de alguna importancia este engaño. Pienso que se engañan: el amor entre los casados bien puede ser que le empiece la hermosura; pero quien le prosigue es la condición, los hijos y los buenos oficios. La palabra «esposa», lo más que significa es comodidad, lo menos es deleite. La mujer que trata blanda y atentamente a su marido, con cualquiera cara es hermosa. El amor no entiende de caras: la mejor es la querida. Muy inicuo, muy ingrato es menester que sea el hombre que no quiere bien a la mujer propia que cumple con las obligaciones de mujer.

En teniendo el rostro aderezado nuestra dama parte al aliño de la cabeza. Péinase no sin algún trabajo, porque en el cabello crecido es fuerza, y es fuerza en las mujeres el traerle crecido. Recoge parte dél y deja parte libre, como al uso se le antoja. Pónese luego unas lazadas de cintas de colores y parece que tiene la cabeza florida. La tierra que lleva las más hermosas flores es tierra: tierra es aquella cabeza con aquellas flores. La seda es gusanos hilados: la cabeza que hierve en gusanos no es sana cabeza.

Esto hecho, se pone el guardainfante. Este es el desatino más torpe en que el ansia de parecer bien ha caído: si una mujer tuviese aquella redondez de cuerpo desde la cintura abajo, ¿hubiera quien se atreviera a mirarla? Ponerse postizo un defecto, ¿puedelo hacer sino quien está sin juicio? Ponerse postizo un ojo vaya, porque los ojos son hermosura; pero ponerse una hinchazón contrahecha, ¿quién lo puede hacer que no esté fuera de tino? Si un hombre se pusiese postiza una corcova, ¿no le tendrían las mujeres por mentecato? Pues ¿qué juzgaran los hombres de las mujeres que se ponen una monstruosidad postiza?

Échase sobre el guardainfante una pollera con unos ríos de oro por guarniciones. A las plazas fuertes las guarnecen mucho por que no se rindan, y las mujeres por la mayor parte se guarnecen mucho para rendirse. La rosa que tiene el pie más áspero y más tosco es la que huele mejor: la mujer que trae muy pulidos los bajos no me huele bien.

Pónese sobre la pollera una basquiña con tanto ruedo, que colgada podía servir de pabellón. Ahuécasela mucho por que haga más pompa o porque coja mucha aire con que hacer su vanidad mayor. Entra luego por detrás en un jubón emballado y queda como con un peto fuerte. Estas señoras nos podrán decir lo que le pasó a Jonás en el vientre de la ballena, pues andan en una ballena todo el día: lo que Dios le dio a a un hombre por castigo toman ellas por gala. Si una mujer muy virtuosa trujese aquel tormento debajo de un saco sería alabada, y con razón, de muy penitente, y es el Diablo tan sutil, que hace creer que para la estimación humana importa mucho aquel tormento.

Este jubón, según buena razón, había de rematar en el cuello; mas por el pecho se queda en los pechos, y por la espalda en la mitad de las espaldas. Ciertamente que las mujeres que se visten al uso se visten de manera que estoy por decir que anduvieran más honestas defraudadas. Los jubones se escotan de suerte que traen los hombros fuera de los jubones. Mucho debe de pesarles la honestidad, pues no la pueden traer al hombro. De los pechos, les ven los hombres la parte que basta para no tener quietud en el pecho; de las espaldas, la parte que sobra para que dé la virtud de espaldas. A las mujeres que se visten a el uso presente no les falta para andar desnudas del medio cuerpo arriba sino quitarse aquella pequeña parte de vestidura que les tapa el estómago. De los pechos, se ve lo que hay en ellos más bien formado; de las espaldas se descubre lo que no afean las costillas; de los

brazos, los hombros están patentes; lo restante, en unas mangas abiertas en forma de barco y en una camisa que se trasluce. Lo que tiene muy cumplido el jubón, quizá porque no es menester, son los faldones, y tan cumplidos y tan grandes, que echados hacia la cabeza pueden servir de mantellinas.

Ahora entra una ropa hecha de líneas casi invisibles: un triangulito por espalda, una cinta por cola, dos circulitos por brahones y dos castañas por mangas. ¿De qué sirve esto? Nada desto sirve ni de decencia ni de abrigo. Para no traer ropa, no era mejor no traerla?

Llega la valona cariñana, que es como una muceta, con más labores que si fuera labrada en la China. Ésta se prende toda alrededor. De sólo puntas de alfileres es cara, ¿qué hará de esotras puntas?.

Corre luego desde la garganta por encima de la valona un chorro de oro y perlas. Las perlas fueron antes lágrimas de la Aurora y se están volviendo lágrimas: llanto del Cielo son allí de ver aquella soberbia.

Vuelve a tornar el espejo para retocarse y dase la última mano en el espejo. Allí vuelve a la mata con cariño el cabello que se desordenó de la mata. Allí la hoja de la lazada que dejó su lugar la vuelve a su lugar blandamente. Allí la parte de la cariñana que se desarrió del cuerpo la prenden, por incorregible; y allí, en fin, queda todo en la perfección última. Solo le falta a esta dama ver en aquel espejo

en que se mira que aquella hermosura es tan quebradiza como aquel espejo, que toda aquella gala es tan fácil de desaparecerse en la tierra como su sombra en aquel vidrio, y que es en sí misma tan nada como lo es en el cristal que la representa.

Pónele una criada el manto de humo: ella queda como sin manto, tan en cuerpo se está como se estaba, y de aquella manera quiere ir a la calle como si fuera a otro cuarto de su casa. El humo, por su naturaleza hace llorar a todos: muy sin ojos está la razón que no llora con aquel humo.

En teniendo el manto puesto pide los guantes, y dánselos con unas vueltas labradas de tantos enredos hermosos, que no acierta la vista a salir de ellos. Danle luego, si es invierno, la estufilla de martas, que costó más que costaran ocho carros de carbón. Para calentar unas manos hacen trasudar un caudal, y dejar un arca vacía por que estén ocupadas unas manos. Si lo que se trae de más lejos es lo mejor, bien pudieran estimar en más el juicio que las martas, porque las martas vienen del Norte, y el juicio del Cielo. Si es verano, le dan un abanico que costó seis escudos. Hasta que se usaron los abanicos costó el aire de balde; los otros tres elementos ha muchos siglos que son mercancía. La tierra de la casa en que se vive, ha muchos años que cuesta dineros. El agua que se bebe, ha muchas edades que se paga el conducirla a la casa propia. Muy antiguo es en el mundo valer muy caro el fuego, porque no se puede dar fuego acá bajo sin materia, y esta materia se ha vuelto preciosa con la necesidad de el fuego. El aire le halló de balde dondequiera hasta que se inventaron los abanicos. ¡Que para hacer un título de un Capitán General baste un pliego de papel, y que para apartar del rostro el aire que se calentó en la respiración no quieran que un pliego de papel baste! Si se supiera dónde está el ave fénix, hay mujeres tan locas que no quisieran hacerse aire sino con sus plumas: tan rara fuera como esta ave la que no sintiera hacerse aire con cosa de menor precio.

¿Cuántos males pensará esta dama que hace con estos aliños? Pues sepa que hace infinitos males. Lo primero, pierde el tiempo. ¡Mire si es digna de estimación esta alhaja!

Toda cuanta hacienda hay en el mundo no le podrá dar otra tanta vida como gastó en vestirse después de cumplida la suya, y ella echa a perder por un disparate una prenda que vale más que cuanta hacienda tiene el mundo. Luego, si se viste para ir a la iglesia, ¿cómo piensa agradar a Dios si va en el traje de que Dios se desagrada? Orar es pedir. Lo primero que ha de procurar el que va a pedir es entrar agradando al que le ha de dar. Si va a la iglesia a orar no va como debe, y si no va a orar, ¿a qué va a la iglesia? La mujer que nunca fuera a la iglesia pareciera infiel. ¿Qué parecerá la que yendo muchas veces hace algo peor que si nunca entrara en ella? Fuera desto, se quita ella a sí misma la buena fama, porque nadie cree que una mujer se engalana mucho sólo para sí misma. Si no la hubiera de ver nadie, ¿vistiórase con todo aquel cuidado? Claro está que no se viniera. Luego por alguien se viste; y si no se viste para nadie hace la misma locura que el que sin tener intención de vender su coche pone en él una cedula de que se vende.

En este aliño hay un grande riesgo, y es que aunque ella se vista sin intención, los que juzgan que la lleva se le atreven, y es prodigio la que rogada es buena. Entre otros daños que hace, es el mal ejemplo que da a las otras mujeres: cada una apetece aquellos aliños, y para alcanzarlos o riñe con su marido o se deja seguir de un galán, y al galán o al marido le molesta tanto, que a veces le obliga a buscar por malos medios el dinero que para aquello es preciso. Pero ¿qué se le da a ella de esto? Rara debe de haber sido la mujer que viendo entrar con dinero al marido o al galán haya reparado en el modo con que le ha adquirido. Sobre todo esto, es incendiaria de los templos de Dios. Templo es de Dios cualquiera hombre, y ella en los corazones de los hombres va poniendo fuego. Y, en fin, ofende con sus galas aun a los Ángeles, porque hace con ellas daño a los hombres que están a su cargo.

Entra en el templo nuestra dama convirtiendo a sí los ojos de todos y arrastrándose en reverencias. Toma lugar, y tómale enfadándose con las que no se le dejan muy desahogado, porque presume que el mejor vestido merece el mejor lugar. Lo que yo sé es que de ordinario quien pretende el mejor lugar no le merece. Oye algunas pesadumbres y hace que no las oye. Quien no sabe sufrir algo sufre más de lo que había de sufrir.

Pónese de rodillas porque se usa, no porque ella usa de aquel rendimiento para nada. ¿Que de cristianos hay que tienen de cristianos sólo lo que está en uso! Quítanse el sombrero a las imágenes, páranse al anochecer cuando tocan al Avemaría, traen el rosario en la faltriquera y están un rato de rodillas en la misa que oyen. Pues a fe que es menester más que esto para cumplir con las obligaciones de cristiano. Allá se toma la cuenta obra por obra, palabra por palabra y pensamiento por pensamiento, y acá no se hace cuenta ni de los pensamientos ni de las palabras ni de las obras.

Sale la misa y óyela holgándose de ser mirada y mirando sólo por gravedad a la misa. Responde tal vez si la dicen algo, y aunque no haya de responder se alegra de que la digan. Mira con mucha atención las perfecciones o los defectos de los galanes para contarlos a la tarde entre sus amigas. Estase en la iglesia hasta que el sacristán hunde la puerta a golpes para que se vayan, que hay malos para quien es holgura la iglesia. Entonces sale con unos pasos muy serenos, toma el camino de su casa gustosa y deja el templo lleno de ofensas. ¡Ah buen Dios, y qué mal os servimos!

EL ENAMORADO

CAPÍTULO III

LOS enamorados, lo primero que hacen en despertando es pensar en la cosa amada. Esto lo hacen todos los días, pero aunque por su flaqueza lo hagan todos, había de ser reservado el día de fiesta por ser día más de Dios. La cama sin sueño es teatro de peligrosísimas representaciones: el que tiene odio se está revolcando en él; el que tiene amor se está en él deleitando. Muy discreta política sería para el alma dejar la cama en despertando como fuese hora de dejarla, porque en ella cualquiera pasión manda mucho: no hay especies exteriores que por los sentidos llamen al alma, y apodéranse de toda el alma las imaginaciones. Los que están a la luz piensan en lo que ven; los que están a oscuras ven lo que piensan. En las tinieblas de la cama piensa el enamorado en la dama que adora: allí la finge él a sí mismo no como ella es, sino como él gustara de que fuera. Si acaso a él la memoria le representa algún defecto, le parece grosería interior no tomar su defensa; y como son las razones para persuadirse él a sí mismo y desea que venzan sus razones, tiene hartado para darse por vencido. Luego dirán que el amor él se viene, que nadie se le toma. Es mentira. El amor se le hacen los hombres y luego se le meten en el seno.

Ve un hombre mozo a la mujer de buena cara y apetécela como si fuera mejor; echa el juicio tras el deseo y júzgala como la desea; al lado de una cosa buena no ve dos malas y yerra el juicio. Si como hombre de razón la distinguiera, hallara qué apetecer y hallara qué desechar: lo que encontrara defectuoso le entibiara la estimación de lo perfecto, porque por no padecer lo uno perdiera de buena gana la posesión de lo otro. No ocupa la consideración en esto y tiénelo por bueno todo. Hecho este primer juicio la solicita y persuádese a que el alcanzarla es la mayor de las felicidades. A la primera palabra agradable que le oye piensa que no ha de haber en el mundo mujer tan rendida, mujer tan leal. En consiguiéndola, si la posesión le causa fastidio, la ausencia hace que le cause soledad: la costumbre de verla muy a menudo hace que no se hallen los ojos sin verla. Si aunque él tenga la voluntad tibia ve enamorado de ella a otro hombre, piensa que aquél ha descubierto en ella alguna perfección que él no había hallado y se le enciende el amor en la perfección que sospecha. Si ella favorece a otro tiene al otro por de mejor fortuna, y por hurtarle la fortuna al otro la ama y la sirve de nuevo.

Con muy poca atención que gustara este hombre en estas cosas no le engañara ninguna. Con pensar que no es más cierto el veneno en el áspid que en ella los pesares y las molestias, no la solicitara. Con creer que el alcanzarla es abrazar un escorpión, lo tuviera a desdicha. Con persuadirse a que sus palabras son música de sirena, no le engañaran sus palabras. Con atender cuando la echa menos en la soledad a que el volverla a ver ha de ser para volverse a enfadar, dejara de volver a verla. Con prevenir que de verla mucho había de nacer el verla más, no la viera más. Con pensar, cuando ve a otro enamorado della, que le trae el mismo engaño que a él le hizo prisionero, no pensara que había hallado lo bueno que el sospechaba; que no había hallado sino que se perdía donde él se había perdido. Si

considerara, cuando ella favorece a otro hombre, que entra el hombre en la desdicha de que él sale, le dejara, en castigo de la ofensa que le había querido hacer, aquella desdicha.

No quiere un hombre meditar estos daños, y hace con la flojedad de su entendimiento un amor. Naturalmente aman todos sus obras: enamórase del amor que ha hecho y métele en el corazón. Hállase enamorado porque quiso, y luego quisiera no estar enamorado. Diranme ahora que esto lo conciertan las estrellas y que no es obra de el consejo propio. Es falso: las estrellas inclinan, pero no ejecutan. No pueden ser las estrellas causa de delitos, porque fuera ser enemigas de Dios las estrellas, y no había de tener Dios en el Cielo a sus enemigos. Si alguna vez aconsejan errores, lo dispone Dios así por que tenga el hombre a quien vencer y merezca mucho venciendo. Tan sin gana de que se obren aconsejan los errores las estrellas, que tendrían a felicidad propria que no se obren. Nuestra voluntad nos hace las costumbres: por nosotros mismos somos malos o buenos.

Nuestro enamorado, en fin, en las escuridades del lecho está a su pasión más entregado. Si cuando le dejó el sueño hubiera dejado la cama no lo estuviera. El fuego, al sol se amortigua; el amor a la luz abrasa menos. Y si no era hora de levantarse, ¡cuanto mejor le era a este hombre considerar que día que se estrena con un pecado no puede ser sino muy desdichado día! ¿Qué piensa que ha de hacer Dios con él aquel a quien no se le da nada de hacerle a Dios un agravio? Adán casi empezó su vida con un pecado. ¡Miren cual le salió la vida: llena de trabajos, llena de tormentos, llena de penalidades! Una de las razones por que el pecado de Adán fue gravísimo fue la facilidad con que pudiera haber dejado de hacer el pecado. Mandósele que de un solo árbol no comiera donde había muchos de que comiese. ¿Qué dificultad tenía esto? Por esto fue tan grave su culpa. Esta misma calidad parece que tiene el pecado de pensamiento que se comete en la cama: falta el objeto material. ¡Linda gana de pecar tiene quien se hace él mismo el objeto para hacer el pecado!

Yo no intento ajustar ahora a todos a que tengan oración mental —aunque fuera muy bueno que la tuvieran todos—, pero quiero decirles que aun por entretenimiento pueden pensar en cosas gustosísimamente santas y, según la razón, de mucho más gusto que aquellas obscenidades. Puede considerar allí cualquiera que un Dios que aun estando ofendido le hace del sueño y de la cama casi una gloria cada día, ¿qué gloria le tendrá para cuando desatado de sus culpas vaya a descansar eternamente? Muy bárbaro es aquel para quien no es gloria pensar en la gloria, para quien puede dejar de serlo pensar cuán hermosa y amablemente se manifestará Dios Nuestro Señor en el Cielo; cuán dulce será la conversación de los Bienaventurados; cuán deleitosa la vista de los Ángeles, cuya bellísima variedad pudiera hacer por sí misma una gloria.

Si celebra aquel día algún Santo la Iglesia, puede pensar el que está despierto en la cama en su vida; que las historias, aun repasadas son apacibles; y si no sabe su historia puede pensar en las virtudes con que merecería la honra que el Cielo y la tierra le hacen. Fuerza es que le agrade la hidalguía de la fe, que le entretenga la seguridad de la esperanza, que le deleite el ardor de la caridad, que le divierta de la humildad lo encogido, que le admire de la castidad la limpieza y que le asombre de la fortaleza lo constante.

Si es domingo se puede entretener pensando en las perfecciones de Dios, pues es su día el que amanece. Considérole este día con particular cuidado como Criador: puede ser que saque de aquí grande provecho. El artífice que hizo una obra de primor grande tiene puestos en ella los ojos: si le cae una mancha se aflige; si se le desordena se consume y si le

dicen mal della se irrita. Obra es de Dios el hombre, y obra perfectísima: si se la mancha un pecado se entristece; si se le desproporciona se deshace, y de pensar que el Demonio le puede decir mal della se angustia. Considere, pues, esto: será muy posible que cuide de allí adelante de no darle a Dios estas pesadumbres, Artífice elegante y amantísimo suyo.

Llega la hora de vestirse; ábrense las ventanas y lo primero que encuentra es un retrato pendiente del jubón. Uno de los medios más fuertes que el Demonio tiene paró conservar las almas en un engaño deshonesto son los retratos: nadie ha mirado retrato de cosa que quiera bien que no la quiera más mirándole. En los retratos se representa todo perfecto: hacen una presencia que acuerda la ausencia y dan deseo de ver lo mismo que se tiene delante. En viendo el retrato el enamorado se da prisa a vestir para ir a ver lo que acaba de ver y lo que no acaba de amar, porque le empieza un amor en cada vista.

Entretanto que se dispone para salir de la casa la envía un regalo. Lo que pueden las dádivas parece que todos lo saben. Pues nadie sabe la mitad de lo que pueden: si su fuerza estuviera de todo punto averiguada no hubiera mezquinos. Y pluguiera a Dios con las mujeres lo fueran todos, que con eso no hicieran tanto daño las mujeres. A la dádiva corresponde la caricia, y es la caricia un nudo tan apretado, que no sólo es dificultoso de desatar, sino de romper.

En poniendo el enamorado los pies en la calle parte volando a la calle de su dama. El plomo es pesadísimo y le hace volar el fuego; su centro es la tierra, y él le hace andar leguas de aire. El centro es la tierra del hombre, principalmente la tierra de la Iglesia, que es donde al fin ha de ir a parar.

En lugar de irse el día de fiesta el enamorado a la iglesia, como a su centro, el fuego del amor lascivo le lleva volando a la calle de su dama: por las vanidades le hace andar de los gustos humanos, siendo la tierra el centro adonde había de enderezar su camino. En llegando entra, si puede, y si no, se para. Yo apostaré que pudo entrar el regalo que envié poco antes. La dama se aparece por las confusiones de una celosía y a él le parece una deidad en una nube. De el cuidado de la mujer infiere en la mujer amor y queda loco con su dicha. Sabe ya la iglesia a que ha de ir y vase a la misma iglesia.

Entra en ella con más atención a la puerta que al altar. Pues con el altar había de ser la atención. Casa de oración es el templo: quien no ora en la casa de Dios no hace lo que se debe hacer en aquella casa. El que entra en un sitio donde desatan ámbar, aunque él no quiera recibe la fragancia que el ámbar despide; para que no le reciba es menester que le falte el sentido del olfato. El que entra en el templo, aun yendo sin gana de tener devoción, se le entra en el alma la devoción que causa el templo; para que no se le entre, parece que es menester que no tenga alma: sin alma parece que está el que está sin devoción en la iglesia. Sin devoción está nuestro enamorado, y con mohína de ver lo que tarda su dama.

Entra la dama, en fin, y alégrasele el corazón. Ella toma lugar y él le toma enfrente de ella. Míranse el uno al otro atentísimamente. Apartan de cuando en cuando el uno del otro la vista por evitar la nota, y el que vuelve a mirar al otro más presto le acusa interiormente de divertido y se queja de mal pagado. Desde que entró en la iglesia la dama está idolatrando en ella el amante. ¡Oh fiera idolatría! Por adorar a una mujer le quita la adoración al Criador: a Dios le niega la adoración que le debe, por ponerla donde está sobrada y viciosa. A las imágenes de Dios no vuelve los ojos por ponerlos en un engaño que se los quiebra. Los idolatras de la antigüedad no le perdieron tanto el respeto a Dios como este

hombre, porque ellos no se iban a adorar sus ídolos al templo del Dios verdadero: en los templos que les hacían a sus ídolos, allí los adoraban. Este hombre perverso se va a la casa de Dios a adorar el ídolo de barro.

Mirando y adorando a su dama asiste el galán a la misa, y ella la asiste holgándose de que la mire y la adore. Si alguna de las mujeres que están junto a ella la hurtara de la faltriquera un lienzo se embraveciera como una leona. Pues ¿qué le parece a esta mujer que hará Dios viendo que ella, dejándose idolatrar de aquel hombre, le hurta la adoración que aquel hombre le debe? En estas delincuentes atenciones gastan el amante y la amada el tiempo que están en la iglesia. ¡Bien gastado tiempo de día que es de Dios! ¡Bien cumplida la obligación del respeto del lugar que eligió Dios para su respeto! ¡Ah, tristes dellos si no se emiendan!

EL ADÚLTERO

CAPÍTULO IV

CON achaque de ir a misa sale la criada de la mujer casada ruin el día de fiesta a las seis de la mañana. Llega de orden de su señora a casa del galán en quien ella tiene puesto el gusto. Llama a la puerta, despiértale un criado, y él en sabiendo para lo que le despiertan acaba de creer que el sueño es muerte y piensa que quien le despierta le ha resucitado. Entra la mujer, él se incorpora en la cama, recíbela con grande alegría; ella saca un papel de su señora, y besándole primero y empezando una grande reverencia se le pone en la mano, y acaba la reverencia después de habérsele puesto en ella.

Los criados que entran a servir a amos viciosos, o han de ser malos criados o malos cristianos; pero habiendo de desagradar a alguno, mejor es desagradar al dueño injusto que al Dios justiciero. Ninguno de los que sirven se rinda a desobedecer a Dios por obedecer a quien sirve: no obedecerle y porfiar en servirle es trabar contienda con quien es más fuerte. Esto no es cordura, pero seralo el dejarle. Si las descomodidades le amedrentan, no haga caso de las fantasmas con que le turban las descomodidades: ésas son imaginaciones sin cuerpo, gigantes soñados que asustan y no maltratan. La providencia de Dios cuida de los que no le sirven, ¿qué hará de los que por servirle se desacomodan?

A los pájaros enseñó Dios a irse tras de sus hijos cuando salen del nido sin saber a dónde van: si los ven meterse en el riesgo los llaman a chillidos; si no aciertan con el grano que les ha de servir de sustento, ellos los encaminan al grano; si mientras el pájaro niño pica torpe el granillo en el suelo ve el padre que alarga la culebra la garganta para cogerle, le vuela alrededor con tanto estruendo que divierte a la culebra y da lugar al hijuelo para que se escape. Si Dios enseña esto a un pájaro, ¿con cuánta destreza sabrá hacer lo que a un animalillo enseña? Tras el pobrecito hijo suyo que por no ofenderle sale de su acogida a buscar el sustento sin saber dónde le ha de hallar se va Dios como padre piadoso y le avisa dónde está el sustento; en los peligros le vocea, y a divinas atenciones se le saca a la necesidad casi de la garganta.

Acaba de leer el papel el adúltero, y con los favores que en él ha leído queda loco, y tan loco que arroja lo que tiene: alarga la mano a los calzones, saca un doblón de la faltriquera y dásele a la portadora. Dar es siempre o piedad o gallardía; siempre el arrojar es locura. Dar al que no ha menester es agasajo; dar al que ha menester, socorro. Dar en gratificación de una culpa es arrojar, y arrojar el dinero siempre es de locos. Arrojar es desperdiciar; pero nunca más desperdiciado lo que se arroja que cuando se echa en parte indigna: no hay más indigna parte que la mano del que tercia en un vicio, ni más desperdiciado dinero que el que se pone en aquella mano. En un cenagal está el dinero más perdido que en otro lugar alguno: ¿qué más cenagal que la mano que les aprieta el nudo a dos voluntades deshonestas?

Toma la mujer el doblón, bésale muy bien hallada con su suerte. ¿Habrá en el mundo quien crea que quien le da veneno le da de comer? No habrá quien lo crea; y si hay alguno, es el que recibe estipendio por un delito. La muerte va en ese bocado, a ese tosigo mueren las virtudes. Quien no vive para Dios no vive. Esta infeliz mujer, de miedo de la necesidad, sin duda andaba en estos pasos. Nadie sirva —otra vez lo digo— a quien le obligue a ser malo por parecerle que le ha de faltar el sustento: atrévase a padecer, que ahí hallará la conveniencia.

El balaje es una piedra muy dura, pero piedra que rehace las amistades perdidas y causa sanidad en el cuerpo con quien anda. Quien no tiene otra forma de vida más que servir a un amo vicioso, déjele y pida limosna. Dura es la necesidad como una piedra, pero esa necesidad padecida por Dios tiene la virtud del balaje: ella reconcilia al pobre con el mundo. Aborrece el mundo al pobre; pero cuando el pobre es pobre por no ser malo, la virtud de su necesidad tiene virtud de hacerle bienquisto: con esto halla muchos que le socorran. Reciba de limosna el mendrugo de pan duro como una piedra por no hacer cosa mala, que en ese pan que parece piedra está la virtud de la piedra que da sanidad y alegría. De los trabajos hace Dios alivios para quien se toma por Dios los trabajos.

Recibe La mujer de palabra la respuesta y vase. En quedando solo vuelve, hambriento de más engaños, a leer el billete. Las palabras de una mujer que le quiere son muy dulces pronunciadas, dulcísimas escritas. Pronunciadas, se oyen solamente; escritas, se ven y se oyen. Oídas, no parece que tienen vigor más que de palabras; leídas se miran como escritura de obligación; fingir hablando parece liviandad; fingir escribiendo parece delito. No sé si es acertado enseñar a escribir a las mujeres.

Vístese lleno de alborozo. No hay por qué reñir aquella mañana en su casa: todo le agrada, aunque esté mal hecho. Un veneno hay que mata con risa. Este veneno toman los favorecidos: la muerte les da el favor que reciben, pero ellos se mueren riéndose. Dase prisa a vestirse; pero la prisa no le olvida del aliño, ni la gana de parecer bien le olvida del cuidado de ir apriesa. Entra en el templo donde sabe que ha de ir su dama, llega a la pila del agua bendita porque ve que llegan los otros: hace que mete la mano y no moja el dedo. Un elemento huye de otro: el fuego no se atreve a llegar al agua. No es mucho que huya del agua bendita el fuego del amor deshonesto. Una fuente hay cuya agua quita el amor a los que la beben, su nombre es Cisice. El agua santa que está a la entrada de las iglesias tendrá esta virtud si se toma con gana de que obre su virtud en las pasiones. Pídele a Dios, quien llega a aquel agua, que le apague con ella los incentivos de la sensualidad, que, Dios rogado, hará que aquel agua divina medicine los ardores excesivos de la carne.

Entra, pues, en el templo, y lo primero que encuentra es con el marido a quien ofende. Mírale con falsedad y búrlase dél entre sí: parécele hombre de menores merecimientos que los que él tiene, pues su mujer le hace una traición por hacerle a él un agasajo. Mírale como a hombre de quien no hacen caso en su casa y mírase a sí como hombre de quien hacen más caso. Todo esto le causa risa interior, y el no resistirse a esta risa es una de las mayores crueldades que caben en el pecho humano. ¿De qué se burla este hombre inicuo? ¿De que tiene aquel triste hombre una mujer tan perversa que en agradecimiento de haber partido con ella la honra y la hacienda ella le echa a perder la honra? ¿De que por hacerle a él un gusto le hace una sinrazón a quien no se la merece? ¡Oh rigor tremendo! Si un ladrón se riera de ver que se helaba de frío aquel a quien él había desnudado, ¿no era inhumana fiereza? Pues mayor crueldad comete quien se ríe, quien se burla de haberle quitado a su prójimo la estimación en su esposa, porque el frío con otra capa se remedia, pero no queda con qué deshacer aquella ignominia.

Entra la adúltera en la iglesia, pasa por junto a su marido mesurada, vuelve al galán los ojos cariñosa. Alégrase de verle, ya porque es de su gusto, ya porque le mira como a instrumento con que toma las venganzas de los disgustos caseros. No hay disculpa para ser malos. La mujer casada más ofendida de su esposo le ofende sin disculpa: si la maltrata súfrale, que con la paciencia o a él le hará mejor o quedará mejor ella. Los Gentiles, cuando hacían sacrificio a la diosa de los casamientos le sacaban la hiel al animal que sacrificaban. Los casados han de vivir sin hiel. La mujer que en el matrimonio se sacrifica a Dios no ha de tener hiel para con su esposo o no le hizo a Dios buen sacrificio. Para que se vea cuán sin disculpa yerra la mujer que ofende aun al marido más injusto, repárese en que, si es acusada desta culpa, los jueces, para castigarla, no preguntan la causa, sino averiguan el delito. Convencida, la condenan a muerte aunque su marido la hubiese dado mucha causa. En las demás venganzas se mira con clemencia el irritado, en ésta no hay para el irritado clemencia. Si un león a quien un hombre diese la comida y de cuyo abrigo y comodidad cuidase se volviese contra él porque un día le llevó tarde el sustento o porque le tiró para enderezarle de la melena, le tendrían todos por ingrato: más horrible sería como desagradecido que como fiera. ¿Con qué ojos mirará el mundo, con qué ojos mirarán las leyes a la mujer que porque su marido la hace alguna vez mal pasaje se vuelve contra la honra de su marido?

Oyen los dos adúlteros misa alegres y obstinados en su culpa. La presencia de Dios hace en el Cielo impecables: bien pudiera la presencia que nos hace de Dios la fe en el templo obligarnos a que en el templo no pecásemos. Una de las razones por que hizo la Iglesia a los días de fiesta las vigiliass fue por que nos previniésemos para entrar en el templo el día siguiente sin pecado. Eso quiere decir «vigilia»: velar y atender. Dondequiera parece mal el pecado, pero en templo abominablemente. Por quitar de los ojos de Dios esta fealdad hizo la Iglesia las vigiliass; pero éstos adúlteros, contra el cuidado de la Iglesia y la reverencia de Dios, llevan a la iglesia su pecado.

Hácele la mujer la seña conocida para que se vean en la parte que suelen. Él la atiende gustoso y hace casi invisibles los ademanes de la obediencia. Ella toma el camino de su casa contenta con haber visto al adúltero; él sale de la iglesia deseando que llegue la hora señalada de ir a ejecutar sus mal sufridos deseos.

¿Cuántas cosas malas pensará este hombre perdido que hace con este error en que vive? Él debe de pensar que pocas. Pues entienda que son muchas. Lo primero, se opone y ofende a un sacramento que instituyó Dios casi en el Cielo, porque era casi Cielo el estado de la inocencia en el Paraíso. Tan puro quiere Dios que sea el estado del matrimonio como el estado de la inocencia en que fue instituido, tan dulce, tan agradable como el Paraíso en que se instituyó quiere que se conserve. El adúltero, contra este deseo divino, echa en el matrimonio una mancha que le nubla la pureza y una discordia que le convierte en infierno.

Uno de los mayores daños que hace el adúltero es hacer criar al triste marido hijos ajenos, que a él le llenan de cuidados y a los hijos propios los menguan o les arrebatan la hacienda. QUITAN con esta maldad un adorno grande del matrimonio, que es parecerse los hijos a su padre. Con la semejanza alegran y aseguran el corazón del que los hizo y le certifican al mundo la honestidad de su madre.

El adúltero pierde el respeto a las leyes de la patria que prohíben este delito con mucho desahogo, que es como tratarlas de débiles o indiscretas. Quien se burla de la fuerza de otro presume que puede más que él. Quien mofa del entendimiento de otro le mira como a sujeto de poca importancia. Jugar con las leyes como con cosa desarmada es soberbia muy delincuente. Mirar a las leyes, que son el entendimiento de la república, como a cosa de poco momento tiene de sacrilegio la malicia; y siendo verdad que la patria es madre, el perderla el respeto, ¿cómo podrá dejar de ser muy grave culpa?

Finalmente, el adúltero maltrata y destruye la honra del que ofende; que aunque nadie sin culpa suya puede estar deshonorado, el vulgo no sabe hacer estas distinciones: por tan azotado tiene al que azotaron sin culpa como al que azotaron con ella. Los ojos humanos, con el mismo horror miran al cadáver del que se murió que al cadáver del que se mató. Los que saben que aquella mujer fue adúltera —que en el mundo todo se sabe— miran al marido con la misma desestimación que si hubiera tenido la culpa de que lo fuera. Quien por un apetito hace tantos daños mire qué daños merecerá por este apetito. A ninguno de los animales le palpita el corazón sino al hombre: debe de ser porque está temblando siempre de la justicia divina. Quien tiene el corazón tan discreto, ¿cómo no se aconseja de cuando en cuando con su corazón?

EL CELOSO

CAPÍTULO V

SIEMPRE me han parecido discretos los poetas, y en hacer jeroglífico de los celos al color azul me han parecido más discretos. El color blanco deslumbra mucho; el color negro escurece mucho: el color azul toma destos dos colores y se templea en un medio que ni es totalmente claro ni totalmente oscuro. Los celos son desta manera, porque son una cosa ni de todo punto escondida ni de todo punto declarada. Hacia cual-

quiera parte déstas padece mucho el que los tiene. Si se va⁴ hacia lo oscuro por encontrarle la raíz a su malicia, yerra como el que anda a tienta, que no halla lo que busca y halla en qué lastimarse. Si se va hacia lo claro, cuando piensa que su presunción ha descubierto una verdad tan patente como el cielo que mira, halla que es aquella verdad como lo azul que mira en el cielo, que no es cielo, sino aire. La comparación de su verdad le hace la verdad dudosa. Si quiere persuadirse a que es vana su sospecha, encuentra en las primeras confusiones quien se lo impida. Si quiere creer que es cierto su agravio, el engaño del aire que parece cielo se le desvanece. En esa neutralidad padece una de las mayores borrascas que pueden entrar en los humanos corazones.

Entra —sea porque viene bien a nuestro propósito— el sábado en la noche el galán en casa de su dama. Hállala previniéndose de aliños para el día siguiente. Ve sobre un bufetillo un abanico de mucho valor que él no ha dado: pregunta que por dónde vino allí aquel abanico. Dícele la dama que se le ha presentado una amiga suya, y él dice entre sí que desde cuándo son las amigas tan dadivosas. Empieza a no creello y empieza a tornar pesadumbre: alárgase de rostro y acórtase de palabras. Pregúntale la mujer que qué tiene, y él disimula y responde que nada. Estase un poco, por no declararse, y vase confuso.

En saliendo a la calle ve muy cerca de la puerta un hombre parado: entra de golpe en la sospecha de que es aquél el que dio el abanico y que quiere entrar por el agradecimiento. Por no ponerle en recelo pasa la calle, da la vuelta muy apriesa por otra y halla desaparecido el bulto. Cree con toda certeza que está ya en la casa. Llama perdido de enojo a la puerta, y lo que tardan en abrirle piensa que es tiempo para esconderle. Ábrele la criada, él entra descolorido; pregúntale la dama que a qué vuelve, él no se atreve a decirlo por si se ha engañado. Busca alguna ocasión para andar por la casa; registra lo más que puede registrar sin que piensen que registra: no halla el hombre que busca y aún duda si queda allí el hombre. Vuelve a salir a la calle, ándala treinta veces, no encuentra presunción nueva y al fin se va lleno de celos a su casa.

Entra en ella riñendo aunque no haya por qué reñir en ella. Pide la cena, y da la cena al diablo. Deja la cena y vase a la cama, no por] dormi, sino por quedar a solas con su pesadumbre. Entra en ella y hace que le maten la luz. Piensa en la facilidad que presume en la mujer y tiénela por ligera; piensa en lo que ha hecho por ella y tiénela por ingrata, piensa en los merecimientos propios y tiénela por de mal gusto. Determinase a dejarla y hácele soledad su hermosura. Busca disposiciones de vengarse y no halla sujeto en una mujer para los rigores. Quiere que no importe nada lo que ha presumido y mira como infame a su pensamiento. Con cada cosa déstas da un vuelco en la cama, y con ningún vuelco mejora de sitio.

Otra vez me parecen discretos los poetas. Fingen que en el Infierno hay tres Furias, que son la suma crueldad del Infierno. Dicen que son hijas de Aqueronte y de la Noche. El padre es un río que pasa por junto al Infierno hirviendo en venenos y horrores, y la madre es una privación de luz llena de confusiones y congostas. Las galas de su tocado son víboras, y las joyas de su pecho son áspides. Estas tres Furias le nacieron a nuestro celoso de la privación de la luz de la verdad y del veneno infernal del amor que él se llevaba. Rodando le traían por el lecho como si le volvieran sobre abrojos. Las víboras de sus sienas le mordían el entendimiento con tal dolor y tal presteza, que le movían como a loco. Los áspides que

4.- Eds. consultadas: 'vé'

al pecho les pendían le picaban con tal furia el pecho, que no le dejaban más de una migaja de vida por que no descansase en la muerte.

Con estas penas pasa el triste celoso lo más de la noche, y allá al amanecer se duerme. Apenas ha cerrado los ojos cuando sueña todo lo que pensaba y padece soñando cuanto padeció despierto. Ordinariamente los que duermen de noche empiezan a soñar allá a la mitad del sueño que se hace de noche ordinariamente. La razón de esto es porque los vapores que causan el sueño están disminuidos y sutilizados: líbranse un poco los sentidos interiores aunque los exteriores se queden atados e impedidos. Los que están en la cama desvelados con alguna pesadumbre grande apenas juntan los parpados cuando sueñan; esto es porque los vapores que les hace el sueño son débiles y flacos, y no se apoderan del todo de los sentidos interiores aunque los sentidos de afuera quedan suspensos. Con esto, el sueño en nuestro celoso no viene a ser descanso, sino tormento, y aun tormento mayor que el que despierto tenía. Diré por lo que es su tormento mayor soñando: lo que fantasiamos despiertos nos lo hace menos presente y menos creíble la verdad de los sentidos; lo que dormidos fantasiamos, como no hay sentido que nos lo contradiga, lo miramos como presente y lo creemos como infalible. Por sola una noche de celos pudiera un hombre estar enamorado un año. ¿No se huelgan bravamente? No debe de tener el Infierno mayores ansias.

Amanece el domingo, no puede el hombre sufrir la cama; salta della y vístese sin orden y sin aliño. Persevera en su inquietud y no se quiere despegar de su cuidado. Hombre desatinado: ya es otro día, ya amaneció el día de Dios, ya es día de sosiego, ya es día de holgura, día es de que descansa el cuerpo y día también de que no trabaje el alma. Aparta el corazón desas fatigas que te apartan de Dios; piensa en Dios por que te quite esas fatigas. Considera los beneficios que en domingo ha hecho Dios al mundo: en domingo le crió, en domingo nació el Verbo vestido de carne humana, en domingo resucitó y en domingo vino el Espíritu Santo sobre sus Discípulos. Si todo esto no lo agradeces eres ingrato contra el Padre, cuyo soberano poder hizo al cielo y la tierra; contra el Hijo, que con su sabiduría redimió al mundo; contra el Espíritu Santo, que vino a inflamar en su amor a los que habían de publicar el Evangelio por todas las regiones. ¿Por no pensar en esto quieres ser desagradecido a tu Criador, a tu Redemptor y a tu Consolador? Razón será que hagas tú mucho por Dios el día en que Dios hizo por ti el mundo; razón será que te guardes de la muerte eterna el día en que Él nació para morir por darte a ti la vida; razón será que salgas del sepulcro abominable de tus vicios el día en que Él salió del sepulcro donde, en cuanto hombre, estuvo por tu causa muerto, y razón será, en fin, que te dispongas tú para recibir al Espíritu Santo el día en que Él para beneficio universal fue enviado a la tierra.

Todo esto sería razón, pero a nada desto atiende nuestro celoso; antes desatinadamente inquieto entra en la iglesia en que suele su dama oír misa: hállala en ella, váñsele tras della los ojos y él tira de sus ojos por que no estén con ella. Vela con el abanico en la mano, que fue la primer materia de su inquietud y que aviva con su aire el incendio en que se abrasa; vela con él y piensa que cualquiera de los mozos que están cerca della es el que se le dio enamorado. Si alguno la mira, se afirma en que es aquél el que le lleva la dicha. Si alguno no la mira, se persuade a que es aquél el escogido, y que la está obligando de nuevo con el recato. Si alguno entra de priesa por la puerta, juzga que es el que estaba la noche antes parado en la calle, y que viene enmendando la tardanza con la priesa. Todos estos

tormentos permite Dios que le resulten del pecado por que le alumbren los tormentos, mas él los padece para sentirlos y no para aprovecharlos.

Lo que hace dormir a los niños despierta a los hombres: para que un niño duerma le mecen, para despertar a un hombre le menean. Llena de penalidades Dios los vicios por que por ellos los aborrezcamos, por que con su inquietud despertemos del sueño de la culpa. Los que son hombres que usan de la razón, con el desasosiego que el pecado trae consigo despiertan del sueño del pecado. A los hombres que están tan torpes como si aún no les hubiera llegado el uso del entendimiento se les dispone mejor el alma con las inquietudes de el vicio para dormir en la culpa. Moverlos con las descomodidades es mecerlos.

Lleno, pues, nuestro infeliz hombre de agonías se está en la iglesia todo el tiempo que se está la dama en ella, y se está toda la mañana. Mucha iglesia, o es devoción o entretenimiento, y en esta mujer no debe de ser devoción Empiézanse los oficios divinos, imitan los coros a los Ángeles: cantan alabanzas de Dios, festéjanle en cláusulas proporcionadas y danle, en fin, una música muy de su gusto aunque la música no sea buena, porque no repara en los sonidos, sino en los afectos, ya de los que cantan, ya de nuestra Santa Madre la Iglesia, que la instituyo devota. Esta semejanza del Cielo pudiera parar en sus locuras a este celoso; esto que deleita a Dios pudiera a él despenarle; pero él se está tan enmarañado en sus tormentos como si estuviera con ellos a solas.

Otra vez me viene a propósito para comparación un niño: quiere hacer dormir a un niño la mujer que le cría: tómale en brazos y canta. El chiquillo entonces, como por cláusulas se va durmiendo. La causa desto es porque la sustancia de la música, como la de todas las demás ciencias, esta embebida en el alma racional, y de tal manera están en ella embebidas todas, que hubo en la antigüedad hombre muy grave que dijo que las ciencias no las aprendían los hombres, sino que hablándoles en ellas se acordaban dellas. Los corazones de los niños no tienen pasiones que los diviertan; con esto, en el punto que oyen cantar se les acuerda fácilmente la verdad de la música, y con el deleite que della les resulta se duermen. Los que están en la iglesia desembarazados de pasiones humanas, como en el alma tienen ingerida la razón de aquella música se les acuerda su razón, y con el gusto que los baña se suspenden. El corazón del celoso está tan lleno de pasiones, que aun el devoto canto de la iglesia no le mueve especies para que se acuerde de las alabanzas que merece Dios, porque sólo se le acuerda lo que él padece. Olvidado, pues, de Dios, está el celoso en el templo, donde le están acordando a gritos; oye misa sin oírla, y sale dél tan sin provecho como si no hubiera entrado.

EL ENAMORADOR

CAPÍTULO VI

ALGUNOS hombres hay que para querer a cuanta mujeres hay en el mundo no han menester más de que ellas quieran, y para ver si quieren ellas manifiestan su inclinación a todas. Levantase el día de fiesta el mozo lascivo sin hacer en su frente la señal de la Cruz ni rezar, aun vistiéndose, una Avemaría. ¿Cómo no ha de caer en innumerables pecados? La mordedura de la serpiente hace mayor daño al que está en ayunas, porque está en ayunas el cuerpo interior muy fácil para recibir impresiones. Mucho ha que el Demonio es serpiente: llega a tentar al que no se ha desayunado de cristiano, halla la porción interior muy dispuesta para impresiones nuevas y logra toda la malicia de su veneno. Acuérdesse de Dios el que amanece, que Dios se acordará dél todo el resto del día.

Quédase el tal hombre en levantándose en jubón, pónese una bigotera y asómase a una ventana que sale al patio: ve a una mozuela, criada de un vecino, sacando agua del pozo y dícela, de manera que lo oiga: «¡Muy hermosa amanece usted! Y ya para mí no amanecerá día bueno si como es hermosa es ingrata». Venido a saber la hermosura con que sale, es un cabellejo corto, sucio y enmarañado, un pellejo muy basto en la cara, en quien despolvorearon pecas, y unas barbas de tizne trasnochada. Ella le responde una vulgaridad muy desagradable, él prosigue sus ternezas, ella se va con su caldero de agua, arqueada por el lado que le lleva, y él se quita de la ventana tan olvidado della como si no la hubiera visto en su vida.

Empieza a lavarse las manos y llaman a la puerta. Él sale a ver quién es, y antes que acabe de abrir dice mujer en voz moza: «¿Qué se alquila aquí?». Él acaba de echar la puerta hacia la pared, ve una mujer, no de mal traje, con el manto sobre el rostro, y sin saber si tiene los ojos cabales o las narices enteras la dice: «Mi señora: arriba pienso que se alquila un cuarto; pero este en que yo estoy será siempre de vuesa merced, si tiene la felicidad de que le admita». La mujer pregunta, sin darse por entendida, de qué precio es el cuarto que está vacío, y él responde: «De mil y quinientos reales. Pero no le dé a vuesa merced cuidado el precio si el cuarto fuere de su gusto, que yo cuidaré de que el casero no la moleste». Ella se despide cortés diciendo que no ha menester tanta casa, y él se entra diciendo a la criada que deje lo que hace y le vaya por un pastel, porque se muere de hambre.

Como se dejó la puerta abierta, pasa el aire y llévale unos papeles que están sobre el bufete; él se baja para cogerlos cuando suenan en la calle tortillas de leche. Llámalas un chiquillo de el cuarto de arriba; la que las vende entra en el zaguán y pregunta qué quién llama las tortillas. Él lo oye, y dejando los papeles esparcidos por aquel suelo sale a ver la tortillera: es una muchacha negrilla, con una rodilla por toca, con un corpiñeje que no se sabe de lo que es y con unas enaguas de frisa verde tan angostas que más parecen contera que enaguas. Mientras el muchacho de arriba escoge su tortilla y la concierta está el enamorado diciéndola dos mil lisonjas, y que si quiere entrar en su cuarto se almorzará un pastel por que han ido. La muchacha recoge su envoltorio de pan para irse; el hombre porfía en su pretensión, ella le dice: «¡Han visto el señor y la gana que tiene de jugar!». Sale

a la calle, y apenas ha puesto los pies en ella cuando empieza a pregonar tortillas de leche con un chillido tan agudo que mata al que tiene cerca sin sacalle gota de sangre.

El enamorado se queda en el umbral mirándola, y por donde ella va ve que vienen dos mujeres con traje de cuerdas y semblante de honradas: la de delante es moza y no fea; la de detrás, anciana y no horrible. Apenas ha aparejado con él la moza cuando la dice: «¡Muy dichoso será el que llevare a usted por mujer! Y ojalá fuera yo tan dichoso que mereciera la licencia de servirla». La doncella se echa el manto por el lado que el hombre la habla, prosigue su camino. Llega la madre: él la hace una grande cortesía, ella corresponde con otra. Continúan entrambas su viaje, y él en viéndolas ya desviadas se entra en su casa cantando un tono antiguo.

Parécele hora de acabarse de vestir: pónese la golilla, y la ropilla tras ella. Antes de acabarse de abotonar entra el ama con el pastel tibio y marchito: el hombre le toma, y en pie y doblando el cuerpo por no mancharse, le tira unos bocados de lebrél, apartando tanto el brazo del pecho, que ha menester irse tras del pastel como si se le llevaran.

Acábase de vestir, llama a la criada para que cierre el cuarto, y al ir a poner los pies en el portal dice entre sí: «¡Cuerpo de Dios, lo mejor se me olvidaba! El papel que he de escribir a la doncella que vive encima de la vidrería, que tengo un chulillo de la misma casa que se le lleve». Vuelve a entrar, tira de una silla, llégala a un bufete, echa la espada hacia adelante, siéntase, dobla medio pliego de papel, afila la pluma en la ropilla y escribe estos disparares:

Mi señora: antes que viera a V. M. me parecían todas las mujeres hermosas. Después que la vi, ninguna sino V. M. Tanto es lo que las excede, que las hace a todas feas. No había de nacer con buen gusto quien tiene pocos merecimientos: yo soy tan desdichado que tengo pocos merecimientos y buen gusto. El gusto me hace amor con que adorar a V. M.; la cortedad de los méritos no se atreve a la esperanza. Agradézcame V. M. la elección, pues es buena, y desestime lo demás, pues es malo; que con lo primero quedaré dichoso, y con lo segundo no quedaré ofendido. Guarde Dios a V. M. más que a mí.

Cierra el papel en triángulo, métese en el seno por que no se ensucie, sale a la calle y encamínase a la parroquia. A pocos pasos que anda encuentra dos gitanillas mozas que ya conoce; encárase con ellas y dícele a la una: «¡Qué hay, Elenilla? ¡Cómo no me vas a ver? Ya sabes que te quiero mucho». Ella dice que un día ira a su casa, que la dé para bizcochos; él la da un real de a dos y divídense. ¡Que haya en el mundo hombres que gusten de gitanas! A mí me parecen animales de otra especie; y no otra especie de animales bienquistos, sino de animales aborrecibles.

Va el hombre prosiguiendo su vereda y va chocando con cuantas mujeres topa. Si encuentra una preñada con razonable rostro, la dice: «¡Alumbre Dios a usted, que bien lo merece quien a todas deslumbra! Y yo, aunque merezco poco, mereceré por mi voluntad que vuesa merced me emplee en su servicio». La mujer, con bajar los ojos le despide. Nadie reprehende con tanta fuerza callando como una mujer honesta: su silencio propone su honra, y su honra acobarda el atrevimiento.

Si encuentra una viuda de buen semblante, la dice: «Mucho le debió de pesar a su marido de vuesa merced de morirse; no porque se moría, sino porque la dejaba. Pero si vuesa merced me quiere por substituto de sus atenciones, desde luego me ofrezco a ellas». La

mujer le mira como a figura, y con el desprecio le castiga. Para las cosas que no se pueden castigar no hay más castigo que el desprecio.

Si encuentra una labradora, la dice: «Niña: muy lindas flores se crían en tu lugar, y yo soy muy amigo de flores. ¿Quieres quedarte conmigo?» Las labradoras que están de paso en los lugares populosos son más honradas en ellos que en sus lugares, y en sus lugares son casi todas honradas. Ésta no hace caso deste hombre, ni a él se le da mucho de que haga dél poco caso. A quien pone el gusto en muchas partes, en ninguna se le hace disgusto.

Entra en la iglesia y entra mirando las mujeres por entrambos lados. Oye misa no dejándose oír a las que están juntó a él. En oyéndola sale al cimiterio, incorpórase en un corro de conocidos y no pasa mujer por allí a quien no le dice su terneza. ¡Válgate Dios por hombre, y los pecados que haces con la facilidad de esa lengua!

A los brutos concedió lengua Dios, pero no palabras; porque no les dio entendimiento para poder hacerlas, y ni aun los brutos quiso que hablasen desatinos por que quedaran más feos brutos. ¡Qué torpezas dijera el toro enamorado! ¡Qué liviandades el palomo lascivo! Sin ser esto delito en los animales, fuera aborrecible en los oídos de la Naturaleza. ¿Cómo sonarán en los oídos de Dios las palabras de un hombre que habla como bruto o que ofende como hombre? La cosa que más entendimiento ha menester en esta vida son las palabras, por eso tiene sólo facultad de formarlas quien tiene entendimiento. Para obrar bien cada animal dentro de su naturaleza cualquier instinto basta; para aliñar palabras es el entendimiento preciso. Tener entendimiento y hablar culpas es terrible culpa. No usar de el entendimiento para hablar, que es uno de los principales fines para que fue dado, es deslucirle a Dios un primor grande de la fábrica del hombre.

¿Tan poca cosa es un pecado, que se hacen tantos con facilidad tanta? Un pecado mortal descompone un alma y la destruye. Muerta queda un alma con una culpa mortal: muerta queda, y con todas las abominaciones de muerta. Si un hombre le anduviese poniendo a otro delante de los ojos un cadáver lleno de gusanos y de horrores, no hay duda en que le enojaría y en que le obligaría a que anduviese huyendo el rostro de los horrores y de los gusanos. El que está en pecado mortal le anda poniendo a Dios delante un alma muerta, y muerta con más fealdades que el cadáver más feo. Lo muy hermoso se corrompe con abominación tremenda: quien supiere la hermosura de una alma en gracia conocerá la figura en que puede quedar cuando la pierde. Dios tiene delicadísimos los ojos: claro está que se disgustará de verla. Cada culpa mortal que se comete es una fealdad más para aquel alma y una razón más para que Dios se enfade de verla. ¿Cómo, pues, hay quien no repare mucho en añadir pecados a pecados, siendo cada pecado, que se añade una causa más para que Dios se desvíe?

Pensarán que paran aquí los inconvenientes. Pues aún no han parado. El ánimo determinado a pecar a todas horas hace peligrosísima la hora de la muerte, porque aquella larga costumbre toma porfía de naturaleza. Tienta el Demonio en los últimos instantes de su vida al que en su vida pocas veces o ninguna se resistió a las tentaciones, y él, en aquellos instantes tan peligrosos, como por curso natural se va al consentimiento. No es imposible el defenderse, pero es muy dificultoso. Quien ha hecho muchas veces una cosa, si se ve en paraje de hacerla, aun sin irla a hacer la hace. Quien la ha hecho pocas veces, aun con cuidado suele errarla. No es aprieto aquél para no llevar aprendido lo que en él debe hacerte. El que sabe de cierto, sin saber cuándo, que precisamente ha de tener un desafío,

en que es fuerza salir o vencedor para siempre o para siempre vencido, si no cuida mucho de la destreza de las armas con que ha de pelear es declaradamente loco. El que sabiendo que precisamente ha de morir, y que en este trance ha de entrar en singular batalla con el Demonio, y no va muy acostumbrado a las venidas con que ha de vencerle no tiene juicio.

Por sólo el quebradero de cabeza y las mohínas que tiene el andar enamorando a muchas, por desahogado que sea el que las enamora, pudiera dejarlo. ¡Qué de respuestas desairadas se oyen! ¡Qué de condiciones prueban! ¡A qué variedad de gustos es menester estar rendido! ¡En qué diferencia de lenguas es menester estar enseñado y qué distintas peticiones se padecen!

Esto que siempre con tanta razón había de dejarse en cualquiera día, en ninguno con tanta como en el día santo: el día, digo, de fiesta, en que la Iglesia convoca los fieles para representarles en la misa la vida y pasión de nuestro Redentor Jesucristo. En el altar en que se sacrifica ha de haber una Cruz precisamente. Una de las causas para que allí se pone es para que arrimados a ella descansemos de la fatiga de los vicios. En el altar se pone una Cruz: los más de los viciosos no reparan en ella; los que reparan apartan della el pensamiento, queriendo más lastimarse en los deleites que descansar en sus brazos.

El fresno es un árbol muy amigo de el hombre, dél se hacen las picas con que pelea en la campaña, y arrimado a esa pica suele descansar cuando no pelea. Las culebras tienen tanta oposición con este árbol, que si por una parte las cercasen de sus ramas y por otra de ascuas abrasadoras se arrastrarían antes por las ascuas que se llegarían a las ramas saludables. Lo que las culebras con el fresno hacen con la Cruz los viciosos: echan por los deleites que los han de maltratar y huyen de las ramas que los han de acoger. Cristo dejó su Cruz muy amable: quien se aparta della no le ha conocido. No parece que la ha conocido este que no cesa de enamorar, pues el día que en el altar se la pone la Iglesia delante para que en ella sosiegue, él echa por los desasosiegos de su apetito.

EL HIPÓCRITA

CAPÍTULO VII

MUY amable es la virtud. Con mucha razón estiman a los virtuosos los que los estiman y los aman; y los aman muchos malos, siendo la virtud enemiga del vicio. Una especie hay de piedra imán que si se tocan con ella los filos más rabiosos de una espada se puede empuñar por los filos y pasar por ellos la mano muchas veces y muy recio sin padecer dolor ni quedar con herida. La virtud, refregada en el corazón de más terribles pasiones, dispone aquel corazón de tal modo que no ofende ni lastima aun a los malos que le manosean. Llega el soberbio al virtuoso, y como es virtuoso, aunque le manosea no halla en qué herirse: si no le hallara tocado de la virtud quizá saliera vertiendo sangre. Llega el que malbarata su hacienda a que le preste dinero el virtuoso para socorrer su necesidad, y encuentra sin usura el empréstito aunque el corazón del

que le hace sea inclinado al aprovechamiento: tocole la virtud y no hace daño. Irrítase el iracundo con el virtuoso, y como en la paciencia no tiene qué hacer el ámago, queda sin los achaques de una pendencia el iracundo.

Los buenos aman y favorecen a los buenos por la semejanza, y muchos malos por la suavidad de sus costumbres: esto es por el imán de la virtud de⁵ que están tocados, que tiene virtud de hacer que no lastimen. Por esta suavidad y por aquella semejanza están los virtuosos las más veces socorridos y venerados, y con mucha razón venerados y socorridos. Ven estas honras y estas conveniencias de la virtud algunos malos, y contrahacen la virtud por gozar de las conveniencias y las honras. Éstos son los hipócritas.

Levántase el hipócrita de una cama cuya madera es pino. No es la madera en la que se duerme, pero los colchones son nuevos y de lana escogida: en éstos es donde se descansa. Las sábanas, ni gordas que desuellen ni tan delgadas que escandalicen. Las mantas, como todas; pero no raídas, porque se desvergonzaran a no calentarle. La sobrecama, de un color muy honesto, porque los colores son gala, pero no regalo, y él cuida de el regalo y no de los colores. Déjase la cama, después de levantado, ni de todo punto aliñada ni de todo punto descompuesta, por que si entra allí alguna alma piadosa pueda decir que el estar la cama deshecha es disimulo para que piensen que ha dormido en ella habiendo dormido sin duda en el corcho que delante de ella hace oficio de tapete. Nunca se tira bien las medias, por que parezca descuido virtuoso. Los zapatos son anchos, domados y de muchas suelas. No parece penitencia grande: mayor lo fueran unos nuevos y justos tomados por penitencia. Lo restante del vestido es de materia sin precio y de hechura extraordinaria, porque si fuera ordinaria la hechura pareciera necesidad lo vil de la materia.

En estando acabado de vestir abre una alacena que tiene en lo más oscuro del alcoba y echa en un vidrio no melindroso de Venecia un poco de vino de San Martín, que como es vino de un santo le quiere traer consigo por reliquia; moja en él media docena de bizcochos largos y anchos. Bebe sobre ellos un buen trago del mismo vino, y por que no se salga el olor la boca se come tras dél otros dos bizcochillos secos. Da, de más a más, una docena de paseos por la casa —porque el vino, digerido, no acusa el cuerpo en que ha entrado—. Sale al zaguán, cierra su cuarto con la llave y pónese de refuerzo un candado vizcaíno —porque los vizcaínos son muy fieles—. Llega al umbral de la puerta y párase en él: allí, porque hay quien le vea, se persigna con unas cruces muy bien formadas, hace luego una grande reverencia a una imagen que está enfrente; saca un rosario muy largo y con unos pasos muy graves empieza su camino.

Puesto ya allí, lo primero que se le viene a la imaginación es dónde irá aquella mañana que le den algo. Dice entre sí: «Ir a casa de doña Fulana es tiempo casi perdido, porque es mucho lo que habla y luego es casi nada lo que da. Hablaremos dos horas de oración y después podré gastar en un Avemaría lo que me diere. Verdad sea que la doncella que la sirve es tan hermosa que mirándola no hay mal rato. El secretario don Fulano es liberal y caritativo, pero si no está de humor me hará un desaire: lo más seguro es ir a casa del tesorero Fulano, que es amigo de lugares de Escritura y yo vi ayer uno famoso en un libro de romance, tan agudo...».

5.- Eds. consultadas: ñ.

Apenas le llega aquí el pensamiento cuando se acuerda que es día de fiesta: parecele que es preciso ir a poner la tienda en la iglesia donde es el concurso aquel día y encaminase a ella. Llega a la iglesia a que dirigió su camino y entra con unos pasos muy suspensos —ha visto que los virtuosos lo hacen todo de espacio, y su negocio es parecer virtuoso—. De ordinario los que son virtuosos verdaderamente lo hacen todo sin prisa porque les sobra tiempo para todo; y sóbrales porque como ellos gastan lo más de su tiempo en Dios, les dispone Dios su tiempo de manera que con poco tienen hartos para obrar mucho. Buen testimonio es de esto lo que escribió San Agustín, lo que leyó y escribió Santo Tomás de Aquino, y lo que obró y escribió Santa Teresa.

El hipócrita al entrar en el templo entristece el semblante por que parezca que le duele algo interior, y de querer él afligirse a sí mismo se aflige de manera que se pone macilento. Echa con mesura humilde la vista por la iglesia y va a hincarse de rodillas donde ve que está la gente de mejor porte: allí es donde quiere clavar el engaño. Pone ambas rodillas en el suelo con sosegado reposo, dando a entender que va muy de asiento. Mira de hito en hito el altar y luego poco a poco va dejando caer los parpados como que contempla. ¡Ah infeliz hombre, y con qué linda apariencia te pierdes! Esta virtud que tú falseas es tan alta, es tan venerable, que aun sabiendo que la finges, porque parece que estás en oración, no acierto a no reverenciarte. Si yo a este hipócrita que hago en mi imaginación para reprehender a los otros, en llegando a figurarle en contemplación me dejo vencer de lo estimable de la apariencia y no acierto a no venerarle, no será mucho que los que ven en apariencia de contemplativo al que no saben que lo finge, le estimen en mucho.

Cuantos están alrededor de nuestro hipócrita piensan que está en el Cielo admirando y amando los atributos de Dios, y él está pensando en cuál de aquellos que tiene admirados con la virtud que finge se morirá y le hará su testamentario, que es lo mismo que hacerle su heredero. Todos los que le ven alaban su pureza: engañanse con el exterior y engañanse como con los cisnes. Las plumas de el cisne blanquean y brillan aun más que la plata: el Sol piensa que son de nieve y se enfada de que se le resistan. Entre ellas parece que se recoge el alba, de entre ellas parece que nace. ¿Quién creerá que debajo desta blancura hay algo malo? Pues engañarse quien no creyere que es malo todo: la carne, que es lo que está debajo, es negra, dura y de olor enfadoso. La Ley Vieja mandaba que no se comiese esta carne: ¡qué pocos inobedientes hallaría! En odio de los hipócritas lo mandaba. El que sabe que el hipócrita es cisne aborrece el interior del hipócrita. Que el mundo estime y agasaje a los hipócritas no tiene inconveniente, porque piensa que es la virtud lo que agasaja y estima, y sin saber que el ejemplo es malo se suele reformar con el ejemplo. Para nadie es mala esta turba de malos si no es para sí misma. Cogen la cruz de Cristo a cuestras, pero cógenla por el estipendio del regalo y por el interés de lo aplaudido. ¡Allá los juntarán con Simón Cirineo!

Después que ha estado de rodillas grande rato delante del altar nuestro hipócrita, para despedirse dél se humilla y besa el suelo. En viendo esto la mujer sencilla y devota, piensa, como ve aquel cuerpo unido con la tierra santa de la iglesia, que es aquel cuerpo tierra santa. El pulpo es vividor muy astuto: sabe que suelen venir muchos pececillos al abrigo de un peñasco; abrázase con él tan embebido y toma su color tan semejante, que se pegan a él los peces pensando que hallarán en él consuelo y abrigo. En sintiéndolos cogidos en este engaño les echa la garra y se los come. Llega, pues, la mujer devota al hipócrita que

se cosió con la tierra y dícele que la encomiende a Dios; que vaya a su casa, porque tiene algunas dificultades de espíritu que comunicarle y porque quiere que ciertas limosnas se distribuyan por su mano. Agarrola el pulpo: él se tragará las limosnas.

Levántase de allí y vase a otro altar adonde ha salido una misa. Pónese muy cerca de la peaña de rodillas, y al decir el sacerdote la confesión pega él la frente con el suelo, y luego se va enderezando como si convaleciera. Al Evangelio se levanta, junta los pies, pone las manos dentro del sombrero, dejando fuera los pulgares, fija los ojos en el sacerdote y suspéndese inmóvil, en figura de estatua. Llega el memento primero: pónese de éxtasis y da unos vaivenes tan sutiles que parece que le menea el aire. Alza el sacerdote la Hostia consagrada y él asoma al semblante unos indicios de dolor que parece que está padeciendo; y está padeciendo en la verdad, pero no es Dios por quien padece. Lo mismo le sucedió al mal ladrón: estaba en una cruz junto a Cristo y estaba llevándosele el diablo. Este hombre está remedando en el templo un sepulcro de piedras bruñidas: mientras está cerrado es gusto verle, abierto da horror mirarle. Si los que le admiran le vieran por dedentro se apartaran dél como de un sepulcro destapado.

El día de fiesta le instituyó Dios para que trataran todos de vivir aquel día como en el Cielo. El día en que los virtuosos van al templo a convertirse en ángeles va el hipócrita a convertirse en mono. Entre los brutos, éste es el que más se parece al hombre. El hombre es animal más hermoso, y el mono, siendo el que más se le parece, es feísimo. Parece que hizo Dios este animalillo sólo para retratar los hipócritas. Ve esta gente a los virtuosos hacer obras santas: remédanlas ellos, no con el corazón, sino con los visajes, y siendo los virtuosos lo más hermoso que hay en la tierra, son ellos lo más abominable.

A éstos los caza el Demonio como a los monos los hombres. Vanse a los montes en que estos animales habitan los que quieren cogerlos; siéntanse entre los árboles a cuyas ramas huyen, pónense unos calzadillos que llevan, a manera de alpargatas con muchas cintas, y átanselos por muchas partes: andan un poco corriendo y saltando por el campo con ellos; vuelven al punto en que se los habían calzado, quítanselos, déjanselos allí y vanse. Los monos, que desde los árboles lo habían estado mirando, como toda su ansia es remedar al hombre, en viéndose solos bajan, siéntanse en el suelo, métense en los pies los calzadillos, y en lugar de atárselos se los anudan ciegamente: van luego a correr y no pueden menearse. Los cazadores, que los están acechando, en viéndolos ya impedidos en las ligaduras vuelven a ellos, y como no pueden huir los cogen. Ve el Demonio que el hipócrita se ha puesto el traje de virtuoso sin saber ponérsele, mírale enredado y hácele fácilmente prisionero. Muy del Demonio son los hipócritas: Dios los haga suyos.

EL CORTESANO

CAPÍTULO VIII

LOS cortesanos son unos hombres discretos antiguos en la Corte. A éstos, oírlos hablar es gusto, verlos callar es enseñanza, porque hablan en lo que saben y callan en lo que ignoran. Luego hay otros que llaman comúnmente «cortesanos», que son unos hombres entremetidos de juicio y palabreros, que no hay cosa que no censuren, que no hay cosa en que no hablen, y tan ocioso mucho de lo que hablan, que ni es de provecho al que lo dice ni al que lo oye, y tan ofensivo algo, que es escándalo para el que lo escucha, culpa para el que lo dice y agravio para el ausente que sirve de materia. Séanos uno destes cortesanos bastardos muestra para conocerlos a todos.

Sale el cortesano el día de fiesta de su casa y toma el camino de su parroquia, que es aquel día el sitio de la conversación. Entra en la iglesia y hace oración con mucha brevedad: no me admiro, que es día muy ocupado porque es mucho lo que hay que hablar con todos. Siéntase en un banco muy cerca de donde está una mujer confesando con un sacerdote viejo y algo sordo. A la pobre penitente, si baja la voz no la oye el que la confiesa, y si la alza la oye el cortesano. Por huir destes dos inconvenientes mete los labios en la oreja del confesor, y el uno y el otro están en una obra tan sagrada, por el vecino que allí se les ha puesto, con inmensa fatiga. Señor cortesano: ¿no dejará usted confesar a esa señora? Si acercarse donde hablan en secreto es bobería, ¿que será acercarse donde hablan en tan grave, en tan misterioso secreto?

¿Toda la cortesanía ha de ser con el mundo? ¿No ha de haber con el Cielo cortesanía? ¿Porque no parecen de el mundo el penitente y el confesor no ha de haber urbanidad con el confesor y el penitente? ¿Porque se aliña un alma para el Cielo desmerece las atenciones de la tierra? ¿Porque está el confesor desanudando culpas no parece culpa hacer con él una grosería? La discreción humana ¿ha de ser tan corta que no alcance a lo divino? Quien se huelga de parecerle discreto a un hombre cualquiera, ¿cómo piensa que trata a Dios cuando no se le da nada de no parecerle discreto? Siempre es embarazo poca cordura. Los ríos echan por los arenales porque saben qué tiene que hacer el Cielo en la tierra fecunda. ¿Qué mucho hará en dejarle al Cielo la penitente tierra quien sabe que tiene mucho que hacer en aquella tierra el Cielo?

Parécele al cortesano que en aquel sitio no hay con quien hablar y vase a las mesas de las demandas, que están la puerta: siéntase entre los que piden, y por hablar con algunos de los que entran pide de cuando en cuando: pregunta en los ratos vacíos lo que hay de nuevo a los demandantes; dicenselo, y sin saber si es verdad o mentira discurre un cuarto de hora en cada suceso y dice en cada discurso mil desatinos. El río que sale de madre se enturbia; el que habla más de lo que ha de hablar habla lodo.

Sale una misa a un altar que está enfrente: parécele bueno oírla, porque la oirá acomodado y entretenido. Híncase de rodillas entre el banco y la mesa, y ya se arroja sobre la mesa de bruces y ya se desploma sobre el banco de espaldas. A los que tiene junto a sí les habla sin propósito, y a ellos los obliga a que hablen sin sustancia. Dice una chanza y hace reír a alguno. Vuélvese a otro y pregúntale si vio el día pasado la comedia nueva. Él res-

ponde que sí, y que estuvo muy gustoso, porque era grave, sentenciosa y de buen ejemplo. A esto dice el cortesano, que en su vida vio cosa tan mala, porque era una comedia sermón, y que no se va a sermón al teatro de las comedias. Donde quiera que va un hombre lleva el alma, y será muy dichoso hombre si halla verdades que se la compongan dondequiera.

De aquí salta a otras cosas diferentes, con que ni él oye misa ni la deja oír a ninguno. Señor cortesano: no oírás usted misa y dejarás oír misa a esos caballeros? Si gusta tanto de hablar, hable con Dios, que es muy buen oyente. Muy discretas son todas las oraciones: récelas, que Él se holgará mucho de oírlas. Si por que le celebren habla con los hombres, hable con Dios, que celebra y estima todo lo que es bueno más que todos. Si gusta de oír a los que hace hablar, oiga al Hijo de Dios, que es Palabra: a las manos de aquel sacerdote baja el Verbo. Si se deleita en oír hablar bien, calle y oírás a Dios, que le habla a la oreja del alma. Ensordezca por defuera y oírás bien por dedentro. Calle, y oírás verdades divinas; y si ninguna destas razones le vence, pues por parecer entendido habla, calle y parecerá más entendido.

A muchos de los que no oyen misa con la atención que se debe los debe de hacer menos atentos el ver en la misa siempre unas mismas cosas: no hallan novedad y fáltales el gusto. Por lo que no hallan la novedad es por la falta de atención, que si atendieran la hallaran. Son tan innumerables los sagrados misterios que contiene la misa, que oyéndola cada día y pensando cada día en uno diferente les sobrarán cosas nuevas a que atender aunque vivieran mil años. Cierto que los que no están atentos sino donde hallan novedad habían de usar deste arbitrio por estar atentos.

Acabase la misa, ha entrado ya más la mañana, esta la iglesia con más gente: ve el cortesano muchos conocidos, levántase de allí y vase con ellos. Hácese un montón de hombres, con tal organización, que todos se hablan y todos se escuchan, sin estorbarse los unos a los otros. Allí se relatan diferentes cosas. Uno cuenta una pendencia que hubo la noche antes, y el cortesano se empeña en definir el duelo como si fuera García de Paredes —y es para discurrir en aquello como una pared—. Habla otro en un libro nuevo que ha salido: él parte como una flecha al libro nuevo y hace un juicio dél con más satisfacción que pudiera Julio César Escalígero. Bien me parece a mí que si se le pusieran en las manos, no acertara a leerle.

Saca uno de los que están en el corro un reloj para ver qué hora es, y el cortesano dice acerca de su fábrica más disparates que el reloj tiene menudencia. Ya ha llegado al Evangelio la misa mayor y sube el predicador al púlpito. Dícenle si quiere oírle y él responde que aquel padre predica muy de veras, que hace unos sermones muy al alma y que él quisiera el púlpito más entretenido. Señor cortesano: no ha mucha que dijo vuesa merced que la comedia nueva le había parecido mal porque era sermón, y ¿ahora le parece mal el sermón porque no es comedia? Querer en la comedia no más de entretenimiento no es virtud, pero es propiedad; mas querer en el sermón divertimiento es querer una impropiedad y luego flaquear en un vicio. Bien gustosa es la palabra de Dios si se oye la palabra de Dios con gusto. El predicador que mejor habla es el que habla más como Dios. Dios no tiene palabras baldías: no ha de tener palabras ociosas el que predica su palabra.

Uno de los que están en el corro, que poco antes vivía divertido y ya empieza a vivir enmendado, dice que quiere llegarse a oír el sermón desde más cerca. Sonríese el cortesano, como haciendo burla de su reformación. Repara el hombre en ello, pónese colorado; pien-

sa que el tratar de vivir bien es hacerse ridículo, y por no padecer el escarnio deja de acercarle al púlpito. El cortesano hizo aquí lo que allá Herodes: degolló la virtud recién nacida.

Quédase el cortesano con otros, mientras se predica, muy lejos del predicador y muy junto a la puerta. Allí se murmura de cuantos defectos se acuerdan. Rara es la conversación que se puede mantener mucho tiempo sin murmurar; por esto se había de huir de conversaciones largas: empíezase en cosas ligeras y acábase en cosas muy graves. En la iglesia, quiere Dios que se digan los defectos propios al confesor, pero los ajenos a nadie. El cortesano, por la estimación de noticioso dice cuanto sabe, sea malo o sea bueno; y si deja algo, es lo bueno lo que se deja, porque hace más gusto a los oyentes lo malo y se cree más apriesa.

Con más cuidado pone un hombre el pie en el suelo que un animal inmundado de esos que andan por las calles pone en el suelo la boca: el hombre recata el pie de la inmundicia, y este animal mete los labios. La cosa en que menos cuidado pone un hablador es en mirar dónde pone la boca: si encuentra la deshonestidad, allí la refriega; si se le ofrece la sátira, allí la aplica; si la alabanza injusta, allí la zambulle; si la murmuración, allí la embravece. El señor cortesano me perdone, que en el no recatar la boca de nada se parece a este bruto. Mientras el predicador está diciendo palabras santas está él gastando palabras delincuentes en la honestidad de la mujer, en la paciencia del marido, en la hermosura de la soltera, en el disimulo de la viuda, en el venido del galán, en los cabellos del lindo y en el ingenio del estudioso: a nada perdonan sus labios, en todo se manchan. En ninguna parte del cuerpo es tan necesaria la limpieza como en la boca, y el cortesano piensa que la tiene muy aliñada trayéndola por los vicios.

Acaba el predicador el sermón y el cortesano dice que aun sin oírle le ha parecido largo. Él le ha parecido al Diablo corto, que ha sido predicador suyo. Cuando envía Dios su predicador a la iglesia envía el Diablo a la iglesia su predicador: éste es el que va a hablar cosas que hacen daño a quien las oye y a quien las dice. El predicado: de Dios habla a voces; estotro habla en voz baja; pero a éste suelen oír mejor que al otro, y tal vez hace éste más daño, por nuestros pecados, que el otro provecho.

¡Válgame Dios, y lo que ha hablado este hombre en la iglesia! Terrible cosa es que la parte del cuerpo en que Dios aventajó al hombre entre todos los animales, que es la lengua, use de ella peor que todos los animales. Todos tienen ojos y ven; todos tienen oídos y oyen; todos tienen narices y huelen; todos tienen lengua, y ninguno habla si no es el hombre. Todos usan bien della, sólo el hombre la hace instrumento de las ofensas de Dios. Uno de los ministerios para que Dios le dio al hombre la lengua fue para que le alabase. El lugar principalmente determinado para las alabanzas de Dios es el templo, y él se va al templo a injuriarle, que es el lugar de aplaudirle, y a injuriarle con la lengua que él le dio para que le alabase. Yo pienso que una de las razones por que entierran los muertos en la iglesia es por que aprendan a estar en ella los vivos con tanto silencio, con tanta quietud, como están los muertos.

EL DORMILÓN

CAPÍTULO IX

DESPIERTA, dormilón, que es día de fiesta! ¡Despierta, que es día de hacer mucho aunque a ti te parece que no es día de hacer nada! Dios te espera en el templo: no le hagas la pesadumbre de ver que tarda lo que espera.

Esto es hablar con quien duerme: que oye las voces y no entiende las palabras. Bien oye el que está durmiendo en su cama a las once de el día el día de fiesta que le vocea la obligación de la misa, mas no atiende a las razones con que le vocea. Al que le hablan cuando duerme, no entiende lo que le dicen, aunque le quiebren el sueño, y se vuelve del otro lado. Al que duerme en la hora que ha de oír misa, bien le inquieta la obligación a que falta, pero él se vuelve del otro lado por que no le inquiete la obligación: a grandes bienes le llama, pero él tiene el dormir por el mayor de los bienes.

Cierto que lo yerran: el sueño necesario es imagen de la muerte, pero el sueño excesivo es la muerte misma. El sueño necesario parece que mata, pero no hace más de suspender las obras exteriores de la vida para aderezar la vida para sus obras: vida fue el parecer que faltaba a la vida. El sueño demasiado está tan lejos de hacer este beneficio, que aun después que despierta el que durmió mucho está como muerto: quédale el discurso torpe, confuso el juicio, los sentidos inhábiles, inmóviles los miembros, y los ojos hinchados, a manera de cadáver que empieza a corromperse. El que durmió lo necesario despertó para vivir: no era su sueño más que imagen de la muerte; el que durmió lo excesivo despertó para estar como muerto: era su sueño la muerte misma. No parezca este encarecimiento demasiado, porque si se tantea la torpeza con que está despierto el que duerme mucho hasta que se vuelve a dormir, se verá que está siempre como durmiendo, queda como muerto siempre.

Considere luego el dormilón el tiempo en que duerme y verá cuán grande error es dormir a aquellas horas. Duerme por la mañana, que es la mejor parte del día, cuando el Sol entra con los agrados de nuevo sin las pesadeces de familiar y sin los fastidios de muy tratado. En la edad, la mocedad es la mejor parte para el cariño: muy amable está el día en las horas de su mocedad. Por las mañanas, como el cuerpo sale de descansar, sale galanteando al trabajo el cuerpo. Con el espacio de la noche está el estómago desembarazado, desanublado el cerebro y pronto para obrar el espíritu.

Por la mañana sale el Sol haciendo mercedes: desaprisiona las flores, calienta las plantas, aclara las fuentes, alegra las aves y resucita los hombres. El Sol es comparación de Dios: fuerza es que se parezcan los comparados: si el Sol hace los beneficios por la mañana, por la mañana parece que ha de hacer Dios los beneficios. Los hijos de Israel cogían por la mañana el maná: debían de saber que era aquélla la mejor hora para recibir de Dios mercedes. Job le dice a Dios que quién es el hombre para que Su Majestad al amanecer le visite: conocía que era en Dios la hora de más agasajos. Esaías le dice a Dios que estará de mañana desvelado a sus pies. De mañana quiere estar a sus pies desvelado: debe de convenir que sea de mañana para conseguir mucho. Sin duda debe de parecer aquélla la hora en que es Dios más liberal.

Si por lo humano podemos inferir lo divino, muy buena conjetura nos hace el hombre poderoso por la mañana para que madrugemos mucho a pedirle a Dios favores. Sale por la mañana temprano de su casa el hombre rico. ¡Con qué liberalidad, con qué prontitud da la limosna a los primeros pobres que encuentra!. No tienen tan buen despacho los que después le buscan. Dios nunca se cansa de dar, pero puede ser que tarde en darles a los que no se desvelan para pedirle. Ordinariamente el perezoso en solicitar hace espacioso al que le ha de acudir. O por esta regla, o porque le conocían a Dios la condición, madrugaban Esaías y los hijos de Israel a poner abiertas delante de Dios las manos para que echase en ellas los beneficios. Madrugen ahora los hombres a recibir de Dios mercedes; que de imitar son estos ejemplos, y no es de despreciar aquella regla. Cuando el madrugar no importara tanto para las conveniencias del alma, el dormir mucho había de ser aborrecido, por el peligro en que pone las conveniencias.

Un río corre entre los celtas y los belgas, muy caudaloso y muy profundo. Éste se mueve con tan grande quietud, que parece que no se mueve: en él solo parece que se navega sin riesgo y en él solo hay más riesgos que en cuantos se navega. Los habitantes de sus riberas los saben: ellos certifican que no tiene día sin presa; no hay día en que no se trague poco menos un bajel. La causa de mal tan grande son unas roturas que tiene en el fondo, tan disformes, que hacen invisiblemente remolinar y dar vueltas al agua que pasa por encima. Con esto los navíos que van sobre aquel agua se desaparecen: en aquella agua tan halagüeña hay falsedad tan enemiga. En la quietud, en la apacibilidad del sueño están los riesgos, están los estragos deste río. No tiene día sin presa.

Piensa el que duerme mucho que durmiendo está seguro de todos los males, y aquel sueño demasiado le traga el tiempo. Mire si es pérdida grande: trágale los aprovechamientos que había de tener en las horas que pierde; trágale la aptitud para los ejercicios corporales y espirituales; trágale la vida, porque no vive lo que duerme, como no duerme para vivir; trágale, finalmente, el alma, si por dormir no cumple con los preceptos de la iglesia. El río falso de los peligros es el sueño demasiado. Bien lo sabe Sansón: durmió en las horas que no había de dormir y naufragó entre los filisteos. Ciertamente que aventurar tantos bienes por un vicio sin gusto es locura grande.

En todos los vicios se halla algún deleite; el vicio solo en que no se halla es en el del sueño excesivo. Esto es infalible: mientras duerme nadie está capaz de recibir gusto. En el sueño necesario, ya que en él no pueda haber placer alguno, le hay después dél: da el favor después de pasado. Hállase un cuerpo ligero, hállase descansado un cuerpo. En el sueño desproporcionado no pasa esto: mientras se duerme no se siente nada, y en despertando queda el cuerpo tan molido como si le hubieran dado muchos golpes. ¡Bella holgura! Tiene dejos de error y no tiene sabor de vicio.

Abre el dormilón los ojos el día de fiesta a las doce del día; llama y ábrenle una ventana. Pregunta qué hora es; dícnle que muy tarde, y que si se detiene mucho no hallará misa. Él entonces estiende los brazos y exprime los ojos para despabilarse del sueño y desatarse de la pereza. Siéntase en la cama con deseo de vestirse brevemente, pero el entorpecimiento con que el sueño le ha dejado no le deja. Alarga al jubón la mano y quédasele la mano pegada al jubón: hace diligencias para vestirse apriesa y obran las diligencias muy de espacio. Las tortugas, cuando el mar está sereno salen a recrearse a la superficie de el agua, revuélcanse gustosas en los cristales y quédanse lozanas el pecho arriba. Si estuviesen

de esta manera poco tiempo pudieran volver a nadar con más ligereza, porque volverían descansadas; pero estanse tanto tiempo, que se les seca con el sol aquella mitad del cuerpo que tienen fuera del agua, y cuando quieren volver a su natural estado, como se les ha encogido con la sequedad la piel, forcejan mucho, pero en mucho tiempo no pueden. Tienen observado esto los pescadores, y en viéndolas de espaldas se llegan con las barcas a ellas y las cogen con las manos. Si el que se acuesta a dormir estuviese en la cama sólo aquel tiempo que es menester para rehacer la vida, volvería a las obras de la vida desde aquel descanso con mucha ligereza; pero el que duerme más tiempo que el necesario, cuando quiere volver a las obras de su obligación está tan torpe, que es muy fácil que le coja el vicio. ¿Cuánto va que se queda nuestro dormilón sin misa? Hale visto el Demonio con poca agilidad y hale de echar la mano.

Vase este hombre vistiendo tan sin maña como si aún no estuviera despierto. Da la una antes que se ponga la golilla, pónesela atropelladamente, pero tarda en ponérsela mucho. Acábase de vestir y parte a la iglesia, ya es la una y tres cuartos cuando llega. Halla a la mitad la última misa; tiene vergüenza de preguntar si es la última: vase hacia la sacristía y la tablilla le desengaña. ¡Quedose sin misa el dormilón! Viole el Demonio en los agasajos del lecho más tiempo del que convenía y pescole. ¡Pobre tortuga, que te haces presa del Demonio por una bobería!

Los que se acuestan sobre el lado derecho se duermen más apriesa y duermen más de espacio. La razón desto es porque cargan todo el peso de el cuerpo sobre el lado más fuerte y dejan el corazón desahogado: no tiene carga que le oprima, no hay peso que le inquiete, y con esto no inquieta él al cuerpo en que vive. El que se acuesta en su cama apartando de su corazón todos los cuidados, el que echa toda la carga de su cuerpo sobre la mano derecha, —que, como más fuerte, es el instrumento principal de las obras corporales—, éste se echa a dormir como si fuera la última obra de su vida; éste duerme bien y duerme mucho. El sueño del hombre vigilante, el del hombre cristiano, ha de tener algún cuidado sobre el corazón, ha de tener la mano derecha libre, con esto despertará temprano y no tendrá el brazo derecho adormido. El cristiano que se acuesta en su lecho la víspera de fiesta déjese sobre el corazón el cuidado de la misa; déjese en él la atención de las buenas obras a que le obliga lo sagrado del día siguiente; déjese la mano derecha del alma libre, y con eso se levantará tiempo que pueda oír misa y tendrá pronto y fácil el espíritu para ocuparse en muy santas obras.

EL TAHÚR

CAPÍTULO X

LA palabra «tahúr» dice jugador de naipes continuo y desenfrenado. Éstos son los tahúres de quien hablo en este discurso. Esta gente parece que yerra irremediablemente, porque si ganan juegan porque ganaron, y si pierden, porque perdieron. Porque perdió, o porque ganó la noche antes, se levanta el tahúr no sólo con gana, sino con priesa; no sólo con priesa, sino con ansia de ir a la casa de juego: con esta ansia, con esta priesa, con esta gana se levanta nuestro tahúr el día de fiesta. Está vestido a las cinco, sale de su casa y parte al garito. Pasa por algunas iglesias, pero las pasa: piensa oír misa, pero piensa oírla tarde. No es mala disposición para no oírla. Entra en la casa de conversación y halla unos hombres que sólo madrugan a hablar: a decir lo que han soñado madrugan, no como sueño, sino como nueva. Por parecer noticiosos no se les da nada de ser mentirosos.

Recíbenle corteses y agradables. Siempre se mira el tahúr en el garito con estimación de útil. Las ganancias tienen desperdicios forzosos. Dícele uno de ellos si se quiere entretener jugando a las tablas mientras hay con quien juegue. El tahúr, porque no puede sufrir el ocio sin jugar, juega a las tablas por sufrirse. El que le convidó a entretener no es tan lerdo que no sepa ganarle: vale entreteniendo, pero vale ganando: no hay cosa de balde en los garitos. Entra uno de los que juegan largo. Sobre la gana que el otro se tenía tiene la picazón de lo que pierde a las tablas. Ajústanse fácilmente, piden naipes y empiezan a jugar a las pintas. Anda el juego vario, no se declara la Fortuna por ninguno. Gástase en esta neutralidad mucho tiempo. Al cabo viene una encartada de seis o ocho suertes muy largas contra nuestro tahúr y déjanle sin un maravedí. Dice si hay por allí quien le preste algún dinero, pero ninguno se le presta. Él se queda barajando los últimos naipes con que ha perdido y el otro paga todas las barajas con que ha ganado. Satisface al contador —deuda que se paga con gusto porque alivia cuidados, quita contiendas y libra de yerros—; da algunos baratos, no todos de buena gana y que no todos se agradecen. Al árbol que le menean, ninguno le agradece que arroje el fruto. Al ganancioso que le piden, no le estiman lo que da más que si lo arrojara. Pide, al fin, lugar para salir a lo ancho y apenas se le da el lugar.

A este tiempo, uno de los que miraban —puestos más los ojos en el aprovechamiento que en el peligro— le dice al que perdió que no tiene dinero que prestarle; pero que si quiere jugar una letra, que es de paga pronta, que allí la tiene. El tahúr le dice al que ha ganado que si quiere jugarla. El otro responde que no juega dinero contra papeles. El que ha perdido le dice, por engolosinarle, que te hará momo —esto es tener siempre el naipe, con que el otro es dueño de las paradas—. Agrádase del partido, vuelve a sentarse y vuelven al juego. Ya aquí es cerca de la una. Van jugando: el que para se va muy poco poco hasta ver la suya. En esto se gastan grandes espacios. Tocan a la última misa en la iglesia más cercana. Los que saben que no la ha oído el que tiene el naipe no se atreven a decírselo, como pierde. Él, o no lo oye o lo disimula, con que se queda sin misa.

Ahora me dirán que no es general quedarse sin misa el que entra sin oírla en el garito el día de fiesta por la mañana. A esto respondo que es verdad que no todos se quedan sin misa los que sin oírla juegan, porque los que ganan se suelen valer de esta ocasión para

levantarse; y de los que pierden, hay algunos tan atentos, que estando casi fuera de sí se levantan por oírlos; pero lo primero es casual, y lo segundo tanto prodigio como romper de un aliento unas prisiones muy fuertes; y el uno y el otro, por el peligro a que se ponen teniendo tan conocida la condición del juego, me persuado a que no se libran de culpa.

Pierde al fin de momo nuestro tahúr la letra que le prestaron. Quédase abrasando de mohína, pero sin hablar palabra. Por hazaña mayor tengo esconder su dolor el que pierde jugando que negar en un tormento, porque en un tormento importa la vida el callar, y el hablar aquí parece que importa la vida, pues hablando se desahogaría de tan mortal pena; pero hay hombres tan cuerdos, que porque de hablar después de haber perdido resulta mortal flaqueza, y a veces disgusto con el que ha ganado, pasan sin señas de dolor uno de los más fuertes dolores que ofenden a los mortales. De manera que el que ha perdido y calla no tiene ni aun el consuelo de la queja, y al que habla después de haber perdido le salen unas señales de flaco y hace unos principios de pendencia.

Afirmo con toda verdad que me admiro de que haya tahúres, porque es el vicio de más errores y más inconvenientes que hay entre los vicios. ¿Qué error hay tan grande como dejar un hombre al arbitrio de unos cartones su abundancia o su miseria? Los que se ponen a jugar comprometen obediencia en ellos. Los que adoran los dioses falsos, ellos mismos se hacen los dioses. Los que esperan de ellos su bien o su mal, ellos mismos se los labran de barro o madera. Esto hacen los tahúres: de unos cartones hacen unos ídolos, de ellos esperan su mal o su bien. En los mismos cartones están los ídolos pintados: unas figuras hay en ellos que no pueden ser sino demonios.

Veamos ahora con que están estas figuras barajadas: con unas espadas desnudas, con unas copas llenas de sangre, con unas monedas de oro y con unos maderos que parecen mazas. Sin saber los hombres lo que se hacían hicieron los naipes desta manera: el Cielo hizo que de esta manera los hiciesen para retratarles en ellos mismos los males que hay en ellos. Su significación es clara: no será entenderla difícil. Las espadas revueltas con aquellos ídolos dan a entender que aquellos ídolos darán ocasión de sacar las espadas. Las copas con una lista colorada por encima dicen que los que adoran aquellos ídolos estarán siempre con sed de la sangre de su prójimo. La sangre es alimento de la vida, a la vida la alimenta el dinero: debe de ser su sangre. Aquellosoros, o monedas fingidas de oro, declaran que lo mismo que con ellas se podrá hacer con el dinero que dan aquellos ídolos. Por aquellas monedas pintadas no habrá quien dé cosa alguna: con el dinero ganado a los naipes jamás se compra cosa que aproveche; parece dinero pintado. Los maderos en forma de mazas amenazan golpes, y golpes no pequeños, porque con una maza no se da golpe que no sea grande: no dan golpe los naipes a las pintas, que no haga mucho daño.

Con estos rigores están barajados los ídolos de cartón y se ponen los tahúres en sus manos; y tan en sus manos se ponen y con tanta prontitud los obedecen, que hacen lo que ellos mandan mejor que lo que Dios les manda. Manda Dios al tahúr que oiga misa el día de fiesta, y él se va a la casa de juego, que es donde le mandan que vaya los naipes, de donde sale raras veces para oír misa. Mándale Dios al tahúr que dé al pobre, por lo menos de lo que no le hace falta, y él no le da ni aun de lo que le sobra. Mándanle los naipes, en virtud de cinco pintas, que dé al que no los ha menester ducientos escudos, y él los da al punto, aunque le han de hacer mucha falta, porque se lo mandan los ídolos.

Qué mayor error que con sus mismas manos tomarse un hombre su desventura misma? Cristo, para advertir al hombre se dejó clavar las manos en un madero, y el hombre con sus mismas manos se coge a sí mismo y se echa en la perdición. Para no perderse había de tener clavadas en la razón las manos. Para no perderse las había de tener clavadas; que eso era ganarse, que eso era hacer él por sí lo que por él hizo Cristo.

¿Qué inconveniente mayor puede haber para no jugar que el dolor que deja una pérdida? Mucho tiempo después de pasada lastima. Del hueso de un león salen centellas si le hieren con un pedernal: tan fuerte es este bruto, que aun mucho después de muerto echan sus huesos descarnados llamas. Tan feroz es una pérdida destas para el corazón humano, que muchos días después de pasada arroja centellas que abrasan el corazón.

Grande inconveniente es estársele viniendo a la boca al que juega, a cada suerte que pierde, los juramentos y los porvidas. El que en todo el año no jura una vez si no juega, jura cada vez que juega mil veces. Si se levanta perdiendo está jurando una hora entre sí, y si no, está con gana de jurar una hora. Si no se puede avenir con su impaciencia dice recio dos blasfemias, como en venganza de Dios, que ofenden a Dios gravemente y escandalizan extraordinariamente a quien las oye. El pecado del blasfemo es gravísimo, porque es ofensa que se le hace a Dios en su misma persona. Los demás pecadores le hacen la ofensa en persona diferente. El matador, en el que mata, y el ladrón en el dueño de lo que hurta. El blasfemo solo le hace a Dios en su misma persona el desaire. El escándalo que da el blasfemo es tanto, que se espantan los que le oyen como si vieran al Demonio. De aquí se puede inferir que es el Demonio el que habla en el blasfemo.

A muchos y graves pecados se expone el que juega cantidades grandes, a muchas mohínas y pesadumbres. Muy dichoso sería si buscarse remedios para no jugar, que sin duda le aprovecharían los remedios. Muchos por sanar de un vicio se van a otro, mas no sanan del que huyen y tienen el que buscan. No mejoran del primero y adolecen del segundo. Los remedios que se han de buscar para perderle el cariño al juego no han de ser entretenimientos viciosos. Las frutas no matan la hambre, antes la aumentan: un vicio que priva de otro da más gana de el vicio de que priva. Solo la virtud satisface al deseo: haga el tahúr entretenimiento de la virtud y le quitará la gana de los malos entretenimientos. Váyase el día de fiesta por la mañana a la iglesia, pues le obliga la misa: óigala con devoción, dele a Dios gracias de que por su misericordia le tiene allí y no en el juego; que viendo Dios que se le agradece proseguirá el beneficio. Haga holgura de no estar entretenido en cosas malas, y estará más entretenido que en el vicio más hechicero.

Si quiere mantener el corazón en tranquilidad perpetua métale en la virtud, que allí estará libre de la podredumbre de los pesares. Una manzana metida en miel de manera que la cubra, se conserva todo el año sana y fresca. El corazón de virtudes cubierto de nada se pudre: defendido está de la corrupción de los accidentes. Quien quisiere estar sin las mohínas de el juego guarde entre virtudes el corazón, que con su dulzura se librárá de los estragos de aquel vicio.

EL POETA

CAPÍTULO XI

ENTRE cuantos gozan grande entendimiento, ningunos parece que están tan obligados de la mano de Dios como los poetas grandes. Todos los hombres insignes en las demás facultades, con saber lo que los otros hombres insignes supieron en ellas se hacen insignes; con decir lo que ellos dijeron quedan famosos. Para hacer una opinión nueva han menester un principio antiguo: de algo que está dicho han de valerse para fundar lo que no está dicho. Todas las facultades tienen necesidad de maestros: nadie sabe sin que le enseñen; entre Dios y el que ha de saber es menester ordinariamente otro hombre. Ninguna destas cosas se hallan en la Poesía: en ella, si se dice lo que los otros dijeron es no haber dicho nada: decir lo que nadie ha imaginado es ser otro poeta. Hallar camino nuevo es ir al Parnaso: ir por donde los otros han ido es rodear para no llegar.

En la Poesía no puede haber maestro porque no puede ser aprendida: nadie sabe della tanto que pueda enseñar algo della. Los versos buenos son cosa tan mayor que la humanidad; que nadie los hace: ellos se vienen. Quien dice que hace buenos versos se engaña: nadie los hace, todos los esperan. Muchos son tan desgraciados que no se les ofrece ninguno. Algunos son tan dichosos que bajan a su cerebro muchos. Conócese que los versos buenos no se hacen, sino que se ofrecen, en que nadie los escribe sin pausas: desde una copla a otra hay grande espacio, y en este espacio no se puede hacer otra copla. En llegando, no ha menester más tiempo que el que tarda en escribirse. La pluma tiene allí celeridades de el que escribe lo que le dictan: nunca hay la continuación del que escribe dictándose a sí mismo.

Estos entendimientos elige Dios sin duda para sus alabanzas: para las alabanzas de los reyes grandes parece que los pone el Cielo en la tierra. Estas plumas habían de estar siempre celebrando las grandezas de Dios, acordando sus beneficios, aplaudiendo las virtudes de sus Santos y trayendo, en fin, el Cielo a la tierra para que la tierra se convirtiese en Cielo. Estas plumas habían de estar muy atentas a las grandes obras de un rey grande: apenas había de haber obrado un rey cosa de aplauso digna cuando se habían de estar deshaciendo estas plumas en su aplauso. Los reyes no tienen en la tierra de quien esperar premio de lo bueno que hacen, porque son los más poderosos de la tierra: el premio grande, en lo alto los aguarda; pero esta nuestra humanidad está fabricada con tal arte que tiene siempre los ojos al premio.

Hombre que encamina sus obras a premio que no divisa, más es que hombre: muy a peligro está de descaecer en las acciones heroicas quien no halla la paga muy cerca de las acciones: Las reyes no tienen quien les pague en la tierra lo bueno que obran si no son sus alabanzas. Éstas ordinariamente están en las bocas de sus vasallos, pero no pueden escuchar todas las bocas: las voces que mejor pueden llegar a sus oídos son las que escritas llegan a sus ojos. Estas voces nadie las da con la gracia que la Poesía: ningunas pueden entrar como ellas en los aliños de un palacio. Por esto los poetas vasallos de un rey grande habían de tener siempre en la mano la pluma; que aunque él sea tan grande que no haya menester para la continuación de sus virtudes el aliento de las alabanzas, por lo menos hacen los vasallos que le deben a Dios esta habilidad lo que deben.

Diranme muchos de los que no lo hacen que lo dejan de hacer porque parece lisonja que pide. A esto respondo que las alabanzas de las virtudes no son lisonja, sino aplauso debido: la celebración de los vicios es lisonja. ¿Podrá alguien decir que quien alaba a Dios le lisonjea? No lo podrá decir si no es errando el término: en Dios no hay sino virtudes, por eso no puede haber para con Dios lisonjas. El que al rey humano le transfigura los vicios, el que los afeita con el color de las virtudes, ése es el adulador, ése es el que enamora al rey de sus defectos. No quepa ése en el mundo, no sea oído. Al que fomenta la virtud con la alabanza alábenle todos, pues para el bien de todos la fomenta. Si teme el poeta que no se presuma que con las reales alabanzas pide, desestime el que se presuma. La Iglesia es discretísima, y alaba y pide cada día siete veces: en cada una de las siete horas canónicas le dice a Dios muchas alabanzas, y luego, en el fin de cada una, le hace una o más oraciones en que le pide: cuando un poeta haga con su rey lo que la Iglesia con Dios, no tendrá razón de avergonzarse el poeta.

La Poesía es dada a los hombres para estos ejercicios, pero muchos usan della para malos fines. En Armenia se ve alguna vez la nieve colorada, siendo siempre blanca la nieve. No tiene tanta dicha la Poesía: su naturaleza es pura y se ve casi siempre manchada. La razón por que en Armenia se ve la nieve algunas veces roja es porque aquel suelo es por algunas partes de una tierra bermeja que llaman «minio»: los visos que ésta hace son tan encendidos que se penetran por los poros de la nieve que baja sobre ella y la tiñen en el color de fuego en que ellos arden. Blanca era la nieve, cayó en tierra encendida y encendióse. Casta es, y pura, la Poesía, mas si cae en corazón encendido en amor ella también se enciende: el color de la tierra en que cae es el que toma.

Despierta al amanecer el día de fiesta el poeta enamorado. Hale pedido su dama que la pinte en unos versos y él quiere hacer lo que le ha pedido. Empieza a hacer en la idea la pintura y vala formando de comparaciones: con el Sol hace el cabello; con la nieve, la frente; con el ébano, las cejas; con las estrellas, los ojos; con las rosas, las mejillas; con plata encañutada, las narices; con dos nácares, las orejas; con perlas, los dientes, con rubíes los labios y con alabastro la garganta: materiales tan precisos para esta obra, que los poetas buenos y malos usan dellos de la manera que usan de unos colores mismos los buenos y los malos pintores. Tarda en hacer las coplas mucho más de lo que en amanecer tarda: repite cada una muchas veces por que se le quede fija en la memoria.

Parécele que puede ya levantarse a trasladarlas al papel, y por que no se le olviden se sienta en la cama de golpe y se empieza a poner el jubón con mucha priesa. Antes de acabar de ponerse se repara en que una copla lleva un verso desaliñado y quédase enmendado el verso en la postura que le cogió la advertencia. La postura en que le cogió fue metido el brazo izquierdo en la manga, elevado en ángulo obtuso, y el derecho torcido en ángulo agudo, atascado el puño en que lleva apretada la camisa en la bocamanga. Aspado, pues, de esta manera en su jubón, se está suspenso hasta que deja el verso corregido, ¡Oh fealdades del pecado! Pensarán muchos que estas suspensiones desairadas son comunes en todas las materias de la Poesía, sean soberanas o torpes. Pues engañaranse: cuando las materias son altas, son honestas, infunden aquella majestad, aquel decoro que ellas en sí tienen, en quien escribe en ellas.

Vase vistiendo interrumpido de estos raptos, y en llegando a estar de manera que pueda estar en pie se sienta a un bufete y escribe lo que formó desvelado. Acáballo de escribir

y agrádase a sí mismo. Vese a sí mismo en lo que ha producido su entendimiento y aplica todo el amor propio a lo que ha producido: piensa que su obra es obra perfectísima. Fácilmente podrá ver lo que ha hecho si hace lo que yo le dijere.

Llame al un pintor, haga que le copie con un pincel lo que él ha escrito con la pluma y verá lo que ha escrito. Lo primero, pondrá el pintor en la lámina, en lugar de cabellos, unos rayos de sol en forma de diademas; luego pondrá en figura de frente una poca de nieve atropada; donde habían de estar las cejas pondrá dos astillas de ébano corvas; debajo de ellas pondrá dos estrellas en lugar de ojos; más abajo, en el sitio de las mejillas, pondrá dos rosas; entre las dos rosas pondrá una fístula de plata con dos caños por narices; donde suelen estar las orejas fingirá dos conchas de nácar; en el sitio de la boca pondrá un rubí grande hendido; dentro del rubí, de manera que se dividan, menudas, y blancas perlas por dientes, y finalmente pintará debajo de todo esto un pedazo de columna de alabastro que sirva de garganta. Mírelo con atención el poeta en estando acabado, y si tan fiero mascarón hubiere visto en su vida diga que yo escribo este discurso durmiendo. Mírelo y verá, después de haberse hecho el cerebro añicos, qué buen servicio le ha hecho a su dama. El Demonio trata a los malos como los burlones a los bobos: con cosas de risa los engaña. Pensó el poeta que hacía un ídolo bellissimo en que adorar, y quedó el ídolo en un demonio.

Vase acabando de vestir para ir a la iglesia, y al salir de casa se le acuerda que un amigo le ha pedido un romance en alabanza de una dama a quien sirve. Quisiera haberle hecho, pero determina hacerle a la tarde. Esta es una obra de grande merecimiento: alcahuetear amores ajenos con versos propios; enamorar con ellos o al galán de la dama o a la dama del galán; o a el uno del otro: a él, creyendo que es ella como va en las coplas, y a ella, creyendo que hizo las coplas él. ¡Fuego de Dios en tal obra! Los aquilientes⁶ eran tan leales al Senado de Roma contra Maximino, que estando sitiados les faltaron nervios que poner en los arcos para despedir las flechas y de los cabellos de las mujeres hicieron cuerdas con que despedirlas. Los poetas que hacen estos versos son tan fieles al Demonio, que faltándoles instrumentos con que flechar perdiciones en las almas hacen cuerdas de los cabellos de las Musas —estos son los renglones en que cada verso se incluye— con que flechan tósigos que destruyen la honestidad y la pureza.

Llega al templo suelo poeta, entra en él lleno de vanidad pareciéndole que él entre todos es el que hace una cosa que a todos admira. ¿De qué se ensoberbece este hombre? ¿De qué hace versos? Todas las presunciones son mal fundadas, pero ésta más que todas las presunciones, porque si los versos son buenos no los hace él: ellos se vinieron. Él no sirvió más que de conducto en suplicación, no puso más que la pluma. Este error es del mismo tamaño que el que cometiera el caño de una fuente si se ensoberbeciera porque salía por él agua muy dulce. Si son malos los versos, son suyos. ¡Mire si pueden dar presunción los versos malos! La tierra, ella por sí produce los madroños y los palmitos; para que produzga trigo es menester echar trigo en ella. El hombre —tierra en fin—, los versos rudos, los versos sin sustancia, los que son golosina de muchachos y mujeres, los hace él: obra es suya. Los versos preciosos, los estimables, primero se los dictan que los diga, primero se los infunden que los pronuncie.

6.— De Aquilea, Italia. Eds. consultadas: 'aquisientes'

Híncase de rodillas y hace oración mirando a los dos lados. Los que tienen los ojos por naturaleza turbios nunca miran arriba ni abajo, nunca miran al cielo ni al suelo: siempre por los lados miran, porque siempre es hacia los lados el natural movimiento de sus ojos. Este poeta que va a la iglesia sin devoción lleva turbios los ojos de el entendimiento: no mira al cielo del altar ni al suelo en que ha de ser sepultado; no mira arriba ni abajo: a los dos lados mira, y emplea la vista en la hermosura que tiene a los dos lados.

Levántase de allí, llégansele algunos mozos conocidos, háblase de algunos versos nuevos y él no alaba ningunos y dice mal de muchos. No era éste mal camino de hacerse un poeta singular, si todos los que le oyen decir mal de todos los poetas creyeran que todos son malos y que él solo es bueno. Porque él lo dice creen lo contrario, porque les parece envidia y saben que nadie tiene envidia de lo que no es bueno.

En todas cuantas cosas hay en el mundo puede introducir su juicio cualquiera hombre si no es en la facultad que profesa, porque allí siempre es sospechoso. Yo no tendré por hombre cuerdo al que diere su parecer, cuando le tiene encontrado, donde aunque diga la verdad ha de parecer discreto: Alabar al indigno, ni lo alabo ni lo aconsejo: decir mal de la obra que lo merece siendo de la facultad de el que hizo aquella obra nunca es glorioso. Entre este riesgo y aquel vicio, es la más saludable región el silencio. Raro, empero, es el poeta que puede disimular la imperfección de la ajena poesía ni dejar de calumniar las perfecciones de ella. El odio más declarado de el mundo es el de una poesía con otra; y de palabra es fortísimo enemigo, porque tiene muy fuertes las palabras.

En ninguna parte está tan impropia la discordia como entre los poetas. Si la Poesía les viene del Cielo, el odio no tiene compañía con las cosas celestiales. Los agatirnos de Citia⁷ son unos hombres que andan en carnes y se pintan de varios colores los cuerpos, pero siempre se dejan los cabellos azules: del color del cielo quieren las cabezas por que no lleguen a poseerles el entendimiento el odio ni la envidia: entre ellos jamás ha habido envidia ni odio. Pues traen los poetas las cabezas tan de color de cielo con la Poesía, no dejen — como estos citas discretos — que les profanen el entendimiento el odio ni la envidia.

Sale la misa, va a oírla nuestro poeta, y vase con él otro que desea parecerlo. Apenas se han hincado de rodillas cuando el que al poeta acompaña le pregunta si escribe algo. Él, que está reventando por decir lo que escribe, dice que aquella mañana ha hecho una pintura de una mujer, que en saliendo de allí se la leerá. El otro, impaciente de la tardanza, le ruega que diga la primera copla si se le acuerda, y él dice la primera copla. A los ademanes y ponderaciones con que se dicen los versos se van los ojos y los oídos de otros dos que están allí cerca. El poeta, como se mira escuchado, entra en más gana de proseguir la obra: dice la copla segunda. Mejorándose los oyentes nuevos de lugar arrastrando un poco la rodilla derecha hacia el que dice los versos: él se suspende un poco, como que se restituye a la obligación de la misa; mas a breves distancias va diciendo una copla, la que pide el orden. De cada una resulta conversación, con que ni él oye misa ni ninguno de los que junto a él la oyen.

El Nilo hace tanto ruido para entrar en el mar, que ensordece los pueblos de sus riberas. Y ¿con qué los ensordece? Con un estruendo ronco hecho de ondas que ruedan inundicias. El poeta, con el torrente de sus versos ensordece, para que no oigan misa, a todos sus circunvecinos. Y ¿con qué los ensordece? Con unos encarecimientos mentirosos

7.- Escitia.

y con unas descripciones inciertas de las facciones de una mujer perdida. ¡Válgame Dios, qué error tan grande no dejar oír misa a aquellos fieles que lleva la religión al templo para que con ella hagan guerra las tiranías del Demonio!

Unos pueblos hubo en Asia a quien el viento austro maltrataba mucho. Ellos enojados con el viento, salieron en tropas a los campos a taparle las bocas por donde respiraba; pero el viento, enojado, reventó con más fuerza por otra parte y se los llevaba de diez en diez a los despeñaderos. Conoce la Iglesia el daño que hace en las almas el viento de las conversaciones ilícitas, y lleva el día de fiesta por la mañana a los fieles al templo para que tapen con la misa la boca a las profanas conversaciones; pero ellas, aquí como allá el austro, revientan por la boca del poeta y se llevan las almas de tres en tres al despeñadero de una culpa y al ribazo de una inobediencia. El poeta, ya que hizo versos en día santo, habían de ser dignos de tal día; pero ni aun éstos los había de referir en tan sagrado, en tan preciso silencio.

EL QUE TRAE CABELLERA

CAPÍTULO XII

QUÉ tan gran defecto pensarán los hombres que es ser calvo? Pues no sólo no es defecto grande, pero ni es defecto. Comodidad sí es, y decoro: traen la cabeza limpia y el rostro descubierta. Hombre sin defecto parece aquel a quien la Naturaleza le echa a la luz toda la cara: no parece que tiene por qué esconderla. Luego, la sequedad con que se le cae el cabello hace que el cabello que le queda encanezca más tarde: pienso que es mejor partido. La razón por que la sequedad que los encalvece los hace no encanecer temprano es porque consume el humor flemático que les pone blancos los cabellos.

Pues aun hace más beneficio esta sequedad contra este humor que dilatar las canas, y es que consumiéndole deja a los hombres de más prompta aprehensión y más fáciles a la enseñanza: no es cara en cuatro cabellos dicha tan grande. Gastado con la sequedad este humor flemático, quedan los hombres de poco sueño, con que se puede decir que la calva aumenta la vida. Y finalmente, por esta sequedad que deshace los humores flemáticos traen los calvos ordinariamente limpios los ojos, las narices y la boca.

Todas estas cosas tiene la calva que son buenas. Por ellas ha habido nación que ha tenido por señal mala tener cabellos. Los habitantes de los Montes Rifeos⁸ la han tenido: al que le nacían cabellos le miraban como a peligroso o como a inútil. Esta gente es tan piadosa que jamás acertó a hacer mal a nadie: debe de ser propiedad de los calvos ser piadosos. Es observantísima de las leyes de la razón, señal de que son amigos de justicia los calvos. Entre ellos era tacha tener cabellos: debían de hacer visto a los que tienen cabellos con algunas tachas.

8.- Los Urales, según Plinio.

Esta señal venerable, y no fea, la aborrecen tanto en nuestras regiones, que son pocos los que no quieren cubrirla con cabellos postizos. De cabellos huérfanos hacen capacetes: aliño hacen de los despojos de un cadáver. Los luchadores se cortaban el cabello el día de la contienda por no darle a su enemigo instrumento con que los sujetase: los que se ponen cabellera deben de querer que tenga el Diablo por donde asillos. Por parecer bien se ponen esta añadidura deseando agradar a las gentes con lo que Dios se desagrada. Con lazos de cerda cogen los muchachos a los pájaros: con estos cabellos coge el Diablo muchas veces a los hombres que quieren parecer muchachos. ¿Es posible que no les hace horror a los que traen cabellera pensar que aquellos cabellos son de un difunto? Si a cualquiera de los que la traen le dijeran que importaba mucho traer consigo en la faltriquera una mano de un cuerpo muerto, perdiera sin duda muchos intereses por no traerla. Pues ¿qué más tiene para dar espanto la mano de un difunto, que de aquel mismo difunto los cabellos?

Luego, es muy posible que esté ardiendo en el Infierno el alma del cuerpo a quien aquellos cabellos se quitaron; y traer reliquias de un condenado consigo parece que es querer que no le suceda cosa buena. Si está en el Purgatorio, es cosa terrible, en vez de aliviarla las penas, darle más penas usando de los despojos de su cuerpo para las ofensas de un Dios a quien ha menester tanto. Si está en el Cielo, bien se ve cómo tendrá un alma santa necesidad de la presencia de Dios, donde no puede entrar desconsuelo, para que no le dé desconsuelo grande ver que hacen contra Dios instrumento de sus cabellos. Si los cabellos son de cuerpo vivo a quien por enfermedad se quitaron, ya que no den horror, debieran dar asco; y es cosa tremenda, de más a más, que lo que uno se quitó para la salud de su cuerpo se lo ponga otro para que enferme su alma. Si son de persona que se entra en religión los cabellos, bien se ve cuán impropio es que lo que aquel se quitó porque le embarazaba para vivir bien se lo ponga éste para vivir mal, deseando, como el otro, irse al Cielo.

En Etiopía hubo unas gentes a cuya noticia no llegó en largas edades el fuego. El que se pone cabellos postizos da a entender que no ha llegado la verdad a su noticia. No hay cosa tan fácil de descubrir como el fuego: no hay cosa tan fácil de conocer como la verdad. Torpeza inaudita fue vivir sin fuego largas edades: no es torpeza menor en esta edad ignorar las verdades que disuaden la cabellera.

Una de las mayores acusaciones de este vicio es que le cometen hombres que están ya fuera de la línea de muy mozos. La mocedad no libra las acciones erradas de culpa, pero queda capaz de clemencia. ¿Qué clemencia espera de la melena postiza quien comete este error en edad tibia y desengañada? Cuidar del cabello propio en edad floreciente es culpable; ¿qué será cuidar del postizo en edad madura? Mucho más fácil es no buscar lo que con inquietud se desea que desapropiarse de lo que con gusto se tiene. Que no se quite el cabello el joven porque con él está más hermoso poca cordura es; pero vaya, ya está en posesión de aquel cabello; mas que el hombre maduro se vaya a comprar el cabello ajeno por no traer la cabeza con menos adorno es culpa con tentación muy fácil de vencer, y por esto más torpe culpa.

Levantase nuestro calvo con un tocador el día de fiesta preguntando si le tienen la cabellera peinada. Los días de trabajo se la pone como la encuentra, y el día de fiesta, por gastarle mal, trata con más cuidado de su aliño. Los criados pocas veces son puntuales y dándsela enmarañada. Él lo riñe y lo vocea, y al cabo se sienta en una sillita baja, encájase la cabellera en una rodilla, toma un peine claro y va apartando unos pelos de otros. Este

hombre ¿no echa de ver que tener en una rodilla la cabeza es monstruosidad? Donde está la cabeza está el juicio: en una rodilla tiene la cabeza; debe de tener el juicio en una rodilla. El Sol, fuera de su lugar no alumbrara: el entendimiento fuera de su asiento no rige. El que tiene su entendimiento en lo que apetece y no en sí mismo, haga cuenta que no tiene entendimiento. Al que su razón no le sirve más que para los primores de su culpa, de nada le sirve la razón: no está donde ha de estar, y no es de provecho.

Veamos ahora qué es lo que peina este hombre. Peina unos excrementos que ha prohijado, y no le causan mohína, como los tiene por propios. Si le dijese que fuese a peinar a un pobre al hospital se le revolviere el estómago, y quizá está peinando en su rodilla los cabellos de un pobre. ¡Oh amor propio, que aun amas los defectos adoptivos!

Levántase de allí, pónese enfrente de un espejo y encasquétase la cabellera: procura que no quede torcida y afiánzala a las orejas con unos cordones. Hombre: a la oreja te están hablando unos cabellos o de un muerto o de un enfermo o de un desengañado. Cualquiera de ellos te dirá muchas verdades: atiende a las verdades que te dice.

Mírase y remírase en el espejo y queda muy consolado con que tiene cubierta la calva. Los ángulos agudos en los extremos de la frente —que el castellano vulgar llama «entradas»— son, según buena filosofía, señal de buen entendimiento. La cabellera deja frente obtusa, con que tiene señales de mal entendimiento el que trae cabellera.

Acábase el hombre de vestir y vase a la iglesia. Entra en ella echando la vista sobre los hombros por verse las ondas de los cabellos. Harto mejor fuera mirar cómo le baja de la cabellera en torrentes la locura. Llega a la pila del agua bendita y salpícase los cabellos con ella. En verdad que puede ser que sea sufragio. Pónese a galantear con mucho desahogo, como lleva la calva desmentida. Para enamorar, sin duda alguna es estorbo la calva: por ella sola pudiera un hombre ser honesto. De galantear con imperfecciones, más veces se sacan desaires que logros. Sabe el Diablo esto, y antes que le acaben de desengañar los desdeños persuádele a que se cubra la calva por que se entre más en el engaño. Dios no hace nada que no sea para fin provechoso, y se puede pensar que uno de los fines para que da los defectos personales es para que encojan y avergüencen los desahogos de la sensualidad; pero nuestro calvo, como oponiéndose a la intención de Dios, se le entra por las puertas desaparecido el defecto que en la cabeza le puso, y por quebrarle los ojos intenta llevarse los ojos de las mujeres.

Llama Dios a los fieles el día santo a su templo para que le alaben, y ellos se van a injuriarle a su templo aquel día. Yo estoy persuadido a que hacen del templo teatro los más de los que van al templo; que van a entretenerse y no a sacrificarse. Y de tal manera estoy persuadido, que creo que si obligaran a cada uno a que oyese misa solo, fueran muy pocos los que oyeran misa. A entretenerse va a la iglesia nuestro calvo creyendo que la cabellera le hace buen lugar en las publicidades. Engañase, porque cuando el defecto no cause horror por disimulado, con el disimulo causa risa.

A mí se me figura que quien trae el cabello postizo trae postiza la cabeza: no es posible que disparate tan grande se pueda hacer con cabeza propia. Cuando el entendimiento de uno ve un desatino en otro no pone cuidado en enmendar aquel desatino: cabeza que no pone cuidado en que su dueño no se ponga cabellera no es cabeza de aquel dueño.

El cabello les crece a los hombres mientras duermen, que es el tiempo en que el alma está retirada a sí misma y no cuida de las operaciones del cuerpo: como a escondidas del

alma les crece el cabello a los hombres. Pues si el cabello natural ha menester para crecer escaparse, como que es delito el andar largo, ¿qué delito será traer largo el cabello postizo?

En el Cielo, después de la resurrección de la carne no podrá tener uno el cabello de otro: no vive como en el Cielo el que trae el cabello postizo.

A los que se vuelven locos les quitan, por medicina, el cabello. Quítenles por medicina las cabelleras a los que las traen, para que les vuelva el juicio.

Algunos de los que se las ponen, se las ponen sólo porque se las pusieron. Esto, aunque fuese culpa en el principio, se conserva sin culpa. Las novedades amedrentan a los cuerdos: puede ser que no se las quiten por no poner en qué tropezar a los ojos. Otros las deben de traer por abrigo. Las cosas que por su naturaleza no son malas, los fines las hacen malas o buenas. Si el fin en la cabellera es bueno, el traerla no es malo. Yo hablo sólo con los que se las ponen por aliño vicioso: a éstos quisiera enmendar; ofender, a ninguno.

EL GLOTÓN QUE COME AL USO

CAPÍTULO XIII

UN pez hay que tiene en el vientre el corazón. Los glotones tienen el corazón en el vientre: en el vientre están sus angustias, y en el vientre sus contentos. El glotón sólo sabe el tiempo que es por la comida que lleva el tiempo. Despierta el domingo de Pascua de Resurrección preguntando si están fritas las criadillas, si parece tierno el pernil de Estremadura que se ha empezado, y si ha traído el mozo la asadura. Dícnle que trujo la asadura el mozo, que el pernil parece tierno, mas que las criadillas no están aderezadas. Él se cansa mucho con quien se lo dice, y manda que le hagan una grande fritada muy apriesa. ¡Válgale Dios, con que hambre amanece! No dirán sino que ha ayunado toda la Cuaresma. Pues no ha ayunado día ninguno. Pero yo me he engañado: antes en el ansia de comer con que despierta se echa de ver que no ha ayunado: la hambre viciosa se quita con la hambre. El ayuno de ayer hace templado día de hoy. Una virtud no produce un vicio: haber⁹ dejado de comer por Dios quita la gana de comer más de lo que a Dios agrada. Quien ayunó ayer como debía ayunar, no come hoy más de lo que debe comer.

Quien viere a este hombre amanecer con tanta ansia de comer carne pensará que comió toda la Cuaresma pescado. Pues sólo le comió tres días de la Semana Santa, y eso fue porque se usa comerle aquéllos tres días. Por el escándalo dejan de comer de carne aquellos días los glotones que no están muy necesitados; que por lo que a ellos se les da hubieran comido carne y pescado; pero ya que de la carne se abstienen, comen tantos regalos de pescados diversos y lacticinios, que se puede tomar muy bien la penitencia por holgura. En el mismo tiempo que estuvo Dios hombre derramando por ellos la sangre que le hacía falta están ellos criando sangre que les sobre y que ha de ser contra Dios y contra ellos.

9.- Eds. consultadas: 'Aun'

De los antojos de aquella Sangre holgada y abundante resultan los antojos de gozar de las comidas de carnes sin tardanza.

Siéntase en la cama el glotón y échase una capa por los hombros; estiéndenle sin aliño sobre las piernas cruzadas una servilleta, pónenle a un lado un panecillo, afirmanle el salero entre unas arrugas y déjanle un cuchillo resbalándose. Mientras le traen el plato del almuerzo, porque le parece que con el cuchillo ha de tardarse, hace con las manos pedazos el panecillo, chispeando las migajas hacia la ropa unas y hacia el suelo otras.

Llega antes el olor que el plato, pero el plato llega poco después que el olor: descúbrele, y el bocado primero se le engulle abrasándose. Mientras lo demás se temple hace sopas en el caldillo. Embiste luego con las tajadas, con tanta celeridad como si le quisiesen arrebatar las que quedan. Ensúciase los dedos de ambas manos hasta los últimos nudos, cuélgale de los bigotes la pringue, relúmbrale en los labios la grasa, y la barba se le escurece entre los desperdicios de los bocados. Toma una esquina de la servilleta para limpiarse y derrama el plato; límpiase y deja hecha rodilla la servilleta.

Pide de beber del vino más fuerte: danle una copa muy grande, cógela con ambas manos y echa en su estómago un torrente de vino, y torrente de tanta dura, que parece que corre de fuente perene. Recoge las esquinas tostadas del panecillo, cáscalas entre los dientes y manda que le quiten de allí aquellos trastos. Ponen el salero sobre un brazo de una silla, abrevian la servilleta en forma de bolsa y sacuden con la mano las migajas que han salpicado al lecho. Él arroja en el suelo la capa que tiene puesta, vuélvese a meter entre la ropa, llámala muy bien hacia sí con los hombros y sosiega. ¡Señor: que es día de misa y son ya las once! ¡Que es domingo de Pascua de Resurrección; que es menester ir a la iglesia a estar en la presencia de Cristo para resucitar de la muerte del pecado! De Cristo fue menester la presencia para que resucitase Lázaro, y fuele a buscar Cristo porque era muerto que no podía andar; pero muerto que andar puede, razón será que vaya a buscar a Cristo. ¡A esotra puerta! Ninguna de cuantas voces le dan la razón y la obligación entiende, embebecido en pensar si habrá venido salmón fresco, porque la Semana Santa agotó el que había.

En Constantinopla hubo una peste de aprensión: daba una calentura, y el frenesí que resultaba della era pensar el que la tenía que sus vecinos le querían dar muerte, y era tan vehemente este temor, que concebía que se entraba huyendo en los rincones y moría al fin en uno. A los glotones les da la peste de pensar que los mata la hambre, siempre su vecina, y todo se les va en pensar cómo se librarán della. Éntranse en los rincones de las despensas a ver si hay algo bueno. Métense —mirando si los ven entrar— en el figón a que les den lo que no hallan. En cada rincón de éstos se rellenan de viandas viciosas, y al fin los mata la hambre que no tienen, porque comieron sin hambre pensando que la tenían.

A nuestro glotón le ha dado esta peste: acabado de almorzar piensa que se muere de hambre y se pone a pensar dónde hallará contra esta hambre defensas. Divertido en esta consideración deja pasar el tiempo de la misa, que los divertimientos son grandes desperdiciadores de horas. No puedo creer sino que le han venido a tentar a este hombre los espíritus del endemoniado del Evangelio, aquellos que salieron a entrarse en los puercos.¹⁰ Han visto a este glotón a un tiempo mismo harto y hambriento —propiedad torpe de estos animales—, y embisten con él pensando que es uno dellos.

10.— *Mar* 5:1-13

Hácele empezar a vestir el deseo de encontrar algo extraño para su apetito, y de camino piensa oír misa. El pensar en la misa es con flojedad, el pensar en el salmón con grande ansia. El Demonio, por su pecado quedó serpiente, animal contra quien tiene veneno el hombre: la saliva. Tan grande es el temor que tienen las culebras a este veneno, que con sólo el amago de escupirlas huyen, porque si les cae una gota en la boca mueren. Pero de quien huyen desatinadísimo es de el hombre en ayunas, porque su saliva las mata con más brevedad y más tormento: mueren como rabiando. En cualquier tiempo está el hombre hábil, como quiera valerse de la razón, para ahuyentar al Demonio con sólo un desprecio, con no hacer caso dél, que es como escupille a la cara; pero nunca le pondrá tanto horror como en ayunas, porque tiene entonces la razón muy despierta. Ha visto el Demonio al glotón seca y torpe la boca del entendimiento con lo que ha comido, y atrevese al glotón, como le ve con poco veneno: ¡mucho ha de ser si le deja oír misa!

Acábase de venir, sale de casa y pasa por una iglesia y entra a ver si hay una misa empezada —porque aguardarla sería tardar mucho y su gula no sufre dilaciones—: ve que se levantan en un altar al Evangelio y coge desde el Evangelio la misa. Acierta a caer junto a un conocido, saludanse cortésmente y dícele el glotón: «Señor: ¡no se puede creer cómo está el lugar! No hay qué comer si no es pan y carne. Para hallar un manojo de espárragos es necesario tener espíritu de profecía. Para acaudalar una libra de criadillas de tierra¹¹ es preciso ser primo hermano de un labrador. La plaza está que parece que la han saqueado». El otro le dice: «Yo pasé ahora por ella y vi lindísimo congrio fresco. Y una de aquellas mujeres que venden caza tenía una banasta cubierta llena de gazapos, los mejores que vi en mi vida por este tiempo. Es una mujer morena, con una toca de puntas». Apenas el hombre lo oye cuando se empieza a inquietar de suerte que si no fuera de vergüenza dejara la misa y se fuera a la plaza. Callan un poco, porque el uno quiere oír misa y el otro pensar en si se habrá acabado todo cuando él llegue. Rompe el glotón el silencio, y dice: «Con sola esa mujer que tiene la banasta de los gazapos no tengo conocimiento entre cuantas allí venden: no sé si me los querrá dar». «Sí querrá —dice el otro—, dándole algo más de lo que valen». Vuelven a callar, y vuelve el glotón a decir de allí a muy poco y muy sin propósito: «Y del congrio, ¿había muchas tablas?». «Dos» —le responde el otro, y calla. Aquí es su congoja de ver que no se acaba la misa y de ver que se puede acabar el congrio.

Hombre miserable: el primer precepto que puso Dios en la tierra fue de no comer: por comer se perdió el mundo; no por comer lo necesario, que no vedaba esto el precepto, sino por comer lo superfluo, que era lo que vedaba. El árbol vedado hoy de la tierra son los manjares excesivos: en ellos se conserva el primer precepto; no quebrantes mandato tan antiguo. Mira que esta culpa está enseñada a hacer terribles daños.

El primer precepto también de la Iglesia es oír misa entera los domingos y fiestas de guardar; y tú por hablar y discurrir en los antojos de tu paladar pierdes muchos pedazos de la misa: a la Iglesia y a Dios le estás quebrantando sus primeros preceptos por unas cosas tan viles como las que apeteces. Jamás he leído ni oído que fuese sabrosa la fruta del árbol vedado: para mí tengo que no valía nada, y lo infiero de la condición de Dios, que ordinariamente prohíbe aquellas cosas que habíamos de dejar por nuestra conveniencia. Con discurrir por sus preceptos se hallará esta verdad patente. Por una manzana, que de-

11.- Trufas.

bía de ser agria, dura y de olor pesado, se perdió el mundo; por una cosa que te ha de hacer mal y que quizá no te sabrá bien, no te pierdas.

Ser el primer precepto de la Iglesia oír misa cabal no es acaso: Dios, que la inspira, quiso —a mi parecer— hacer iguales en el lugar estos dos preceptos y hermanarlos en la colocación exterior para dar a entender el parentesco interior que tienen. Oír misa y pensar divertidamente en comer superfluidades es ponerse en la última línea de quebrantar estos dos preceptos: sólo el manjar divino del altar ha de ser allí apetecido, ha de ser santamente allí deseado.

Acábase la misa, parte el glotón la plaza y halla quitando a una de las que vendían el congrio el peso, y a la otra apartando la plata de los cuartos, porque se acabó ya su mercancía. Quédase el hombre tan suspenso como si se le hubiera ido de entre las manos una grande dicha. Parte a buscar la mujer de los gazapos; pídeselos en voz baja, como asegurándola el secreto; ella antes de responderle le mira con grande atención por ver si tiene señas de seguro: hace la conjetura buena, y saca cuatro conejillos de las lobregueces de la banasta, tan chiquillos y descarnados que más parecen abortos que partos. Llégalos el hombre a las narices, no por averiguar si hieden a podridos, sino por ver si huelen a ratones. La mujer viéndole dudoso, le dice que son bellísimos, y que fritos con torreznos de algarrobillas son el mayor regalo del mundo: él lo cree y da un mundo de dinero por ellos. Parte a su casa muy alegre de que lleva gazapos, y después de fritos parecen ranas. Si a este hombre le dijese alguno que llevase basura a un muladar, se mataría con él sólo porque se lo dijo, y él se anda matando por llevar basura al muladar de su estómago.

Llega el día de la Cruz de Mayo y levántase al amanecer el glotón; no por coger la misa temprano, sino por coger temprano los pollos. Logra la diligencia: llega en buena ocasión, coge los más grandes, envíalos a casa y envía a decir que le asen uno para mediodía y que le guisen otro con alcaparras para la noche. Vase luego paseando por la plaza regalando los ojos en las frutas y en las comidas. A ningún género de gente parece que tiene el Diablo tan a su mandar como a los glotones. Los caballos son animales ferocísimos, y en poniéndoles un bocado de hierro en la boca mueve un niño hacia donde quiere toda aquella ferocidad y aquella máquina como si fuera una pluma. La prisión de la boca hace tan obediente a un caballo como a un torno: para hacerle andar alrededor no es menester más que torcer la rienda. Tiene el Demonio preso al glotón con el bocado. ¡Sujeción terrible! El caballo que rinde la boca se rinde todo: el que le rinde al Demonio la boca está sujeto a que haga dél todo lo que quisiere. Mucha fuerza es menester para romper el bocado, y muchas diligencias para arrojar de sí al que es de las riendas dueño.

Quédase parado mirando una banasta de cerezas descoloridas considerando si estarán para compradas. Pasa por allí un amigo suyo, también de la facultad, y pregúntale qué hace, él responde que ha comprado unos pollos y que no halla otra cosa de provecho. El otro le dice que sabe una casa donde hay famosos palominos; que si quiere almorzar dellos que se vaya con él. El glotón dice que por aquel tiempo es bravo regalo, y aceptando el convite sigue la persona. El pulpo no estiende aquella turba de brazos sino para alcanzar cosas de comer: el comilón para nada es diligente sino para las glotonerías.

Entra en la casa, piden los palominos, aderézanselos en el aire, pónenselos en la mesa, pruébanlos, dicen que son la mejor cosa que han visto y que siempre irán a aquella casa, porque la huéspedada da a los platos sazón excelente. A las hechiceras tienen todos grande

odio, y cariño grande a las cocineras, teniendo la malicia igual estos dos ejercicios: con un bocado enloquecen las unas y con un bocado enloquecen las otras. Los hechizos y los guiados tienen un mismo efecto.

Almuerzan muy de espacio porque comen muchas más cosas de las que iban a comer. Cierta cosa es que el comer algo da gana de comer más, y es porque la hiel arroja entonces al gollete del estómago unas centellas suyas que le irritan y le desencogen, con que está más hábil para recibir alimento. Esto se conocerá por lo que hacen en el paladar lo mordicante del limón, lo atufado de la mostaza y lo raspante de la pimienta: despiértanle y enójanle con sus condicioncillas, y con esto apetece con más viveza los manjares. El veneno en las serpientes no es otra cosa que la hiel, que por las vías que están debajo del espinazo va a la boca. El veneno interior de los glotones es su hiel misma: ella les dispone el apetito de manera que los mata. Contra este veneno no hay más remedio que dejar de comer con hambre, o comerá el que come hasta que revienta.

Acaban de almorzar y quédanse hablando —que es muy parlera la mesa de un bodegón—. Empiézanse a levantar para irse cuando entran dos conocidos suyos a lo mismo que ellos. Salúdanse, y los que vienen hacen a los que estaban que se queden a tomar otro bocado —que en estas casas todos son liberales y partidos, y los que ponen bulla ponen tan buena parte como los que gastan el dinero—. Empiézase otro almuerzo —ya son las doce del día— y a los que han' ahnorrado los hacen volver a almorzar los otros. Las cosquillas hacen reír atormentando: estos hombres festejan con lo que es pesadumbre.

Dura este desconcierto hasta la una. Van a buscar misa los que no la han oído: el paso es tardo y torpe, el tiempo es más ligero y pásase el tiempo. Éstos son como los que tienen mujer hermosa y limpia que se van con una ramera fea y asquerosa: tienen la mesa del altar limpia y agradable, donde pueden comer espiritualmente, si corporalmente no quieren regalos del Cielo, y vanse a la mesa sucia y torpe de una despensa donde cuanto se come es inmundicia; y en el día que éstos lo hacen no sólo es dejar Cielo por tierra, sino delito mortalmente grave no asistir a la mesa en que se come lo mejor del Cielo.

Estanse hasta las dos en conversación. Vase luego nuestro glotón a su casa y entra preguntando si está asado el pollo. Señores: ¿cuándo ha de cesar esta boca? Los poetas fingen que en el Infierno hay cuarenta y nueve mujeres, hermanas, que porque mataron todas en una noche a sus maridos les dieron por pena que llenasen de agua una tinaja rota, con que es incesable la pena. La holgura de este glotón parece al tormento de estas mujeres: siempre está tratando de llenar un estómago que se sale. Pues tormento es, aunque a él le parece holgura. ¡Ah, que no acaban de creer los malos que se sube el Infierno a los vicios!

Cumple años nuestro glotón el día de Nuestra Señora de Agosto, y en hacimiento de: gracias de que han llegado sus años hasta aquel día convida a comer desde el día antes a otros tres comilones. ¡Linda manera de dar gracias a Dios de que le ha llegado a aquel punto descabulléndole de tantas apoplejías como le han amenazado disponer una mesa para comer tan sin orden que sea ofensa suya! A un hombre llamado Antípatro, natural de Sidón, le daba una calentura todos los días que cumplía años, y al cabo murió de una: a todos los que les da calentura de convite su día natal amenaza el peligro de morir de un convite.

Levántase por la mañana a buscar regalos del tiempo, más porque los ha de comer él que por que los coman los convidados. Vase a la casa de conversación más frecuentada a ver si han llevado perdigones los que los compran para revenderlos en ella —a éstos lla-

man «rifadores», y éstos son en ella continuos—. No ha llegado ninguno y determínase a esperarlos. Por quitarle el fastidio al esperar se mete entre los que hablan. Hállalos tratando de novedades, y él va rempujando la conversación poco a poco hasta que da con ella en comidas y guisados. Dice de memoria tres o cuatro salsas nuevas y otros tres o cuatro platos de invención, de tan buen parecer, que los deja a todos haciéndoseles la boca saliva. La saliva es la que sale a recibir en el paladar los manjares para introducir el sabor de los manjares en el paladar. Los que están con calentura ardiente no le cogen el sabor a lo que comen porque no tienen saliva que reciba el sabor.

Pintó el glotón los manjares de manera que pensó el¹² paladar, que le oía, que los tenía ya entre los labios, y envió la saliva a recibirlos. Con los ojos se averigua cómo es un hombre por defuera; con los oídos, como es por dedentro. Las palabras son la fisonomía de la inclinación: todos conocieron por las palabras que este hombre era goloso. No les parece a los vicios que se han apoderado de todo un hombre si no le quitan la honra. El que sabe disimular su vicio aún no es todo del vicio que tiene, aún no le ha entregado la lengua, aún no le ha sacrificado el recato: por esta parte libre puede ir sacando de cautiverio las otras, por la gana de que no se sepa su culpa puede dejar su culpa el que tiene la gana. El que entrega a su vicio la lengua, el que no teme que se le conozcan, todo es del vicio: saliose el vicio con quitarle la honra. Una cosa redonda que es grande no se puede asir si no es con ambas manos. La misma dificultad hay para asir al que está todo dentro de un vicio: dos manos son menester, y mañosas, para sacarle del vicio que se le ha tragado. Mucha diligencia ha de costar librar de un error al que no se avergüenza de tenerle.

Vienen los rifadores a las once dadas, unos con melones, con pollas nuevas otros, y con perdigones alguno. El glotón se enamora de todo y de todo va comprando. Envía por un esportillero, y mientras le traen entra una muchacha con unos vidros de conserva: él piensa que no ha hecho nada si no lleva un par de vidros, reagatéalos y cómpralos. Viene el esportillero, entrégale su empleo el glotón y dícele que vaya adelante. Al salir por la puerta entra una mujer con unos pucherillos de natas: dícele el glotón al esportillero que aguarde: pregunta si las natillas son buenas, y para averiguarlo se come un pucherillo con el dedo. Concierta media docena, límpiase la mano en la pared, saca de la faltriquera el dinero, págalos y vase.

Por la calle va gobernando al esportillero, como si fuera navío, por detrás. Llega a su casa, halla la comida en menos buen estado de lo que requiere la hora; parécele que necesita de su asistencia y quitase la capa para asistirla. Acuérdatele que es día de fiesta, mas parécele que para la misa hay bastante tiempo: el que no tiene gana de hacer una cosa aguarda a hacerla cuando no puede hacerla. Anda muy solícito por la casa en el cumplimiento de lo necesario para su convite. Entra uno de los convidados preguntando si viene tarde; el glotón pregunta: «Pues ¿qué hora es?» Y el otro responde que la una dada. Él dice: «¡Bueno, y no he oído misa! Mas así me pudiera pasar sin comer».

¡Detestables palabras! Y hay cristianos que las dicen, pero no parecen cristianos. En qué podremos pensar que estima la religión en que vive quien habla de esta manera de los preceptos de la religión? ¿Qué sentirá aquella palabra divina que hecha carne se sacrifica en el altar, de oír palabras de desprecio de tanto sacrificio? En este misterio, no sólo habían de ser

12.— Eds. consultadas: 'al'

las palabras reverentes, sino amantes; reverentes, porque hablan de Dios todopoderoso, y amantes porque hablan de Dios, que es también palabra. La semejanza es causa de cariño: terrible cosa es que sean sin cariño las palabras cuando son en orden a un sacramento en que hay una palabra que es Dios. La ofensa de los semejantes es muy grande ofensa.

Vienen, en fin, los convidados que faltaban, con que acaba el glotón de resolverse a quedar sin misa. Los indios que llaman «cercetos», con lo que castigan al que comete un delito es con prohibirle la entrada en el templo: éste les parece el mayor castigo que pueden dar a los malos —y si el templo fuera de el Dios verdadero era verdaderamente grande castigo—. Esta pena se da a sí mismo el glotón, teniendo el triste por descanso la pena. ¿Qué más hicieran con él estos indios, si le castigaran, que él hace consigo mismo? De la entrada del templo se priva, que es privarse de grandes bienes. Una de las razones porque los ministros de la justicia no sacan al delincuente de el templo debe de ser porque ya allí no parece delincuente. En la iglesia parece que entran todos a enmendarse, y el delincuente enmendado está muy digno de clemencia. Quien huye del templo da a entender que no quiere enmendarse. ¡Desdichado del que huye del templo!

El día de San Andrés, a las ocho de la mañana, entra su criada en el aposento de el glotón diciendo que hay en la plaza besugos como leche, Él dice, a medio abrir los ojos: «Fuerza es que sean buenos, porque ha cuatro días que yela. Y ¿han venido muchos?». «¿Qué es muchos? —dice la criada—. En el Repeso¹³ los dan, y es menester mucho favor para que los den». «¡Buena flema nos dé Dios! —dice el goloso, y se sienta en la cama con tanta fuerza que la estremece.

Pónese el jubón y la ropilla de una vez, y sin acabar de ponerse los botones del jubón arroja la ropa hasta la otra esquina de la cama. Prosigue con desatino su obra: cálzase tan sin orden como si se descalzara; salta en el suelo, no cumple con la mitad de las obligaciones de el aseo, descuidase con los preceptos de la decencia. Mientras él se pone la espada dice que le pongan la capa y el sombrero. Baja por la escalera puesto el sombrero y la capa con el mal aire que suele ponerlo mano ajena; empieza a andar por la calle poniéndose los botones del cuello de la ropilla; repara en que le entra frío por las bocamangas y pónese en cada una el botón primero. Afirma la capa en los hombros, asegura el sombrero —que se le iba trastornando— y llega al Repeso.

Procura meterse en el centro de la apretura, pero las olas le desvían. Da desde donde se halla al alguacil del mes muchas voces: él le oye y le conoce, pero por no obligarse a darle lo que pide no le mira. El pobre glotón, por mejorarse de lugar, entra por donde otro sale, y el que sale, como le aprietan los otros, le lleva las narices. Duélese el alguacil de ver lo que el hombre padece; saca dos besugos en la mano y llamándole por su nombre le dice que allí están dos besugos, que dé ciento y doce cuartos. Alégrase el glotón, y quiere meter en la faltriquera la mano y no halla lugar para meterla: echa el cuerpo al lado contrario para hacer hueco en el que ha menester. Lleva la mano a la faltriquera en que trae el dinero y halla sin dinero la faltriquera: empieza a palpase turbado, y aun palpándose no sabe de sí mismo.

Dale priesa por el dinero el alguacil, y él dice que allí se le han hurtado. Los que lo oyen empiezan a vocear diciendo que les den a ellos los besugos, que allí está el dinero. Al golo-

13.— Debe referirse al de la Plaza Mayor (había repesos menores en otros mercados). El Repeso era una institución municipal que velaba por la corrección en las transacciones en los mercados de abastos. Se encargaba de ello un regidor y varios alguaciles repartidos por los mercados y alternados por semanas o meses para evitar corruptelas.

so se le aflige el corazón, y le dice que por amor de Dios aguarde. Echa los ojos de acá para acullá; ve un conocido, pídele dos reales de a ocho prestados afirmándole que luego se los llevará a su casa. El otro se los da por encima de seis o siete cabezas. Entrégalos, recibe los besugos y pide lo que sobra. Tardan en dárselo y él vocea con la misma ansia que voceaba por los besugos poco antes. Al fin se lo dan, diez o doce cuartos menos, y él embarazadas las dos manos, una con el dinero, y con los besugos otra, sale de aquella apretura con tanta dificultad como si naciera.

A este mismo tiempo se suelen empezar en Madrid a dar las bulas; mas que no se mata tanto el glotón por la bula como por los besugos: si va a buscarla y ve que hay prisa lo deja para otro día. Pues ¡a fee que en cualquier día es provechosa! En cualquier día es mortal el hombre, y en cualquier día le puede dar el mal de la muerte y es bueno tener la bula para usar de sus privilegios. En cualquier día se pueden hacer con ella grandes ganancias para la otra vida: elegir confesor y sacar almas de el Purgatorio.

Pocos son los cristianos que usan de la bula, muchos son los que usan poco. El tomarla es con pereza, el poseerla con descuido. Tómanla cerca de la Cuaresma, pónenla el nombre, dóblanla y guárdanla donde no la vuelven a ver en todo el año. ¡Fiera desatención! El que tiene un privilegio de cien maravedís de renta le lee cuarenta veces para saber cómo ha de gozar la renta que le señala, y el que tiene un privilegio tan grande como el de la bula de la Santa Cruzada, que con repetirle cada año tiene cada año de renta innumerables bienes, nunca le lee para saber cómo ha de gozar de estos bienes innumerables. Los más deben de pensar que sólo sirve para comer carne los días prohibidos el que no está sano, y para poder comer el que lo está huevos y cosas de leche. Por golosina parece que se tiene la bula. ¡Qué mal hace quien no aprovecha todo lo bueno que incluye!

Desahógase un poco nuestro glotón y ve enfrente de donde toma los besugos salchichas y adobado, Parécele que será bueno emplear el dinero que le sobró en ello y cómpralo. El esportillero es conocido, y dícele que lleve aquello a casa. Mientras saca el dinero para satisfacerle su trabajo pasa un labrador con un lechoncillo muerto: aficiónase de él tan ciegamente, que le concierta sin tener dinero con que pagarle. Cae al pagarle en que no tiene dinero, y dícele al labrador que vaya con él a su casa, que le dará medio real más por aquel cansancio. El labrador le sigue, y de el esportillero y de el labrador torpe y feamente acompañado camina hacia su posada gustoso.

Los saurómatas¹⁴ tienen en el año tres días en que sólo tratan de comer y beber, pero estos tres días los mandan sus mujeres: sin libertad viven, sólo lo que ellas quieren hacen. En lo que yerran se echa de ver que sus mujeres les mandan. Raro es el hombre a quien su mujer gobierna que no sea error cuanto obra. El oficio de la mujer propia de los saurómatas toma con el comilón la gula, pero con poder más dilatado; porque las otras mandan en un año sólo tres días, y ésta manda todo lo que la vida dura. Los saurómatas se entregan a este bárbaro dominio tres días solos, siendo bárbaros: mucho más bárbaro será que ellos el que se entrega por toda la vida al desatinado gobierno de un paladar desatinado. ¡Valgame Dios, qué obediente está un glotón a su apetito! Parece que ha pactado con él lo que con su mujer el saurómata.

14.- Sármatas.

Llega a su casa el comilón, desembarázase del labrador y de el esportillero, manda que le asen unas costillas de adobado, que le cuezan un besugo, que lleven el otro a empanar, y a tostar el lechoncillo. Por esperar entretenido trata de ir a misa, quiere salir y ve que empieza a llover; embarázase en esto mucho y detiéndose. De la misma agua podía aprender a facilitar dificultades. Las gotas del agua que cae del Cielo son redondas: hácelas de aquella forma Dios porque con aquella forma penetran con más facilidad el aire por donde pasan.

Tiene la lluvia obligación de bajar a fecundar la tierra, ha de bajar precisamente por la región del aire. Pues por que cumpla fácilmente con su obligación hácela Dios de figura esférica, para que ligera se deslice y baje, a pesar de los estorbos, a cumplir con lo que debe. Si las buenas obras no tuvieran en qué topar perdían mucha parte de buenas. El merecimiento le hacen las dificultades: por las dificultades quiso Dios que se fuese al merecimiento; ha de pasar el hombre a las obras de la virtud por embarazos. Hízole Dios de figura esférica: puestos los brazos en cruz, queda circular. Con esto son los brazos embarazos de aire: por ellos puede caminar a su obligación con la celeridad que baja de la nube la lluvia a la tierra. Puesto el hombre en cruz queda esférico: póngase en la cruz del padecer y llegará como arrojado adonde debe ir ligero.

¿Qué embarazo era llover para aventurar la misa? Para obligación tan grande, sin duda muy poco. No quiso usar el glotón de la facilidad que Dios le había dado para vencerle y parose. Mirando estaba embozado cómo llovía, y díjole la criada desde allá dentro que si queda comer el besugo, que ya estaba cocido. A él le pareció que mientras le comía vendría lo que habían llevado a aderezar al horno y mandole que pusiese la mesa: determinose a quedar sin misa.

En la provincia de Boecia, al que no paga lo que debe le llevan a la plaza, le sientan en el suelo, échanle un pedazo de estera encima y búrlanse dél todos los que quieren: con esto queda infame, pagó con la afrenta. Bien podrá pensar el que no le paga a Dios la deuda de sus preceptos que hacen lo mismo con él los demonios en la gran plaza de la presencia divina. Allí le presentarán ignominiosamente, allí le mirarán desde el Cielo sin honra. Desengañense todos: sin honra está el que no le paga a Dios lo que le debe. ¿Con qué honra estará en los ojos del Cielo éste, que no ha querido pagar lo que le debe el día de fiesta?

Siéntase a la mesa el glotón, pónenle las viandas prevenidas y él incesablemente tome de todas: no hay instante en que aquella boca se cierre. Las llagas redondas son dificultosísimas de curar porque no halla la sanidad ángulo por donde empiece: a un círculo no hay por donde asirle. Abierta una boca, tiene figura circular: la del glotón está siempre abierta: llaga es redonda. Si quiere sanar este hombre cierre la boca por mucho tiempo: mudará la llaga figura y sanará la llaga.

Entra el besugo empanado, y asado el lechoncillo; pónenselos en la mesa, pellizca al lechoncillo los cuerezuelos y descubre la empanada. Ya mira al uno y al otro pensando de cuál comerá primero. Los peces no tienen párpados, nunca cierran los ojos, siempre los tienen abiertos mirando qué comerán. El glotón está siempre como el pez en el agua: tan abiertos tiene los ojos como si no tuviera párpados en ellos: todo se le va en mirar de qué asirá para comer. Como sin parpados está nuestro glotón en la mesa trayendo la vista por los platos. Por los platos trae las manos como los ojos; a todos mira y de todos come. Ya no le cabe lo que ha comido en el cuerpo y aún no cree que ha comido: antes se le llena el vientre que la gana.

Pide de beber con la boca llena, danle la copa, acaba de tragar lo que mascaba, enderézase para llegarla a los labios, ábrelos para recibir la bebida, cuando desordenadamente la bebida se le cae en el pecho; la copa, en la mesa; el brazo, fuera de la silla; la cabeza, en el hombro, y el hombro en el asiento: dióle una apoplejía y arrancósele el alma. ¿Qué pensarán que es apoplejía? No es más que taparse o apretarse las arterias por donde envía el corazón espíritus al cerebro. Cuando estas arterias se ciegan o se obstruyen es de vapores que suben del cuerpo; y son menester para obstruirlas o cegarlas muy pocos vapores, porque son unas vías muy angostas. Si los bordones de un arpa fuesen huecos, muy poco sería menester para taparlos. La misma cantidad, poco más o menos, será menester para tapar estas arterias. Siendo, pues, tan fácil de hacer una apoplejía, ¿cómo no hay en el mundo quien no tiemble de buscarle materia en el exceso de los manjares?

Cuando en el morir no hubiera más que hacer que morir se debía huir mucho del trance enemigo de nuestra naturaleza; pero es tan grave caso, que es el morir lo menos que en él se encuentra. ¡Ah Dios, cuál debe de ser lo otro! Hállase repentinamente el alma que se desunió del cuerpo en aquella región abierta y desembarazada del otro mundo. Hállase delante de la majestad de Dios, no ya como padre, sino como juez. Ya aquí el llanto no ablanda, ya aquí el ruego no obliga. Allí es sólo las reglas de la justicia a la que se atiende. Allí no hay trampas legales. Allí, en fin, se señala o la eterna muerte o la vida eterna.

EL PRETENDIENTE

CAPÍTULO XIV

EL merecimiento y la fama se hacen con el trabajo. Los perezosos ni tienen nombre ni merecimiento. La Fortuna da pocas veces sus bienes de balde: a estudios, a desvelos, a trabajos feria sus bienes. Por lo que Tántalo no alcanza el agua que desea es porque no mueve más que la boca. Ponerse a la gana para coger el premio es quedarse sin el premio y con la gana. Si forcejara Tántalo, rompiera las ligaduras. A diligencias se rompen las dificultades; a fatigas se hacen dichosos los deseos. Querer coger los frutos de la guerra desde la paz no es más que hacer de la paz guerra. De la sangre del pie de Venus se hicieron las rosas coloradas, y luego se coronó ella de las rosas. A costa de sangre, a costa de ansias, se adquieren las honras y los cargos. La noche es quieta, pero es oscura; el día es diligente, por eso es claro. El que no hace nada está quieto, pero no vale nada; el que trabaja suda, por eso relumbra.

Los que trabajaron adoptaron por hijos a los que trabajan y los hicieron herederos de el mérito de sus trabajos. El soldado que sirve como sirvieron los grandes soldados tiene al premio la misma acción que ellos tenían: porque los imitó le dejaron su merecimiento. El que aprende estudiando lo que supieron los doctos merece aprendiendo lo que ellos enseñándolo: porque aprendió dellos lo que sabe le hicieron sucesor en el mérito de lo que

sabían. Los que trabajaron merecieron para los que trabajan: los que trabajan merecen para sí y para los que trabajaren.

La república tiene necesidad de hombres de letras, de experiencia y de juicio que la gobiernen: sin ellos estará como un cuerpo sin ojos. Cual era el color de las varas de Jacob, tal era el color de los corderos que nacían: del color de las costumbres de los que gobiernan son las costumbres de los que obedecen. Las repúblicas buscan hombres a quienes hayan formado las costumbres, los estudios o la experiencia para qué hagan con sus costumbres y su conocimiento en el pueblo buenas costumbres. En el cuerpo humano no todos los nervios bajan de la cabeza, y se gobierna el cuerpo con ellos. En la república, no todo puede bajar del príncipe: mucho es menester que hagan por sí los ministros superiores; por esto son menester muchos hombres de importancia para ministros.

La nave que está sólo sobre un áncora no está segura; la que está sobre dos está más firme. Con solos los que gobiernan en la paz no se puede mantener una república: menester es la seguridad de los que sirven en la guerra. En ésta importa más la cabeza que las manos. El general cauteloso es mejor que el atrevido. Más veces han muerto los hombres leones que los leones hombres. No es tan arrojado ni tan forzado el hombre como el león, pero es animal más astuto; por eso ha vencido más veces, por eso ha sido menos veces rendido. La Gentilidad, entre otras maneras de sacrificios, tenía una que era la más copiosa. Esta era llevar animales de ciento en ciento, todos de una especie, que matasen al pie del ara. Este sacrificio hace al príncipe enemigo el general que pelea con más determinación que consejo.

Los que obedecen en la guerra son tan necesarios como los que mandan. Los soldados, para ser buenos, han menester tres cosas: gana, respeto y obediencia: servir con voluntad, reverenciar con humildad y obedecer con puntualidad. El soldado, para ser perfecto, no ha de tener miedo más que a una cosa: a sus cabos. Los que son valientes con los enemigos y tímidos con sus oficiales son de grande provecho en la guerra. Éstos son los hombres de que la república necesita.

De las necesidades, pues, de la república y de los merecimientos de los hombres se hace un pretendiente. Éste viene a la Corte, que es la fuente que distribuye los premios. Aquí sólo trata de hablar al príncipe, de informar a los consejeros que han de consultarle, de traer el semblante compuesto, honesto el traje, las palabras medidas, las acciones templadas; de no andar derecho a puras reverencias, de presentarse inferior, de encogerse como esclavo, de flechar la lisonja, de hacer memoriales, de gastar con los pies los umbrales de las secretarías y de no dejar vivir a los que viven para el bien público. El amor propio hace a los méritos importunos. No me espanto; pero de lo que me espanto es de que por un rato siquiera no calmen estas ansias.

Amanece el día de fiesta y amanece el pretendiente pensando razones nuevas que convezan a los consejeros para que le despachen. No es día de eso: día es de que descanse el alma como de que el cuerpo descanse; mas ¡ay, que la ambición es una fatiga que a todos atormenta y a todos los que atormenta agrada! Sosiéguesele los cuidados el día de Dios, que quizá le ha de dar a Dios muchos cuidados. Considere el pretendiente, pues es día de tratar con Dios, lo que hará con Dios si alcanza lo que pretende. Muy peligrosas suelen ser para el alma las dignidades y los oficios públicos. Piensan muchos de los que tienen los oficios y las dignidades que son más que sus súbditos y se engañan, porque no son más que cobertura de los súbditos. Si pensase una capa que es mejor que el que la trae se engañaría,

porque sólo es defensa de los hombros en que anda. Piensan los gobernadores, como están sobre los otros, que son más que ellos, y no son sino defensa suya. Las más veces es mejor lo guardado que lo que le guarda. Más precioso es el pueblo que el que le cubre. Piense, pues, el pretendiente, siquiera el día de fiesta si sabrá creer que es defensa y no carga, que no es mayor porque está más alto; y si no fía de sí que lo acertará a creer, fíe de mí y no pretenda.

Siempre es menester que muera uno por el pueblo. Este que ha de morir es el que le gobierna: ha de andar como muriendo a desvelos y cuidados. Mire el pretendiente si tendrá ánimo, cuando le den el oficio, para morir por el bien público a cuidados y desvelos, y si no se halla con este ánimo deje de pretender el oficio. Esto es lo que ha de pensar el pretendiente; pero no piensa cómo lo hará en el cargo, sino cómo alcanzará el cargo y hágalo como lo hiciera. Pues a fee que es puesto peligroso, que tiene Dios hecha la mano a tirar los rayos a los montes, y son montes en la república los que la gobiernan.

Levántase de la cama por no perder la hora de hablar a un consejero. Harto mejor era por no perder la misa, por llegar a tiempo al sermón. Piensa mientras se viste en que se tardan mucho en premiarle: éste no debe de saber que son menos los premios que los pretendientes, y que es menester tiempo para que entren todos. A esto me dirá que él tomará una futura sucesión. Los pretendientes son como los muchachos que ven fruta verde en los árboles, que se hacen pedazos por alcanzarla y luego les amarga y les da dentera. En alcanzando una futura sucesión, como no es dicha madura, la mascan coa gestos y no pueden tragarla.

Va y viene nuestro pretendiente mientras se viste en la dilación de su despacho ¡Oh error de el amor propio! Con la misma facilidad que deseamos una cosa creemos que nos ha de venir. El tiempo que tarda, pensamos que nos hace injusticia la mano a quien toca el darla. La esperanza se anda tras las dichas, pero las dichas andan huyendo de la esperanza; para alcanzarlas ha menester mucho tiempo, y muchas veces no las alcanza.

Sale, pues, de su posada el pretendiente, endereza su camino a la casa del consejero, pasa por una iglesia donde tocan a misa y él se pasa sabiendo que aquel día está a oírlo obligado. Parecele que después podrá oírlo, y por no perder la ocasión déjala para después. Por Dios no se rodea para ninguna parte. Dios para dondequiera es atajo: si conviene llegar se llega más presto, y si no conviene se hace el camino suave.

El que va este hombre a hablar es un hombre que quizá se cansará de verle; y no sería mucho que se cansase, que también querrá tener un día para sí solo, también él querrá un día de fiesta que no sea de trabajo. La casa donde va es una casa adonde va temblando de ser a los criados molesto, por tenerlos para otra audiencia gustosos; va temblando de no decirle al dueño palabra que sobre, por no parecerle indiscreto, y va temblando de que no se le olvide alguna palabra de las que lleva prevenidas, por que quede su razón más explicada. Entre en la iglesia, oiga la misa a que está obligado, hágale a Dios visita de pretendiente: pídale lo que desea, que él saldrá dichoso.

Tan imposible es dejar de tener buena suerte el que tiene su pretensión con Dios como dejar de estar a la luz el que está al sol. Si Él no le da lo que pide es dicha, porque no le estaba bien conseguirlo; y si se lo da es dicha verdadera, porque de aquella mano no salen males para el que quiere los bienes de aquella mano. Entre en la casa de Dios a pretender, que no cansará a los ministros de ella: los Ángeles son los ministros; ellos a intercesiones procurarán hacerle fácil la pretensión. Háblele a Dios con corazón humilde y no se le dé

nada de que le sobren palabras, que los discretos de Dios no lo son por el pico, sino por el pecho. No se le dé nada de que las palabras le falten, que Dios sabe muy bien lo que quiere decirle. No tema enfadar al que visita, que su descanso no consiste en no hacer nada: en estar haciendo bien consiste. Pídale, que Él pide que le pidan: si no tuviera gana de dar no rogara que le pidieran. En las manos de este Señor a quien pide está el corazón del que le ha de dar lo que pretende: con que Él le disponga el corazón le rogará el otro con lo que desea. Dios es el camino para el bien: no se aparta de su bien el que se entra por Dios.

Pasa, en efecto, adelante, llega a los umbrales de el ministro, halla en ellos otro pretendiente que le dice que hay una visita, y él se determina a esperar a que la visita salga. Trahan conversación; dícele el que estaba antes que ayer se proveyó tal plaza en tal persona. Este era el oficio en que nuestro pretendiente tenía puestos los ojos: quédase el hombre tan suspenso como si el alma se le hubiera ido huyendo del dolor. Procura encubrirle, habla de rato en rato una palabra tan sin propósito como sin atención. No puede sufrir la compañía: dícele al otro que aquella visita es muy larga y vase. Va andando sin saber por dónde va y párase sin tener por qué pararse. La vehemencia de la imaginación, que le representa su desdicha, le arrebatada las facultades de viviente y queda poco menos que cadáver.

¡Válgate Dios por hombre! ¿De qué es este sentimiento? ¿De que no te dieron esta plaza? ¿Cómo sabías tú que era tuya? Dirá que la esperanza se la había prometido. Fundamento débil: la esperanza promete bienes ajenos; lo que no tiene promete. La esperanza es grande embustera, por que la acaricien ofrece lo que no puede dar. Era la plaza de aquel a quien se la dieron y mandósele al que no la había de conseguir. Estuvo todo el tiempo que tardó en proveerse tratada como amiga: por esta conveniencia hizo este embuste. Quien quisiere saber cuán grande enredadora es la esperanza mire el fiador que da: a la Fortuna da por fiador; fiador que tiene con qué pagar, pero que no puede ser ejecutado. Quien de lo que promete da mal fiador empieza a trampear desde luego lo que promete. Veamos, pues, ahora, por qué nuestro pretendiente se halla tan turbado, si quien le mandó el oficio fue la esperanza y el fiador que le dio fue la Fortuna.

Cóbrase un poco y encamínase a oír misa, Entra en el templo y no sabe dónde entra. Pónese de rodillas delante del altar y no atiende al altar, sino a su desgracia. Piensa que por sus méritos se le debía lo que no le han dado y persuádese a que le han hecho hurto. Considera las descomodidades que de aquí le resultan y dase por acometido de un gran trabajo. Bien podía este hombre volver en sí y pensar que quizá merecía mejor el oficio la persona a quien se le dieron, y que si no le merecía como él, le quiso Dios enviar a él esta calamidad por mejorarle para el Cielo. Si él tuviera juicio lo tuviera por beneficio, porque en Dios aun los castigos son mercedes. A saber lo que se hacía, le diera gracias por lo que padecía.

El persa a quien su rey le da algún castigo le va a besar la mano como si le hubiera hecho alguna merced. Esto hacen los persas para hacerle creer a su monarca que es favor grande que aun para maltratarlos se acuerde de ellos. La lisonja introdujo para con aquel rey esta ceremonia a que la razón está para con Dios obligada. Los reyes son hombres y pueden hacer injusticias; mas dar gracias por agravios es hechicería sin demonio, con ella se apoderan del corazón de los poderosos enojados los discretos. Lo que es cordura para con un rey, aun pudiendo errar la justicia, es para con Dios, que no puede errarla, no sólo discreta, sino debida ceremonia. Dele gracias a Dios el afligido del trabajo que le envía, pues nada

envía Dios, que no sea merced grande, y crea que para medrar con Él es arte muy discreta darle gracias por los castigos.

Sale una misa, llégase el pretendiente al altar en que sale y entre la gente que se junta a oírla ve al que le ha llevado el oficio: inquiétasele la sangre, muda el color, piensa que le ha hecho algún agravio, mírale como a enemigo y pésale de su buena suerte. Sola una cosa tiene buena la envidia, que es maltratar a quien la tiene: víboras se vuelven los envidiosos. Vese en que revientan con la pasión que conciben: de ver nuestro pretendiente al otro más afortunado está que se le arranca el alma. Yo le diera un remedio para consolarse: alegrarse del bien del otro es el remedio. No es cosa ésta muy cuesta arriba: otro yo es mi prójimo; con la facilidad que me alegro de mi bien me puedo alegrar del suyo. Por lo que todos los animales aman al animal de su especie es porque se ven en él: donde ven su figura piensan que están ellos mismos. No hay hombre, por bárbaro que sea, que no se alegre de ver un retrato suyo honrado y lucido. Mucho más retrato es un hombre de otro que lo es un retrato de un hombre. Grande barbaridad será no holgarse de ver el hombre al hombre, que es retrato suyo más verdadero, lucido y honrado.

El agua es tan feroz que pelea con el fuego, y luego tiene paz con otras aguas: el ser de una especie las hace amigas. Aunque un río vea que un arroyo que cerca de él corre va sobre menudas guijas o sobre mullidas arenas gozando de las sombras de los álamos y retozando con las flores, no se amohína, bien que él vaya haciéndose pedazos en pedazos de peñas, hirviendo a los ardores de el sol y rozándose en mal avenidos terrones. No porque se ve de mejor fortuna está mal con el arroyo el río, antes le va mirando risueño: son de un elemento entrambos, y no le pesa al uno del bien del otro.

Hermanos son todos los hombres, por esta razón debía holgarse cada uno de el bien que el otro goza; pero no es nuevo en el mundo pesarle al hermano del bien de su hermano. Hermano era Caín de Abel, y le pesaba de los favores que Dios le hacía. Hermanos eran, pero eran hermanos en Adán, eran hermanos en un hombre: malo era que le quisiesen mal, pero esta carne no produce tan justificados los afectos. Lo que es culpa con grande malicia es que los que son hermanos en Cristo, por estar ya como deificada su naturaleza, no se alegren del bien de su hermano el prójimo. Pretendiente: este que te ha llevado el oficio es hermano tuyo según la carne y según el espíritu. Alégrate de su bien: harás lo que debes como hombre y harás lo que debes como cristiano. El premio de esto empieza luego: veraste sin los tormentos de la envidia.

Con esta inquietud interior oyó nuestro pretendiente la misa, y lo más cierto es que con esta inquietud no la oye. La obligación era oírla, pero como no cumplía con su obligación en el amor de su prójimo no fue mucho que faltase a la obligación que le tenía a su Dios en tal día. Un pecado es las más veces disposición para otro: pocos tienen el desahogo tan tasado que le tengan para sólo un delito. Una de las razones por que se había de dejar de pecar había de ser por no pecar más. No hay cosa tan fecunda como la culpa: una produce ciento; cien dichas son menester para no pasar de una. Si cuando este hombre vio a su competidor no se hubiera engolfado en los errores de la envidia quedara libre para los empeños de su obligación.

De todas estas maneras no cumple con el día de fiesta el pretendiente legítimo. ¿Con cuántas más circunstancias no cumplirá con él el pretendiente bastardo, el que pretende lo que no merece y quiere hacer creer que merece más de lo que pretende?

Muy a mi propósito hace aquí el talión del Senado de Roma. Mandó el Senado pregonar que a quien diese la cabeza de Cayo Graco se la pesarían a oro. Había un soldado, cuyo nombre era Septimuleyo,¹⁵ cruel y mañoso. Éste halló modo de cogerle descuidado y tuvo crueldad para matarle. Quitole la cabeza. Teniéndola en la mano le pareció que pesaba poco. ¿Cuándo se ha contentado la codicia? Quiso, con ocasión de cobrar lo que se le debía, hurtar el oro público: derritió plomo y echole por todas las partes huecas de la cabeza, con esto hizo su peso grande. Llevola al Senado y con esta astucia pidió mucho más de lo que se le debía dando a entender que no pedía sino lo que le tocaba.

Manda el rey publicar que a quien presentare una cabeza que quitada de los hombros de los vicios es útil para la república se la pesarán a dignidades y conveniencias. Sábese esto en las universidades y en los ejércitos y vienen de los ejércitos y de las universidades muchos hombres a la Corte a hacer creer que traen cabeza que importa mucho, y es mucho menos lo que le importa que lo que publican: éstos son los pretendientes engañosos. Llega uno destos pretendientes a los pies del rey que está deseando llenar su república de ministros que merezcan serlo, y llega con el cabello breve, compuesto el semblante, la barba en penacho, el cuello de dos lienzos, la loba hueca y el manteo ceñido, y dícele por un memorial que ha tantos años que estudia, que ha tantos que lee de ostentación, que ha substituido tantas cátedras y que ha escrito tantos libros. La bondad de el pecho de el príncipe, tan acostumbrada a no creer que nadie engaña como a no engañar a nadie, piensa que aquella cabeza, por estar quitada de los vicios, vale su peso de mercedes, y no merece sino desprecios, porque lo más de su ponderación no es más que plomo. Haber andado mucho tiempo vestido de estudiante no es haber estudiado mucho tiempo. El leer de ostentación, como a nadie le importa lo que lee, suele ser cosa que no importa. Sustituir cátedra, más es amistad del propietario que medro del que lo hace. Escribir libros, las más veces no es más que sonido honroso, porque suele ser trasladar, que es trabajo que merece lo mismo que pasar tierra de una parte a otra: los que escriben novedades de sustancia son tan raros como las novedades. Peso es de plomo el que este hombre presenta, y quiere que le pesen el plomo a la cosa de más valor de la república.

Llega el soldado entrefino a los pies del príncipe el cabello largo, la golilla mal puesta, la espada en tahalí ancho y las vueltas¹⁶ de otro país, y dícele —algo de palabra, y lo más por escrito— que le ha servido veinte años; que en tal facción que se le encargó la dispuso de manera que rompió al enemigo; que ha estado sitiado dos veces y que ha trabajado mucho en entender de fortificación y máquina militar. Piensa el monarca que lo que dice es cierto, y como si fuera cierto merecía tanto, queda con cuidado de que se pese a puestos grandes aquella cabeza: no se persuade a que nadie puede engañar y déjase engañar con un poco de plomo. Cabeza es embutida de plomo la que este hombre le presenta. Algunos soldados hay que cuentan el tiempo que han servido desde que lo empezaron, y no descuentan el que se han estado holgando en su casa o en la Corte; que llaman hazaña a lo que fue suceso; que cuando estuvieron sitiados comía cada uno por dos y no servía por uno, y que sólo fortifican su enredo con estar hablando de fortificación a todas horas.

15.– Eds. consultadas: 'Estipuleyo.'

16.– De las mangas.

Uno y otro, pues, destes pretendientes que intentan que les pesen el plomo a oro, y el engaño a conveniencias, se entran por en casa de los ministros con el mismo desembarazo que si ofrecieran una cabeza de valor grande. Éntranse por sus puertas cada día, sin reservar el día de fiesta. Siempre hacen mal, pero este día cometen mayor culpa. En el Cielo no pretenden unos el premio que se debe a otros, y el día de fiesta convierte el mundo en Cielo. Allí está cada uno contento con lo que le toca: esté acá contento con lo que le toca cada uno. De la manera que cada uno vive consolado con la estatura que Dios le dio en el cuerpo ha de vivir consolado con la estatura que le dio en el valor, con la que le dio en el ingenio. Si un enano pretendiese una plaza de soldado de la guarda sería ridículo a los ojos de los hombres. El indigno que pretende un puesto grande es enfadoso a los ojos de Dios, que le conoce el tamaño. Diranme a esto que el amor propio no deja a ninguno tantearse en lo que vale: todos piensan que son buenos para cuanto hay bueno. Engañarse quien me lo dijere: todos desean lo bueno para sí, pero no todos piensan que son buenos para todo. A nadie le parece tan cobarde el cobarde como él se parece a sí mismo.

Bien sabe el soldado sin valor que no es bueno para soldado, pero empezó a serlo y no tiene otro camino; fíase en su maña para desaparecerse sin declarada afrenta en los peligros, o encamina su pretensión hacia donde está más sin peligros la guerra, y pide los puestos que no merece para vivir acomodado con los puestos. No sabe el de corto ingenio que le tiene tan corto, pero bien sabe que no le tiene grande: él se ha hecho manifiesto, pero fíase en que no le conoce el que le ha de dar el cargo y va a ver si puede, para que se le dé, engañarle. No es posible creer el que no ha estudiado, que ha estudiado si no es durmiendo, si acaso lo sueña, y tras eso va a pedir oficios que requieren estudios; mas como unos van a hurtar con llaves maestras van otros a pretender con palabras y traje que parecen de maestro. No pidan, pues —por Dios se lo ruego—, las dignidades que no merecen: déjenselas a los que las tienen merecidas, que para mejor puesto suele guardar Dios al indigno, que es para la virtud de la humildad. Conózcase, sea humilde y tendrá grande puesto. Los fontaneros, para que suba mucho el agua la hacen que baje mucho: el que quiere subir, baje. Muy buen puesto tiene quien se pone en mal puesto. El ámbar, entonces huele cuando se hace polvo; digámoslo mejor: cuando se hace lodo. El hombre, cuando se hace nada luce.

Éntrese, pues, este a quien Dios hizo menos hábil para las dignidades de la paz, o aquel a quien hizo menos a propósito para los cargos de la guerra, en el templo el día santo, pues todos tienen para salvarse habilidad suficiente; oiga con devoción la misa a que está obligado, ofrézcasela a Dios por que se distribuyan dignamente los oficios mayores de la guerra y de la paz, que en pago de este sacrificio, y de que desiste de pedirle a la república oro por plomo, le dará Dios lo que más le convenga.

EL AGENTE DE NEGOCIOS

CAPÍTULO XV

HAY en la Corte unos hombres, muy necesarios, que llaman «agentes de negocios». Éstos tienen un oficio que no se da, sino que se toma; que la república no le señala y que hace mucho provecho a la república. Éstos cuidan del pleito del que se está en su tierra, y desocupándole del pleito le dejan el tiempo libre para que acaudale lo que en el pleito se gasta. Éstos escusan al pretendiente que está en las Indias de los gastos de la Corte y de los vicios que la Corte tiene. El que viene a pretender o a pleitear ha menester, lo primero, aprender a pleitear y pretender. Cuando pretende o pleitea por su agente empieza el pleito o la pretensión sabiendo lo que se hace. Ahorra lo que había de gastar como forastero y gana lo que había de perder donde asiste.

Entra eligiendo buen abogado, porque el agente conoce el que es bueno. Entra bien visto de los ministros, porque los ministros miran con algún cariño al que ven cada día. Entra sabiendo lo que les ha de decir y no los ofende con lo que les dice. Y entra, en fin, tratando de sus negocios con menos costa y más inteligencia. Por la granjería de todas estas comodidades entran poderes de diferentes provincias y reinos a los agentes de negocios para que se sustituyan en los cuidados de las pretensiones y los pleitos. Ellos tienen esto por muy buena fortuna, porque aunque trabajan mucho viven en la Corte y está toda la monarquía trabajando para ellos.

Tienen los hombres acreditados en este ejercicio innumerables negocios: no hay hora en su día que no sea hora de hacer algo; no hay día en su año que sea día de holgar; todos los días y todas las horas tienen a qué asistir incansables. Llega el día de fiesta y como si no llegara. No aguarda el agente a que el Sol le empiece el día: dos horas antes que el Sol le empiece hace él con una vela la aurora. Siéntase a su luz en la cama, pónenle a un lado una naveta de poderes; a otro, un montón de cartas; sobre un taburete, seis o ocho procesos, y el recado de escribir en una mesilla. De allí saca un poder y le considera; de aquí toma una carta y la estudia; ase de un pleito y le reconoce el estado; echa la mano a la pluma y bosqueja un memorial pensativo. En esto se le pasa mucho tiempo, sin acordarse que es día de iglesia.

El árbol con muchas ramas no deja pasar los rayos del sol; el hombre con muchos negocios no deja llegar a su corazón los recuerdos de lo que a su alma le importa. Del Cielo le enviaron poder para que hiciese los negocios de su alma en el mundo; pero como no le envían la paga adelantada le parece éste el negocio que importa menos. Pues ese es el que importa más y el que tiene mejor paga. Si teniendo un hombre dos piernas no cuidase de calzar más que a la una, ¿no sería loco? Claro está que lo sería. Pues ¿cómo, no pudiendo ser hombre sin cuerpo y alma, no cuida más que de el cuerpo, dejándose olvidada la parte principal de hombre? Este hombre parece que está sin juicio. Porque el rezar no tiene la gloria a raíz del último «amén» deben de pensar algunos que no se paga el rezar. Porque en acabando el último Evangelio de la misa no se abre el Cielo y se suelta la gloria deben de pensar estos mismos que no tiene premio la misa. Engañanse si lo piensan: premio tiene la oración, premio tiene la asistencia al sacrificio; y premio grande, premio como de Dios,

no premio como del mundo. Desocúpese, pues, el día de fiesta el que hace negocios ajenos para hacer los negocios de su alma, que ese es el negocio que le ha de dejar más provecho.

Levántase cerca de las diez nuestro agente. En estando medio vestido se pone un capote, coge un puñado de cartas en una mano, un pleito en otra y vase al escritorio. Dícele a un oficial que traslade la última petición de aquel proceso; a otro, que responda a aquellas cartas, y pide recado de lavarse. Estándose lavando entra un oficial, de los inferiores de una contaduría, con una cuenta de despachos y recíbele con grande cariño, mira lo que montan y manda que se le dé luego el dinero que pide. Mientras traen el dinero le entrega otros papeles y le encarga la brevedad. Vase el oficial despachado; ya son las once, pide la golilla. Apenas lo ha acabado de pronunciar cuando entra un impresor con un memorial ajustado con los servicios de un sargento mayor de Filipinas; manda que le paguen, toma el memorial y vase el impresor, él se sienta en una silla y empieza a leer por ver si viene mentiroso. ¡Señor: que son cerca de las doce y es día de misa!

Paréceme que le oigo decir. «Esto me importa el comer». El águila busca la comida o en la tierra o en las regiones del aire que están cerca de la tierra, y luego da un vuelo tan alto que se sube al cielo. No es malo buscar en los negocios de la tierra lícitamente la comida, pero es menester dar un vuelo de cuando en cuando que llegue al cielo. El cielo es el templo de Dios en lo alto, y el cielo de Dios en el suelo es el templo. El que busca lo necesario para la vida en los negocios de el mundo éntrese de cuando en cuando en la iglesia, que ese es el cielo adonde ha de volar como águila desde los negocios de la tierra. El águila, cuando se avvicina al cielo parece que viste plumas de ángel, porque no parece concedida tan alta región a los pájaros. El hombre que desde los negocios de la tierra se va al templo se desmiente de hombre. El templo es el cielo de Dios en la tierra: quien sabe volar a este cielo señas toma de ángel. Al águila no la obligan a que se suba al cielo desde las conveniencias propias, y ella se sube allá como a agradecerle a Dios las conveniencias. Al hombre le obligan a que vaya al templo el día santo desde las ocupaciones de sus menesteres, y él no se acierta a desocupar para el templo: más agradecida es a Dios el águila que el hombre. Deje, pues, el día de fiesta los negocios de su aumento el que tiene negocios: éntrese en el Cielo de la Iglesia y será águila que se sube al cielo.

Muy antigua constitución es entre los cristianos el que se labren los templos con la puerta principal al Oriente. La razón desto fue porque se piensa que tuvo Cristo Nuestro Señor al Oriente el rostro cuando estuvo en la cruz en el monte Calvario. Al Oriente están los campos en que el primer hombre cometió la culpa primera. Púsose Cristo cara a cara con la primera culpa cuando había de morir para decirle: «Por destruirte muero». Por esto se hacen al Oriente en los templos las puertas principales; pero a mí me parece hay razón segunda. El Sol es la criatura más ocupada en los negocios de los hombres de cuantas hay en la república de los astros. Dios gusta de que se ocupe en esto, pero también gusta de que entre en su templo cada día, y por que no rodee hace que le pongan puerta por donde entre así como se levanta. Muy ocupado es el Sol, pero entra en el templo cada día. Menos le pide Dios al hombre ocupado en los negocios de los hombres. Y no es tan ocupado: no que entre cada día, sino que entre cada día de fiesta. Muy mal hace el hombre ocupado que no se desocupa para tan leve precepto.

Del agua que está mezclada con la tierra se levantan unos vapores que han de ser agua. El agua es uno de los agentes que tienen los hombres para sus necesidades en la tierra.

Bien pudiera Dios, viendo lo mucho que tiene que hacer el agua, haberle dado facultad al Sol para que así como se levantan del suelo los vapores los desatase en lluvia y empezase a trabajar el agua desde luego. Bien pudiera Dios haberle dado esta facultad, mas no quiso dársela porque quiso que estos vapores se acercasen primero al cielo como a orar, como a pedir gracia para hacer bien su oficio. Junto al cielo se condensan en nube y desde allí se derraman en importantísimas diligencias para la vida de los hombres.

Lo primero que haga el agente de negocios en levantándose —el día de fiesta por lo menos— sea llegarse al cielo; sea digo, ir a la iglesia, que allí se le formará de fuerte el espíritu, que sea de mucha utilidad para los negocios que están a su cargo. Porque los vapores de que se hace la lluvia se llegan al cielo parece que bajan de el cielo los bienes que hacen. Lléguese a Dios el día santo el agente de negocios, y hará en los negocios tales efectos que parezca que bajan de Dios, que tomen sabor de celestiales.

Pensarán que los vapores que se desatan en agua no suben más que una vez al cielo, y que con eso quedan desocupados para acudir a las cosas que están a su cuidado encomendadas. No es así: aquellos vapores van y vienen al cielo veces innumerables: la misma agua que cae es la que vuelve a caer, de la que ayer cayó se levantan los vapores que han de ser nueva fecundidad. Yendo y viniendo está el agua al cielo para hacer los negocios de la tierra; vaya y venga al templo el agente de negocios si quiere fertilizar los negocios de felicidades.

Oye las doce nuestro agente leyendo el memorial y aún no se determina a ir a la iglesia Ninguno echa un navío en el mar para sí solo: para la conveniencia de muchos le echa. El que gobierna este navío ha menester, en engolfándose, pesar el Sol para saber la altura en que se halla, para saber lo que dista de los puertos. El Sol no se puede pesar halla llegar al cénid —cénid es el punto del cielo que está sobre nuestras cabezas—. Para saber con certeza cuándo está en este punto mira en un reloj si son las doce —porque los relojes están dispuestos de manera que cuando está el Sol en este punto señalen esta hora—: entonces le pesa con el astrolabio. Por las líneas de aquel peso conoce las distancias que hay desde allí a partes diferentes. El agente de negocios que oye las doce el día de fiesta y no trata de ir a misa pese el Sol de la verdad —que esa es la hora de pesarle— y se hallará muy distante del puerto a que caminan los negocios que gobierna, que es el buen suceso; porque sin Dios, ¿cómo ha de suceder bien nada? Se hallará asimismo del Cielo muy distante, porque el que no cumple con las obligaciones de cristiano tiene muy apartado el Cielo. Vaya, pues, a la iglesia el día dedicado a Dios el que tiene negocios ajenos a que acudir, que a ellos los pondrá cerca de la felicidad y él se pondrá en buen paraje para la gloria.

Concluye, en fin, con el memorial, acábase de vestir, apaga los cuidados que le rodean y vase a misa. Entra en la iglesia, sale el sacerdote, pónese en el altar, empieza el sacrificio, vase prosiguiendo y él está en él sin sosiego y sin gusto: las reliquias de sus cuidados le hacen aquella ocupación desabrida. Para ir a cumplir con aquel precepto apaga las demás atenciones, pero aun apagadas le hacen desabrido aquel precepto. Lo caliente adusto, mezclado con lo húmedo, lo hace amargo. Lo que hace salobre el agua del mar son las cenizas de las exhalaciones que, como en campo tan abierto, caen en ella. Con otro ejemplo se entenderá mejor lo que digo. La lejía se hace de ceniza y agua dulce, pero el agua dulce queda amarga con la ceniza. Con la ceniza de las exhalaciones queda el agua del mar amarga. Dulce es por su naturaleza el sacrificio de la misa, dulce y sabroso; pero las cenizas que caen en él de los apagados divertimientos de este hombre le hacen para

este hombre amargo. Quien quisiere que la misa le sea dulce y suave no lleve a ella de sus cuidados ni aun las cenizas.

El agente de negocios puntual yerra de puntual el día de fiesta como está visto, y el que no es puntual le yerra de no serlo. Ahora veremos cómo lo yerra. Debe el agente representar la persona cuyo poder tiene, pero el agente descuidado la representa como su sombra. A nadie por su sombra le han conocido; al que representa el agente descuidado no le conocen más que si no vieran más que su sombra. La sombra no hace más que manchar la luz en que un cuerpo asiste; el agente perezoso no hace más que deslucir los alientos de aquel por quien hace. Todas las voces tienen eco, pero no se oyen todos los ecos de las voces. Los agentes son ecos de las razones de los que les encargan sus negocios, pero los malos agentes son ecos que no se oyen. No se oyen en los tribunales, no se oyen en las secretarías; nadie sabe que hay tal negocio en el mundo. Sólo el agente lo sabe, que recibe la paga y no cuida del negocio, quítale el caudal y échale a perder el pleito: consúmele la hacienda y deja que se desvanezca la pretensión. Pues a fee, a fee que esto se paga, y es Dios el que lo tantea.

Acierta a caer en día de estafeta el da de guardar; levántase el agente descuidado a las once de el día, almuerza muy de espacio y luego pide muy de priesa el recado de escribir por dejar la tarde libre. Dánsele, dobla el papel, deja de margen la tercera parte de la plana y luego con muy buena letra escribe una carta muy llena de palabras que significan grande cuidado, grande diligencia y negociación grande. El cedro es un árbol gallardo, de muy buen parecer y de hojas hermosas y menudas. Éste se divide en dos especies: una que lleva flor y no fruto; otra, que lleva fruto y no flor. Ambas no crían carcoma, ambas son casi incorruptibles. El agente de negocios que no hace negocio tiene la apariencia agradable, las palabras hermosas, menudas y muchas: es de la especie que lleva flor y no fruto, muy abundante de esperanzas, muy estéril de provechos, y luego tiene la habilidad de no criar carcoma: en él no entra cuidado que le muerda el corazón. No tiene de qué morir si no es de no hacer ejercicio.

Firma la carta, y después de firmada, como cosa en que había puesto poca atención, dice abajo que son menester dineros, porque los que tiene recibidos, y muchos más, están ya gastados, como lo verá por la cuenta que con aquélla envía. Desvía la carta y empieza la cuenta. ¡Grima da el pensarlo! No tiene tantos pasos la escalera de la horca como ella tiene partidas; y es peor que esta escalera, porque por ésta se va con dolor a pagar lo que se debe, pero por la escalera de aquella cuenta se va con angustia a pagar lo que no se debe.

Quiere hacer el pliego y dícele a un criado 'que le dé una de aquellas copias de la gaceta nueva. El criado se la da y él la mete en el pliego. ¿Para qué es esta gaceta, señor mío? ¿Para que todo cuanto va en ese pliego sea mentiras y engaños? Cada nueva de las que se oyen ha menester más pruebas, para ver si tiene raza de mentira, que un pretendiente de un colegio para ver si tiene alguna mala raza, y vuesa merced no hace más de escribir cuanto oye, sin saber si es verdad o fábula. Los párrafos de la gaceta son para quitar el mal sabor a las partidas de la cuenta, y con los párrafos hurta de nuevo, porque le hurta el tiempo al otro que gasta en leer quimeras vacías.

Tienen otro inconveniente estas gacetas que se desparraman, y es que las deslucen o la verdad o el juicio a muchos hombres de muy buen juicio y mucha verdad. Fíase el que está lejos de la Corte de la cordura de su correspondiente porque los hombres de la Corte que

no se han tratado tienen dondequiera adquirido el crédito de bien doctrinados. En esta fee publica las nuevas que le envía por infalibles; salen luego mentirosas y tiénelo en su lugar o por hombre que cree fácilmente o por hombre, que da por sucedido lo que inventa. No hace cosa el agente desatento que no sea daño.

Estando poniendo el sobrescrito a la la carta entra uno destes arrimadillos —que no hay hombre acomodado que esté sin alguno—, saca un librito de la faltriquera diciendo que es nuevo, de materia gustosa y de autor aprobado. Échale la mano nuestro agente pareciéndole que es buen instrumento para ayudar a entretener al que engaña. Ábrele por el principio, lee el título, conténtase dél, hace que le aten con el pliego y entrega el pliego al que ha de encaminarle. El que quiere burlar a otro le hace que mire a lo alto: en viéndole la vista ocupada le da el golpe. Este hombre hace a su correspondiente que mire al libro para darle el golpe en el dinero.

Ya es la una del día, acábase de vestir y vase a la iglesia. Entra en ella preguntando si hay misa y dícnle que no hay más de la postrera. Mientras el sacerdote sale se llega él a algunos conocidos: ellos dicen que cómo viene a misa tan tarde, y él responde que para haber de cumplir bien un hombre con los negocios que tiene a su cargo es menester tanto tiempo, que apenas le queda tiempo para cumplir con las obligaciones de cristiano. ¡Qué cosa tan natural es querer suplir los hombres con las palabras lo que les falta en las obras! El que riñe mal es el que mejor dice que riñe; el que no hace cosa de provecho es el que más blasona de importante; el que tiene el dinero cosido a la bolsa es el que anda contando larguezas.

Todo esto es puntualidad de las segundas causas, que quisieran hacerlo todo perfecto. Asiste un planeta a la genitura de un hombre, intenta que salga cabal, no tiene facultad para dar tantas cosas como ha de tener el hombre perfecto; vele falto de alguna, no puede llenarle della y anímale el pico para que dé a entender que la tiene. Hasta las estrellas afeitan sus obras: era nuestro agente perezoso; pesole al planeta que se halló en su genitura de verle con esta tacha y dióle verbosidad con que desaparecerla.

Sale la misa y él la oye pensando en si conocerán su negligencia las personas que tienen encargados sus pleitos y fiadas sus pretensiones. Hace bien en temerlo, que a nadie le engañan para tiempo muy largo.

Algunas veces caen los granos del granizo con la figura de algún animal: la causa de esto es haberse cuajado en el dominio de alguna estrella que tenía facultad de engendrar aquel animal que en él va figurado. Graniza un día de esta manera, mira el labrador la piedra que ha caído: vela con la figura de neblí. Estase gran rato embobado mirándola, va luego a reconocer su viña y hállala apedreada. Está el pobre pretendiente en Milán, tiene en Madrid un agente, que en las cartas tiene forma de hombre, y de hombre con habilidades de neblí, que traerá desde el aire los oficios a las manos del que le sustenta. Va luego a mirar su caudal y sus esperanzas y hállalos apedreados: con esto conoce que aquél no era agente, sino granizo. Todos los engaños se descubren, ninguno permanece. Válgase este agente fingido de la misa que oye para no hacer más engaños. Piense en el ocio santo del día de fiesta los daños que hace en sus obligaciones el ocio.

EL VENGATIVO

CAPÍTULO XVI

EN Lucerna hay un lago de condición tan mala, que si echan en él alguna cosa por desprecio rompe los límites de sus márgenes y crece de manera que hace grande daño; pero si la echan sin intención ni se altera ni se mueve: llámanle comúnmente «el lago de Pilatos». Infinitas personas hay de la condición de esta agua, que es tan fácil de enojar, que si la topan con la menor injuria se irrita, y si la pican con una palabra se enfurece. No hay cosa, por leve que sea, con ellos, como lleve un átomo de intención, que no los embravezca: por causa que es poca hacen daño que es mucho. ¡Valgate Dios por lago de Pilatos, y qué delicado que eres! Hombre mal sufrido: ¿de pocas cosas te enojas tanto? ¿Por no nada quieres acabar con el mundo?

Amanece el día de fiesta y amanece el vengativo sin la obligación de madrugar que tiene el día de trabajo. Quiere estarse un poco en la cama; parécele que le hará buena compañía su pensamiento: llámale a conversación y acuérdatele que la tarde antes un hombre que le tenía obligación grande no le quitó el sombrero yendo mirándole a la cara. Apenas se le acuerda cuando empieza a pensar en los caminos de hacerle grandes pesadumbres. Ofrécese de allí a un poco que otro le dijo en la casa de conversación, debajo de el seguro de un equívoco, una cosa que no dejó de escocerle: quédase un rato confuso, alégrese luego, porque se le ha ocurrido senda para destruirle. Trata de salir de los términos de la paz y de acabar con ellos.

Lago impaciente: ¿qué sustancia tienen esas injurias para levantar tanto enojo? ¡Oh, que fue grande la malicia! ¡Qué importa que la malicia sea grande si la injuria fue pequeña? Si el que te hizo la injuria pequeña tiene valor para hacerla mayor, siquiera no pudo ser la malicia mayor que la injuria; y poca malicia no ha de causar mucho odio aun en el corazón más fértil de rencores. Si es cobarde y no tuvo ánimo, aun teniendo mucha intención, para hacerte mal que fuese mucho, risa te había de dar que con tanta malicia no pudiese hacer sino pesadumbre tan poca. Si una hacha encendida se pudiera reír, se riera de ver que uno que la quería matar formaba contra ella unos soplos tan débiles que apenas le movían la llama. Pues a fee que la intención no era buena. Quien ofende con más odio que fuerza da que reír, y no que sentir.

Tan pequeño tiene el ánimo como la injuria quien con injuria poca se enoja mucho. ¿Qué hombre que tenga juicio ha tenido a un mosquito por enemigo de aprecio? Pues el mosquito muy buena gana tiene de beberle la sangre. De injurias leves y de enemigos cobardes nadie se venga tan bien como el desprecio. Gran discreción es no hacer caso de pocas cosas; grande nobleza de ánimo no enojarse de nada. Un río hay en Tesalia, su nombre es Nauro, sobre quien jamás se ha visto niebla ni nube. Ningún accidente le ha hecho levantar vapores. De nada se enoja, siempre mira el cielo claro porque nunca echa de sí cosas que le quiten el cielo. Los vapores que levanta el calor de el enojo tapan el cielo al que está enojado. Grande infelicidad quedarse sin el Cielo por no saber apagar la ira.

Levántase nuestro vengativo, y antes que se acabe de vestir entra un amigo suyo a verle, hablan en diferentes cosas, y en la conversación le dice su amigo que ha tenido por él una

gran contienda. ¡Qué liviandad, por hacerle una obligación para consigo mismo, hacerle un aborrecimiento para con otro! Pregúntale por qué y con quién, y él le dice con quién y por qué. El porqué vino a ser porque la tal persona decía mal de un papel suyo. El vengativo le cobra de repente tan grande enemistad, que si le viera atravesado con una lanza no se diera por pagado.

Unas mujeres dicen que hay más allá de los desiertos de Etiopía que conciben sin varón. Lo que yo sé es que hay más acá unos corazones que conciben odio sin que haya agravio que se le engendre. ¿Qué injuria es decir mal de un libro? La libertad del juicio no se le puede quitar a nadie. Si el libro es malo, es terrible empresa querer que todos se engañe; si es bueno, puede no entenderlo el que lo vitupera, y con los defectos de la razón no injuria nadie. Si tiene entendimiento el que le hizo la censura sangrienta, sepa que con buen entendimiento y sin mala intención se puede decir mal de un libro bueno. Puede ser bueno el libro y no agradar al que le lee por tener los genios encontrados; como ser el estilo conciso y ser amigo el que lee de estilo copioso; como ser el pensar agudo y ser amigo el que lee del pensar grave. Puede ser bueno y no agradar por ser la capacidad del que lee mayor que lo leído. Sobre lo bueno puede estar lo mejor, pero a quien sabe conocer lo mejor le parece defectuoso lo que no es más que bueno. Lo que a él le falta para llenarse juzga que le falta para bueno a lo bueno que mira. Con buena intención y buen entendimiento se puede decir mal de buenos escritos. Consigo solo concibe el aborrecimiento, sin que haya agravio que se le engendre, quien porque dijeron mal de sus escritos le concibe.

Acábase de vestir nuestro vengativo, sale de casa el paso lento, el ceño oscuro, el semblante triste y el corazón enemigo: todo es meditar venganza. Entre los desaciertos de esta pasión, es uno errar el tiempo. Ningún día menos a propósito para estas imaginaciones que el día de fiesta: en el día de fiesta intenta Dios —ya lo hemos dicho— que la tierra se vuelva Cielo. Muchas cosas que se parecen al Cielo hay aquel día en la tierra; la paz interior; la tranquilidad, la conversación con Dios y el amor recíproco. Una de las cosas admirables que después de la Resurrección de la carne ha de haber en el Cielo han de ser los cuerpos de los Bienaventurados, porque estarán tan transparentes como el Sol y tan lucidos como el Sol: habrán perdido aquella docilidad impura de la materia y quedaran purísimamente diáfanos: con esto es fuerza que se les vea el corazón, y se les verá más limpio que un rubí. Los cuerpos que el día de fiesta quieren parecer gloriosos por que parezca que aquel día es la tierra Cielo, han de tener risueño el semblante, el pecho transparente; háseles de ver un corazón muy limpio, de color de ascua, y ascua que arde en el amor de Dios y del prójimo. ¿No echa de ver este vengativo que le echa a perder a Dios el retrato de su gloria cuando la tierra se transforma en Cielo, con estar él en la tierra lóbrego el semblante, oscuro el pecho, y el corazón manchado? La parte de la tierra que el día de fiesta no se quiere convertir en Cielo, es el Infierno en lo que se transforma. Después del Juicio final no habrá más que Cielo y Infierno. ¿Cómo no se aflige mucho, cómo no se enmienda quien en el día en que la otra vida se retrata, en ésta se mira con señas de condenado?

Llega nuestro vengativo al cementerio de la iglesia y halla en él algunos conocidos parados y discurriendo; llégase al corro, prosíguese la conversación y aciértase a hablar del que no le quitó el sombrero el día antes. Él entonces juzgando aquella ocasión a propósito para empezar su venganza, le mancha la fama con la lengua. Los maldicientes son bien

oídos, pero con desprecio mirados. Al maldiciente le oyen todos y le atienden, míranle todos y conócenle, huélganse de oír las palabras y no hacen caso de la persona.

Entre los indios hay una provincia donde los enfermos se esconden de los sanos: córense de que los vean con las fealdades de la enfermedad y vanse donde no los vean. ¡Qué necesidad en las enfermedades del cuerpo, qué discreción en las enfermedades del alma! Sabe un hombre que tiene una pasión viciosa, y sabe de sí que no ha de poder encubrir-la —que raras veces se encubren las pasiones—: ¿por qué no deja la pasión, o por qué no se desvía de la conversación humana y se va donde no le conozcan el defecto, donde no se le noten? Si este hombre fuera entendido, ya que no dejaba la pasión dejara la conversación y no quedara con desprecios de maldiciente. Los indios se van a sanar donde no los vean para volver a salir sin fealdad de enfermos entre los sanos. ¡Qué a mano tiene el secreto decoroso este vengativo! Éntrese en la iglesia, pues la tiene a mano, métase en un rincón, confiese, encomiéndose a Dios, que de allí podrá sacar el espíritu tan sin fealdades de achacoso, que en la conversación de los hombres encuentre la misma apacibilidad de semblantes, el mismo agrado interior que los sanos encuentran.

Entra en el corro casualmente el que le dijo la antecedente noche en la casa de juego la pesadumbre equivocada. Apenas le ve el vengativo cuando se empieza a prevenir de quemazones que decirle. Ya le parece que tardan mucho las ocasiones de dispararlas. Pensando estaba en irse cuando el otro vino, y ya no piensa sino en estarse hasta dejar muy mortificado al otro. Tiénese por cierto que huye del gallo el león, y piénsase que es porque hay en las plumas de el gallo cierta calidad que le causa al león grande dolor de ojos y mohína grande. No huye el león del gallo porque le parezca que no puede tomar venganza del disgusto que le hace, sino por no tomarla. El león es animal muy generoso: sabe que aquella pesadumbre que le hace el gallo es culpable su naturaleza más que de su voluntad, y huye por no castigar la ofensa, que apenas es culpa. Decir un hombre a otro repentinamente una chanza picante es tan natural en los hombres, que no es menester el fomento de la intención: hace pesadumbre, pero es culpa de la naturaleza. Considerara esto el vengativo, y si le dolía el donaire mordaz en la presencia del que se le dijo apartárase de su presencia, porque es bajeza grande quedar en un caso mismo inferior la razón de un hombre a la discreción de un bruto. Tardaba en llegar la ocasión que el vengativo pretendía y dijo lo que pretendía sin ocasión. ¡Qué mal cortesano es el odio! Bañole a su contrario de vergüenza la cara y él se salió del corrillo.

Adonde el vengativo se encaminó fue a la iglesia, púsose de rodillas delante del altar, y en lugar de hacer oración repetía entre sí lo que le había dicho a su enemigo —que no se cae del gusto en gran rato lo que se dijo a gusto—. Había mucha gente, fue a pasar un hombre y pisole. El volvió la cara como un áspid y díjole un desabrimiento. Al otro le pareció demasiado enojo para tan leve culpa y respondiolo con aspereza. Empiézase una mohína, acuden los que se hallan cerca y aplácanla.

En la cuarta región de Italia, entre unos pueblos que llaman «los Marsos», hay un lago de condición tan apacible que sufre que por encima dél pase el río Pitornio; y con tanta paciencia lo sufre, que no mezcla sus aguas con las del río; no se traban unos cristales con otros: el lago se queda como se estaba y el río se va como se viene. Dios hace muchas cosas inanimadas, o sin razón, vivientes sólo para doctrina de los vivientes racionales. El lago es un agua parada, quieta y que está como en éxtasis mirando al cielo. Va el río a pasar al

mar y con poca atención echa por encima del lago: él, como tiene la atención en el cielo, no siente que pasa por encima dél, por esto no rifan¹⁷ sus aguas con las del río, por esto no se traban unas con otras. Si el que está de rodillas delante de el altar estuviera con la atención que debe no sintiera que pasara otro por encima dél: no tiene la atención en el Cielo y oféndese de que le topen en un pie que tiene en la tierra.

Está ya empezada la misa mayor y no hay misa rezada tan presto. Sube el predicador en el púlpito: bien quisiera tener el vengativo dónde irse, porque no es amigo de sermones, pero por entonces no se le ofrece dónde ir a entretenerse y quédase a oír el sermón. La mala gana de comer es señal de mala salud en el cuerpo; la mala gana de oír la palabra de Dios es señal de mala salud en el alma. Empieza el predicador el sermón y acierta a ser uno de los puntos que toca el de perdonar a los enemigos. Bien sabía Dios que el vengativo se había de hallar en este sermón y dispúsole en el entendimiento del predicador de manera que fuese forzoso decir los inconvenientes de las venganzas. En la celda de el religioso que ha de predicar de allí a un mes está Dios previniendo remedios contra los vicios de los que desde allí a un mes han de oírle. El predicador no sabe con quién ha de hablar cuando piensa el sermón, pero Dios, que lo sabe, le gobierna de suerte el pensamiento que dispone doctrinas individuales para los que han de oírle. Para cualquiera de los que le oyen se hizo el sermón: no piense nadie que es acaso lo que se le dice.

Enciéndese el orador santo en el santo afecto de conducir a la verdad las almas: llega el punto del perdonar las injurias, y con las razones de Dios y las plumas de los Santos prueba concluyentemente que deben las injurias perdonarse. Óyelo el vengativo y empieza a ablandársele el corazón un poco; pero no es más de un poco lo que se le ablanda. A la tierra, por mucho que llueva, no la penetra el agua más de diez pasos. Al corazón — que es muy de tierra el corazón que no tiene parte de Cielo— ablándole un poco la superficie la lluvia de la palabra divina, pero raras veces le ablanda todo: resístese mucho aquel globo todo de tierra a la blandura de la lluvia vocal del Cielo. Oía el vengativo las razones y humedecíanle, mas no le ablandaban; contentábanle, mas no le vencían. ¡Oh corazón todo de tierra! ¡Oh corazón sin alma, y cómo resistes el centro a la persuasiva de la sagrada elocuente lluvia!

Acábase el sermón, sale una misa rezada, pónese el vengativo a oírla y al levantarse al Evangelio ve un hombre vestido de color, con botas y espuelas, repara en él y conoce que es uno que muchos días ha le había hecho un agravio de que no había tomado satisfacción porque se había ido del lugar: revuélvesele la sangre, inquiétasele el corazón, aflásele el rostro, el color se le muere, cáensele las mejillas, fatígasele el aliento, tiémblanle las manos y desordénasele el discurso. Allí embistiera a quitarle la vida si no pensara que le habían de impedir el que se la quitara. ¡Ah corazón parecido al globo de la tierra! ¡Cómo no te ablandó lo íntimo del centro de la lluvia de la palabra divina? Ya no atiende a la misa el vengativo, sino a que su enemigo no se le vaya. Ya, ya está para embestir con él sin reparar el lugar en que está y darle de puñaladas. ¡Oh, qué neciamente hace!

En una isla del mar Mediterráneo hay un distrito de tierra tan benigno que no cría animal venenoso; y no sólo no le cría, pero ni le sufre. Luego hay junto a éste otro pedazo de campo, que llaman la «Dragonera», que es inhabitable por las culebras en que hierve y

que hacen en él tantas ondas con sus movimientos como tiene el mar cuando los vientos le desasosiegan. Estas serpientes son tan bravas que embisten a cuantos ven y que matan a cuantos embisten; pero si ven a una persona, aunque la tengan muy cerca, que pisa todavía los términos del distrito saludable no se atreven a acometerla por el inescusable respeto de la tierra que pisan. Sienten increíblemente este embarazo, mas lo que hacen para avenirse con su rabia es levantar mucho polvo con la cabeza: con esto no ven a su enemigo, y con no verle se les templa el enojo.

¡Ay Dios de mi alma, y qué dichosos fueran los hombres si supieran tener la prudencia que estas serpientes cuando ven a sus enemigos en la tierra sagrada de el templo! Pudiera este vengativo desde el venenoso distrito de su odio, por no ver a su contrario viéndole en el campo saludable del templo, levantar con la imaginación el polvo de aquellas sepulturas y considerar en aquel polvo para la mayor braveza. Polvo que puede ser que, recuperado el día del Juicio en la forma que tuvo de cuerpo humano, vaya por vengativo con el alma que tuvo a arder eternamente en las llamas eternas del Infierno. Haga nube el vengativo para no ver en el templo a su contrario con el polvo de los que vivieron, y verá no a su contrario, sino al polvo en que han de parar los que viven; que viendo el polvo en que ha de parar dejará de tener altiveces más que de polvo.

¡Oh, qué fácil remedio le pudiera yo dar al que ve a su enemigo en el templo para no ver a su enemigo! El remedio es rezar con atención la oración de el Padrenuestro, y en llegando a decir «perdonamos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores», considerar cómo perdona él para sacar de ahí cómo Dios le ha de perdonar. Porque si él no perdona es preciso que Dios no le perdone; y si no perdona y le pide a Dios que le perdone, ha de ser muy ignorante para no ver que hace una gran bobería; porque si el cargo que le hace a Dios para que le perdone a él es el perdón que él hace, no haciendo él el perdón no pone a Dios en empeño de perdonarle.

No me puedo persuadir a que haya alma tan rematada que reparando, cuando dice estas palabras, en lo que dice, no las diga con el corazón que debe decir las. El que viendo a su enemigo recogiere la atención a rezar la oración del Padre nuestro tengo por sin duda que, mediante la misericordia de Dios, cuando vuelva los ojos a mirarle le hallará sin las señas de enemigo.

Ve nuestro vengativo que sale su contrario de la iglesia: deja la misa y vase en su seguimiento. ¡Ah, qué costoso pecado el que hace otro de costa! ¿No basta lo que se pierde en uno, sin hacer peor la suerte con otro? Dio la Naturaleza a todas las cosas instintos particulares con que cada una busca su perfección particular a movimientos convenientes y a operaciones ajustadas, como es estar siempre tratando de subir lo leve y de bajar lo grave. Luego les dio a todas las cosas un deseo común de ser cada una más que todas, y esto muchas veces a costa de grande daño propio. Por esta natural soberbia vemos que el fuego, que tiene instinto de subir, va bajando por una vela, hasta que la consume: parecele que la vela quiere ser más que él teniéndole asido, y va contra su natural perfección por ser más que la vela. Por esta soberbia natural, el agua, que tiene el bajar por instinto, si la hieren con la mano salta hacia arriba por quedar superior a la mano que la hiere. Por esta natural soberbia vemos al aire, cuyo instinto es subir, bajar por las concavidades de una gruta por que no se entienda que puede haber vacío que se le escape. Por esta soberbia natural, la tierra, teniendo el decender por instinto, se empina en montes por que no piensen los

otros elementos que no puede ser ella la más alta. Y por esta natural soberbia, los hombres, dejando su obligación natural, que es ser humildes como la tierra, quiere cada uno ser más que todos.

El que agravió a nuestro vengativo lo hizo por el deseo común de que nadie fuese superior a él, y el vengativo le quiere matar por no tener delante de sí a este que al parecer del mundo le está superior. Alcánzale en la calle a pocos pasos, saca la espada y métesela por el cuerpo. Cae en el suelo el herido, y el agresor se queda tan inmóvil como si estuviera asido al suelo. Estaba enseñado a quedarse junto a las maldades que pensaba, y en pena desto no le permitió Dios que se quitase de junto a su delito. El que no sabe apartarse del mal pensamiento que le trae el Demonio, permite Dios muchas veces que no se acierte a desviar del lugar en que pone por obra el pensamiento si hay en el lugar peligro, por que ya no se quiso quitar de junto a la tentación no se pueda quitar de junto a la pena.

Llega la justicia, echa mano del reo y pónese en la cárcel. Lo que en una cárcel se padece a nadie se le esconde. Si este hombre hubiera acabado de oír su misa, en premio de que cumplía aquella obligación quizá hubiera sido Dios servido de echarle del corazón el odio, con que se hubiera librado de destrucción tan conocida.

EL CAZADOR

CAPÍTULO XVII

PARA mí tengo que han muerto más cazadores las perdices, los conejos y las palomas que los cazadores han muerto palomas, conejos y perdices. Parecen las perdices, las palomas y los conejos más porque los buscamos y los comemos, y parecen menos los cazadores difuntos porque no nos llaman para enterrarlos. Tantéense los trabajos de la caza y mírese la ferocidad de la pólvora y el plomo y se verá que son más de muerte los trabajos que los tiros. El plomo suele errar al animal contra quien se dispara, pero la descomodidad nunca yerra al que sale al campo a tirar el plomo. El conejo puede quedar sin herida, el cazador no puede quedar sin cansancio. A la perdiz no le hace mal el sol por donde huye, y al cazador le hace mal el sol por donde la busca. A la paloma no se le da nada de mojarse, y al cazador, de mojarse, le da un dolor de costado. El conejo no lleva más carga que la de su cuerpo, y es poca carga; el cazador, la de su cuerpo y la de un arcabuz, que no es muy poca. La perdiz no cuida más que de guardar su vida; el cazador no siente maltratar su vida por alcanzar la perdiz. La paloma, en escapándose sosiega; al cazador, después de harto de tirar y correr le queda el molimiento de volver a su casa. La perdiz, el conejo y la paloma son en la plaza más baratas que en el monte, en el soto y el bebedero, y hay quien vaya a buscarlos al bebedero, al monte y al soto. No me admiro: en la plaza se halla su carne solamente; en el campo, su carne y su sangre, y a la crueldad humana le debe de saber mejor verter la sangre que a la gula comer la carne.

Levantase el cazador el día de fiesta, antes del día. Madrugar para trabajar es señal de corazón solícito: ganar día para ganar es discretísima arte para vivir. Madrugar para holgarse es no entender de holguras: en las primeras horas del día no hay holgura como la cama. Ganar día para echarle a perder es lo mismo que sacar agua de un pozo muy hondo para echarla en la calle.

En levantándose previene el arcabuz, el caballo y los perros, con tanta inquietud y tanto ruido como si le hubieran tocado un arma. Manda poner los perros en las traillas, el arcabuz debajo del caparazón, y luego sube en el caballo. Sale de su casa, pasa por una iglesia donde tocan a la misa primera, apéase por oírla, dícele al criado que se quede con el caballo y los perros y éntrese él en la iglesia. ¡Ah señor mío! Mire vuesa merced que también es cristiano ese mozo, mire que también está obligado a oír misa, mire que hace mal en no darle lugar para que la oiga. Esto es dar voces a una peña: allí se queda el mozo con los perros y el caballo.

Si a un hombre le prestase otro una pintura de artífice afamado, ¿dábale buena cuenta de ella si dejase que le cayese una mancha, que se diese un desgarrón y la echase a rodar por momentos? No por cierto. Pues esta cuenta da el dueño malo del criado que le sirve. Préstale Dios a un rico una imagen suya: préstale un pobre de quien se sirva, imagen hecha con la mano de su poder y imagen con vida y con entendimiento por que no le sea solamente adorno, sino por que le sea también descanso. ¿Qué hace el rico con esta imagen? Cuida de la parte que ha menester, que es el cuerpo, y de lo mejor que hay en ella, que es el alma, no cuida: pónela donde le caiga la mancha de un pecado mortal, envíala donde se lleve un desgarrón en la inocencia y échala a rodar hacia el Infierno. Pues en verdad que tiene la imagen Dueño que hará que se la paguen.

Entra en la iglesia nuestro cazador, quítase una montera enfaldada, desarrebózase un capote aforrado: queda en un colete descolorido, una pretina de lobo,¹⁸ torcido y anudado un lienzo a la garganta; al lado izquierdo un cuchillo de monte, al derecho un frasco de pólvora; unos calzones de paño verdoso y unas medias de embotar arrugadas. ¿Hay traje como éste para ir a la iglesia teniendo otro traje? Con Dios no son buenas estas llanezas: con Majestad tan grande son menester atenciones muy cortesanias. Entre todas las partes deste vestido, la que más acuso es el colete fuerte, porque las demás no hacen más que indecencia, y el colete hace indicios de mala conciencia. El primer traje que se puso la culpa fue un colete; en una piel de un bruto se envolvió Adán después de haber pecado. El que se envuelve en un colete de defensa trae señales de culpa: o hizo algo por que ha menester guardarse o piensa hacer algo en que es menester que el colete le guarde.

Tarda en salir la misa y éstase el cazador deshaciendo porque quiere ir a coger en el bebedero las palomas, y éstas van en despertando al agua. ¡Válgame Dios, la priesa que da un antojo! ¿Qué importa faltar a un gusto por cumplir una obligación? Sale el sacerdote: sabe el cazador que dice cabal y devoto la misa y que hace poco caso del tiempo mientras la dice, y quédase el hombre helado: detiéndele la obligación y tírale el gusto. Batallan el gusto y la obligación y vence el gusto: sálese de la iglesia y toma el caballo.

A los falsos dioses hubo en la Gentilidad quien sacrificase el día de fiesta sus hijos. A Saturno se los sacrificaban: a este dios falso le mataban en el ara niños el día de fiesta en

18.- Lobo marino, otario.

odio de Júpiter. Esto hacían en la Gentilidad el día de fiesta, y en la Cristiandad hay hombres que no le saben sacrificar el día de fiesta al Dios verdadero en su altar un apetito. ¿Qué hiciera este cazador en poner en el altar por víctima el día que está obligado a asistir al altar el antojo de gozar desde luego del campo? ¿Hijo tan querido es un deseo vicioso, que duele tanto entregarle para sacrificio? ¿Cómo no se corren los cristianos de querer más sus deseos que a sus hijos los idólatras?

Sale al campo, llega al bebedero de las palomas y halla señales de que ya han bebido. Embravécese y valas a buscar a los granos. Encuentra en ellos otros cazadores que con haber muerto algunas habían espantado las otras. Parecele que será mejor irse al monte a tirar a las perdices y toma el camino del monte. Llega, apéase, hace las diligencias ordinarias, levanta una bandada dellas y sin poderles tirar váñese a un repecho que está enfrente. Parte en su seguimiento dejando los pedazos de el vestido en las zarzas y llevándose los araños en el cuerpo. Allí brinca una zanja, acullá revienta un charco, en una parte es menester romper, como nadando, por unas matas, en otras es forzoso vencer un arenalillo en que se hunde. Al fin llega a tomar puesto, ajusta un tiro y yérralo: avisa con el tronido y con la munición no hace daño. Dan las perdices otro vuelo y pónense de la otra parte de un arroyo que no es vadeable. ¡Acabáronse las perdices! El hombre se desespera. ¡Miren para lo que dejó este bobo de oír misa!. Nadie se engañe: en los vicios no hay gusto, anda delante de los ojos y nunca se coge con las manos.

Los muchachos suelen poner contra el sol un pedacillo de espejo, de allí sale una lucecilla del color y el tamaño que nos parece una estrella. Esta lucecilla, si mueven el casco de el espejo con velocidad, trae tal inquietud por las paredes y el suelo, que vuelve locos a otros muchachos que pretenden cogerla: cada instante piensan que la han cogido y nunca la tienen. Este mismo juego hace el Demonio con los viciosos; pónelos entre los pies y entre las manos los placeres, y al ir a cogerlos se los descabulle. Púsole a nuestro cazador, por que dejara de oír misa, las palomas al bebedero y desapareciéndosele las palomas, púsole las perdices entre los tomillos y dieron un vuelo las perdices, púsoelas en un repecho a tiro de arcabuz y hízole errar el tiro; al cabo se las hizo imposibles. ¿Cuándo se huelgan los malos?

Ya este cazador se avergüenza de haber de volver sin nada a los ojos de los que sabían que había ido a cazar. Trata de pasarse a la ribera y ver si puede matar cuatro conejillos. Llega con grande trabajo, y lo primero que encuentra es los guardas. Ellos tratan de defender su soto y él quiere ofenderlos. Tanto se enfurece porque le impiden que cace, que no parece que va a matar conejos, sino guardas. Por la codicia de un animalillo quiere matar dos hombres: ¿qué más hiciera una fiera, que se hubiera entrado en el soto? A este hombre se le debía de haber olvidado que era día de fiesta, pues quería emprender una cosa de tanto trabajo como es reñir con dos uno. Y hablando más en juicio, debía de haber perdido el juicio, pues queda ofender porque se le defendía que entrase en bienes que no son comunes. Al fin fue menester templarse y darles algo a los guardas por que le dejasen cazar en la ribera. ¡Bello rato! Empezose en una pendencia, continuose en una costa y acababase en un molimiento.

Éntrase ya, con la permisión que tiene, por el soto: ve pasar un conejo, échale los perros desatinado, ellos le siguen y él los sigue a ellos, con tan grande ansia de coger el animalillo, que le pesa de no ser perro de aquella casta para cogerle antes que los otros. Al fin le alcanza uno, muy lejos de donde él está, entre unas retamas. Va el hombre haciéndose dos

mil pedazos, mas no siente la fatiga con el gusto del suceso. Engólfase en los matorrales, busca el perro y vele comiéndose el conejo con mucho brío; dale voces para que le suelte, obedece el animal —que es harto animal en obedecerle—; llega jadeando a coger la presa y alza del suelo un pellejo con unos pedazos de conejo pegados. Parte a castigar el perro malhechor; no puede alcanzarle y cae en aquel suelo molido. El Diablo hace con este hombre lo que él hizo con su criado: no le dejó oír misa y hácele que reviente sin darle cosa que importa. Tan mal dueño tiene el uno como el otro.

Llega el mozo de allí a un gran rato: el amo le dice que está muerto de sed y de hambre, que traiga la alforja. El mozo lo estaba deseando y tráela en un momento. Híncase de rodillas y saca de la una bolsa una bota como un pirámide, y de la otra un pan como un queso de Flandes y medio queso como un medio pan. El cazador saca de junto al machete un cuchillo buido, y el mozo saca de la faltriquera un barquillo¹⁹ de plata caliente. Empiezan a comer con tal agonía, que si no fuera por ella pareciera que acababan. Unas cosas hay tan desgraciadas, que nunca se cree que hacen nada por sí: siempre se piensa que van tras de otras. Esta desgracia tiene el queso: en entrando solo entra desairado, nadie le tiene por comida. Señores: quien tiene esto por holgura tendrá por pasatiempo echar a rodar por un risco. Si este hombre se hubiera estado en el lugar pudiera haber dormido hasta las diez, oído misa hasta las doce, haberse entretenido hasta la una, y luego, por lo menos, haber comido un puchero. Pero somos tan malos los hombres, que porque nos mandan que descansemos tomamos por holgura el cansancio. ¡Miren qué comida ésta!

Si le dijeran a este hombre que no comiese el Viernes Santo sino pan y queso, dijera que estaba enseñado a comer bien y que le haría daño muy grande, y aquí por un vicio se condena a comer tan mal como si hiciera penitencia en el desierto. La abstinencia dispone el cuerpo a las virtudes, pero los vicios disponen el cuerpo a la abstinencia. Dareme a entender: el que no ha comido no apetece la dama, pero el que apetece la dama, por andarse tras ella no come; el que tiene hambre no piensa en jugar, pero el que piensa en jugar no se acuerda de comer. Nuestro cazador, de puro holgón y goloso, se fue a cazar, pero por cazar ni se holgó ni comió.

El día de fiesta parece día de perder tiempo, y no hay tiempo que se deba aprovechar como este día. El día de trabajo se gasta el tiempo en las cosas que al cuerpo pertenecen; el día de fiesta se debe gastar en las cosas que pertenecen al alma. ¡Miren ahora cuándo será más precioso el tiempo! Ocioso es, y mal advertido, el que deja pasar las oportunidades de las corporales conveniencias, ¿qué será el que deja pasar las ocasiones de las conveniencias espirituales? Sin cuidar de las cosas tocantes al cuerpo no se puede vivir en la tierra; sin cuidar de las cosas tocantes al alma no se puede ir al Cielo. A las criaturas que no tienen más de cuerpo no les dio el Criador día de fiesta: a las criaturas que tienen cuerpo y alma les dio día de fiesta y días de trabajo. Las criaturas insensibles o irracionales no han menester cuidar más que de su cuerpo, por eso no tienen día para el alma. Las criaturas racionales tienen alma y cuerpo, por eso han menester para el alma algunos días.

Preguntaranme ahora por qué, importando más los negocios del alma que los del cuerpo, tiene más días el cuerpo para sus negocios que para sus negocios el alma. Respondo con dos razones: la primera es porque las cosas tocantes al cuerpo se obran con el cuerpo,

19.- Plato o bandeja de formas curvas. 'Plata caliente' puede referirse a una aleación de metales que resulta en un tono cobrizo; quizá 'alpaca'.

que es tardo y torpe, por lo cual han menester más tiempo que las que pertenecen al alma, que las hace el alma, que es agente sutil y ligero. La segunda es porque los hombres tienen en los hombres su comercio, y éstos son perezosos y tardíos para el bien del hombre; mas las almas en sus negocios tienen su comercio con Dios, que es tan fácil y tan pronto para cualquier alma, que parece que no cuida más que della sola. También me preguntarán que por qué el día que es de cuidar de una cosa tan grande como el alma se llama día de fiesta, y por qué se llaman días de trabajo aquellos en que se cuida del cuerpo, siendo cosa de menor importancia. Digo que porque las virtudes son tan suaves de adquirir, tan fáciles de ejercer y tan blandas de comunicar, que es holgura, que es deleite, que es entretenimiento adquirirlas, ejercerlas y comunicarlas.

Volvamos, pues, ahora a las criaturas que tienen cuerpo solamente, para que aprendan de ellas las que tienen cuerpo y alma a aprovechar el tiempo. ¡Luego dejará pasar el rosal la lluvia sin mojar en ella muy bien sus raíces! ¡Luego dejará pasar algún sol sin meterle por aliento en sus entrañas! ¡Luego no se asirá del mes de mayo para que le cubra de flores! De el mayo, del sol y de la lluvia se está aprovechando siempre para ser la más hermosa de las plantas. ¡Luego dejará pasar el jilguerillo la aurora sin buscar a su rosada luz el sustento! ¡Luego dejará destemplar el rayo apacible de el sol sin rehacer en él su vida! Luego dejará escapar los soplos suaves del céfiro sin meterlos entre sus plumas para quedar con frescura de flor y ser envidia de las flores! Del céfiro blando, del sol apacible y de la aurora clara se está aprovechando siempre para vivir flor entre las aves. Pues si una planta y un animalillo saben aprovechar de esta manera el tiempo, ¿cómo sabe aprovechar tan mal el tiempo el alma? Los tiempos más determinados para sus aprovechamientos son los días de fiesta. Pues ¿por qué deja pasar los días de fiesta sin aprovechamiento?

No son esos días, no, de perder tiempo, sino tiempo de hacer para el alma eterno día. Esta ocupación es tan gustosa que es ocupación y fiesta; pero el día de fiesta no es ocio, sino ocupación. Este día, que es para el alma, le malbarata el cazador en molerse el cuerpo, con que es mal día para su cuerpo y para su alma. Día es de cazar, pero no es día de cazar animales, sino virtudes. Éstas no están entre la gente: ordinariamente se hallan en las soledades.

Apártese este día de comunicación de las mujeres, que en esa soledad cogerá la castidad, que es paloma purísima. La paloma es animal enamorado, y luego causa castidad en el cuerpo que la come. La castidad es muy enamorada de Dios y hace muy puros los corazones en que entra. Apártese de los hombres para buscar la humildad. Ésta la hallará cosida con la tierra: levántela y métala en su seno. Los conejos son de el color de la tierra; siempre están a ella tan pegados que más parecen terrones que brutos; animales tan cobardes y tan encogidos que se tienen por menos que los otros, por eso huyen de todos, con ninguno compiten, a todos se rinden. Deje, pues, el cazador el conejo que había de buscar el día de fiesta y busque la virtud que simboliza el conejo. Mírese tierra, péguese a ella, estítese en poco, compita con ninguno y ríndase a todos: con esto habrá de la tierra cogido la virtud de la humildad, que tiene humildad y rendimiento de tierra.

Si había de buscar perdices, la perdiz es pájaro muy hermoso, y tan hermoso que no sé dónde parece mejor, en el campo o en el plato. Los pies y el pico son de rubí: estudio fue de la Naturaleza hacerle el pico y los pies parecidos a esta piedra preciosa por hacerla preciosa y agradable. El rubí hace amable y bienquista a la persona que acompaña, por eso trae

este pájaro los pies y el pico de rubí. La caridad es un rubí ardentísimo: ella misma se hace amable a sí misma. Póngasela en el corazón: quedará con ella para con Dios agradable y para con los hombres bienquisto.

EL AVARIENTO

CAPÍTULO XVIII

ESTATE un poco en la cama, avariento, que es día de fiesta! «Con eso comemos muy bien —responde el avariento—. Con eso podré dejar un pedazo de pan a mis hijos» —y siéntase en la cama para vestirse a las seis de la mañana. Descansa, miserable, hoy siquiera de esa agonía de adquirir bienes por malos medios, o no descansará jamás tu alma ¿Tan mal lo ha hecho hasta ahora Dios contigo, que desconfías de su cuidado? Hacienda tienes para comer hoy y muchos años en la hacienda que tienes: no ofendas hoy a Dios con tu avaricia, por que te dé gracia para que enmiendes los años que con ella le has ofendido. No te fatigues por dejarles a tus hijos hacienda mal ganada, que a ti te llevará al Infierno y a ellos no los hará ricos.

La riqueza mal adquirida no dura: no hay cosa tan mortal como la riqueza mal adquirida. Lo violento no es durable: hacienda que se tiene por fuerza, por fuerza ha de irse. Más fácil es detener al Sol que la hacienda del avariento en las manos del que le hereda. Pero supongamos que ese dinero sea inmortal: no te dejes llevar del Diablo por dejar buena vida a los que te desean mala muerte; y es casi infalible que te la desean mala, porque para morir bien el que enriquece mal es menester que restituya lo que debe: si lo restituyes no te queda caudal, ¡mira si querrán quedar necesitados tus hijos! Muy buen hijo ha de ser, y muy buen cristiano, el que a costa de sus conveniencias deseare que goce su padre de la vida eterna. La parte de buenos hijos en los tuyos no la esperes, porque los avarientos aun para con sus hijos son aborrecibles.

Ya está vestido nuestro avariento, éntrase en el escritorio, métese entre los libros de sus cuentas: en éste le llama la cantidad de la usura; en el otro, el plazo de la deuda, en aquél la compra inicua. El mar siempre está desasosegado; nunca está sosegado el avariento. En el mar entran todos los ríos del mundo y nunca parece que tiene más de lo que se tenía; el avariento roba el mundo y siempre se está tan mezquino como se estaba.

Levántase de allí y abre con robustísimas llaves otro aposento donde están, de puro guardados, descoloriéndose el oro y enmoheciéndose la plata. Mira la plata y el oro y no se atreve a llegar al oro ni a la plata. Los que adoran ídolos no osan llegarles las manos: ídolos de los avarientos deben de ser la plata y el oro, pues no se atreven a tocarlos. Por cosa sagrada tienen la riqueza escondida, y en no manejándola es cosa endemoniada. No hay ídolo que no sea demonio. El dinero con que no se hace bien hace a su dueño mal. La hacienda con que no se socorre al pobre es demonio para el rico: él no acierta a llevarla a las manos del necesitado, y ella acierta a llevarle a él al Infierno.

Vuelve a cerrar el tesoro, contento con sólo ser su guarda. En la India Oriental hay unas hormigas tan grandes como perros de ganado: éstas son ferocísimas, y éstas tienen por ocupación amontonar oro y luego guardarlo. ¡Triste del que llega a valerse de aquel oro! A bocados quieren comérsele, con sólo el asombro le enferman y le despiden. ¿Para qué querrán estas hormigas este oro? Sólo para guardarlo, porque ellas ni le comen ni le prestan ni le dan, ni se sirven dél para ninguna necesidad de la vida: toda su ansia no es más que guardarlo, no es más que defenderle de otras manos; por esto se matan, por esto viven sin sosiego. Avarientos: ¿conocéis esas hormigas? No las conoceréis porque nadie se conoce: ésas sois vosotros: en la piel os diferenciáis solamente.

Llaman a la puerta del escritorio, sale el avariento a ver quién llama y ve que le busca un vecino de la calle, hombre muy de bien y con hacienda, pero al presente necesitado. Dícele que entre y pregúntale lo que manda. El hombre, casi sin respiración porque le ahoga la vergüenza, le dice que le quieren echar de la casa en que vive porque no paga medio año que debe, y que no paga porque no es tiempo de cobrar el tercio de un juro, con que está en grande aflicción; que le suplica por amor de Dios le preste docientos reales para aplicar al casero; que desea tenerle gustoso por que no le eche de la casa, porque teme mucho no peligre la virtud de una hija doncella en vecindades que no conoce; que espera cobrar presto y que entonces satisfará muy puntualmente. El avariento, desde que empezó a oír que le pedía le empezó a mirar con tanta entereza como si fuera un juez muy superior, y el hombre reo de grave delito.

En la Citia Europea hay unos animales que llaman «grifos», pertinaces y feroces; tan feroces y tan pertinaces en guardar el oro que aquel suelo arroja, que hacen el suelo inhabitable. Amontonan los terrones de este metal precioso, y luego, como las otras hormigas, sin servirse dél para nada, le defienden con invencible fiereza. Estos grifos son unos animales de cuatro pies y dos alas; todo el cuerpo de león, y solamente de águila las alas y el rostro. El águila es el animal que con más gravedad mira de todos cuantos hay en la Naturaleza. El león mueve los pies y las manos sólo para daño ajeno y bien propio. Este grifo es el verdadero retrato de nuestro avariento: pídele un hombre honrado y afligido docientos reales prestados sin prenda y sin logro, y mírale con semblante de águila, mírale con entereza grave.

¡Válgame Dios, qué gran caballero es el rogado! ¡Válgame Dios, qué hombre tan abatido es el que ruega! Si se mirara en un espejo el que pide mientras está pidiendo, o se muriera de verse o quedara con tanto miedo a las fealdades del pedir, que por no pedir se muriera. Ya el vecino pobre tomara otra tanta necesidad como le llevó por no haber ido a padecer el semblante del rico. Tiene el avariento los pies y las manos de león: como en el pobre no ve forma de hacer presa con la garra de la usura, ni se mueve hacia el talego ni levanta la mano para darle lo que pide, porque él no la alarga jamás sino para dar uñaradas. Dícele muy severo: «Señor mío: los pobres deben de pensar que sólo trabajan para ellos los ricos. Si eso fuera así, yo diera toda mi hacienda por ser pobre. No tengo lo que vuesa merced me dice que le preste». Y antes de acabar de pronunciar la última palabra le vuelve las espaldas con tanto desdén, que le da a entender que si porfía en su pretensión tiene alas de águila con que huir de aquel enfado.

El triste pobre queda tan aturdido, que ya no quisiera sino acertar a salir a la calle. Sale, en fin, humilde el paso, la barba sobre el pecho y abrasándosele en vergüenza las me-

jillas. Empieza a andar y apenas puede con la carga de su desdicha, piensa en la crueldad del rico y saltánselo las lágrimas. Avariento cruel: de aquella confusión se hará la tuya, de las llamas de aquel rostro se hará tu infierno; y no le aplacarán aquellas lágrimas, porque se suben al Cielo.

Yo estoy creyendo que entiende la mayor parte de el mundo que el prestar ni es limosna ni beneficio, sino una cosa que porque se da para que se vuelva pierde la gracia de beneficio y limosna. Pues limosna es y beneficio. El empréstito es limosna temporal; esto es: un socorro que se hace con un dinero que después de algún tiempo ha de volver a las manos de donde sale. La lengua castellana es toda derivada de la lengua latina. «Prestar» en ella quiere decir ser excelente en alguna cosa, estar delante de otros en alguna obra. De aquí se llamó «prestar» en nuestra lengua la acción de socorrer la necesidad del prójimo dejándole obligado a que vuelva lo que se le da, porque es en la caridad excelente el que se desposee de cantidad considerable para que use della algún tiempo el necesitado. Muy delante de los otros está en esta virtud el que presta, porque son muy pocos los que con riesgo lo hacen.

Pídele la pobre vid al Cielo que la preste frutos con que pagar el alquiler del suelo que pisa, porque si no le paga la echarán dél y irá a parar a un hogar donde muera abrasada. El Sol entonces levanta vapores de la tierra que se aprietan en nubes; desátalos en agua que fertiliza la viña, caliéntala luego con sus rayos hasta que tiene uvas la vid con que pagar el alquiler del suelo en que vive. Era el Cielo, en fin, el rogado, y obró como quien era. Fructificase la vid y paga al dueño del suelo que habita con los frutos que le prestó el Cielo. El Cielo bien sabía que la vid no tenía con qué pagarle, y con todo eso le presta lo que pide: socórrase la necesidad, y más que lo que se da se pierda.

Quiérole pagar por noviembre la vid al Cielo lo que le prestó y ve que no la han quedado sino unas hojas amarillas: acórtase y avergüénzase, mas fiando en la bondad del Acreedor entrega aquellas arrugadas hojas al aire para que las suba al Cielo. El aire lo hace así, y es el Cielo tan piadoso, que se da por pagado de un empréstito grande con unas hojas secas. Avariento: pídete el menesterozo docientos reales prestados con que pagar la casa: préstaselos aunque nunca te los pague; préstaselos aunque te los haya de pagar en aristas; préstaselos y tendrás con el Cielo semejanza; préstaselos y quedarás con luces de soberano.

No son solamente pobres los que andan rotos: pobres hay muy bien aliñados. No es solamente limosna la que al mendigo se hace: limosna es la que se hace al pobre lucido, y tanto más limosna cuanto son mayores sus necesidades. No sólo es limosna la que se da al que pide por Dios: limosna es la que se da por Dios a todos los que piden. Limosna es lo que se presta, y nobilísima casta de limosna. La que no parece limosna es la que más lo parece, porque no sólo socorre la necesidad, sino ahorra el abatimiento.

No queda tan inferior el que pide prestado como el que pide: el que da prestado hace siempre mayor socorro que el que da limosna, porque ninguno se atreve a pedir tanto para no volverlo como el que para volverlo lo pide. A esto me dirán que el que presta espera satisfacción, y los otros no la esperan. Y a esto digo que la satisfacción es tan contingente que es lo mismo que no esperarla, o porque el pagar por su naturaleza es acción dificultosa o porque las necesidades suelen ser tantas, que por no faltarse un hombre a sí mismo, aun en lo que menos falta le hace, hará falta a su acreedor aunque le haga mucha falta.

Que es beneficio el prestar no tiene duda, porque es hacer bien. Lo que resta saber ahora es si es más beneficio que dar; y mirado bien, parece mayor beneficio: el que da suele dar al

que no le pide, y al que no pide se le suele dar lo que no ha menester; el que pide prestado, siempre pide aquello de que necesita. Lo primero viene a ser agasajo; lo segundo, socorro: de mejor calidad es siempre el socorro que el agasajo. El necesitado que no pide desconfía de aquel a quien su necesidad le calla; el que pide prestado pide: señal es que tiene alguna confianza de aquel quien le dice que le preste: no puede dejar de ser mejor manera de beneficio el que hace la liberalidad y el agradecimiento que el que hace sola la liberalidad.

Direlo más claro: el que de alguno espera bien alguno le hace servicio grande, porque le mira como a bienhechor, que es atribuirle una parte divina. Esto merece recompensa, con que el beneficio de prestar lleva una calidad mejor que el de dar, que es la de agradecer, tanto mejor cuanto va de pagar a dar libremente. El que da al que le pide dado queda con tan declarada gloria de bienhechor, que por ella sola pudiera tener a felicidad el que le pidieran. El que da al que le pide prestado hace socorro grande sin el trueque del desvanecimiento. Éste se parece más a Dios, si yo no me engaño.

Quiere Dios darle de comer a una pobre vieja, y por desaparecer la liberalidad inclínala a que ponga a una esquina de una calle una mesilla con un montón de tostones, seis limas desechadas, ocho manzanas verdes y dos docenas de castañas enjutas: caudal tan corto, que si se le comiese no la podía sustentar un día, y conservándole Dios el caudal, la da de comer muchos años. Hácela creer que es ella quien lo gana, y es Él quien se lo da. El que da al que pide prestado da al que piensa que pide poco o nada: cree que por la obligación de devolverlo no se hace nada en dar la que pide, y la obligación es la que no hace nada, porque son muy pocos los que cumplen con esta obligación. ¡Generosísima obra hace el que presta! Muy parecida tiene a Dios la mano, porque el beneficio que hace tiene muy encubiertas las señales de beneficio.

A poco rato como se fue el que pedía prestado llega un corredor de usuras, entra sin llamar, como quien trae algo bueno. Recíbele el avariento con semblante apacible. Él le dice que tiene una persona que ha menester una cantidad de dinero sobre prendas de oro y plata que valen mucho más, como consta por la fee del contraste,²⁰ y que por dos meses dará a diez por ciento, que sale a sesenta por ciento cada año. El avariento dice que la ganancia es muy poca, y que el día de hoy vale mucho el dinero, porque no hay un real en el mundo. Al fin se concertan a onces, entra la parte, traen las prendas, hácese el papel y entrégase el dinero. Ladrón: ¡llévate Dios a ti algo por la vida que te presta? Pues ¿por qué quieres tú ganancia, y ganancia tan grande, por prestarle al necesitado dos meses de vida? El tiempo le vendes, que es la cosa más común de la Naturaleza. De todo pueden tener más los ricos que los pobres, pero ¿pueden tener más tiempo que los pobres los ricos? La hora en que viven el rico y el pobre, tan del pobre es como del rico: de la misma manera puede usar della el uno que el otro. Porque prestas por dos meses quieres que los dos meses se te paguen. ¿Es el tiempo tuyo que le vendes? Pues mira que suele Dios, y con razón justísima, castigar a los que venden el tiempo en que les falte tiempo: mira que en castigo de tu pecado te puede faltar tiempo para la enmienda.

Los que cometen usura ofenden a toda la corte del Cielo. El que en el día de algún Santo peca, no tiene duda que hace injuria grande al Santo cuyo es el día, porque él quisiera que todo su día fuera para Dios de mucho gusto. El logrero que da su dinero a ganancia

20.- Prueba de pureza del metal.

ilícita por mucho tiempo, todos los domingos y días de fiesta que este tiempo comprende los está violando con la usura que corre por ellos. Miren ahora qué bien guarda nuestro avariento el día de fiesta en que está, pues desde él está echando a perder muchos días de fiesta. En éstos, con el logro que los traspasa ofende a Dios estragándole la santidad de sus días, a los Ángeles y a los Santos festejando a los demonios los días en que a ellos los festeja la Iglesia. ¡Triste dél, y qué desobligados los tendrá para sus necesidades obligando en sus necesidades al menesteroso a que le rinda ilícitos aprovechamientos!

Pregunta nuestro avariento qué hora es: dícnle que son las once. Pide muy apriesa la gollilla para ir a la iglesia. Sale de casa, llega diligente a un templo, halla la puerta medio cerrada; dícnle algunos de los que están en la lonja parados que están en sermón, y como si el sermón empezado no fuera de provecho, se queda con los que se lo dicen. Los que no oyen el sermón porque no oyeron el principio hacen mal, porque ordinariamente las conclusiones doctrinales están cerca del fin. Según el arte, lo más esforzado ha de estar a la postre; según la naturaleza, más fervoroso ha de estar el orador a los fines que a los principios. Muy provechoso es el sermón empezado, porque ya está el predicador encendido, porque ya el sermón ha gastado las flores y está en el fruto y porque se coge con la primera atención lo más fuerte. Oiga el que llegare al templo cuando están predicando la parte, sea la que fuere, que del sermón resta, que es Dios tan bueno, que en agradecimiento de su voluntad le tendrá en los labios del predicador guardadas las doctrinas de que está necesitada su conciencia.

Incorpórase, pues, mientras el sermón se acaba nuestro avariento con aquellos conocidos que le dijeron que estaba empezado el sermón. Hablase en materias diferentes y ofrécese la de la hacienda: dice el avaro que está el mundo perdido, que no hay donde poner un hombre su dinero, que no hay seguridad en nada, que no hay camino de hacer verdadero un caudal y que no hay certeza en ningún empleo. Mientes, avaro: muchas cosas hay en que emplear el dinero muy seguras de ganancia grande y de aprovechamiento infalible. Parientes hay pobres: socorre a tus parientes. Dios es el fiador de que en ese socorro tendrás ganancia grande. Por ti mismo haces en hacer por ellos; parte son tuya los que tienen en tu sangre parte: contigo eres cruel si con ellos lo eres.

Dirás, riéndote, que no sientes el dolor de las crueldades que en ellos ejecutas. En esta insensibilidad echarás de ver que estás fuera de ti en los rigores que con ellos tienes. Doncellas hay necesitadas: arranca de la garganta de el peligro esas doncellas; mira por la honestidad pública mirando por su honestidad: entrégalas con dote piadoso a marido honrado; enciérralas con dinero suficiente en convento religioso. Dios te deberá vírgines, el mundo te deberá legítimas fecundidades. Mujeres hay perdidas: desenmaraña de pecado esas mujeres. Las más de las que son malas lo son o por necesidad o porque no tienen a quien tener respeto: cásalas con hombres aplicados y virtuosos, que con eso tendrán a quien tener respeto y no tendrán necesidad. Tan de Dios son las almas estragadas como las que están en peligro de estragarse. Guárdale unas y cóbrale otras, que no sé cuál le sabe mejor al dueño: o ver guardada la hacienda que tiene o hallar la que se le había perdido. Lo que te aseguro es que cualquiera destas dos cosas agrada a Dios mucho, y por cualquiera de ellas da muy buena ganancia. Emplea en estas obras, y en otras de piedad, tu hacienda, y verás qué aprovechamiento hallas. Pero los avarientos piensan que no hacen en sus empleos nada si no hay en ellos pecado grande y ganancia corta.

Estando nuestro avaro discurriendo en las penalidades de su codicia llega un pobre por su lado derecho pidiendo limosna: amohínase de que le interrompa el discurso, vuelve enfadado a mirarle y ve un hombre mozo y sano; dícele desagradablemente que por qué no sirve, con aquella edad y con aquella salud. ¿Quién te mete en eso, mezquino? Dale limosna, socorre la necesidad que ves y deja el vicio que presumes; más señales tiene la necesidad de cierta que el vicio. Siendo el servir la mayor desdicha, es menester dicha para hallar a quien servir: quizá no tiene este hombre esta dicha. Fuera de esto, los amos no se hallan así como se buscan, y puede ser que este hombre busque amo: mientras le halla es fuerza que coma, y si no lo tiene es fuerza que lo pida.

Pero doy que sea vagamundo: la necesidad del malo no excusa al prójimo de caritativo. Tan hombre es el vicioso como el que no lo es: socórrele por hombre. A ti no te ponen en el mundo sólo para premiar las virtudes, sino para socorrer las necesidades. Al pobre no se le ha de escudriñar la razón con que pide, sino atender a la necesidad que parece que tiene. Sea malo o sea bueno el pobre, es obra de generosidad santa darle la limosna que pide, que él dará cuenta a Dios de la limosna. Cristo estaba agonizando en la cruz, y al primero que le pidió de limosna el Cielo se le dio, sin reparar en que era un ladrón el que se le pedía.

Acábase el sermón, tocan a misa y entra a oírla el avariento. Pónese de rodillas enfrente del altar, empieza el sacerdote el Introito y él empieza a pensar qué le tendrá de costa un vestido de verano que quisiera hacer a muy poca costa. Los que no saben andar a caballo, si les prestan un caballo muy bueno, como no entienden los primores que hace no gustan de sus primores; más que se huelgan se muelen. Los ricos miserables, como nunca han usado de las riquezas, no gustan de sus habilidades, no reciben con ellas deleite. Las riquezas, entre otras cosas, son buenas, no solamente para hacer muy buen vestido, que es gusto bien grande, sino para no sentir la costa que el vestido tiene, que es mucho mayor gusto. Desventurados avarientos, que tenéis bienes y andáis buscando males: préstaos la Fortuna para el descanso las riquezas, y]vosotros hacéis de las riquezas desvelo y cansancio. ¿Qué tiene que ver oír misa con pensar en ahorrar en un vestido veinte reales? ¿Importan más veinte reales ahorrados que ahorrados muchos días de penas —a todo bien suceder— por haber cumplido mal con aquel precepto?

Prosigue la misa y alza el sacerdote la hostia consagrada. Dase el avariento muchos golpes en los pechos, pero en el alma no se da ningún golpe. Esa hostia que en las manos de el sacerdote ves elevada es Cristo, Hijo de Dios vivo, que te le representan en la Cruz muerto. Cuando Ese que tienes delante vivo y glorioso como está en el Cielo murió en un madero clavado se dieron unas piedras con otras, unas en otras se rompieron. Si tienes de piedra el corazón y el alma, ahora que te presentan muerto a Cristo rómpanse el uno contra el otro tu alma y tu corazón, pues son de piedra. Salgan por las hendeduras los deseos injustos de adquirir injustamente, las resoluciones inicuas de retener inicualemente lo que no es tuyo. ¿No se te rompen. con lo que te representan las piedras en que están convertidos, tu corazón y tu alma? Menos atento me pareces en esta ocasión que la tierra, y peor que el Infierno. La tierra, cuando murió Cristo, no sólo no deseó lo que era ajeno, sino arrojó de las sepulturas los cadáveres, que eran suyos. El Infierno en esta ocasión restituyó las almas que eran del Cielo, las que aguardaban de su Redemptor la venida. Tu aquí, peor que el Infierno y menos cortesano que la tierra, no sólo no arrojas lo que es tuyo en

las manos de los pobres, esos dineros muertos a que los coja el necesitado, sino retienes maliciosamente lo que es ajeno.

Divertido en ilícitas imaginaciones halla el avaro acabada la misa cuando menos piensa. ¡Qué mucho, si no era ella en lo que pensaba! El ver levantar a los otros le avisó que era el Evangelio postrero y levantose como los otros. Acabose la misa y hiciéronse los unos a los otros acatamiento. No tiene la urbanidad humana ceremonia más divina: de aquella junta de fieles se despiden los fieles unos de otros con la reverencia que se debe a los que han visto hacer una obra santa. En aquellas sumisiones se dan unos a otros las gracias de haber asistido al sacrificio más grande, y unos a otros se agradecen un acto de virtud, como dándose por interesados en la virtud de los unos los otros. Si los que le hicieron el acatamiento al avaro porque había oído misa supieran como la había oído, ¿qué acatamiento le hicieran? Lo que hicieran yo no lo sé, pero sé que merecía que le escupieran a la cara.

Sale de la iglesia el avariento y acuérdase que tiene por convidados aquel día unos parientes de su mujer. Va a su casa diligente por no hacerlos esperar, pudriéndose de lo que en la comida se había gastado. Mezquino: la amistad humana no se puede conservar sin agasajos y ceremonias, y una de las ceremonias y uno de los agasajos que más la conservan es convidarse a comer los amigos. La comida es de la vida la principal materia. En los que comen juntos es común la comida; resultando la vida della, se hace entre ellos la vida común, como por una vida riñen los unos al lado de los otros, como para una vida granjean todos. Las necesidades de los unos hallan en los otros alivio, y como no puede haber más de un alma en una vida, parece que viven todos con un alma. Si en los que comen juntos no se halla siempre todo esto, se halla muchas veces, principalmente poco después del agasajo.

Llega a su casa, hálalos a todos, recíbenle festivos y él les habla poco menos que mesurado. Siéntanse a la mesa y empiézanse a servir los platos, y como los van trayendo va el hombre considerando la costa que habrán hecho y vase entristeciendo con la costa. Míranle los otros a la cara, y con mirarle se entristecen. Todos comen y todos callan: parece convite de honras, en que nada falta si no es la alegría. El mejor plato de un convite es la alegría cortesana: quien no piensa dar este plato no convide. Si a un hombre le diesen la mejor comida del mundo a escuras, más le atormentaban que le regalaban: la luz de los convites es la alegría; sin alegría, más que convite es tormento. Los días de fiesta son muy a propósito para los convites honestos y lícitos, porque en ellos se representa la paz festiva, la paz común del Cielo. Los avaros no saben hacer fiesta de nada, con esto echan a perder las fiestas: las ganancias les son de cuidado, y los gustos de mohína. El nuestro quería granjear el día de fiesta y anhelaba: no quería ganar y padecía.

EL LINAJUDO

CAPÍTULO XIX

LOS desengañados dicen que la nobleza no se adquiere naciendo, sino obrando. Si ellos entienden por nobleza las aplicaciones generosas de la virtud dicen muy bien, pero el mundo no tiene a la virtud por nobleza. Y no es tan ciego el mundo que no vea que la virtud es atributo mejor que la nobleza de la sangre, pero ese atributo tiene diferente nombre. La claridad de los abuelos solamente tiene por nombre «nobleza». Saberse de un hombre muchas virtudes le hace excelente; saberse los nombres de muchos abuelos le hace noble. El que dice «noble» no dice precisamente virtuoso; el que «virtuoso», no dice noble precisamente.

Las cosas que no caen debajo de un nombre genérico no tienen una naturaleza; las que no están comprendidas en una naturaleza son por cualquiera parte diferentes. En el sentido humano, virtud y nobleza son cosas muy distintas: mucho más venerable cosa es la virtud que la nobleza. Todos lo saben, pero miran a la virtud como a prenda grande que la puede adquirir cualquiera por sí mismo, y a la nobleza como a joya que no la puede tener sino el que la tiene. El noble está hábil para adquirir virtud excelente, pero el excelente en la virtud no está capaz de ser noble si no se lo es. Por esto a los ojos del mundo es tan estimable la decendencia ilustre. Con esta decendencia está muy vano nuestro linajudo.

Quiere amanecer el día de fiesta, y al amanecer —hora en que sueñan los más, porque a aquella hora está ya la naturaleza desembarazada y se entretiene en burlar a los hombres— sueña el linajudo que le constituyen en puesto grande, en que le pide una hija sin dote hombre con riqueza nueva, ya en que un gran señor prueba que decienda de su casa para ponerse un hábito. Ordinariamente la Naturaleza para hacer estas burlas echa mano de lo que halla más fresco en la imaginativa: acostose el linajudo pensando en aquello, y soñando en ello le cogió el día.

Despierta, y en gran rato no cree que lo soñaba, sino que le sucedía: tan creídos tienen los hombres sus deseos. Casi siempre se sueña en lo que se desea o en lo que se teme, y no caen los mortales en que es mofa de la Naturaleza darles aquellos sueños. Cuando queremos burlarnos con un loco que dice que es rey le tratamos como a rey. Cuando queremos regocijarnos con las tribulaciones del que es muy medroso le ponemos fantasmas contrahechas. Cuando quiere jugar la Naturaleza con los que desean con mucha ansia o temen con mucha turbación, tratándolos como a locos y flacos les hace creer entre sueños que les pasa lo que temen o lo que desean. El deseo ni el temor no hacen los sucesos: el Cielo es el que los hace. Rarísimas veces ha sucedido la desgracia que se temía; rarísimas veces ha venido el bien que se esperaba. Fuera del temor están los males; muy lejos del deseo están los bienes. Ordinariamente las dichas han venido sin desearse; ordinariamente las desgracias han sucedido sin temerse.

Muy digna es en lo humano la nobleza de la sangre de grande estimación; pero el Cielo, que lo gobierna todo, no se gobierna por el suelo: allá se miran las cosas con diferentes ojos, y es menester agradar a los ojos que miran por todas las cosas. Procure el hombre ilustre caerle en gracia al Cielo, que es el que reparte las dichas; no se fie en los méritos de

la sangre, que allá se debe de atender poco a ellos. El cariño del Cielo se granjea a virtudes: con ellas se merece, con lo demás se envanece.

Ya, pues, bien dispierto nuestro noble, se empieza a vestir. Vístese con aliño y prolijidad por quedar agradable a la vista común. En su vestido cuida mucho de su respeto, en su corazón cuida poco del respeto de Dios: acabado está de vestir y no ha empezado un Padrenuestro. De mejor naturaleza son los Ángeles, y están alabando a Dios siempre.

Una de las obligaciones con que se recibe la nobleza es la particular atención de servir y venerar a su rey legítimo. El noble que no lo hace bastardea. El primero y más legítimo rey del mundo es Dios, los demás no son más que sus retratos. La obligación primera de la buena sangre es venerar y servir mucho a Dios, como a primer rey suyo. Todos cuantos nacen tienen esta obligación por la primera, pero los que nacen nobles debieran hacer punto de honra humana el cumplir muy bien con esta obligación divina. Aquí cabe muy bien una vanidad santa de darse por más obligados que los otros. Sírvales de espuela para servir mucho la consideración de que es mucho lo que han recibido.

Antes de ponerse la golilla nuestro linajudo abre un nobiliario y va mirando su genealogía; vase entrando por los siglos pasados y halla a sus ascendientes venerados y conocidos: desvanécese mucho. Hace mal: la historia humana tiene la verdad muy incierta, o por los accidentes con que se escribe o por la dificultad con que se averigua. Los que escribieron historia de vivos, indubitablemente escribieron o con obligación o con miedo, con cariño o con esperanza. Por cualquiera destes accidentes se falta fácilmente a la verdad, y cuando éstos faltaran ellos no pudieron ver todo lo que escribieron, con que vienen a ser testigos de oídas, y estos testigos hacen fee corta. Los que escriben historia de muertos, es fuerza que se atengan a lo que hallan escrito, o que si quieren saber con más certeza lo que escriben recojan muchas tradiciones, se anden tras manuscritos arrinconados y archivos melindrosos. Los escritos a que se atiende, ya se ve cuán poca fee hacen. Las tradiciones, o no dan verdad o, si la dan, es desautorizada. De los manuscritos, es raro el que se encuentra, o porque son raros los que escriben por sólo escribir verdad sin alguna esperanza y con mucho miedo, o porque estos papeles los desprecia fácilmente la común ignorancia. Los archivos, cuando están cerca son penosos; cuando están lejos, inaccesibles. El premio que tienen estos escritos —y esta es la mayor dificultad de la Historia— es tan corto que desanima para el trabajo. En el mundo ninguno es bueno ni malo de balde. No hay valor en la naturaleza humana para trabajar mucho habiendo de medrar poco.

Estando, pues, la Historia tan llena de dudas, la historia que más dudas padece es la genealógica. Lo primero, por el defecto común de historia; luego, porque en la confusa baraja de los hombres es muy difícil descubrir a largo tiempo dónde estuvo cada cosa, como no sea sangre tan clara que esté dando siempre en los ojos; y lo principal, porque su principal objeto es exaltar, y tal vez se aparta del defecto que encuentra por ir al objeto que mira. Por seguir este objeto, si no halla lo que busca puede poner lo que buscaba; y muchas veces hace lo que puede, porque a los historiadores no les toman juramento. Por todas estas razones nuestro linajudo no se había de desvanecer con lo escrito en su genealogía, pues por ellas cuanto en ella hay escrito es lo más verisímil que de los bisabuelos arriba sea falso, y hacer gloria de las mentiras es mentira de las glorias.

Todos cuantos hay en el mundo tienen ascendientes hasta topar en Adán: la diferencia es que unos se conocen y otros se ignoran. Los que se conocen, parece que los tuvieron

sus merecimientos a los ojos de los siglos; los que se ignoran, parece que fueron indignos de la memoria de las edades. Este error hace a los unos venerados y a los otros abatidos; este error, digo otra vez, porque la pobreza pudo esconder muchas virtudes, y pagar el que se fingiesen muchas la riqueza. Nadie, pues, se ensoberbezca por pensar que es de ilustre sangre; nadie, pues, se envilezca por pensar que es de sangre abatida, que lo uno y lo otro puede ser falso. Alguien tiene sangre con Judas, si no por línea derecha, por línea atravesada, y puede ser que sea alguno que está tenido por gran caballero. Alguien tiene sangre con Aníbal, y puede ser que sea el lacayo de éste que está tenido por caballero grande. Al caballero le pudieron esconder aquella mancha las riquezas de sus antepasados, y al lacayo quizá la antepasada pobreza no tuvo vigor para desenmohecerle el lustre. Si los muy nobles supieran mirar a los humildes creyendo que pueden ser más nobles que ellos, quedarán humildes los muy nobles; pero creen lo que puede ser falso y no hacen caso de lo que puede ser cierto.

Estando divertido en esta letura llega un amigo a buscar al linajudo para que se vaya juntos a misa. Abre la puerta un criado y él se entra con sola la licencia de amigo. Halla al amigo que busca rebujado en un capote, sentado en una silla, el pecho sobre el filo de un bufete, los codos sobre la tabla, el rostro sobre los puños y un libro abierto delante del rostro. Salúdale, vuelve el linajudo los ojos a mirarle, levántase a recibirle; el que viene le pregunta lo que hace y él de lo que hace le da cuenta. Dícele que estaba viendo en su genealogía que es la cabeza de su casa, y el otro dice entre sí que le estuviera harto mejor tener buena cabeza. Manda el linajudo que saquen unos bizcochos y un poco de buen vino para que se desayunen —esto es mejor para tener buena sangre que descender de Jerjes—. Vase acabando de vestir y entretiéndose hablando. Dícele el linajudo a su amigo —porque la ocasión lo trujo— que no sabe cómo la gente común no se muere de pesadumbre de serlo viendo el poco caso que hace della la nobleza y viendo la reverencia que ella a la nobleza le debe. Ninguno hay en la tierra que no tenga otro a quien temer, otro a quien reverenciar. Si alguno se pudiera dar tan superior que todos le temieran y que todos le reverenciaran, éste tuviera sobre sí a la razón: aunque no quisiera la había de obedecer en algo sin poder más, la había de temer ofendida. Todos nacen a respetar a alguno y tienen el desquite en hallar otro que los respete. Ninguno está sin inferior, con esto desahoga el cansancio de tener superior. El hombre ordinario que venera al noble tiene otro más ordinario que a él le venera: nunca ha sido la Naturaleza tan cruel que haya podido dar mal sin consuelo.

Pensará este linajudo que no hay más que ser que noble. Pues engañase: la nobleza encamina a algunas virtudes y dispone para muchos vicios. Aconseja la liberalidad, obliga a la cortesía, inclina a ejercicios estimables y provechosos, embaraza para hacer vilezas poniendo delante de los ojos los honrados de aquella sangre que en ellas se deshonoran, amonesta buen trato y enseña amistad fina. Por otra parte persuade soberbia, alienta a desahogos ilícitos, quita el temor de las leyes, da por preciso el duelo, arroja a las venganzas y pone nota infame al sufrimiento. Ordinariamente, habiendo de faltar en algo, antes falta a lo bueno que a lo vicioso: más nobles se hallarán sin liberalidad que sin soberbia; más con desahogos libres que con respeto a las leyes; más sin cortesía que con buenas aplicaciones; más sin atenciones a su sangre que sin sed de sangre de su enemigo, más sin buen trato que con amistad firme. Si el que es noble se huelga de serlo por lo bueno a que le encamina la nobleza, virtud vendrá a ser estimarse; pero si estima su buena sangre sólo

para levantarles el punto a la soberbia, a la ira y a la venganza, hace muy mal en estimarse. Mucho mejor le estuviera ser de humilde nacimiento si había de ser humilde, que por aquí se suelen empezar todas las virtudes. Sin virtud bien puede uno ser bien nacido, pero no podrá ser buen hombre sin ella. Ser mal hombre siendo bien nacido no es más que tener una razón más para que le tengan lástima, y ninguna para irse al Cielo: la nobleza no es razón para la otra vida.

Salen la calle, y a pocos pasos que andan encuentran un mozo muy bien vestido. Mírale el linajudo muy atento, y en pasando le dice al otro: «Bien le veis qué entonado va y qué aliñado. Pues no tiene más de un cuarto de judío: su abuelo materno andaba en Salónica con tocas». Hombre endemoniado, ¿quién te pregunta nada? ¿Qué te ha hecho aquel pobre mozo para que le maltrates? Ir bien vestido, ¿es culpa? No es culpa, por cierto, antes es beneficio público. Muy sin estimación miraran los extranjeros a las cortes de los reyes y a las ciudades populosas si no los vieran con muchas galas y adornos. Repúblicas pobres son desprecio de otras repúblicas. La que no tiene habitantes lucidos pobre parece. Si te enojas con este hombre porque lleva mejor vestido que tú yerras el objeto del enojo, porque si es más rico, es el pleito con la Fortuna, y si es menos, acomodado, con tu desaliño. Para traer lucido el traje no es menester más calidad que el dinero: quien tiene dinero para costearle tiene bastante calidad para traerle. Esto es no siendo de aquella orden de gente a quien las pragmáticas reales tiene tasado el aliño, o siendo el aliño tan superfluo que contravenga a las pragmáticas reales. Porque iba, en fin, bien ataviado, le desaliñas la honra, y ya que no le puedes quitar el vestido le quitas la estimación.

Doy que fuese judío su abuelo —que quizá es mentira—: si él no tuvo parte en la culpa, por qué la ha de tener en la pena? Si él está bautizado y vive debajo de la obediencia de la Iglesia, ¿por qué ha de pagar el error de su antepasado si no tuvo en el error parte? Dime, hombre cruel: si vieras que algún tribunal castigaba la culpa de un padre en un hijo sin culpa, ¿no tuvieras por errado el juicio? Claro está que le tuvieras. Pues si el tribunal hiciera en esto injusticia, ¿qué justicia harás tú en maltratar al nieto inocente por la maldad de el abuelo? ¡Oh mundo errado, que haces sucesor de una afrenta a todo un linaje! ¿Qué caso se puede hacer de mundo en que, pudiendo por malo desheredar el padre a su hijo de sus bienes, no le puede por bueno desheredar de sus males? Si el mundo tiene en poco al que pasó por junto a ti con aquella sangre no te dejes tu llevar de la errada opinión del mundo; antes le mira con particular reverencia, como a hombre a quien miró Dios con atención tan particular que le puso un embarazo en la soberbia para que echase por la humildad al Cielo.

Llega a la iglesia, entra muy entonado el linajudo; corresponde a las cortesías que le hacen los menores con menores cortesías. Desdénase del lado del humilde, y si no se puede apartar le desvía de su lado. Cuando no hay puestos determinados en la iglesia es altivez demasiada querer rodearse de particular puesto. Unos ríos hay que dicen que bajan del Paraíso. Todos los saben los nombres. Si a éstos se les hubiese de dar lugar entre los otros ríos se les diera el más honroso; pero mientras no se les señala corren por entre terrones, se rozan con maderos y se paran entre riscos pardos: los riscos, los maderos, y los terrones se adornan y resplandecen con la claridad de sus aguas. No pierden los ríos más bien nacidos del mundo por correr, por andar, por pararse entre terrones, entre maderos y entre riscos. La nobleza, en los lugares donde no tiene lugar aparte, se había de tener por muy

dichosa de que se llegase gente humilde, porque se le multiplica el lustre en otros tantos como ilustra agradable. El Sol tiene mayor la luz por los reflejos. Los nobles se hacen más nobles cuando a otros ennoblecen.

Pero si ni aun en la iglesia le deja su vanidad al linajudo, haga que haga con él su razón lo que hacía su mujer con Paleólogo, emperador de Constantinopla. Este príncipe tuvo tan rara enfermedad que tenía por remedio los pesares. Su mujer, como era ella la que con más seguridad podía darle muchos, eran muchos los que inventaba y muchos los que por momentos le hacía. Decíale cosas que le doliesen y hacia cosas que le fatigasen. La enfermedad de Paleólogo tienen los vanos, y han menester ese remedio que a esta enfermedad se oponga. Dígale en la iglesia al linajudo su razón que es tierra, que aunque piensa que deciendo de abuelos ilustres, no deciendo sino de gusanos, porque están en gusanos convertidos esos abuelos; que ha de venir a parar en una sepultura de aquéllas, donde es muy posible que esté el cadáver de un condenado, que es la mayor de las infamias. Con esto será muy posible que se le cure la enfermedad del engreimiento para no desdeñar el lado del humilde, para mirarlos a todos como a iguales, y a los buenos como a mejores.

Sale un sacerdote a decir misa y entra a decir la en una capilla nueva del templo. Entran tras dél el linajudo y su amigo, pónense de rodillas y lo primero en que el linajudo pone los ojos es en el escudo de armas del patrón de la capilla. Pásasele en ello muy gran rato. Hombre: mira que el primer mandamiento de la Iglesia, dice oír misa entera los domingos y fiestas de guardar, y no dice que los domingos y fiestas de guardar se escudriñen linajes. Levántanse al Evangelio todos, y dícele él a su compañero: «Este escudo tiene algunas cosas honradas y algunas trabajosas». Mire vuesa merced que quizá eso que dice no es Evangelio. Déjele oír el Evangelio al que le oye.

Prosigue el linajudo, diciendo: «Aquellos dos cuarteles le vienen legítimamente, pero aquel de tal linaje, que es el mejor, le tiene por bastardía». ¡Que no baste que se le haya metido a este hombre en la iglesia aquel escudo para que no le persiga! A uno que ha cometido un delito muy grave le dejan en paz en la iglesia los ministros de la justicia pública, y a este pobre escudo de armas, que no ha cometido delito, no le quiere dejar en paz en la iglesia el linajudo. Demos que el mejor de aquellos cuarteles le viene por bastardía a su dueño: bastarda como tiene la nobleza, ha tenido ánimo y piedad para labrar y dotar una capilla en que se esté perpetuamente alabando a Dios, en que le estén perpetuamente venerando; y él, con toda la integridad de sus cuatro noblezas ilustres, no ha tenido piedad ni ánimo para hacer otro tanto.

A esto me podrá decir que no ha tenido dinero para hacerlo, y yo le respondo que con el que ha tenido no ha sido para darle una capilla nueva a un fraile pobre. La nobleza que pasa al alma es la mejor nobleza: la que se queda sólo en el cuerpo es nobleza escasa. El hombre que tiene dos cuartos nobles y dos villanos es noble defectuoso. El hombre se compone de alma y cuerpo; el que tiene noble el cuerpo solamente, y sin nobleza el alma, no es noble cabal. La nobleza de la sangre no se puede tener sino naciendo; la del alma no se puede tener si no es obrando. Los cuerpos, si no es naciendo, no pueden ser nobles, porque descienden unos de otros; las almas no pueden ser nobles si no es obrando, porque no descienden unas de otras. Lo que hallan hecho los cuerpos en los antepasados nobles es menester que se haga cada alma por sí misma. La alma que no se hace la nobleza se queda sin ella.

Quien nace bien y vive mal no es noble cabalmente, porque le falta la nobleza del alma, que se hace con las obras. El noble bastardo que hizo la capilla tiene mejor nobleza que el linajudo todo legítimo, porque supo con sus obras hacer noble su alma, y el linajudo con sus palabras se queda con solamente el cuerpo noble. Fuera de que, mirándolo bien, ¿qué importa para la nobleza ser bastardo? Entre los hijos legítimos no se diferencia más que en el nombre; la sangre, toda es una; el nombre es feo, la naturaleza una misma. Las leyes que son contra ellos hieren en ellos por castigar en parte tan sensible a los padres. Por la ley que el padre violó maltrata la ley al hijo. Mire por la ley el que engendra, que el engendrado no tiene culpa de su culpa. Si la obra del padre fue contra la ley de la patria, la ley de la Naturaleza no quiere desamparar lo obrado. La una le está quitando al bastardo en algunas cosas el tratamiento de hijo; la otra está afirmando que es tan hijo como los otros el bastardo. En la nobleza no hay bastardía, porque la nobleza pende de la naturaleza solamente, y el bastardo es natural y verdaderamente hijo. El hijo del noble es noble como su padre. Los de un linaje, por la parte que lo son, no pueden dejar de ser igualmente nobles: en lo que se diferencian allí los bastardos es en que son nobles con menos dicha.

Acábase la misa, salen al cuerpo de la iglesia, arrímanse a un poste a hablar con otros, alza los ojos el linajudo y ve colgados en una pared unos lienzos con unos letreros —que vulgarmente llaman «sambenitos»— donde están escritos los nombres y las culpas de algunos que ha castigado el Santo Oficio de la Inquisición y pónese a leerlos muy de espacio. Esto no es injusticia, que para eso están allí puestos, pero es menester grande prudencia para usar de aquellas noticias. El que se conoce sin cordura para gobernarlas tuviera por cordura que no las adquiriera. El leer aquellas inscripciones suele ser bueno para estas dos cosas: lo primero, para huir de la culpa con el horror de la pena —que el escarmiento siempre es granjería—; luego, para conocer la sangre de los vecinos de su república y no mezclarse con ella en los casamientos suyos ni de su familia, porque es inhabilitar a los que de ellos descendieren para tantas venerables colocaciones como en España piden limpieza de sangre: Y no la piden vanamente —dispute lo que quisiere la natural filosofía— que la experiencia ha enseñado que por la mayor parte está la fe solamente firme en la sangre que nunca flaqueó en la fe. El cariño reverente de la naturaleza nos está siempre guiando a pensar que es lo mejor lo que hicieron nuestros antepasados, principalmente en la religión. Por este natural reverente cariño, por lo menos los de sangre inficionada se suelen ir hacia el error de los que les dieron la sangre, y los de sangre limpia, como los lleva el cariño y la reverencia hacia la verdad, están siempre en la verdad muy firmes. Inclinción, respeto y verdad hacen amor muy cierto. El leer, pues, aquellas inscripciones suele tener estos peligros: desestimar al prójimo que deciente de aquella sangre por saberle aquella tacha, siendo injusticia desestimar a nadie por defecto ajeno la ligereza de nuestra lengua, que es grande cuando la mueve el enojo.

Las armas de que primero se vale la ira es la lengua. Necesario es tener al enemigo presente para ofenderle con otras armas; en el ausente hiere la lengua. El que quita una vida no tiene la vida segura: la justicia procura quitársela. El que quita una fama raras veces tiene peligro: deste castigo se cuida raras veces. Poder hacer mal tan grande sin temer grande mal hace pronto al atrevimiento. El defecto que se sabe aun no tiene la costa de fingirse: no ha menester labrarle la malicia en el entendimiento, sino sacarle de la memo-

ria. Lo que se puede hacer fácilmente, fácilmente se hace. Tiene en la memoria el ofendido que su ofensor es de sangre castigada y dice ligeramente lo que tiene en la memoria.

Prosigue la lección de aquellos letreros y encuentra el apellido de un conocido suyo a quien se le están haciendo las pruebas para un hábito. Apenas le encuentra cuando dice entre sí: «Aquí estás tú, y el señor pretendiente no ha sido para entrar por mis puertas. Bien sé yo que él no tiene sangre con éste, pero primero que desenmarañe del que aquí está su apellido ha de haber gastado más en sal que gastara conmigo en una joya?». Desde entonces empieza a pensar el camino y las palabras de hacerle gastar mucha hacienda y de tenerle suspenso mucho tiempo la honra. Por la equivocación de los apellidos halló senda para maldad tan detestable.

Los que gobiernan repúblicas muy grandes no tienen lugar para atender a cosas pequeñas; pero si las ocupaciones de España diesen tiempo, fuera —a mi parecer— muy conveniente cuidar que nadie tomase ajeno apellido, porque en una monarquía donde es necesaria para tantas cosas útiles y honoríficas la limpieza de la sangre es lástima que por esta confusión los que la tienen limpia gasten en aclararla mucha parte del caudal de la buena opinión, y no pequeña del dinero.

El que deja su apellido, sin duda le deja por malo; el que elige otro, sin duda le elige por bueno. El que tiene hurtado el apellido y manchada la sangre, con el apellido no le saca la mancha, sino la disimula. La maliciosa curiosidad es tan perspicaz que divisa una tacha en los huesos que tienen la tierra encima. No hay tacha tan escondida que no se sepa; hállese con aquel apellido la tacha y créese que se derrama por todo el apellido. La enemistad se vale desta igualdad de sonidos para la venganza; la codicia se huelga de que la haya para el aprovechamiento; con esto, para cuando el apellido natural aclara la diferencia del postizo se ha padecido mucho en la fama, en la quietud y en la hacienda. Terrible iniquidad es la de aquellos que maliciosamente arrojan dudas en la honra de el prójimo, y tan terrible, que los más del mundo huyen della, pero por huir della dan en otro extremo vicioso, que es decir bien del indigno.

Por acto de piedad y de nobleza se tiene entre los más el decir en unas pruebas que es bueno el que no saben si lo es o el que saben declaradamente que es malo. No deben de saber éstos la culpa que cometen y el daño que hacen en tratar sin verdad esta materia. Lo primero, por el juramento se obligan a no decir mentira, y es pecado mortal decir mentira debajo de juramento. Para esto deben de persuadirse que pecado que se hace por honrar al prójimo tiene del Cielo el perdón fácil. Yo no sé la ligereza con que Dios se mueve a perdonar más un pecado que otros, que esos son secretos suyos: lo que sé es que para que Dios perdone son menester diligencias del pecador. El que está persuadido a que su pecado tiene fácil el perdón está a riesgo de hacer poca diligencia para que se le perdone. A las dificultades es donde se aplica el cuidado: lo fácil siempre anda achacoso de descuidos. Por esta parte parece que corre más riesgo el que comete este pecado que el que comete otros, porque piensa que es culpa que ha menester para el perdón diligencia corta.

Fuera desto, creer que es piedad introducir al manchado entre los limpios y nobles es error grande, es crueldad no pequeña, porque es deshonorar a muchos por honrar a uno, hacer mal a los que no lo merecen por hacer bien al que no lo merece. Si alguno por honrar a una aceitera la metiese en un escaparate donde hay cosas de mucho precio y de gusto peregrino hacía un desatino muy grande, porque hacía sospechosa la fineza de lo bueno con

la compañía de lo malo. Desatino parecido a éste hace el que coloca al hombre de sangre defectuosa en parte donde todos la deben tener precisamente clara: desatino parecido, pero mayor desatino, lo que va de el valor de los hombres escogidos al valor de los metales estimados. El que ve junto a la aceitera de hoja de lata al oro puede pensar que es plomo dorado. El que ve al hombre sin lustre admitido entre los que le tienen puede pensar que muchos de los que le tienen están allí con las mismas tachas.

Si se desenfrenasen muchos a testificar que tienen las partes que se requieren para las sagradas Órdenes Militares los que no tienen estas partes hacían en España a sus príncipes una grande ofensa, porque le hacían menor el caudal de los premios. Con estas señales ilustres pagan en todo o en parte a los beneméritos de la república así en la paz como en la guerra. Si cayesen en desestimación por la corrupción de la mezcla vendrían a no ser premio de estimación.

Nuestra sagrada religión podría también padecer mucho en la fealdad destes testigos. En todos los puestos en que se pide sangre inmemorialmente cristiana, para lo que se pide es para la fidelidad con Dios y el castigo de los infieles. Si a estas congregaciones, por falsa información, se introdujesen hombres de sangre infiel se ponía la religión en peligro patente. Si se le encomendase a uno éstos la prisión o el castigo de su sangre por delito contra la fe, ¿qué diligencia se puede creer que pondría en prenderle, qué rectitud en castigarle?

¿Quiérenlo ver los que por gallardía o piedad necia juran falso en favor de alguno en sus pruebas? Pues póngase cualquiera de ellos en lugar del juez o el ministro y verá cómo se le va la inclinación tras los de su patria y tras de lo que ve con la religión de sus abuelos. Lo que a ellos les parece que hicieran harán los que están allí puestos, y mucho más lo que va de la flojedad con que mueve el fingimiento a la fuerza con que la realidad incita. Grande auxilio ha menester de el Cielo el que con sangre infiel se hubiere de poner de parte de los fieles. Y si el que dice bien en unas pruebas sabiendo que obra mal lo hace por dar a entender al mundo que es tan honrado que da honra al que no la tiene, sepa que con su mismo deseo se quita la honra. Pregunto yo: si se fiase dél, no digo otro hombre principal, sino un hombre ordinario, ¿no tendría por infamia engañarle en aquello en que dél se fía? No admite duda. Pues en la deposición que hace en unas pruebas se fía dél su religión, su rey, su república y una comunidad santa y venerable, ¿por ventura no da más honra cumplir con las leyes de la confianza que hacen dél supuestos tan grandes que le puede dar la vanidad de que le tengan por erradamente bien intencionado?

A lo que se levantó, en fin, nuestro linajudo el día de fiesta de la cama fue a coger vanidades en el libro de su genealogía; para lo que recibió a su amigo en su casa fue para desestimar a la gente humilde; para lo que salió a la calle fue para deshonar a su prójimo porque iba bien vestido; para lo que entró en la iglesia fue para desdeñar el lado del plebeyo; para lo que oyó misa fue para tachar las armas de el patrón de la capilla, y para lo que se paró en el cuerpo de la iglesia fue para coger materia con que hacer un agravio. Pues no hizo Dios para eso el día de fiesta: el fin para que le hizo fue para que en el descanso de aquel día hiciésemos consideraciones sobre nuestras miserias y hallásemos en ellas humildades; para que en virtud del conocimiento propio tuviésemos aun al más abatido por de mejores merecimientos; para que honrásemos al prójimo de la manera que se honran en el Cielo unos a otros; para que nos pusiésemos delante de los ojos nuestras mismas faltas por no ver las

ajenas, y para que nos amásemos en la tierra como se aman en el Cielo. El día de fiesta no es para hacer entretenimiento de las culpas, sino para hacer o rehacer las virtudes.

EL LUCIDO DEL DÍA DELCORPUS

CAPÍTULO XX

LA Idolatría tenía en Grecia una festividad que llamaban «Olimpia»; ésta se hacía a Júpiter, que era tenido por el mayor de sus dioses. Una de las partes de la fiesta eran certámenes de habilidades diferentes. El que quería entrar en algún certamen se presentaba ante aquel que en él presidía, y el que presidía en él, antes de admitir al pretendiente mandaba a unregonero que dijese en voz alta que el que supiese alguna tacha de aquel opositor, de las que prohíben las leyes de el certamen, la dijese y se le daría su premio. Esto se hacía por que no entrase ninguno con tacha grande en festividad divina.

Cada año celebra nuestra Santa Madre la Iglesia el inefable misterio del Sacramento del altar un día que para esto tiene señalado: este se llama el «día del Corpus». Es día de alegría grande, porque merece tanto alborozo tanto día. El certamen que hay es de alegría devota. Opónense los monarcas, los consejos, las religiones, las comunidades, las cofradías y el pueblo desgranado. Pregona la razón que el que supiere tacha de alguno éstos, de las que inhabilitan para la oposición, la diga, para que no entre a competir con los que no tienen tacha en el alborozo de tan gran misterio. Ninguno acusa a las cofradías, ninguno a las comunidades, ninguno a las religiones, ninguno a los consejos, y a los monarcas ninguno. No les halla para esta oposición defecto: velos modestamente graves, apaciblemente callados y devotamente festivos. Atiéndelos el celo cristiano, no les halla tacha y admítelos.²¹

Yo, pues, codicioso del premio, no hallando aquí cosa digna de acusación, me entré en la multitud que viene a oponerse a la celebridad deste admirable sacramento, y he hallado a quien acusar: a los que vienen excesivamente lucidos, a los que se ponen a cuál sale más galán: a éstos acuso de inhábiles para el certamen de festividad tan divina. El premio a que aspiro es su enmienda. Los capítulos que les hago son los siguientes.

Levántase al amanecer el día de el Corpus el que quiere llenar todos los números de la gala con que se solicitan las mujeres. Al amanecer se levanta, a esta hora sale la estrella de Venus: esta es la que inclina a sensualidad, ésta tiene per segundo nombre «Lucifer»; es entre las estrellas la de más hermosura. Por la semejanza que con ella tenía se llama «Lucifer» el Demonio, que fue cabeza del tumulto del Cielo; y ella se puede llamar este día por la semejanza que con él tiene Lucifer, pues despierta a los que se han de componer para profanar tan santo día.

Levantase, pues, el que ha de salir lascivamente lucido y envía por el sastre, por el barbero y por el zapatero: Viene el sastre con dos oficiales y traen entre los dos un vestido ne-

21.- Eds. consultadas: 'admiralos'

gro aforrado en blanco, con tantas puntas, labores y prolijidades hermosas, que es fealdad de el entendimiento ponérsele. Vásele vistiendo y dale una poca de vergüenza al mirarse, mas quítasele luego la vergüenza.

El que está dormido en un aposento, si abre de repente los ojos ve alguna luz, pero luego deja de verla. La razón desto es porque la virtud visiva, recogida y aumentada debajo del sueño, así como se abren los ojos sale a las tinieblas: ella por su naturaleza es luciente, venla los ojos y desaparecese en viéndola. Está dormido este hombre en las tinieblas de su engaño, está debajo del sueño deste engaño la razón recogida; despiértale el respeto de día tan santo, sale de sus mismos ojos la luz de la razón, mírala y desparécese luego: no se persuade a que es luz, sino antojo, y quédase en sus tinieblas como si no hubiera visto luz.

Prosigue en vestirse, y al ajustar la ropilla ve que hace bolsas en el pecho y manda que se la enmienden. Siéntase el oficial del sastre en una silleta baja y entran el barbero y el zapatero uno tras otro, habiendo llegado a la puerta a un tiempo mismo. Litigan las anti-güedades, como es día tan ocupado. El galán se halla embarazado en el pleito y toma por despidiente decirle al zapatero que pique los zapatos y los alce de empeine entretanto que el barbero acaba su obra, que será brevemente. Siéntase en otra silleta baja el zapatero, y el galán toma una silla alta. El sastre cose, el zapatero pica, el barbero baña.

El barbero con afán, el zapatero con ligereza, y el sastre con fatiga, todos trabajan en la oficina del aliño superfluo de un hombre, y trabajan en un día en que si el respirar fuera trabajo no sé si pareciera mal el respirar. Saca el zapatero de las hormas los zapatos después de picados, y vuévelas a meter lo de abajo arriba para ensancharles la entrada y da con los talones golpes muy recios en los ladrillos. El sastre sacude la ropilla de las hilachas del aderezo, que está ya acabado. El barbero arroja en el suelo el agua del primer baño y luego despeña con estruendo, desde el escalfador puesto en alto, el agua del segundo en la bacía. Parecerse quiere este ruido al que están haciendo a aquellas horas las campanas. Ellas se están haciendo pedazos por engalanarle a Dios su día en clamores devotos, y estos hombres se están haciendo pedazos, por engalanar a un hombre que le ha de estragar la devoción al día. Pide el barbero lumbre para calentar los hierros y dicen que no está encendida: no le falta al hombre sino desesperarse. Manda el galán que la enciendan aprisa, y acaba sin que esté encendida el barbero su repaso.

Calma aquella obra, y por que no estén suspensas todas llega el zapatero a ponerle un zapato: el hombre recibe aquel tormento con todo el traje de quitarse la barba. Escurre el agua de los bigotes, arregaza el peinador y entrega la pierna. Los sastres viéndole en esta figura, esconden por los rincones la risa por que no se les vea. Llega la lumbre, caliéntanse los hierros, déjale el zapatero ya el pie calzado y entra en vez alternativa el barbero: por hacer aprisa lo que va a hacer le quema la cara, y el galán, por lo que el hombre ha esperado, lo sufre. Acaba éste y parte como un rayo. Llega el zapatero con el zapato que falta, pónesele con un torbellino de golpes y vase como un torbellino. Entrega luego el sufrido galán aquel miserable cuerpo a los sastres, que a puros tirones se le descoyuntan. Déjanle envarado y salen sueltos como unos halcones.

Sale, al fin, nuestro lucido de casa vestido de manera que si tuviera entendimiento le debiera dar más vergüenza que si fuera desnudo. Al emperador Heliogábalo le llevaban desnudo en un carro un día de grande festividad cuatro mujeres desnudas; a la festividad del Santísimo Sacramento va este hombre vestido con menos decencia que si no fuera

vestido, y quien le lleva son las mujeres, casi hasta el medio cuerpo desnudas, que están en los balcones de las calles por donde la procesión pasa.

Va a salirle al encuentro a la procesión y sáele la procesión a él al encuentro. Lo primero que ve es muchos muchachos huyendo de la tarasca; mas no hace caso de ella pareciéndole cosa de muchachos. Muy bien pudiera reparar en que aquélla es la serpiente que venció Cristo en la cruz y que va como vencida en el triunfo. Entregado va allí el Demonio a los muchachos como loco, pues no puede haber locura más grande que oponerse a Dios. Va a los muchachos entregado porque son los que representan a los justos. Los justos son los que se burlan del Demonio, los que le enojan y le embravecen. Aquella culebra va alargando la garganta a los sombreros como el Demonio a las cabezas: a todos los quiere tragar el entendimiento para que sin entendimiento obren, y allí todo el cuidado de los muchachos es guardar los sombreros —viva imagen de los justos, que todo su cuidado lo ponen en andar guardando la razón deste enemigo—. De las espaldas de esta serpiente salen de cuando en cuando bullendo como holgura los vicios para divertir al muchacho a quien intenta cogerle el sombrero: el que se divierte le pierde; el que se desvía le escapa. Destos reparos puede resultar reparo en las costumbres: quien no los hace no se aprovecha de la intención de el día.

Pasa adelante nuestro Narciso mirando a los balcones y métese por la comunidad de los Niños desamparados. Ellos llevan una cruz delante, como diciendo: «Este es el árbol que llevó ese fruto que ahí viene adorado». Pequeña es la cruz: naturaleza es de los árboles pequeños llevar fruto grande. Van estos huerfanitos tocando unos pitillos de barro llenos de agua, que suenan, mandados de su aliento, como pájaros de entonadas voces. A fee que pudiera el lucido dejar de mirar a las damas por mirarlos a ellos, y que le estuviera harto mejor mirarlos. Haciendo van cantar dentro del barro el agua significando van que el desamparado barro de los hombres sin la venida de Cristo; ya con su venida, ya con su compañía en la Hostia consagrada, está tan amparado, que va cantando dentro dél el llanto que habían de derramar si no hubiera venido.

Empieza nuestro galán desatento a derramarse en reverencias hacia las ventanas y pasan por sus dos lados, sin que él atienda a que pasan, los niños de la Doctrina. Éstos van coronados de flores, y éstos van allí en nombre de los agradecidos. Las flores, que no llevan fruto, las cría Dios, casi por principal fin, para la recreación de los ojos. Salpica dellas la fealdad de la tierra, con que no es enfado mirarla. Como este beneficio, en comparación de otros que al hombre le hace, parece pequeño, hace que crezcan las matas de las flores poco: casi se las deja entre los pies de los hombres; parece que tiene gana de que las pisen. Con tanta hidalguía hace Dios los bienes. Pero estos muchachos, que son el símbolo de el agradecimiento, cogen este beneficio de las flores, que parece el menor, y se le ponen sobre la cabeza. Dan con esto a entender que quien estima en tanto lo que es poco, ¿en cuánto estimará lo que es tanto, como quedarse Cristo Sacramentado entre los hombres? El beneficio de las flores, que por la mayor parte no sirve más que de recreación al cuerpo, llevan de el cuerpo en la mejor parte. ¿En qué parte del alma llevarán el beneficio que tanto importa al alma? La mejor del cuerpo le dan casi al más pequeño beneficio suyo: claro está que le darán²² el mejor lugar de el alma al beneficio de quedarse Cristo Sacramentado en

22.— Eds. consultadas: 'darà'

la tierra, siendo para el alma tan grande beneficio. Quien no hace caso desta significación no debe de ir incluido en ella.

Llega a nuestro galán divertido una tropa de amigos suyos, aliñados por el mismo estilo y locos de la misma especie. Juntase con ellos y todos prosiguen su viaje sin desviar los ojos de los balcones. Ya las religiones van pasando. ¡Oh espectáculo venerable! Allí van aquellos varones santos galanes con sus mortajas: el traje que han de llevar a la sepultura es el que allí llevan. Con lo que aliñan el traje es con la modestia y la compostura. Andando van y parece que no se mueven: la quietud los hace lucidos, el sosiego los hace claros. El agua sosegada es la limpia; el agua revuelta es la turbia. La quietud de aquellas almas las hace resplandecientes; lo trasparente de aquella quietud adorna los cuerpos en que van aquellas almas. Consigo llevan en la calle la soledad de su celda, con ellos va el silencio del claustro en la calle. Los peces, si tocan en la tierra mueren; los religiosos, si tocan en las cosas de la tierra no viven como religiosos. Fuera de su elemento nada vive. La esfera de los religiosos está más alta que la tierra: perecieran sus virtudes si a ella bajaran. Andando van en la procesión con los ojos en la tierra y no están en la tierra sus ojos. Las estrellas están en el cielo y miran al suelo; al suelo miran estos ojos y están en el Cielo. Los ojos bajos están muy altos; los ojos que andan por lo alto están muy abajo. Si le parece que me engañó a nuestro lucido, considere si sus ojos, que no se bajan, miran al cielo y dónde pueden mirar los ojos que no se alzan.

Van los galanes a pasar adelante y detiéndelos la danza de los gigantones. ¡Ah, si ellos supieran reparar en esto vieran la ceniza que les ponen en la frente los gigantes! «Gigante» quiere decir «hijo de la tierra»: hombre que produjo la tierra, desagradecida contra el Cielo. Éstos tenían descompasadísima estatura y tenían los pies de serpiente. Éstos fingen los poetas que les hacían guerra a los dioses. Aquellos gigantes fingidos van allí representando unos hombres de tan oscuro linaje que no se les ven los ascendientes, que parece que la tierra los produjo, y que con los bienes de la tierra creen que han crecido tanto que topan con las nubes; hombres que van llamando hacia sí con las galas y la pompa los ojos y la atención de muchos, y que le van usurpando a Jesucristo, el día que le celebra sacramentado la Iglesia, aquella atención y aquellos ojos.

Los gigantones van vestidos de oro y seda; ellos van vestidos de seda y oro. Los gigantes van en los hombros de unos pobres hombres; ellos en los hombros de la estimación de los pobres. Los gigantones van dando vueltas como locos; ellos van tan locos como los gigantes. Éstos andan procesión abajo y procesión arriba; ellos andan procesión arriba y procesión abajo. Los gigantes que aquellos palos vestidos representan tenían los pies de serpiente; éstos, que representan en la soberbia y la escuridad a los gigantes, tienen unos extremos de cosa humilde, de cosa que no se levanta de el suelo. Ellos mucho se engríen, pero siempre les quedan señales de cosa abatida: muchos reparan en ellos y muchos hacen burla dellos. A aquellos gigantes fingen que los consumió Júpiter a rayos porque no le veneraban; a éstos, que en la arrogancia los imitan, puede ser que Dios los destruya porque no le veneran. Los gigantones van en la procesión danzando en señal de que todo se le rinde al Dios verdadero; estotros van loqueando en señal, cuando no de que no se le rinden, por lo menos de que no le atienden.

En pasando los gigantones pasan ellos adelante y encuéntranse con las cofradías. Allí va cada uno con una hacha de cera encendida en la mano. La cera es el sacrificio que se va

consumiendo en la llama, y la devoción con que ellos van llevando la cera es la sustancia de el sacrificio, porque irse a celebrar el triunfo de Cristo sin devoción fuera sacrificio sin sustancia. Compuestos van, y devotos, haciendo con aquellas hachas jeroglífico que explica y enseña cómo se han de haber los corazones humanos con el amor divino: hanse de haber como con aquella llama la cera, que a sus ardores se desata en lágrimas.

No reparan los galanes en esto, y debieran en esto reparar, y en sí mismos: conocieran la diferencia que hay de el corazón devoto al que está sin devoción. La cera se ablanda al fuego, el barro se endurece. De barro son todos los corazones, pero hay barro tan discreto que sabe dejar su condición y tomar la de la cera, y hay barro tan torpe que no sabe perder las villanías de barro. En aquella custodia ardentísima va patentísima la llama del amor que Dios tiene al barro mortal. Al ardor de este fuego los devotos se van abrasando, y los que no tienen devoción se van endureciendo. Estos galanes, mientras más vueltas dan a la procesión en que arde aquella divina llama van teniendo más duros los corazones.

En tropel festivo y sonoro se viene acercando a ellos una danza, y ellos se van apartando de los danzantes con desdén y desprecio. No hacen bien en apartarse dellos y en despreciarlos. Estúdienlos: sabrán lo que deben hacer y lo que deben estimar. Aquellos hombres van significando el hombre interior que debe haber en tan festivo día en cada hombre. Los vestidos que llevan puestos nos hacen más claro este discurso: por defuera son de seda y oro, y por dedentro son de lana basta. Esto es volvernlos un hombre devoto lo de dentro a fuera para que veamos cómo ha de ser por dedentro un hombre. Por dedentro, al cariño del misterio de tanto día, ha de tener los afectos como la seda blandos y como el oro finos. Con esta fineza y con esta blandura no le ha de poder sosegar el corazón de contento: las compasadas inquietudes ha de tener del danzante; la alegría que el danzante hace a los otros se ha de hacer él a sí mismo.

Ya llega la clerecía, y los galanes, sin atención, se van hablando por enmedio della. Gente inadvertida: esos que van ahí son los sucesores de San Pedro; éstos son aquellos a quien primeramente está cometido el cuidado de tu alma; éstos son los que te administran los sacramentos; éstos son los que están mirando por tu salvación desde que naces hasta que mueres. Trátalos con mucha reverencia; no el número te los haga desestimables, pues te hace más fáciles las conveniencias el número. No el haber visto a alguno menos atento te haga despreciable a ninguno: ellos entre sí son unos mejores que otros, cualquiera de ellos es mejor que nosotros. Antes anochece en los valles que en los montes; antes amanece en los montes que en los valles. Los seglares somos los valles de la Iglesia, los sacerdotes son de la Iglesia los montes. Si tal vez anochece la virtud en alguno de ellos, anochece más tarde y amanece más presto. Y cuando estés porfiadamente persuadido a que haya alguno con imperfecciones, ése tiene facultad de señalar los sacramentos en las almas, como el más perfecto. Un sello de hierro y un sello de oro donde están abiertas unas mismas armas dejan unas señales mismas en la cera. El peor sacerdote te deja en el alma con los sacramentos estampadas las armas de Cristo: reverencialos mucho a todos. Parece que estos galanes no me oyen: paseándose van por enmedio de ellos como por una calle de dos paredes.

¡Gracias a Dios, que ya estos galanteadores no pueden pasar en la procesión adelante porque les cierra el paso la tropa de la música! Sálense de las líneas de la procesión, quédanse allí parados, y en lugar de atender a lo que se canta atienden a lo que encanta: pónense a hablar con las mujeres hermosas que se hallan por allí cerca.

Deben de pensar muchos que la Iglesia usa de la música en sus festividades sólo por la dulzura de los sonidos. Engañanse, que más intención que los sonidos tiene: derrama los números armoniosos por las palabras santas por que hagan paso fácil a las palabras los números, por que las sentencias se entren a escondidas en la bulla de los puntos sonoros: Discreto ardid para hacer creer a este barro amigo de holguras que se va a entretener y le llevan a mejorar. Discreto es el ardid, pero no en todos obra: unos gustan de la música y otros la aborrecen. Mientras cantan estas palabras divinas, unos se enamoran de Dios y otros le ofenden. Una fábula me ha de hacer esta verdad más clara.

Fingen los poetas que tuvo un hijo el dios Apolo cuyo nombre era Lino: éste fue músico diestrísimo y éste tuvo por discípulos en este arte a Orfeo y a Hércules. Orfeo gustaba mucho de la enseñanza; Hércules se enfadaba y no aprendía. Orfeo con lo que aprendió espantó al Infierno; Hércules mató a su maestro porque le enseñaba. Cristo, Hijo de Dios vivo, enseña en su Iglesia a todos la música de las virtudes; los que la aprenden admiran al Infierno, los que no la aprenden maltratan a su Maestro. El Infierno tiene mala intención, pero buen gusto: bien quisiera que todos fueran malos, pero sabe que hacen muy bien los buenos. Al que obra bien se le quisiera tragar, pero venera su modo de vivir. Si se pudieran parar en él las penas, se pararan a la armonía de las virtudes: verdaderamente fuera para él cada virtud un Orfeo. Los que no aprenden la música que enseña este Maestro celestial se enfadan con él de tal arte, que cuanto es de parte suya le dan la muerte.

Oyendo están la música desta festividad muchos: unos, en aquellos puntos de las voces aprenden los puntos de las virtudes; otros desprecian tanto esta enseñanza, que se ponen mientras la oyen a cometer una culpa: parlan con una mujer fuera de los términos permitidos. Al Hijo de Dios le mató la culpa, y si le pudiera volver a matar le matara. Nuestro galán es el discípulo malo de este Maestro divino, pues cuando en la música de su fiesta se enseñan virtudes, la música se vuelve contra él con el mortal golpe de una conversación deshonesta.

Divídense con la apretura de la gente los compañeros y quédase nuestro hombre solo viendo pasar lo que de la procesión falta. Alza los ojos a un balcón que tiene enfrente, ve una mujer y parecele muy hermosa. Desde lejos no hay mujer fea: la distancia le esconde los defectos a los ojos. La natural inclinación que los hombres tienen a las mujeres les hace creer lo mejor en la duda. Pone el gusto nuestro galán en ella, determínase a galantearla. En el amor lascivo le pasa al entendimiento lo que a los ojos: los que tienen muy perspicaz la vista se enamoran menos que los que la tienen corta. Ven aquéllos las faltas; éstos no las descubren. La fea a la vela: a poca luz no hay mucha vista, ni a poca vista tacha grande. Los que tienen el entendimiento claro se enamoran menos que los que le tienen torpe. Conocen aquéllos los inconvenientes; éstos no los divisan. El de claro entendimiento ve la ofensa que le hace a Dios y el daño que se hace a sí mismo; el de entendimiento confuso, o no lo ve o lo ve mal: tiene corta la vista y no le descubre las malicias al daño. Llega la custodia y él no quita los ojos del balcón. Pónense todos de rodillas y él se queda, ni de rodillas ni en pie, hecho cinco de guarismo. El ser cristiano le obliga a respeto, el ser mal cristiano no se le deja tener cabal.

Acábase la procesión y él se queda allí con intención de ver salir a la dama en quien ha pueo el gusto. Ella baja, vela de cerca y parecele menos hermosa; mas no por eso acierta a dejarla: la costumbre que había hecho aquel breve rato a quererla creyendo que era her-

mosa, no le deja dejarla cuando la ve fea. Los que conservan con las mujeres las amistades mucho tiempo no las conservan porque las quieren, sino porque las quisieron: la costumbre de haberlas querido imaginándolas perfectas hace comunicarlas conociéndolas defectuosas. Grande peligro es en los vicios el de la costumbre. El principio aleja del fin: empezarlos es proseguirlos. Raro es que es malo para poco tiempo.

Entrase la mujer en un coche, va el galán siguiéndola y sabe su casa. Parecele que allí no hay más que hacer por entonces, y entonces, que no hay más que hacer, le da gana de oír misa: vala a buscar y no la halla. En esto parece que nos están diciendo que no halla a Dios quien le busca tarde: castigo puede ser de no haberle buscado no hallarle cuando le busca. Vuélvese, en fin, de la fiesta del Cuerpo de Cristo enamorado y sin misa.

Por todas estas tachas no debe la razón admitir a los que hacen lo que este hombre al certamen de festejar la solemnidad del Santísimo Sacramento. No parezcan entre los cristianos este día los que son tan malos cristianos.

— o O o —

LOS que gastan el día de fiesta que no van señalados en estos discursos fuera de la intención del día pueden ver lo mal que hacen en los que en ellos van señalados: el espejo en que se puede ver uno se pueden ver muchos.

Todo cuanto en este libro está escrito lo sujeto de toda mi voluntad a la corrección de N. S. Madre la Iglesia Católica Apostólica Romana, cuyo humilde hijo me confieso.

EL [✠]DIA
DE FIESTA
POR LA TARDE
EN MADRID,
Y SUCESSOS QUE EN EL PASSAN.
SU AUTOR
D. JUAN DE ZABALETA.
PONESE AL FIN LA HISTORIA
de Nuestra Señora de Madrid.



CON LICENCIA.

En Madrid, en la Imprenta de Juan de San Martín,
y à su costa. Año de 1754.

Se ballará en la Librería del Mercurio.

CENSURA DEL RMO. P.
FR. LUIS DE MOYA,

del Orden de la Santísima Trinidad y Vicario General
de la Provincia de Castilla

HE visto este libro, obedeciendo a V. M., y no he hallado en él cosa que contraven-
ga nuestra santa fe y buenas costumbres, y así, es digno de imprimirse. En Ma-
drid, en el convento de la Santísima Trinidad, a 4 de febrero de 1659.

Fr. Luis de Moya

LICENCIA DEL ORDINARIO

NÓS el licenciado D. Alonso de las Rivas y Valdés, Vicario de la Villa de Madrid y su
Partido, por la presente y lo que a nós toca damos licencia para que se imprima el libro
intitulado *El día de fiesta por la tarde*, compuesto por D. Juan de Zabaleta, atento que por
la censura antecedente consta no haber en él cosa contra nuestra santa fe y buenas colum-
bres. En Madrid, a 7 de marzo de 1659 años.

D. Alonso de las Rivas

Por su mandado,
D. García de Alvarado, escribano público

APROBACIÓN DE ESTA OBRA POR EL P. FR. DIEGO FORTUNA,

lector de Teología moral en San Francisco de Madrid,

de orden del Consejo Supremo y Real de Castilla

M. P. S.:

OBEDIENTE yo al mandato de V. A., vi este libro intitulado: *Día de fiesta por la tarde*, y va consiguiente al *Día de fiesta por la mañana* que nos dio el Autor de muy buenos días, ahora y en todo tiempo; y siendo un solo día, lo sabroso de él le hace dos días y dos festejos, con que multiplica fiestas en tan corto asunto como otros en mayor las deshacen. Lo más es que entre tanto humano no hay tilde en que se oponga a lo divino de nuestra fe y costumbres, por lo cual juzgo se debe imprimir, y lo firmé en San Francisco en 2 de mayo de 1659.

Fr. Diego Fortuna

LICENCIA DEL CONSEJO

DON Josep Antonio de Yarza, Secretario del Rey nuestro señor, su escribano de Cámara más antiguo, y de Gobierno del Consejo, certifico que por los Señores de él se ha concedido licencia a Juan de San Martín, mercader de libros en esta Corre, para que por una vez pueda reimprimir y vender las *Obras históricas, políticas, filosóficas y morales* escritas por D. Juan de Zabaleta, con *El día de fiesta por mañana y tarde y los sucesos que en él pasan*, con que la reimpresión se haga por el ejemplar que sirve de original y va rubricado y firmado al fin de mi firma; y que antes que se venda se traiga al Consejo dicho libro reimpreso, junto con su ejemplar y certificación del Corrector de estar conformes, para que se tase el precio a que se ha de vender, guardando en la impresión lo dispuesto y prevenido por las leyes y pragmáticas de estos Reinos.. Y para que conste lo firmé en Madrid, a cuatro de marzo de mil setecientos cincuenta y uno.

Don Josep Antonio de Yarza

TASA DE LOS DOS TOMOS

DON Josep Antonio de Yarza, Secretario del Rey nuestro señor, su escribano de Cámara más antiguo, y de Gobierno del Consejo, certifico que habiéndose visto por los Señores de él el libro intitulado: *Obras históricas, políticas, filosóficas y morales*, su autor D. Juan de Zabaleta, con *El día de fiesta por mañana y tarde y los sucesos que en él pasan*, que con licencia de dichos Señores concedida a Juan de S. Martín, mercader de libros en esta Corte, ha sido reimpreso, tasaron a seis mrs. cada pliego; y dicho libro parece tiene treinta y ocho, sin principios ni tablas, que a este respecto importa doscientos y veinte y ocho mrs., y al dicho precio, y no más, mandaron se venda, y que esta certificación se ponga al principio de cada libro para que se sepa el a que se ha de vender. Y para que conste lo firmé en Madrid, a 24 de diciembre de 1753.

Don Josep Antonio de Yarza

FE DE ERRATAS

CONCUERDA, advertidas estas erratas, con su antiguo, que, rubricado, sirve de original, este libro *El día de fiesta por la tarde*, su autor D. Juan de Zabaleta. Madrid, 10 de diciembre de 1753.

Licenciado don Manuel Licardo de Ribera,

Corrector General por Su Majestad

A D. FRANCISCO NAVARRO,

Abogado en los Reales Consejos, y de los pobres y presos en el de la Santa y General Inquisición.

NO sé cómo hay ingratos. La cosa más fácil que hacen los mortales es agradecer. Al que tiene con qué, ¿qué le cuesta? Y al que no tiene, qué le cuesta desear tenerlo? Al acreedor de grande beneficio se le suele dar por cuenta de la deuda una cosa que no vale nada, y él piensa que queda a deber mucho; que nadie sabe ser tan agradecido como el que está muy diestro en ser bienhechor. Temiendo estoy que me ha de suceder hoy a mí esto con V. M. Uso de la facilidad del agradecer con dedicarle estas pocas líneas, y ha de pensar que me queda deudor. Ahora bien, yo he de procurar remediar lo que temo: quíerole acordar a V. M. lo que hizo por mí para que vea que es nada lo que en servicio suyo obro.

Yo era inmediato sucesor de dos mayorazgos, no grandes, que en su principio no fueron pequeños. Murió el poseedor último, y apenas me dieron lugar de creer que tenía alguna renta: tan presto fue el ponerme contra ella un pleito. Antes que previniera que convenía tomar la posesión me la habían ya tomado. Los ricos lo hacen todo muy aprisa, porque lo hacen con muchos pies y muchas manos. Yo me hallaba sin manos y sin pies: no tenía dinero. Tan cabal estaba mi miseria, que no alcanzaba mi caudal a la costa del pliego sellado con que se empieza una demanda. Díomele un amigo: Dios le dé muchos bienes. Fue menester abogado que hiciese el pedimiento, y era menester que le hiciese sin la prompta satisfacción del estilo ordinario. En mi vida me he hallado tan afligido; no porque no tuviera por cierto que si hiciera pública mi necesidad en las losas de Palacio habían de correr a arrebatar me el pleito de las manos muchos abogados de muchas letras y mucha elocuencia, que los que saben tantas leyes saben muy bien la de Dios; pero embarazábame²³ la vergüenza: quien hubiere manifestado necesidades sabrá lo que duele.

Levanteme una mañana al amanecer, más porque no podía sosegar que porque sabía a lo que me levantaba. Salí de casa, y sin elegir camino me fui en la nube de mi tristeza. Halleme impensadamente a la puerta de V. M., y como sin arbitrio mío me encontré en su estudio, que estaba ya abierto. Estrañó V. M. aun más que la visita la hora. Preguntome lo que se me ofrecía, y yo, más por responder que por decirlo, se lo dije, aun más descubiertas las respiraciones que las palabras. En el punto en que me oyó conoció la angostura en que estaba mi espíritu, y por ensanchármele puso semblante de recibir beneficio. Con tal agrado me respondió, que me persuadí a que le había llevado alguna cosa de su conveniencia.

23.- Orig.: 'embarazàrame'

Hizo el pedimiento sin apartarse de allí. Empezáronse las escaramuzas de las peticiones, a cuya alternación acudía tan desahogado como si no tuviera otra cosa a que atender, estando no solamente seguido, sino perseguido de muchos fructuosos y graves negocios. Acudió V. M. a todas las vivezas de que necesita aquella guerra intelectual, principalmente siendo con enemigo tan despierto, con destreza justa, sin la hostilidad cobarde de los ardides. Llegamos a las conclusiones, y entramos tres veces en batalla pidiendo justicia a aquel Juez grande que se compone de tantos grandes jueces, de tantos altísimamente doctrinados entendimientos, de tantos justísimos corazones donde, nunca interrumpida, arde la voluntad de dar a cada uno lo que es suyo: al Supremo Real Consejo de Castilla. Y todas tres veces vencimos. ¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! Con tal ansia deseaba V. M. mi conveniencia, que su semblante decía que se daba las gracias del bien que me había hecho.

Puede ser que alguno de los que leen esto piense que miraba V. M. a premio que no fuese del Cielo: pues sepa, por que no lo piense, que dijo V. M. algunas veces, a quien me lo pudiese decir, cuán libre estaba de costas. No es esto lo más: rogadores me echaba V. M. para que usase de su dinero. Alguna me le hizo recibir. Vea V. M. ahora qué tiene que ver la dedicación de un libro pequeño con la activa, desinteresada y piadosa protección de un pleito grande. Ni es remuneración ni principio de ella: a lo que más se alarga es a ser confesión pública de la deuda. Ésta se hace con palabras, que ellas se vienen: la defensa que V. M. me hizo se hizo con razones que costaron mucho desvelo. Tan acreedor me es V. M. como antes; tan como antes le soy deudor. Y si pensare que lo soy menos, por eso lo soy más, por el generosísimo engaño con que se da por satisfecho.

Reconocidísimo servidor de V. M.,

Don Juan de Zabaleta

ÍNDICE DE LO QUE EN ESTE LIBRO SE CONTIENE

La comedia.....	266
El paseo común	273
La casa del juego	281
El estrado de damas	285
El jardín	295
Los libros y su lectura	301
Santiago el Verde en Madrid y paseo del Sotillo	308
El Trapillo	316
El juego de la pelota	322
El juego de las damas	326
El domingo de Carnestolendas	330
La merienda	337

EL DÍA DE FIESTA POR LA TARDE

SI es malo perder cualquiera parte del tiempo que se nos da, ¿qué será perder la parte que se nos da sagrada? Yo confieso que se cumple con el rigor del precepto con oír misa y no ocuparnos en los ejercicios vedados, pero también afirmo que es grosería grande negarle a Dios, de lo mismo que Él da con abundancia, una pequeña parte. Lo que no se puede hacer con ningún hombre hay quien se atreve²⁴ a hacerlo con su Dios: dale Dios al hombre los días a años, a edades, a siglos, y a él le duele darle a Dios, de tantos días como le da, de cuando en cuando un día. Estale Dios toda la vida asistiendo, y él no quiere asistir a Dios algunas horas. En ninguna parte se sienten tanto las descortesías como en el Cielo, porque se la deben las más atentas urbanidades. Dios tiene muy delicado el corazón para las ingratitudes, porque merece los más finos agradecimientos. Hácele Dios al hombre el día de fiesta para que se le dé todo, y él se da casi todo a sus deleites; muchas²⁵ veces, a sus maldades.

Dios —digámoslo así— crió dos veces el mundo: una, cuando le hizo de nuevo, y otra cuando en la Redención le rehizo. En la primera Creación santificó el sábado, porque fue el día en que descansó de aquella artificiosísima obra; en la segunda santificó el domingo, porque fue el día en que resucitó, que fue el primero en que tuvo descanso del trabajo de nuestra redención. Con la Ley Nueva se incorporó la obligación del sábado en la obligación del domingo: quedó aquel día vacío de esta obligación, como sombra que fue deste. Para darle a Dios las gracias de dos beneficios tan grandes se instituyó este día.

Pareciole a nuestra Santa Madre la Iglesia que era conveniente añadirle tiempo a el domingo para cumplir con dos tan grandes obligaciones, y estendió la intención deste día por otros días que tiene santificados. En ellos quiere que le demos a Dios muchas gracias, porque nos crió, porque nos redimió, porque nació de una Madre que obra como Madre con los pecadores, y porque hizo unos Santos que están siempre intercediendo por nosotros. No es tan poco lo que hay que hacer en estos días que no sean menester todas sus horas. Mas, ¡oh infelicidad!, que son los hombres tan ingratos, que les llevan muchas destas horas o los divertimientos o los vicios.

24.- Eds. consultadas: 'atreua'

25.- 1754: 'y muchas'

LA COMEDIA

LAS comedias son muy parecidas a los sueños. Las representaciones de los sueños las hace la Naturaleza, quizá por hacer entretenido el ocio del sueño. Estas representaciones muchas veces son confusas; algunas, pesadas y por milagro gustosas, y tal vez dejan inquietud en el alma. Un retrato es desto el Teatro. Unos pueblos hay que llaman «atlantes»: los que nacen en ellos no sueñan; no tienen el ocio de el sueño tan vario, pero tiénenle más quieto. A estos hombres tengo por felices, y tendré por felices a los que pasaren sus ocios sin las representaciones teatrales.

Come atropelladamente el día de fiesta el que piensa gastar en la comedia aquella tarde: el ansia de tener buen lugar le hace no calentar el lugar en la mesa. Llega a la puerta del teatro, y la primera diligencia que hace es no pagar. La primera desdicha de los comediantes es ésta: trabajar mucho para que sólo paguen pocos. Quedárseles veinte personas con tres cuartos no era grande daño, si no fuese consecuencia para que lo hiciesen otros muchos: porque no pagó uno son innumerables los que no pagan. Todos se quieren parecer al privilegiado por parecer dignes del privilegio. Esto se desea con tan grande agonía, que por conseguirlo se riñe, pero en riñendo está conseguido: raro es el que una vez riñó por no pagar que no entre sin pagar de allí adelante. ¡Linda razón de reñir quedarse con el sudor de los que por entretenerle trabajan y revientan! Pues luego, ya que no paga, ¡perdona algo! Si el comediante saca mal vestido le acusa o le silba. Yo me holgara saber con qué quiere éste, y los demás que le imitan, que se engalane, si se le quedan con su dinero. ¿Es posible que no consideren los que no pagan que aquélla es una gente pobre y que se ofende Dios de que no se le dé el estipendio que le tiene señalado la república? Si Dios se desagrada de que no socorramos al pobre con lo que es nuestro, ¿cómo se desagrada de que nos quedemos con lo que es suyo?

Pasa adelante nuestro holgón y llega al que da los lugares en los bancos: pídele uno y el hombre le dice que no le hay, pero que le parece que a uno de los que tiene dados no vendrá su dueño, que aguarde a que salgan las guitarras, y que si entonces estuviere vacío se siente. Quedan deste acuerdo, y él, por aguardar entretenido, se va al vestuario. Halla en él a las mujeres desnudándose de caseras para vestirse de comediantas. Alguna está en tan interiores paños como si se fuera a acostar. Pónese enfrente de una a quien está calzando su criada, porque no vino en silla. Esto no se puede hacer sin muchos desperdicios del recato. Siéntelo la pobre mujer, mas no se atreve a impedirlo, porque como son todos votos en su aprobación no quiere disgustar a ninguno: un silbo, aunque sea injusto, desacredita, porque para el daño ajeno todos creen que es mejor el juicio de el que acusa que el suyo. Prosigue la mujer en calzarse, manteniendo la paciencia de ser vista. La más desahogada en las tablas tiene algún encogimiento en el vestuario, porque aquí parecen los desahogos vicio, y allá oficio. No aparta el hombre los ojos de ella. Estos objetos nunca se miran sin grande riesgo del alma. Con mucha sencillez se avecina a la llama la mariposa, pero porque se avecina se quema: por mucha sencillez con que se entregue a estas atenciones un hombre, es menester un prodigio para que no se abra. El que piensa que va a esto cuando va a entretenerse, sepa que va a grande riesgo de salir muy lastimado.

Asómase a los paños por ver si está vacío el lugar que tiene dudoso, y vele vacío. Parecele que ya no vendrá su dueño, va y siéntase. Apenas se ha sentado cuando viene su dueño y quiere usar de su dominio. El que está sentado lo resiste y ármase una pendencia. Este hombre ¿no salió a holgarse cuando salió de su casa? Pues ¿qué tiene que ver reñir con holgarse? ¡Que haya en el mundo gente tan bárbara que de las holguras haga mohínas! Si no hallaba donde sentarse estuviérase en pie, que menos pesadumbre es estar en pie tres horas que reñir un instante. Y ya que se sentó, levantárase cuando vino el dueño del lugar, que haberse sentado no es haber adquirido derecho. Si le parece desaire que le vean levantarse por ajena voluntad de donde estaba sentado, mayor desaire es que le vean hacerse dueño de lo que no es suyo. Si el mantener el asiento es por que no les parezca a los que lo miran que es no atreverse a reñir hace mal, porque ¡muy airoso queda el que da a entender que le tiene miedo a la razón! Si se sentó engañado creyendo que no vendría al lugar el dueño, no tiene la culpa de su error el dueño del lugar: quedarse en él sería querer premio por el error: el que tiene la culpa pague la pena. Si le conserva porque todos los que se han sentado en lugar que no es suyo hacen lo mismo, hace una locura, porque no son buenos para ejemplares los desaciertos.

Inestimable es la singularidad cuando el estilo común es defectuoso. Un pez hay que tiene las escamas hacia la cabeza: éste nada contra la corriente, los demás peces van donde el agua los quiere llevar, y no donde a ellos les conviene ir. Este va, sin hacer caso del agua, adonde le conviene. Es de tan buen sabor, que se holgaran de verle en las mesas más graves. Muy buen sabor hace en los ojos más autorizados el hombre que obra contra el uso común por obrar hacia buena parte. El que no hubiere de errar las acciones ha de tener la facultad de gobernarse encontrada con la de la muchedumbre.

Ajústase la diferencia: el que tenía pagado el lugar le cede y siéntase en otro que le dieron los que apaciguaron el enojo. Tarda nuestro hombre en sosegar poco más que el ruido que levantó la pendencia, y luego mira al puesto de las mujeres —en Madrid se llama «cazuela»—: hace juicio de las caras, vásele la voluntad a la que mejor le ha parecido y hácele con algún recato señas. No es la cazuela lo que vuesa merced²⁶ entró a ver, señor mío, sino la comedia. Ya van cuatro culpas y aún no se ha empezado el entretenimiento: no es ése buen modo de observarle a Dios la solemnidad de su día.

Vuelve la cara a diferentes partes cuando siente que por detrás le tiran de la capa: tuerce el cuerpo por saber lo que aquello es y ve un limero que, metiendo el hombro por entre dos hombres, le dice cerca del oído que aquella señora que está dándose golpes en la rodilla con el abanico dice que se ha holgado mucho de haberle visto tan airoso en la pendencia, que le pague una docena de limas. El hombre mira a la cazuela: ve que es la que le ha contentado; da el dinero que se le pide y envía a decir que tome todo lo demás de que gustare. ¡Oh, cómo huelen a demonio estas limas! En apartándose el limero piensa en ir aguardar a la salida de la comedia a la mujer y empieza a parecerle que tarda mucho en empezarse la comedia. Habla recio y desabrido en la tardanza, y da ocasión a los mosqueteros, que están debajo de él, a que den priesa a los comediantes con palabras injuriosas.

Ya que he llegado aquí, no puedo dejar de hablar en esta materia. ¿Por qué dicen estos hombres palabras injuriosas a los representantes? ¿Porque no salen en el punto que ellos

26.— Eds. consultadas: 'v. m.' Lo he mantenido en los docs. preliminares, pero en el texto procederé igual en todos los casos.

entran? ¿Porque les gastan vanamente el tiempo que han menester para otros vicios? ¿Por qué el esperar es enfado? Ninguno va a la comedia que no sepa que ha de esperar, y hácersele nuevo lo que lleva sabido es haber perdido la memoria o el entendimiento. Si los comediantes estuvieran durmiendo en sus posadas aun tenían alguna razón, pero siempre están vestidos mucho antes de que sea hora de empezar: si se detienen es porque no hay la gente que es menester que haya para desquitar lo que se pierde los días de trabajo, o porque aguardan persona de tanta reverencia que, por no disgustarla, disgustan a quien ellos han menester tanto agradar, como es el pueblo.

Veamos ahora en fee de qué se atreven a hablarles mal los que allí se les atreven en fee del embozo de la bulla. Saben que todo aquel teatro tiene una cara, y con la máscara de la confusión los injurian. Ninguno de los que allí les dicen pesadumbres injustamente se las dijera en la calle sin mucho riesgo de que se vengasen ellos u de que la justicia los vengase. Fuera de ser sinrazón y cobardía el tratarlos allí mal, es inhumano desagradecimiento, porque los comediantes son la gente que más desea agradar con ser su oficio entre cuantos trabajan en la república. Tanta es la prolijidad con que ensayan una comedia, que es tormento de muchos días ensayarla. El día que la estrenan diera cualquiera de ellos de muy buena gana la comida de un año por parecer bien aquel día. En saliendo al tablado, ¿qué cansancio, qué pérdida rehúsan, por hacer con fineza lo que tienen a su cargo? Si es menester despeñarse, se arrojan por aquellas montañas que fingen con el mismo despecho que si estuvieran desesperados. ¡Pues cuerpos son humanos como los otros, y les duelen como a los otros los golpes! Si hay en la comedia un paso de agonizar, el representante a quien le toca se revuelca por aquellas tablas llenas de salivas hechas lodo, de clavos mal embebidos y de astillas erizadas, tan sin dolerse de su vestido como si fuera de guadamadací, y las más veces vale mucho dinero. Si importa al paso de la comedia que la representanta se entre huyendo, se entra, por hacer bien el paso, con tanta celeridad que se deja un pedazo de la valona, que no costó poco, en un clavo, y se lleva un desgarrón en un vestido, que costó mucho.

Yo vi a una comedianta de las de mucho nombre —poco ha que murió— que representando un paso de rabia, hallándose acaso con el lienzo en la mano, le hizo mil pedazos por refinar el afecto que fingía. ¡Pues bien valía el lienzo dos veces más del partido que ella ganaba! Y aun hizo más que esto: que porque pareció bien entonces, rompió un lienzo cada día todo el tiempo que duró la comedia. Con tan grande extremo procuran cumplir con las obligaciones de la representación por tener a todos contentos, que, estando yo en el vestuario algunos días que había muy poca gente, les oía decirse unos a otros que aquellos son los días de representar con mucho cuidado, por no dar lugar a que la tristeza de la soledad les enflaquezca el aliento, y porque los que están allí no tienen la culpa de que no hayan venido más, y sin atender a que trabajan sin aprovechamiento se hacen pedazos por entretener mucho a los pocos que entretienen. Todo esto lo deben agradecer todos, porque cada uno está representando el todo a quien este gusto se hizo. Cuando no hubiera más culpa en tratarlos mal que la ingratitud, era grande culpa.

Salen las guitarras, empíezase la comedia y nuestro oyente pone la atención quizá donde no la ha de poner. Suelen²⁷ las mujeres, en la representación de los pasos amorosos, con el ansia de significar mucho, romper el freno a la moderación y hacer sin este freno algu-

27.— Eds. consultadas: 'Suele en.'

nas acciones demasiadamente vivas. Aquí fuera bueno retirar la vista, pero él no lo hace. Dicen los fisiólogos que los ojos muy largos son señal de malas costumbres. Esto lo infieren del humor dominante que causa aquella longitud. Yo no sé qué verdad tenga esto. Lo que sé es que los que tienen muy largos los ojos, esto es, los que miran sin rienda, no tienen buena fisionomía en el alma. Los que miran con libertad, con libertad apetecen. Muy dificultoso es que tenga embarazo para desear quien no le tiene para atender.

Ahora bien, quiero enseñar al que oye comedias a oírlas, para que no saque del teatro más culpas de las que llevó. Procure entender muy bien los principios del caso en que la comedia se funda, que con esto empezará desde luego a gustar de la comedia. Vaya mirando si saca con gracia las figuras el poeta, y luego si las maneja con hermosura, que esto hecho bien suele causar gran deleite. Repare en si los versos son bien fabricados, limpios y sentenciosos, que si son desta manera le harán gusto y doctrina; que muchos, por estar mal atentos, pierden la doctrina y el gusto. Note si los lances son nuevos y verisímiles, que si lo son hallará en la novedad mucho agrado, y en la verisimilitud le hará grande placer ver a la mentira con todo el aire de la verdad. Y si en todas estas cosas no encontrare todo lo que busca, encontrará el deleite de acusarlas, que es gran deleite.

Todos se huelgan, cuando uno se les aventaja mucho, de verle venir resbalando a quedar entre ellos; pero advierta que aunque haya en una comedia algunas flojidades, que no por eso es mala la comedia: si en una obra del ingenio fuera igualmente bueno todo, no fuera el todo bueno. Para que un todo en estas materias sea admirable ha de estar por algunas partes débil. En la música, los bajos no tienen el agrado que las voces agudas, y sin ellos no tuviera la música tan gustosos los sonidos. En la pintura, las sombras son flojedades, pero sin ellas salieran con poca fuerza los claros de la pintura. Si en las obras del ingenio, por defecto de la humanidad, no se flaqueara en algunas partes, se había de flaquear de artificio. Vio la Naturaleza que no había de haber hombre que tuviera ánimo para aflojar de intento en ninguna parte de las obras que dan fama: hízole aflojar por fuerza en algunas. Retórica es que viene del Cielo desigualarse los ingenios grandes en una grande obra: no se tenga por culpa lo que es celestial magisterio. A vista de lo flaco es lo fuerte más fuerte. Si no hubiera partes llanas en que descansara la atención le faltara el brío para volver a empeñarse en los discursos altos.

Esto es en cuanto a lo que se puede notar en lo escrito de una comedia: vamos ahora a lo que se ha de atender en lo representado. Observe nuestro oyente con grande atención la propiedad de los trajes, que hay representantes que en vestir los papeles son muy primorosos: en las cintas de unos zapatos se suele hallar una naturaleza que admira. Repare si las acciones son las que piden las palabras, y le servirán de más palabras las acciones. Mire si los que representan ayudan con los ojos lo que dicen, que si lo hacen le llevarán los ojos. No ponga cuidado en los bailes, que será descuidarse mucho consigo mismo. Haga, fuera desto, entretenimiento de ver al vulgo aplaudir disparates y tendrá mucho en que entretenerse. Gastando desta manera el tiempo que dura una comedia no habrá gastado mal aquel tiempo. Siendo esto así, me holgara yo mucho de que hiciera de aquellos ratos empleo apacible y provechoso.

Quien hubiere gustado de un templo sin gente podrá decir cuán celestiales gustos están allí escondidos. La soledad le hace allí creer a una persona que coge a Dios desembarazado: como se halla con Él a solas, juzga que no tiene más en que entender. En Dios no

se embarazan unas atenciones a otras: la cortedad de nuestro entendimiento nos hace medir lo divino por lo humano, pero de esta imaginación suele resultar devoción muy ardiente. Piensa un alma que se halla a Dios allí sin tener más de que cuidar que sus necesidades, y procura aprovechar la ocasión pidiéndole para sus necesidades remedios. Demás desto, como no hay objeto que llamen, se entrega toda a lo que piensa. El búho solo está quieto cuando está solo, en saliendo a donde los otros pájaros están no le dejan sosegar los otros pájaros; unos embisten a sacarle los ojos, otros le pican las espaldas, éstos le dan encontrones y aquellos le repelan. Al que está en una iglesia en que hay mucha gente le quiere sacar los ojos la hermosura, la desatención de los que hablan detrás dél le da picadas en el sosiego, y cualquier rumor repentino le da los encontrones en lo que reza que se lo echan de la memoria, y los que le pisan le repelan la devoción. En la iglesia sin gente no hay estos embarazos: si alza los ojos a los altares ve las imágenes de muchos santos; quedase mirándolos a ellos en ellas, y ellos, con la acción en que están figurados, representan vivísimamente muchas de sus virtudes. El templo se le vuelve teatro, y teatro del Cielo: no entiende bien de teatros quien no deja por el templo el de las comedias.

También van a la comedia las mujeres, y también tienen las mujeres alma: bueno será darles en esta materia buenos consejos. Los hombres van el día de fiesta a la comedia después de comer; antes de comer, las mujeres. La mujer que ha de ir a la comedia el día de fiesta, ordinariamente la hace tarea de todo el día: conviéndose con una vecina suya, almuerzan cualquier cosa, reservando la comida del mediodía para la noche. Vanse a una misa, y desde la misa, por tomar buen lugar, parten a la cazuela. Aún no hay en la puerta quien cobre. Entran y hallanla salpicada, como de viruelas locas, de otras mujeres tan locas como ellas. No toman la delantera, porque ese es el lugar de las que van a ver y ser vistas: toman en la medianía lugar desahogado y modesto. Reciben gran gusto de estar tan bien acomodadas: ¡luego lo verán! Quieren entretener en algo los ojos y no hallan en qué entretenerlos, pero el descansar de la priesa con que han venido toda aquella mañana les sirve por entonces de recreo. Van entrando más mujeres, y algunas de las de buen desahogo se sientan sobre el pretil de la cazuela, con que quedan como en una cueva las que están en medio sentadas: ¡ya empieza la holgura a hacer de las suyas!

Entran los cobradores. La una de nuestras mujeres desencaja de entre el faldón del jubón y el guardainfante un pañuelo, desanuda con los dientes una esquina, saca de ella un real sencillo y pide que le devuelvan diez maravedís. Mientras esto se hace ha sacado la otra de el seno un papelillo abochornado en que están los diez cuartos envueltos, hace su entrega y pasan los cobradores adelante. La que quedó con los diez maravedís en la mano toma una medida de avellanas nuevas, llévanle por ella dos cuartos, y ella queda con el ochavo tan embarazada como con un niño: no sabe dónde acomodarlo y al fin se lo arroja en el pecho diciendo que es para un pobre. Empiezan a sacar avellanas las dos amigas y en entrambas bocas se oyen grandes chasquidos; pero, de las avellanas, en unas hay solo polvo; en otras, un granillo seco, como de pimienta; en otras, un meollo con sabor de mal aceite, en alguna hay algo que pueda con gusto pasarse. Mujeres: como esas avellanas es la holgura en que estáis. Al principio, gran ruido: «¡Comedia, comedia!», y en llegando allá, unas cosas no son nada, otras son poco más que nada; muchas, fastidio, y alguna algún gusto.

Van cargando ya muchas mujeres. Una de las que están delante llama por señas a dos que están en pie detrás de las nuestras. Las llamadas, sin pedir licencia, pasan por

entre las dos pisándoles las basquiñas y descomponiéndoles los mantos. Ellas quedan diciendo: «¿Hay tal grosería?» —que con esta palabra se vengan las mujeres de muchas injurias—. La una sacude el polvo que le dejó en la basquiña la pisada, disparando con el dedo pulgar el dedo de en medio, y la otra con lo llano de las uñas, con ademán de tocar rasgados en una guitarra.

Tráenles a unas de las que están sentadas en el pretil de la delantera unas empanadas, y para comerlas se sientan en lo bajo: con esto les queda claro por donde ven los hombres que entran. Dice la una a la otra de las nuestras: «¿Ves aquel hombre entrecano que se sienta allí, a mano izquierda en el banco primero? Pues es el hombre más de bien que hay en el mundo y que más cuida de su casa. Pero bien se lo paga la pícara de su mujer: amancebada está con un estudiantillo que no vale sus orejas llenas de cañamones». Una que está junto a ellas, que oye la conversación, las dice: «Mis señoras: dejen vivir a cada una con su suerte, que somos mujeres todas y no habrá maldad que no hagamos si Dios nos olvida». Ellas bajan la voz y prosiguen su plática. Lo que han hecho con esto, entre otras cosas malas, es que aquella mujer que las reprehendió mire a aquel hombre, dondequiera que le encontrare, como a hombre que tiene poco cuidado con su honra o como poco dichoso en ella, y ambas son fealdades de la estimación; y que puede ser también que ella lo publique, que muchos reprehenden lo mismo que hacen.

De allí a un poco le dice la una de las nuestras a la otra, en tono de admiración: «¡Ay, amiga! Fulanillo, que ayer herreteaba agujetas, se sienta en banco de barandillas». La otra se incorpora un poco a mirarle, como a cosa extraña. Pues no es gran milagro que de un pobre se haga un rico. El que murmura, ordinariamente hace mal a dos, y a dos impedidos: a un sordo y a un ciego. El sordo es aquel de quien se murmura, porque no lo oye, y el ciego aquel delante de quien se murmura, porque no lo sabe. Si el que no lo oye lo oyera, pudiera ser que diera tal razón de sí que quedara libre de la acusación. ¿Quién quita que éste, que fue agujetero, tenga muy buena sangre? La Naturaleza solo cuida del hombre, no de la nobleza. El noble necesitado, lo primero que quiere conservar es la parte de hombre; por la nobleza se mira en la vida acomodada. Si para vivir no halló más camino que clavetear agujetas, no es de culpar que las clavetease. Después que tuvo segura la vida por la parte del sustento miró por la nobleza: lo uno no es digno de calumnia, y lo otro es digno de alabanza. La mujer casada que parece ruin, pudiera ser, si oyera el cargo que se le hace, que diera tan buena cuenta de sus horas que no cupiera en ellas aquella culpa. De la manera que no es bueno todo lo que lo parece, no todo lo que lo parece es malo. Estas mujeres están condenando, indefensos, a este hombre dichoso y a esta mujer casada. No es buen tribunal el que condena al reo sin oírle. Luego le están poniendo a aquella mujer que las escucha, que no sabía nada de aquello, tropiezos para que, en virtud del mal ejemplo, caiga en la misma flaqueza que la casada, o en el pecado de la murmuración por la que ha oído.

Ya la cazuela estaba cubierta cuando he aquí al apretador —éste es un portero que desahueca allí a las mujeres para que quepan más— con cuatro mujeres tapadas y lucidas, que porque le han dado ocho cuartos viene a acomodarlas. Llégase a nuestras mujeres y dícelas que se embeban. Ellas lo resisten, él porfía, las otras se van llegando descubriendo unos tapapiés que chispean oro. Las otras dicen que vinieran temprano y tuvieran buen lugar. Una de las otras dice que las mujeres como ellas a cualquiera hora vienen temprano para tenerle bueno —y sabe Dios cómo son ellas—. Déjanse, en fin, caer sobre las que

están sentadas, que por salir de debajo de ellas les hacen lugar sin saber lo que se hacen. Refunfuñan las unas, responden las otras, y al fin quedan todas en calma. Ya son las dos y media y empieza la hambre a llamar muy recio en las que no han comido. ¡Bien dieran nuestras mujeres a aquella hora otros diez cuartos por estar en su casa! Yo me holgara mucho que todos los que van a la comedia fueran en ayunas, porque tuvieran las pasiones mortificadas, por si hay algo en ella que irrite las pasiones.

Una de las mujeres que acomodó el apretador, descubriendo una cara digna de regalos, da a cada una de nuestras mujeres un puñado de ciruelas de Génova y huevos de faltriquera, diciéndolas: «¡Ea, seamos amigas y coman de esos dulces que me dio un bobo!». Ellas los reciben de muy buena gana y empiezan a comer con la misma priesa que si fueran uvas. Quisieran hablar con la que les hizo el regalo, en señal de cariño, pero por no dejar de mascar no hablan.

A este tiempo, en la puerta de la cazuela arman unos mozuelos una pendencia con los cobradores sobre que dejen entrar unas mujeres de balde, y entran riñendo unos con otros en la cazuela. Aquí es la confusión y el alboroto. Levántanse desatinadas las mujeres, y por huir de los que riñen caen unas sobre otras. Ellos no reparan en lo que pisan, y las traen entre los pies como si fueran sus mujeres. Los que suben de el patio a sosegar o a socorrer dan los encontrones a las que embarazan, que las echan a rodar. Todas tienen ya los rincones por el mejor lugar de la cazuela, y unas a gatas y otras corriendo se van a los rincones. Saca al fin a los hombres de allí la justicia y ninguna toma el lugar que tenía: cada una se sienta en el que halla. Queda una de nuestras mujeres en el banco postrero, y la otra junto a la puerta. La que está aquí no halla los guantes y halla un desgarrón en el manto. La que está allá está echando sangre por las narices de un codazo que le dio uno de los de la pendencia; quiere limpiarse y hásele perdido el pañuelo y socórrese de las enaguas de bayeta. Todo es lamentaciones y buscar alhajas.

Salen las guitarras y sosiéganse. La que está junto a la puerta de la cazuela oye a los representantes y no los ve. La que está en el banco último los ve y no los oye, con que ninguna ve comedia, porque las comedias ni se oyen sin ojos ni se ven sin oídos: las acciones hablan gran parte, y si no se oyen las palabras son las acciones mudas. Acábase, en fin, la comedia como si para ellas no se hubiera empezado. Júntanse las dos vecinas a la salida y dice la una a la otra que espere un poco, porque se le ha desatado la basquiña. Vásele a atar y echa menos la llave de su puerta, que iba en aquella cinta atada. Atribúlase increíblemente y empiezan a preguntar las dos a las mujeres que van saliendo si han topado una llave: unas se ríen, otras no responden y las que mejor lo hacen las desconsuelan con decir que no la han visto. Acaban de salir todas, ya es boca de noche y van a la tienda de enfrente y compran una vela. Con ella la buscan, pero no la hallan. El que ha de cerrar el corral las da priesa y ellas se fatigan. Ya desesperan del buen suceso cuando la compañera ve hacia un rincón una cosa que relumbra lejos de allí. Van allá y ven que es la llave, que está a medio colar entre dos tablas. Recógenla, bajan a la calle y antes de matar la vela buscan, para hacerle manija, un papelillo. Mátanla, fájanla y caminan. ¡Brava tarde, mis señoras! ¡Lindamente se han holgado!

El pardo es un animal ferocísimo, pero de suavísimo olor. Desde lejos no hay cosa tan regalada, en llegándosele maltrata al que se le llega. ¡Qué suave olor envía la comedia desde su casa a las casas en que hay mujeres! Parece que no hay otra fiesta en el mundo. Llé-

guensele y lo verán: en entrando debajo de sus garras no es posible salir sin daño y moliendo: ¡miren cuáles van nuestras mujeres desta fiera de buen olor! A esto me dirán que a ninguna sucede todo esto, y yo respondo que a muchas sucede mucho más; a algunas, algo menos, y a cualquiera mucho. ¡Qué mucho hubieran hecho estas mujeres en dar estas horas santas a santos ejercicios! Si sabían leer, leyeran una vida de un santo, que se suele sacar della buena vida. Es lección de fácil inteligencia: la parte que tiene de historia entretiene, la que tiene de buen ejemplo compone. Aquí se estudia la condición de Dios viendo lo que hace con los suyos; de aquí se saca buen semblante para los trabajos que se suelen mirar con horror de desdichas; de aquí se saca mala voluntad para las culpas que se suelen venir en traje de halagos, y aquí, en fin, se encuentra un divertimento que es negocio.

Si estas mujeres no sabían leer, buscaran entre su ropa blanca los paños que ha consumido el uso, que éstos son de uso para los hospitales, admirándose de tener un Dios tan bueno que, siendo la suma riqueza, agradece mucho que le den unos trapos. Hicieran divertimento de rezar al primer santo que se les viniese a la memoria aquella tarde, pareciéndoles que era el que Dios les eligía aquel día para abogado, que todas las devociones nuevas suelen ser gustosas y fervorosas, con que gastaran en gustosa devoción aquellos ratos. No quisieron hacer nada desto: fuéronse a la comedia y tratolas como quien ella es.

EL PASEO COMÚN

AMANECE en medio del invierno un día de fiesta claro, de luz hermosa, de calor amigo. Toma el Sol la sazón más sabrosa en la mitad de su carrera, y los habitantes de aquella región se dan prisa a comer para salir a gozar desta benignidad del cielo. Concurren al paseo común todas las edades de la vida, pero la juventud está más numerosa. Salen al campo por partes diferentes damas y galanes de la forma que corren al mar los ríos, tan de la misma forma, que corren a su perdición. Siéntanse las damas y sosiegan el paso los galanes. Ellas sentadas toman mejor la semejanza de flores, porque la toman en la estatura; ellos andando cerca dellas y hablándolas como en susurro imitan mucho a las abejas. Día de grande tempestad es por el invierno para muchas almas un día de fiesta sereno.

Hay en el mar un pececillo de hechura agraciada y de color de clavel. Es de tan poco peso, que parece pluma sin movimiento propio: en cualquier enojo del mar pelagra, y si no se previene muere, trayéndole de aquí para allí le mata. Bueno es pedir prudentes prevenciones en un bruto. Muy de bruto fuera el pedir las, si no hubiera Criador Soberano que se hubiera obligado a los medios de su conservación. Este animalillo, por aviso natural, ve la tempestad antes que sea: vase llegando a la orilla y toma entre unas garrillas que para esto le dio la Naturaleza una guija que le sirva de lastre, y con ella toma peso. Hermoso es este animal; la mocedad es hermosa: parézcanse en todo los que se parecen en algo. Este barro tan ligero para las pasiones tome para la tempestad de un día de sol alguna virtud que en la tempestad le haga peso. Mas ¡oh poca suerte del mundo, qué pocos imitadores tiene el pececillo!

Está, pues, el campo que dora y calienta el sol salpicado de mujeres sentadas, muchas con los pañuelos sobre el manto. No hay cosa en esta vida a medida de nuestro deseo: salimos a buscar el sol, y en hallándole es menester contra el sol defensa. Aquella agradable pelea de lo blanco con lo negro hace más agradable el sujeto que acompaña: las basquiñas derramadas por el suelo forman una pompa apacible; asomándose el guardapiés medroso por un lado, embarga matizado la vista. Vase acercando con pasos lentos un joven lucido y da la atención a tantas cosas como allí se la piden. Ve la mujer que la mira a la cara y defiende la cara con la estufilla. Ya se ve la fuerza que hacemos contra lo vedado: porque ella la oculta le da ansia de verla. Párase el mozo y empieza la conversación. Las más veces falta la discreción en estos principios, mas la mujer no quiere más que principio para la conversación. A breve rato, o porque se le cansa el brazo o como que se le cansa, le acuesta en la basquiña: ya queda el rostro libre. O por hermoso o por aliñado, o por de mujer, siempre tiene la primera vista gustosa. Queda el mozo agradado del suceso: empéñase más en la conversación.

Llega un mendigo pidiendo limosna: al hombre le parece que cae en desaire si le envía sin alivio, y dale una moneda de valor pequeño. Él no hace aquel socorro por dar limosna, sino por dar a entender que tiene qué dar. Pídele el pobre por Dios y él le da por su particular interés: por la mujer que le mira le da. ¿Es posible que no se avergüence un hombre de dar, pidiéndole por Dios, por una criatura? ¿Habría alguien en el mundo tan descarado, que si a un tiempo en público le pidiese uno por Dios y otro por una mujer, le diese al que por la mujer le pedía, y no al que por Dios le solicitaba? Persuádome a que no le habría. Avergonzaranse los oídos de los hombres, pues ¿cómo a este hombre no le avergüenzan los ojos de Dios? No hay duda en que si a un hombre le pidiese alguien algo, estando su padre y su dama presentes, por su padre y él lo hiciese diciendo que lo hacía por su dama, quedara su padre, con mucha razón, dolorido.

Es muy celoso el amor de Dios, como le deben tanto todas las criaturas, y quedaría con sentimiento de que limosna que se pidió por él, por él no se diese. Quiero dar un consejo a los que leen esta obra; tan bueno, que será harto necio el que no le tomare: siempre que se dé alguna limosna —y dese siempre que se pudiese— procure el que la da hacer un acto breve de contrición y verá la ayuda de Dios que halla para hacerle bien. Dios, desobligado suele acudir al que le llama: obligado, ¿cómo acudirá? El clamor de la angustia junto a la mano del pobre aún no cerrada tira de Dios con mucha fuerza.

Apártase el pobre y prosíguese la conversación gustosamente. La mujer, para despedirse, dice que vive lejos, y para decir que vive lejos dice dónde vive. Él queda con esta noticia, que ordinariamente produce culpa. Ella cuenta a la noche en su casa, por pasatiempo, lo que la ha pasado con el hombre. Lo que se repasa no se olvida presto: él pasa el día siguiente por la calle para que no se le olvide, y ella se alegra de que a él se le acuerde. ¡Oh, acuérdesse Dios de vosotros! Yo no pensé que el sol ponía negros más que los cuerpos, pero ahora veo que hay sol que pone negras las almas. A los cuerpos los escurece el sol del verano, y a las almas el sol del invierno.

Poco más adelante de donde esta mujer estaba está sentada otra que tiene enfrente a su galán, con quien entonces está reñida y de quien piensa que está desdeñada. Quisiera darle celos, porque es hechizo con mucho demonio. Ve venir un mozo de muy buen parecer y de mucho aliño. Piensa en cómo le detendrá y pónole todo el rostro al encuentro. El hom-

bre va pasando en aquellos pasos perezosos que pide el paseo La mujer, para detenerle, le dice, como burlándose de su sosiego, que mire no caiga. Él, sonriéndose, se detiene y hace presa de la ocasión para quedarse hablando con ella. Vale la mujer ganando el gusto con el rostro apacible y las palabras suaves. Créese el mozo dichoso y trata de merecerle más a la Fortuna. El galán de la posesión, que se había puesto donde ella le viese por darle ocasión para que le llamase, juzga, de lo que dura la conversación o que estaba antes empezada o que se empieza. Repárase un poco, árdese en celos. Apoya su sospecha el semblante de la mujer, risueño y cariñoso, y a²⁸ él, con el enojo, se le va anublando el semblante. Revuelve el pensamiento y considera lo que hará: discursos de enojado, casi siempre son sin acierto. No le contentaba el irse, que era lo que había de contentarle, pues con eso a ella la envanece la intención y le destemplaba el gusto para proseguir el cariño nuevo que comenzaba el agravio. Más política es menester para gobernar la comunicación de una mujer perdida que para conservar un reino.

Estando en medio destas avenidas de imaginaciones ve pararse una limera junto a los dos que hablaban, y que le echaba a la mujer en las faldas cantidad de limas. Acaba el hombre de perderse y parte a ellos. Llega tan descolorido como si fuera cuerpo sin sangre; los ojos tan abiertos, que parece que se quiere tragar por ellos a la mujer y al hombre, y dícele al hombre, hechas las palabras de pedazos, que aquella dama no ha menester que nadie la dé limas. Él le responde, tragado ya todo el veneno de una pendencia, que aquella no es dádiva que deja obligación, y que, así, él la ha de hacer aquel pequeño servicio, que después aquella señora hará lo que fuere servida. El celoso le dice: «Esta señora es una ruin mujer», y sacando la espada encubre en el ruido lo que injurioso le decía a su contrario. Pónese en defensa el acometido y embístense ambos como dos fieras, porque al uno le hacía valiente el amor y al otro la publicidad. La mujer se pone en huida, desatinada; las limas ruedan hasta que las pisan; la limera no puede sacar la cesta de entre la gente que concurre; apartan a los que riñen; échanle al uno la mano unos alguaciles, y el otro se les va de entre las manos. ¡Oh mujeres!

En todo ese suceso no hay cosa de gusto si no es el de la limera; no como daño de prójimo, sino como daño de culpa. Estas mujeres se van allí a echar cimientos a innumerables pecados: más pecados han empezado en las limas que producen hojas los árboles que las producen. No hay principio pequeño: la mayor parte de una acción es el principio. ¿Qué importa que no valgan nada seis limas, si en la flaqueza de las mujeres valen mucha esperanza, y en la miseria de los hombres mucho empeño? Infinitos, por no perder una leve señal, compran lo que no les está bien. Ellas piensan que quien da seis limas dará un vestido, y ellos dan el vestido por no perder las seis limas.

Desaparécese la pendencia, y quedan hablando en ella, con aquella ocasión, más unidos los hombres y mujeres que inquietó ella. Acierta a ladearse un viejo peinado con una mujer hermosa; háblala en lenguaje de mozo, ella se cansa y le reprehende con dejarle. El ser las canas de color de plata más parece advertencia del Cielo que efecto de nuestra naturaleza: dales de plata los cabellos a los viejos por que tengan en aquella edad las calidades de la plata. Este metal es muy puro: mucha pureza de costumbres deben tener los ancianos. Es de mucho peso: mucho peso han de tener las acciones de la vejez. Es de muy

canoro sonido: las palabras de los viejos han de tener siempre el sonido de alguna virtud, con esto será siempre agradable. Uno de los exámenes de la plata es el ruido que vuelve: ruido suyo sin limpieza la acusa de falsa. Canas falsas son las de aquel en cuya boca se oyen palabras sin limpieza: tienen el color de los años, no el sonido de la madurez. Unos agoreros de Roma, interpretando cierto presagio, dijeron que el mozo que soñaba que era viejo era señal de que moriría dentro de tiempo breve, y que el viejo que soñaba que era mozo haría alguna cosa sin prudencia. No aconsejo la credulidad de los sueños, pero afirmo que el viejo a quien se le antojare que es mozo hará disparates. Siquiera por estar tan cerca de la muerte no había de hacerlos. Los agoreros pensaron que para morir cualquiera presto bastaba soñar que los años eran muchos: ¿qué fuerza hará para esto ser muchos los años? Meterse el anciano en los frescores de la vida no es engañar a la muerte, sino disponerse a que le coja en mal estado.

Todos éstos salieron a tomar el sol de la tarde del día de fiesta. Pues no salieron sino a eclipsarle o escurecerle. Dales Dios el día de fiesta para que descansen en Dios, y dásele apacibilísimo para que en Dios se deleiten, y ellos le echan la obscuridad de sus culpas. La Luna, en concurriendo con el Sol en una misma línea le eclipsa y marchita la luz. La Luna es el astro más vecino a la tierra. ¡Qué llegado está a la tierra el que cuando concurre con el Sol en el paseo público le desluzca! Pónense sus malas acciones entre el Sol y su alma, y no la dejan ver que la claridad del Sol inanimado es obra del Sol Eterno; no para ofensas de su Autor criada, sino para utilidad y agasajo agradecido de la Tierra. También eclipsan el Sol para los otros con el mal ejemplo. ¡Grande señal de precitos perder el miedo al escándalo!

¡Válgame Dios! ¿Si tendrá mejor sazón el sol del paseo público que el del campo desierto? No, en verdad. El que alza los ojos al cielo una tarde de sol de regalo en concurso grande no ve más que una hoguera de oro en campo azul. El bullicio de la gente le desparrama la atención, con que queda sin facultad para las consideraciones. Vio el cielo y el Sol, y no vio más que al Sol en el cielo: tanto vale esto como pasar los ojos por una caja de botica, pues nadie considera lo que tiene dentro. Tomemos el sol la tarde del día de fiesta en el campo, pero en campo sin gente. «¡Qué horror! —dirá alguno—. Fiera es de los campos la soledad». Dice bien quien lo dice, si hubiera campo en el mundo solo: la compañía del pensamiento está dondequiera, y si el hombre quiere, es muy buena compañía.

Árboles hay siempre en el campo: ellos son los penitentes de aquel desierto. Por el invierno, que habían menester abrigo, desnudos; por el verano, que el abrigo y la carga fastidian, llenos de hojas y cargados de frutos. Entre todas las criaturas, ninguna puede merecer ni desmerecer sino el hombre. Sin poder pasar a mejor fortuna, están así los árboles sólo porque Dios gusta de que estén así. Y hay hombres tan malos que, pudiendo medrar tanto con hacer el gusto de Dios, le hacen, a riesgo de la mayor desdicha, muchos disgustos. Entretenimiento y virtud es hacer estas consideraciones. Quien se sale a holgar la tarde del día de fiesta no cumple con lo que debe si no busca virtud en el entretenimiento. Juventud que sales al cariño santo del Sol la tarde del día santo: no vayas al concurso peligroso para la conciencia, sino a hacer de algún campo solitario ara para algún sacrificio.

La adoración errada de la Idolatría le sacrificaba al Sol leones. Este es un animal hecho de fuego: el color de su pelo lo dice. Llamas parece que de la cerviz le corren. Sus ojos son dos ascuas; su aliento, un volcán, su enojo es un rayo; su voracidad, un incendio. De fuego es la pasión de la sensualidad: sacríffcale al Sol verdadero, que es Dios, en campo

desacompañado este león que te había de despedazar el alma entre los objetos de un concurso. Advierte más: que la razón por que los idolatras sacrificaban leones al Sol era porque es animal vigilantísimo: no duerme, o duerme muy poco. La pasión más desvelada de cuantas acometen a nuestra flaqueza es la sensualidad. También es en esto león: sacríficale en la soledad la tarde de sol al Sol de justicia.

Si tienen sol algunos días de fiesta el invierno, también tienen fresco las noches del día de fiesta el verano. Tienen prevención de arboledas vecinas las poblaciones numerosas donde el agua de las fuentes enfríe el aire; el aire, las hojas, para que las hojas, aire y fuentes hagan un deleitosísimo paseo. Éste, en Madrid, se llama «el Prado». Apenas se ha desaparecido el sol cuando se aparecen en el Prado los coches cargados de diferentes sexos y de diferentes estados. Van a tomar el fresco y en un zapato alpargatado con ruedas se aprietan seis personas. Las que no van en los estribos se queman. ¡Linda gana de hablar!

Baja un coche en que van un hombre de negocios avariento y rico; un colegial, deudo suyo, que como es verano ha venido a entablar una pretensión; un escribano de primera clase y un sobrino de un obispo, que asiste en la Corte a negocios de su tío. Empiézase con la blandura del movimiento conversación tirada. El colegial, muy hacia la nariz los ojos, el rostro muy en un lugar, los guantes muy en ambas manos, muy cortadas las palabras, muy redondas las razones, se cala de cuando en cuando entre los discursos de los otros con satisfacción de maestro. Ofrécese hablar en Derecho, y van leyes de su boca como agua de un mascarón de fuente. Los libros más pesados que hay en el mundo son los de ambos Derechos: con uno tiene harta carga una acémila. Los que le escuchan van llevando con fatiga la carga. Señor Licenciado: no hay ley que no sea pesada, y si no, pregúnteselo a quien se la echan a cuestras. ¿Qué harán tantas leyes? Ser docto sin ser discreto es virtud sin sal, que aprovecha y enfada.

No cesaba el colegial en sus textos. Cansado ya el escribano, dijo: «Señor mío: esto de las leyes es cuento de Calaiños: la verdadera ley es el buen dictamen del que juzga; las demás leyes más deslumbran que alumbran. Salió aquí el sobrino del obispo, que hasta entonces no había hablado palabra, y dijo: «Cierto que me parece que tiene razón el señor secretario, porque mi tío el obispo, mi señor, tiene en su librería un libro cuyo título dice: *Ley del duelo*, y jamás le abre».

El avariento rico presidía: suyas eran las resoluciones como era suyo el mayor dinero que allí se hallaba. Piensan los que tienen mucha hacienda adquirida que saben más que todos, como importa más que todo, en la opinión del mundo, lo que ellos han sabido hacer. Ninguno se atrevía a contradecirle, porque por su razón nadie daría nada; por su rendimiento podría ser que aquel hombre diese algún fruto. Muchos de los defectos que tienen los ricos se los causan los pobres. Hacen los pobres grandes acatamientos a los ricos por moverlos a piedad, y ellos piensan que se les debe aquella reverencia. Todos creen a los que alaban: alabanza de la autoridad es el rendimiento, y si le echan menos en alguno le aborrecen, del modo que no le agradecen en el que le hallan.

Quiere ponerse un hábito un rico de sangre indigna y halla cien pobres que, ora obligados de cuatro maravedís o por obligarle, testifican falsamente en su favor en las pruebas. Mírase, al fin, el hombre en la capa el hábito y no se acuerda de que era de sayal rústico el hábito de su abuelo. Júzgase digno de aquella honra y mira a aquellos mismos pobres que se la dieron con vanidad más descarada. Habla delante de los pobres el rico: si dice una

bobería, ellos le hacen el recibimiento de agudeza. A él, por entonces, bien le parece que aquello no merece tanto aplauso, mas de allí a poco se le olvida su rudeza y se le acuerda la alabanza que encontró en las bocas de los pobres y júzgase más entendido que ellos. Lo que negociaron los pobres con este artificio fue que si antes los miraba como a pobres solamente, los mirase después como a pobres y tontos. Una de las mayores calamidades de la pobreza es hacer con sus atenciones a la riqueza más insufrible y menos fructuosa.

Empezaba un discurso el avariento cuando un mendigo mete por un estribo en el coche un zoquete de brazo desnudo —porque lo que le faltaba se lo había llevado una bala en la guerra— y pide que le den limosna, y ninguno de los que allí van le atiende. El pobre va andando entre las dos ruedas; el rico, hablando, y atendiendo los otros. Gente cruel: ¿no le daréis siquiera la limosna de despedirle? ¿No basta no socorrerle, sino hacer dél tan poco caso que parece que no va allí? Acompaña el coche el mendigo, sin apartar los ojos de los que van dentro, hasta que la desconfianza le desvía. Rico avariento: dale limosna a aquel pobre. Pero ¿cómo se la has de dar, si no eres más que una hucha de barro, que es menester quebrarla para sacarle lo que hay dentro? La muerte repartirá tu hacienda. Apenas el pobre se aparta cuando, dejando lo que hablaba el rico, dice: «Necia turba es esta de los bordoneros: la tardanza en desengañarse los hace más necesitados y más enfadosos». Hombre ignorante: a aquel estado de pobreza no llegan sino entendimientos muy bajos. Una de las razones que hay para que les den todos es pensar que porque enfadan no les darán los otros.

Al tomar este coche una vuelta se ladea con otro coche de mozos del lugar, de todo punto mozos. Salúdanse y apártanse. Apenas se han dividido cuando el rico dice: «¡Lindos cascos!, y uno de los mozos dice: «¡Lindo ladrón!». Por lo que el rico les acusa el juicio es porque sabe que enamoran y que juegan, y por lo que ellos le conocen la malignidad es porque les ha comprado en un puñado de aire hacienda de mucha consideración: cada uno piensa que su vicio tiene mejor figura.

Hablan los que van en el coche del rico, y el rico calla, cuando atropellando las palabras de los otros, como si no los oyera, le dice al escribano: «Don Fulano, que va en aquel coche, es un mozo perdido. Dícneme que está enamorado y alcanzado. Tiene unas casas junto a Palacio, muy buenas, que son libres: no sería malo moverle la gana de venderlas diciéndole que hay quien las compre como se den con comodidad». El escribano dice que hará la diligencia por hacer la escritura. Este rico es culebra del Infierno. Las culebras huyen de los desnudos y acometen a los vestidos. Éste echara a huir, si pudiera, del pobre manco, y acomete al mozo que tiene una casa para echarle della y dejarle en la calle.

Van hablando los mozos en su coche, y van a los estribos los más picoteros: hablan a algunos y hablan de todos. Un poeta dijo que los habladores se habían de convertir en peces en el Infierno. Los peces no sólo no articulan palabras, pero ni tienen voz: grande tormento sería para un charlatán nadar las llamas infernales convertido en sardina, sin poder siquiera dar un gemido. Infierno es muy correspondiente para el que habló mucho en el mundo infierno callado.

Cuantos van en este coche hacen sus coplas. Esto no me admira, porque de la manera que es raro el que no cantó alguna vez, es raro el que alguna vez no hizo versos. Todos estos los hacían, pero con la diferencia que hay del cantar al hacer versos: el que tiene mala voz se avergüenza de cantar donde le oigan, pero el que hace malos versos no se avergüenza de

decirlos en público. Sin duda piensan todos que los hacen buenos. Todos estos los hacían y los decían. Uno de ellos, en un breve silencio que milagrosamente hubo, dijo: «¿Quieren oír un soneto que hice esta mañana a una mujer que tiene un ojo mayor que otro?». Todos dijeron que sí, y él dijo el soneto. Alabáronsele mucho, porque hería con crueldad grande a la mujer por aquella tacha. ¡Oh dulcísimo sabor el del escarnio ajeno! Gustamos de los defectos de los otros porque parece que quedamos superiores a ellos.

En verdad que pudiera este que hizo este soneto volverle hacia su alma, pues padece el mismo defecto, y le padece por culpa suya, y esotra por influencia. Cuando la Luna se halla con el dominio de la constelación en la complexión de humores de algún cuerpo humano salen los ojos deste cuerpo desordenados y mal dispuestos, ordinariamente de²⁹ desigual tamaño y desigual virtud. La Luna le hizo a esta mujer la fealdad, y el que hizo el soneto a la mujer le hace la misma fealdad a su alma: por su culpa tiene un ojo mayor que otro. Conócese en lo bien que divisa los placeres del mundo y en lo mal que descubre las verdades de el Cielo: con el ojo defectuoso mira las virtudes y las ve como en luz de sueño; con el ojo cabal mira las cosas del mundo, y como las ve mejor las apetece con más gana. Enmiende este defecto, pues puede y le importa tanto, y deje el otro, que no puede remediarse ni importa nada que no se remedie.

En la maraña de las vueltas que dan los coches en el Prado vino a quedar preso un coche de mujeres entre el del avariento y el de los mozos. Empezaron a hablar los unos y los otros con las que tocaban a su lado. Había ya anochecido, y a las mujeres les servía la voz de cara: la que tenía más limpia y más delgada la voz se presumía ser bonita; la que hablaba con más donaire la juzgaban los que la oían como ellos quisieran que fuera. Los mozos se daban tal prisa a hablar, que cada uno pensaba que iba solo. Los de estotro lado procedían con más templanza. De cuando en cuando decía el avariento su cosita, pero deteníase mucho por que no le pidiesen algo, que aun sabiendo que no lo había de dar lo temía. Mucho derecho debe de adquirir en la hacienda ajena el que pide, pues queda con rescoldos de hurto el que niega. El colegial discreteaba. El sobrino del obispo hablaba poco y malo; y a éste se le inclinaban más las mujeres, porque como le oían bobo le juzgaban con dinero. El escribano era socarrón y hacía holgura de lo que oía.

Clareose un poco el enredo de los coches, y díjole el avariento a su cochero que anduviese. Los mozos le dijeron al suyo que se estuviese quedo hasta que anduviese el coche de las mujeres, y que procurase no perderle del lado, o por lo menos de la vista. Que apetezca un hombre a una mujer porque la vio muy hermosa culpa es, pero muy ocasionada; que sin saber si es hermosa la apetezca por sólo mujer es flaqueza promptísima; es estar un corazón tan dispuesto a pecar, que ni aun le han quedado los vacíos de la elección.

Las mujeres eran feas: hacían afeite de las sombras de la noche. Fealdad de mujer en duda es hermosura casi evidente. Trampa es, y agudísima, desta casta de animales presentarse sin luz a tiro del antojo de los hombres. Pícanles el gusto con la agudeza de las palabras. Llega a desengañarlos la claridad y hállales ya empeñado el gusto. Con el cariño del oído se templá el enfado de los ojos. Llamán ordinariamente a las mujeres feas «sierpes», porque espantan la vista. Dicen bien; pero ellas están mucho más adentro de la propiedad de lo que se piensa. Las culebras naturalmente tienen enemistad con la luz y aman

las sombras: en ellas engordan, en ellas medran. Los aprovechamientos de las mujeres de mala figura empiezan de noche. Siguiéron estos mozos a estas mujeres, y cuando llegaron a la luz se hallaron agradados dellas.

A buscar el aire fresco de la tarde de el día de fiesta salieron todos éstos. ¡Oh, qué mal entienden de aire! El erizo parece animal de poquísima importancia en la Naturaleza. Pues una de dos: o la prudencia importa poco en el mundo o él importa mucho. Maestro es de la prudencia que es menester contra los aires. Él conoce el que ha de venir, y si es dañoso para él le abre a su cuevecilla boca a la parte contraria y le deja cubierta la entrada al viento enemigo. Grande cordura sería ser discípulos del erizo los que buscan aire las noches del verano. Para aire donde ha de haber ofensa de Dios se ha de buscar defensa y no camino, a la parte contraria se ha de poner la respiración. Muy buen aire es el de una ventana a quien hace compañía el Cielo. Lo que causa la inquietud de el viento en el aire es la copia de vapores y exhalaciones de la tierra. La tierra irracional levanta por aquel tiempo leves vapores que le hagan al hombre viento amigo y saludable contra la inclemencia del Sol; pero los racionales, concurriendo muchos al puesto en que se coge la apacibilidad del aire, levantan con los vicios que se ocasionan unos a otros tantos vapores contra el Cielo, que del viento fresco hacen viento tempestuoso y enemigo contra sus cuerpos y sus almas. No hay tiempo que no esté lleno de razones para no desagradar a Dios, pero el tiempo santo del día de fiesta tiene una razón más que los otros tiempos.

LA CASA DE JUEGO

NATURALMENTE cruel es todo animal. Con los que no son de su especie tiene enemistad continua. Muchas veces con los que son de su especie. De aquéllos le hace enemigo la semejanza, éstos el enojo. Todos los animales de una especie son espejos el uno del otro: el águila se ve en el águila; el león, en el león; el delfín, en el delfín, el hombre en el hombre. En un espejo ninguno se ha mirado a quien se le haya hecho su figura aborrecible. A ningún animal es aborrecible el animal de su especie si no es que le mire con enojo, y entonces la ira o el odio le desgobierna el corazón. Sólo un animal hay en el mundo que sin odio ni ira quiere destruir al animal de su semejanza: éste es el hombre tahúr, y éste es el más cruel de todos los animales.

¡Válgate Dios por hombre! ¿Qué causa te ha dado aquel con quien juegas para querer destruirle? Dirás que la que le da a los codiciosos el dinero ajeno. El más cruel eres de los codiciosos. El ladrón las más veces hurta por necesidad; no le disculpa, pero le aprieta. Hurta lo que halla, pero no persuade al dueño a que se empeñe para que él le hurte; no se pone a daño probable presente, y no cree el futuro. El ladrón no le ha hurtado a nadie la honra, y el tahúr ha obligado muchos a que la pierdan. Éste se quiere llevar la hacienda de aquel que con él juega sin necesidad propia, porque el que tiene para jugar no tiene necesidad grande. Con ganarle una vez le obliga a que se empeñe para que le gane otra; con ganarle otra le obliga a que se destruya: el sustento de sus hijos y su mujer le gana; el vestido de su mujer y sus hijos le tira: la paz domestica le desaparece.

El mayor dolor que le deja cuando le acaba de ganar es haber de volver a su casa: en el semblante lleva escrita su desdicha, y como es desdicha buscada no causa lástima, sino enojo. La mujer quiere reprehender el error, el hombre no va para sufrir entretenimientos, ¿qué hará reprehensiones? Ella, como tiene razón, se alienta; él, como lleva turbado el entendimiento, se desbarata: dan voces ambos, los hijos lloran, los criados se aturden, y están todos como en país de enemigos. Hombre que ganas: todos esos males haces. Hombre que pierdes: todos estos males tienes. O ganes o pierdas eres el más cruel de los animales, porque sin enojo ninguno hace tanto mal en su especie ni se pone a tanto mal propio: aun a ti no te perdonas sabiendo que te dañas, que el que batalla apasionado se olvida de su peligro. El que con solos unos naipes va a destruir a otro bien sabe que va a riesgo de perderse.

A las casas de juego van los hombres con tres fines: unos a jugar, otros a entretenerse y otros a que los den barato. A los últimos llaman «mirones», y éstos van las más veces sin delito, porque los lleva la necesidad; pero ellos tienen bien mala fortuna. Éstos son los más desdichados de los pobres, pues no tienen oficio con que ganar de comer ni ánimo para pedirlo: vanse donde alguna vez da el que gana y donde se recibe como agasajo, no como limosna; mas ¿dónde irán, que parezcan bien los pobres? Aquí les parecen harto mal a los ricos. De los que juegan, el que pierde los tiene por azar, y el que gana, por enfado. Éste piensa, aunque estén una legua dél, que le piden; el otro piensa que aun desde otra sala le inficionan la dicha. El que pierde queda renegando dellos, y el que gana se va huyendo dellos. Mas no siempre puede huir: o porque le detiene la piedad — desta especie

hay algunos, pero raros— o porque le corrige el temor de declararse de todo punto por mezquino, dales a algunos. A esto llaman «rocío». En la mitad está errado este nombre. El rocío es una lluvia menuda que hace provecho corto; en esto conviene con los baratos: son dádiva menuda que hace alguna conveniencia, pero no grande. En lo que no se ajusta es en que el rocío es lluvia a cielo sereno, y no está tan deslucido el mundo con una nube muy negra como está deslustrado y oscuro el que se llega a la desapacible liberalidad de el que ha ganado. Bien conocen ellos esto, y pienso que trocaren aquel socorro al de una portería; pero no lo hacen porque ya tienen hecha allí la costa de la vergüenza, y no es para dos veces tanta costa.

Apenas se ha levantado de la mesa el día de fiesta el que tiene el corazón tahúr cuando, poniéndose el fiador de la capa por la calle, parte al garito. ¡La priesa que da un vicio! Mañana es de el inventor dellos para que se pongan por obra, porque las cosas que son fuera de razón, si dejaran sosiego para considerarlas, no se hicieran. Mientras no se hacen se están haciendo con ansia; mientras se hacen, con desabrimiento. Las obras de la virtud no fatigan antes de ejecutarse: la virtud no teme enemigos; como llega el corazón descansado a ellas, las hace sin cansancio.

Llega, en fin, a la puerta, y aún no ha bien entrado cuando le llaman para una rifa. Si es de comer y la gana, aventura su dinero por lo que no ha menester; si no es de comer, ordinariamente es cosa que no vale nada. Si la pierde, paga lo que no lleva, y sólo compra con aquel dinero un enfado. En perdiéndola, busca con quien jugar por desquitarse, y hállele presto. Los scitas untan los filos de las flechas con un veneno hecho de víboras podridas y corrompida sangre humana por que siempre hieran mortalmente. Los que tienen casa de conversación untan los naipes con perdices podridas y la podrida sangre del que las pierde, con que hieren mortalmente a los que los toman en las manos.

Apenas han dicho los dos que están convenidos «Vamos a aquella mesa» cuando está ya la mesa tan rodeada de mirones, que es menester que el dueño de la casa diga, enfadado, que hagan lugar a los tahúres: ya se entra con mohína. Empiézase a jugar, a las primeras barajadas se desuellan los naipes. El enfado de que se desuellen le hace decir algunas palabras que le duelen al que los administra: ya se hace a otro pesadumbre, y de allí a dos horas es pesadumbre interior para el que la hizo. Vase prosiguiendo el juego y ofrécese una suerte de duda; dispútase primero entre los que juegan, las más veces con palabras mal medidas, y siempre con mal tono: ya se empieza a gustar de la hiel de un disgusto. Remítase a que lo digan los de afuera. Ninguno se determina: ya es regaño. Luego se dividen en opiniones: ya es tormento. Dícese se reduzga a votos secretos: ya es calma. Tómanse los votos y publica la sentencia el que los ha tomado: el que es condenado se da a los demonios, porque siempre cree que ha sido el juicio injusto; el que tiene sentencia en favor queda sujeto a las desazones del que está condenado. Ya esto es un poco de desaire. Si de los dos, el que está ganando se queja de alguna suerte antes de verla y luego sale en su favor, dice el que está perdiendo y la pierde «¿Qué le queda a él?».³⁰ El otro responde, y de palabra en palabra se empelotan de suerte que el juego se hace pendencia, y pendencia ridícula. Los mismos que los están sosegando están reventando por reírse. Grande lástima

30.— En las conversaciones tensas, 'él' vale por 'vuestra merced'.

es que unos hombres honrados se rindan a una pasión que les causa cada día desprecios de locos. Témplos y prosíguese el juego.

De allí a poco allá, en una mesa donde sólo se habla, empiezan a disputar un caso de conciencia dos porfiados presumidos —que no hay garito en que no haya un par de presumidos porfiados— y hunden la casa a voces. Los que juegan dicen que no se entienden, que los dejen jugar; los porfiados bajan un poco la voz, pero en aquella voz baja dicen que se vayan jugar a un bosque. Baja fue la voz, pero no tanto que no la oigan los que pidieron el silencio: mesúranse un poco, tomando toda la pesadumbre que es menester para reñir y otra poca más, que es la deja el escrúpulo de disimularlo. Danse, al fin, una poca de más priesa los naipes, y acábase el juego.

Si pierde nuestro tahúr, ya se ve cuán grade desazón es perder. Sale del garito arrojando naipes rotos en el suelo, y sale como fingien que se escapó el que salió de la cueva de Salamanca sin sombra: ni aun su sombra va con él, ninguno le acompaña. Si gana, ¡aquí es la tabaola! Uno le pide aquella mano, aunque se la haya pagado treinta veces. Otro le dice que le pague aquellos cuatro escudos que le prestó, sin haberle prestado jamás tales cuatro escudos. El rifador le da voces por aquellas dos pollas. Llega uno hendiendo por la gente y le dice con mucho desahogo que dice don Fulano —que es otro que está jugando en otra mesa y perdiendo— que le envíe cincuenta de a ocho. El contador no hace más que ir y venir con los ojos al dinero. Uno de los bienintencionados dice: «En verdad que hay muchos capitanes —así llaman en los garitos a los que parece que se holgaran de que les den barato—. Uno sale muy falso si la ganancia ha sido en oro». Y dice: «Aquí hay plata de cuatro escudos» y echa la plata en el bufete. El pobre ganancioso no sabe cómo librarse de tantas invasiones, y dice: «Caballeros: un mes ha que pierdo cada día. Más son de dos mil escudos los que tengo menos de caudal, y esta mañana perdí más de tres mil reales sin ver la mía». Pero nada desto le vale, porque al fin paga la mano que no debe; da los cuatro escudos que no ha recibido; sácale el rifador el dinero de las pollas —que no tenían cosa blanda sino la pluma, ni cosa gorda sino los huesos—; presta los cincuenta reales de a ocho, que no son cobrables. Al contador le satisface su trabajo; a los circunstantes hace socorro, y al que echó la plata en la mesa para trocar los cuatro escudos le da los cuatro escudos, un real de a ocho menos de lo que valen. Levántase del asiento, paséase un poco por la casa y luego, por si en la suya le andan en las faltriqueras —que en las más casas en que hay mujer lo hacen—, da el dinero que le ha quedado a que se lo guarden en el garito y vase. Vuelve el día siguiente por su dinero y hállale allí muy puntual; pero también halla muy puntualmente prevenido otro que le dice si quiere jugar. Él consiente en la tentación y queda sin blanca.

Un lago hay en la India donde todo se hunde, de donde ninguna cosa que entra sale. Destos lagos hay innumerables en España: las casas de juego. Cuanto en ellas entra se hunde, nada que en ellas entra sale. Nada hay en una región que no haya en otra; lo que en unas está en naturaleza está en otras en metáfora. Explicación son unas de otras, mas nosotros somos tan rudos que ni comentados entendemos nuestros vicios. El lago Índico nos representa las casas de conversación: nada que entra en él sale; nada sale que entra en ellas. El que pierde deja el caudal, y le deja el que gana: uno porque le perdió y otro porque le desperdió. Y ojalá fuera el caudal sólo el que se dejan: allí le hunde la quietud, la paz

doméstica, la buena atención, la puntualidad, la rectitud, y, al fin, se hunde la persona, pues nunca sale del garito, y si alguna vez sale, deja en prendas la gana de volver presto.

Los otros que en la casa de juego entran son los que van a entretenerse; no a jugar, sino a hablar; no a la inclinación, sino al divertimento; peso ellos también van a destruirse. Un río hay —su nombre es Lincesto— cuyas aguas embriagan bebidas. El pasajero que no le conoce la propiedad bebe dél. Piensa que sólo se refresca, y cautiva su entendimiento: a poco rato después que bebió no sabe lo que se hace. Acaba de comer el día de fiesta el hombre sencillo, no sabe qué hacerse de la tarde, quiérela pasar en ocio lícito y gustoso; parécele que se halla este ocio en una casa de juego y vase a aquella en que tiene alguna entrada. Estase una hora, piensa que se recrea inculpablemente y está echando a perder lo bueno que llevaba. Allí el ejemplo malo le ofusca el entendimiento: ve a unos decir mal de otros, y él también dice mal de alguno; con la embriaguez del mal ejemplo; ve porfiar y porfía. Privole de la razón el garito, y hace lo que no es razón. Oye decir chanzas pesadas, y dice pesadas las chanzas. Bebió de la casa de juego y quedó fuera de sí. Ve jugar, y al fin juega. Pensó que se entretenía y embriagose; pensó que bebía agua y la bebida le privó de juicio.

Las aguas me han de hacer hoy más clara que el agua esta verdad, la verdad de que se hace malo el que entra en el garito bueno. Sibara es una fuente dulcísima, pero traidora. Ésta, al hombre blanco que bebe en ella le vuelve negro. En las casas de juego llaman a los nuevos «blancos», porque entran cándidos. De los que las han cursado algún tiempo, dicen que son negros como la pez. Lo que aprendieron allí les quitó la blancura de la sinceridad: negros han quedado con las malicias; sin inocencia, con las falsedades. Aquí es la fuente Sibara: a pocos sorbos de garito queda negro el que llegó blanco: se hace el que llegó cándido, taimado y vicioso. Todas estas tres diferencias de hombres fuera razón que se ocuparan la tarde del día de fiesta, pues es día de Dios, en cosa que a Dios no desagradase y a ellos mejor les estuviese.

El que va al garito por el socorro, viendo que aquél es pan con mucho dolor pudiera ir a buscar algún camino de vivir ocupado; que aunque las diligencias de un infeliz no son más que una pena más en su vida, porque nunca se le viene al pensamiento lo que ha de conseguir, sino lo que le ha de moler, por lo menos el tiempo en que se hace es tiempo bien gastado, y es muy creíble que Dios, en agradecimiento de aquella fatiga que toma en vano, le dará por donde no piensa muchas felicidades sin fatiga.

El tahúr que se va la tarde del día de fiesta por ganar al garito, no vaya a él, que sin ir a él tiene donde ganar. En los hospitales se ganan indulgencias y se gana gloria: váyase a un hospital desde el garito. Si había de ir al hospital de necesitado, váyase a él sin llegar al garito de virtuoso. En la casa de juego era muy posible que hiciese grande pérdida; en el hospital no puede dejar de hacer ganancia grande: allí están unos hombres enfermos que los ha llevado Dios a curar a su casa. Gente es sin duda de consideración; gente de quien Dios hace tanto caso, irles a hacer una visita a estos hombres no puede dejar de ser ceremonia muy agradable a Dios, y Dios paga muy bien lo que le agrada: hágale ir la caridad a un hospital y no le hará ir la necesidad. Hágale —digo otra vez— ir la caridad a un hospital, que a Dios hizo la caridad bajar a los Infernos. Donde hay caridad siempre hay ganancia cierta, porque es árbol en quien nunca falta el fruto. No hay árbol que tenga fruto todo el año; la caridad le tiene toda la vida, y su fruto no es fruta, sino sustento: con él se cría la vida eterna.

La tercera gente que se va a los garitos los días de fiesta por la tarde es la que va no más de a entretenerse hablando. Ésta, aunque lleve buen fin, tiene mala elección. Si la conversación es la que le lleva, santa y gustosa es la conversación de los religiosos. Religiosos hay que es gloria hablar con ellos. Las flores por el aire continente envían suavísimas fragancias a los que se les acercan. Aquella pálida retama de un religioso penitente, por el manso céfiro de su voz les comunica a los oídos que se le llegan los suavísimos olores de su alma. Holgarse en lo que Dios se entristece es muy necia holgura. Entretenerse en lo que Dios se deleita, cortesanía del Cielo.

EL ESTRADO

LA comunicación es el alma de la amistad: con ella vive, sin ella muere. Los muertos no tienen amigos. La fortuna de los muertos padecen los ausentes. Muy ausente está el que no se comunica; aun para enfadarse es bien que se comuniquen los amigos: del enfado resulta memoria; del ausencia, olvido: el olvidado está en peor paraje, que el enfadoso. Los frutos de la amistad tienen al mundo en pie: perecieran todos si no se favorecieran unos a otros. A los elefantes les basta ser de una especie para ayudarse; también a los hombres, pero no para auxilio fuerte. La necesidad grande del hombre ha menester más que hombres, porque ha menester hombres amigos. Animal es de grande peso el elefante: no puede descansar sino arrimado; busca para su descanso arrimo. El que ordinariamente elige es una palma: ésta muchas veces no puede sufrir el peso y tróncase, cae en tierra el elefante sin facultad de poderse levantar por sí mismo. Allí no hay medio: o perecer o ser socorrido. Válese de la voz y mudándose el tono al bramio, hace con el bramido estruendo lastimoso. Óyenle otros elefantes, conocen, por natural instinto, la miseria y corren a remediarla. Ayúdanle entre muchos: levántanle y vuélvenle a la felicidad de vivo desde las angustias de la muerte.

El descanso del hombre tiene necesidad de arrimo, si éste le falta queda en riesgo grande. Arrímase uno a una sola casa propia que tiene y ella cáesele: queda en terrible aprieto. Arrímase otro a una cantidad de dinero que tiene a ganar en un hombre de negocios; quiebra el hombre, falta el arrimo y queda el dueño de el dinero en la calle. Arrímase aquél a un poderoso prometedor, falsea el arrimo y da con su cuerpo en la necesidad. Arrímase éste a un pariente rico, parécele que la obligación le hace firme; él se rinde al peso del enfado y da el pobre pariente en ese suelo. Todos éstos claman en su necesidad, o, lo que es más cierto, clama su necesidad por ellos. Muchos animales de su especie están cerca: los malos no los oyen, los que reciben alguna lástima les hacen algún socorro, el que basta para no perecer entonces, mas no el que basta para no perecer. Los que los oyen con grande conmiseración son los amigos; no los que comunicaron, sino los que comunican; que aquéllos entran en el número de los muertos u de los ausentes; éstos entran a socorrer al amigo caído. Éstos le levantan, éstos le dan nuevo ser. Sólo el hombre cae como el elefante, si no tiene el elefante caído otros elefantes perece; el hombre, si no tiene otros

hombres: éstos son los amigos. Éstos se labran con la comunicación: menester es cuidar mucho della.

Aunque la amistad entre las mujeres no suele ser de grande utilidad, puede causar utilidad grande, porque obligan en ella a sus maridos, padres, hermanos y parientes; por eso entre ellas es la comunicación necesaria, por eso es conveniente que se visiten.

Llega el día de fiesta, previenen la amiga a quien han de visitar, y después de comer van a la casa de la amiga avisada. La primera que llega es una viuda, que como no tiene marido a quien esperar come más temprano. Llega con un luto de tan buena tela y de tan buen corte, que sin la toca fuera gala: por la toca es luto. Ésta es tan delgada, tan transparente y tan ligera, que por estar prendida no se la lleva el aire. Muy poco luto trae quien trae esta toca. Los sentimientos son muy desaliñados: quien trae luto pulido, muy poco sentimiento tiene. De tal manera andan algunas viudas aliñadas, que parece que traen la toca no por dolor, sino por letrero que dice: «Esta mujer se quiere casar: quien la quisiere acuda a quien la pueda hablar». Con esto no parece que traen el luto porque enviudaron, sino por casarse. ¡Ea, por amor de Dios!, que una viuda galana desestima al marido que pasó y amedrenta al que ha de venir.

Empieza, pues, a entrar y llega a un recibimiento con unos escaños y unos cajones. Pasa desde aquí a una pieza cuyas paredes cubren unas pinturas, que son trasladados, y cuyas márgenes ocupan unas sillas que no son nuevas. Entra luego en una sala que recibe la luz por cristales que están dando luz a la vivísima y hermosísima representación que hace una tapicería flamenca: en ella hallan los ojos una comedia sin voz de la historia que propone. Aquí está el primer estrado: almohadas y sillas de terciopelo carmesí, una alfombra turca, tan grande y tan varia, que parece el suelo de un jardín grande. En medio de ella un brasero de plata, sin lumbre, que entre sus flores y cuadros más parece fuente que brasero.

Este estrado no sirve de más que de dar a entender que sobra. Engólfase después en una cuadra a quien sirven de colgadura unas escarlatas, cortadas a espacios iguales y convenientes, con puntas de oro de dos cabezas, almohadas de lo mismo, con la misma guarnición, sillas de vaqueta, a cuyos clavos sirven de cabezas pavones dorados. La alfombra, de Tiro, de cuyos hilos salían claveles; un brasero en ella, con la caja de ébano y marfil, lleno de erraj encendido, tan grande, que se juzgaba estanque de rescoldo. Entre las sillas, a distancias conformes, escritorios de preciosa materia, de labor preciosa. Encima dellos vivas estatuas de madera, tan vivas que se creía que callaban, no que no hablaban. En los rincones, escaparates que aprisionan infinidad de menudencias costosas. Estas son unas alhajas que ni abrigan ni refrescan, que embarazan y no adornan, que no son buenas para empeñadas, sino para empeñarse: espectáculo que da vergüenza a los ojos de buen juicio. Aquí es el estrado del cumplimento, más adentro está el del cariño. Introdúcese en el aposento de dormir: aquí está una cama con la colgadura de el tiempo y un estrado como la colgadura. Aquí halla en pie y cariñosa a la señora de la casa; toman almohadas y siéntanse.

¡Válgame Dios, lo que ha tardado esta mujer en llegar adonde está la otra! No es mucho: había mucho que andar. ¿Qué querrá la vanidad humana con esto? Hacernos creer que es cielo la casa de un poderoso poniéndonos muchos cielos de ostentación hasta llegar al cielo donde asiste. Porque el cielo empíreo tiene diez cielos vacíos delante, hace en su casa piezas como cielos que no sirvan más que de tránsito. ¡Culpable soberbia! Esta fue la persuasión del primer pecado: con que sería como Dios, engañó el Demonio a Eva.

Cuando Dios tuviera por grandeza en su palacio estas piezas ociosas merece más aquella Majestad Soberana; pero es tanta su bondad, que las tiene para el servicio del hombre. El primer móvil está girando los otros cielos para que hagan utilísimas operaciones en la tierra: las que son de fastidio, para darnos en qué merecer; las que son de agasajo, para darnos en qué descansar. Fuera y dentro tiene el Cielo gloria: dentro, porque tiene a Dios; fuera, por el regalo de la luz y por otros muchos gustosos beneficios. Hasta las penas que da son gloria si sabe el hombre usar de las penas. Mucho Dios ha de haber en la habitación de una criatura, no una criatura que quiera parecer Dios. ¿Quiere el poderoso que sea cielo empíreo el último aposento de su vivienda? Pues traiga a vivir a Dios en él. Siempre Él está donde las virtudes. Cielo empíreo quiere decir «cielo de fuego», no porque sea de fuego aquel cielo, sino porque es de luz vivísima. Figurémosle con la imaginación —bien que no alcanza— como un carbunco de cantidad inmensa, con suma pulidez cavado, en cuyo vacío está Dios, rey soberano. Están los Ángeles tan naturalmente como los peces en el agua y los pájaros en el aire. Están bienaventurados, a cuyas virtudes les hizo puerta la sangre de Cristo. La vivienda humana será cielo empíreo si la baña la luz del Cielo. Donde está la luz de los desengaños habita Dios: allí asistirán los Ángeles con tanto gusto como si fueran de allí naturales; allí bajarán las alabanzas de los bienaventurados a Dios porque hizo tal criatura. Las piezas antecedentes serán Cielos de utilidad para los mortales, porque de otra manera no son Cielos. Con estas condiciones será Cielo el aposento del poderoso; sin ellas será mundo perverso. No es dificultosa la prueba: el Cielo nada corrompe, los elementos son los que corrompen. Éstos andan procurando siempre destruirse unos a otros: lo frío pelea con lo caliente, lo húmedo con lo seco. Si el aire de la vanidad que causa aquella riqueza pelea con el calor de la caridad no es Cielo: verdaderamente es mundo. Si la sequedad del corazón de el dueño pelea con la humanidad de la conmiseración del prójimo necesitado mundo es verdaderamente. Poderosos míos: hagamos esos palacios Cielo: traigamos a ellos a Dios con las virtudes y serán Cielo las piezas de la ostentación.

Sale de una silla carmesí con todos los requisitos de su estado una mujer principal. Ésta hace gala de ser enfermiza: nunca está buena; la mejor nueva que da de sí es que está mejor. Lleva dos parchecitos negros en las sienes, tan pequeños que pueden servir de puntos en la ortografía. Mujer de Dios: si son medicamento, qué facultad puede tener cantidad tan poca? Y si son mentira, ¿para qué son? El afeitado es un engaño hecho de cosas hermosas. ¿Quién, si no es que esté sin juicio, se ha afeitado con defectos? No hacen esos parchecitos mejor tu figura, sino mayor tu figurería. Anda los mismos pasos que la viuda: llega al estrado, donde es recibida con agrado ceremonioso. Empieza la conversación en informarse las unas de la salud de las otras, y la enfermiza dice que aquella jaqueca la trae sin juicio, y lo que la trae sin juicio es querer dar a entender que tiene jaqueca.

Apéanse a este tiempo de un coche en la puerta de la casa una mujer mayor que tiene el marido en un gobierno en las Indias, y una hija suya doncella opilada, tan sin color como si no viviera. Nadie juzgara que salía del coche para la visita, sino para la sepultura. Comía esta doncella barro. ¡Linda golosina! ¡Cuánto diera esta moza por estar enterrada, por tenerla boca llena de tierra! Dios hizo a esta mujer de barro, y ella con el barro se deshace. Ésta y la de los parchecitos en las sienes parece que andan buscando con qué hacerse feas. De la manera que la tierra enturbia el agua enturbia el color puro de un rostro la tierra comida. Mucha gana parece que tiene de pecar la que come barro. Lo primero,

porque comete el pecado de peor gusto de cuantos se cometen. Luego, porque, siendo difícil mucho defendernos de los antojos culpables de este barro de que somos hechos, ella echa más barro.

Llegan al estrado, donde son con agasajo recibidas. Antes de sentarse dice, mirando a la doncella, la viuda: «¡Válgate Dios por muchacha, y cuál estás! ¡Ea! De misma manera estaba yo antes que me casara». Vanse a sentar, y la vieja, con las faldas, quiebra un barro de Natán que estaba sobre un bufetillo. Asústase mucho, y dice a la dueña de la casa: «Amiga, yo daré satisfacción de mi descuido: del primer cajón destes barros que envíe el Gobernador os enviaré media docena». Mandas que toman el plazo largo no son más que mentira sabrosa. La dueña de la casa dice, con una risa muy desapasionada: «La mayor merced del mundo me habéis hecho en quebrar esa sabandija, porque eran insufribles las tentaciones que me daban de beber por instantes»; y entre sí estaba diciendo: «¡Pluguiera a Dios se te hubiera quebrado un ojo antes que el barro!». Toman almohadas y enlázanse en la conversación.

Pocas palabras habían hablado cuando arroja en el zaguán una silla deslucida una mujer de un hombre de buena calidad aunque poco hacendado, pero ella muy vana. Empieza a andar teniéndose en un escudero en quien se tenía con harta dificultad el vestido, revividos los zapatos con humo de pez, pero tan delicados, que se iban deshaciendo como si fueran de humo. Llega a la antesala donde esperan los gentileshombres y pasa por sus reverentes cortesías como si no pasara, tan derecha como si no los viera. Ciega parecía a quien adiestraba el escudero. Los desvanecidos son descortesés por que los tengan en más; y porque lo son los tienen en menos: por malos correspondientes de la cortesía, nadie se la guarda. Entre muchos escarmentados, está la nobleza descortés con poca más estimación, que el más abatido vulgo. Quien no pende della no hace caso della. El noble que le hace al pobre cortesía rendida hace del pobre idólatra: conviértese en contienda el respeto, y el pobre no se da por vencido. Desta vitoria del humilde le resulta la gloria al noble. ¡Oh hermosísima pelea, donde el vencedor y el vencido quedan gloriosos!

Pasa a la pieza del primer estrado y dícele al gentilhomme: «Don Alberto: no tiene más caída la tapicería de casa?». Y él dice: «Sí señora», y luego dice entre sí: «Si la echan de un tejado». Ella va andando y diciendo: «Mayores son estas figuras, pero es mejor el dibujo de la mía, y la estofa más amena». Y el otro se va sorbiendo los labios por no reírse y diciendo entre sí: «¡Ni aun para tapaderas de taberna ha de haber quien la compre!». Entran por el segundo estrado y atolóndrase la mujer con la colgadura de escarlata; y como en su casa no hay ni aun remedo suyo que pueda servir a su fantasía de materia, vuélvese contra la Fortuna, y dice: «¡Las riquezas nunca están en su lugar!». El vicio de la vanidad es el que está más cerca de la envidia: como la gloria ajena le hace más vana su gloria, no quisiera que hubiera dicha en casa ajena. La vanidad se hace de aire. Este elemento, por su naturaleza tiene calor remiso: si se le acerca el calor del fuego se enciende en un instante, porque donde no hay contrariedad no hay resistencia. Como la envidia no halla oposición de humildad en la vanagloria, en un instante la enciende y la abrasa de envidia. Llegó al estrado, halló agasajo y lugar y ocupole.

Mientras se saludaba la desvanecida con otras estaba ya en la primera puerta del cuarto otra visita. Ésta era una mujer de mucho punto, pero muy despejada. Entraba hablando apaciblemente a los que el paso le ofrecían, diciendo con donaire lo que se le ofrecía a las

cosas que miraba. Llegó al estrado, que ocupaban las otras visitas por atajar cumplimientos se sentó, sin almohada, en medio de la alfombra, junto a un brasero que en medio de ella había. Rebatía con tal gracia y desembarazo los ruegos de las otras, que se dieron por vencidas. El encogimiento en los hombres ni es culpable ni es loable, porque se queda entre humildad y debilidad; en las mujeres es preciso. A los hombres desvía de los aumentos, y a las mujeres las aventura la buena fama. Las mujeres desembarazadas no pierden por serlo con las personas de buen juicio, porque es señal de conciencia segura; pero con los ojos ignorantes pierden mucho, porque creen que el desahogo que teme poco a los ojos ajenos, donde ellos no están será desenfrenado. La mujer, en fin, ha de ser encogida. Con casi la soledad de su casa ha de estar en la calle: con mirar poco y hablar menos casi estará sola. La tortuga, en público está encerrada. Muy dentro de sí ha de estar la mujer en público: los parpados echados sobre los ojos la encubren toda, el silencio la hace ausente. Nunca está una mujer más hermosa que cuando está dormida: nunca parece mejor una mujer que cuando no está donde está.

Empezose a tejer entre todas una conversación muy como suya, y hablaban de galas y aliños. Miraron a la cabeza a la despejada, que como la tenía sobre el brasero fue fácil encontrar con ella, y vieron que no había en ella sino sola una lazada de colonia blanca. Dijo la viuda: «¿Qué desaliño es ése, amiga? ¿Una sola lazada en el cabello?». «¡Ay señoras de mi alma —dijo ella—, que habla nuestra amiga en la lengua de antaño! Ésta ya no se llama «lazada», sino «estrella de Venus». Y es nombre muy propio, porque como aquella estrella es la primera que sale y la primera que se quita, esta cinta es lo primero que una mujer se pone en dándose dos peinadas y lo postrero que se quita para acostarse, con que sin ocupación está una mujer tocada todo el día. Pues luego el nombre de «estrella» no asienta bien sobre la escuridad del cabello». Entonces salió la enfermiza y dijo: «¡Harto me holgara yo poder usar de esa ligereza de tocado por estos dolores que tengo de cabeza! Pero no tengo hora de paz con el secretario si no me la ve muy aliñada, y si las doncellas no están haciendo flores todo el día para el jardín no nos podamos averiguar con él». Parecieron cosas muy desunidas; y dijo la señora de casa: «¿Qué jardín es ése para que se hacen en la sala las flores?». «¿Hay tal pregunta? —dijo la enfermiza—. «Vos no parecéis deste mundo. ¿No sabéis que la guedeja izquierda, donde se amontonan todos los aliños de la cabeza, se llama «jardín» en el lenguaje nuevo?». La vieja dijo entonces: «Y aún vos habíais menester en él una fuente para purgar ese lenguaje. Yo le fui a sacar el otro día a esta muchacha una poca de felpa corta para un guardapiés: agrádome una de un color encarnado claro, y por llevarme dos reales más por vara dio en decir el mercader que era de color de aurora, y al cabo se salió con ello». «¡Bueno es amiga —dijo la viuda—, que las galas tengan hasta el nombre hermoso!». Halló entrada la desvanecida, y dijo: «Los nombres de las galas, como de las demás cosas, no han de ser hazañeros, sino propios. Cierto que me trujo mi primo ayer un corte de un hábito de camelote de aguas de color de vinagre torcido, la mejor cosa que vi en mi vida». La enfermiza dijo: «Nunca vi tal vinagre, ni sé cómo sea». «Yo lo diré —dijo la desahogada—: vinagre torcido llaman a un borracho, porque el vino que lleva en el estómago está hecho vinagre, y él lleva el cuerpo torcido, como le falta el gobierno de la razón». «¡Bueno por vida mía! —replicó la vana—. Este color es un leonadillo deslavado, a manera de vinagre turbio, honesto con mucha gracia. Pues luego ¡es bobo el que me lo dijo! Toribio mi sastre, que sabe más que las cucarachas».

En esto estaban embebidas cuando la doncella, que había parado con la mudanza de lugares que ocasionaban las que entraban nuevamente junto al bufetillo en que se había quebrado el barro, agarró ladronamente dos o tres casquillos, metiéndolos en la estufilla, y llevándola hacia la nariz con la una mano, como a sacarle el frío, con la otra disimuladamente llegó un casquillo de búcaro a la boca y mordióle. Rechinó el barro: es golosina quejijosa, y no se queja del mal que le hacen, sino de la ofensa que se hace a Dios. Con menos razón en los principios de el mundo se quejaba la encina cuando los hombres la despojaban de su fruto para su alimento, siendo el alimento de brutos. Árbol, la llamaban, querelloso —eso quiere decir «quercus»— porque hacía ruido de queja al apalearle las ramas. Este árbol sentía la impropiedad, ¿qué mucho hace el barro en sentir la culpa?

Reparó en la travesura de la doncella la viuda, y encarándose con ella la dijo: «¡Vaya noramala! ¡Eche ese barro de la boca ¿piensa que no la vemos?». La moza se sonrió y escupió el barro. Engarrafóse della, sacola del manguito el hurto, y arrojolo en mitad de la sala. La madre viendo aquello, dijo: «Amigas: esta mala hembra ha de acabar con mi vida antes que con la suya. Por verme sin ella la he de casar con el primero que pase por la calle. Decía entonces entre si la doncella: «¡Nunca otro mal me haga!». La despejada dijo: «Muchacha: ¿el barro do fuiste hecha comes? ¿No ves que es incesto en la golosina?». Echó la desvanecida su contrapunto, y dijo: «Yo he tenido casi hasta hoy ese vicio, pero con más disculpa, porque hacía unas pastillas de barro con azúcar y mucho almizcle; pero mi primo, Dios le guarde, me ha reñido de manera que se me ha quitado». A esta mujer la hacia la vanidad hipócrita de los vicios: la tacha que no tenía se la aplicaba por ser, aun en lo malo, más que los otros. Fingir las virtudes para engañar, malo es. ¿Qué será fingir los vicios para desvanecerse? No había cosa en que no picase su vanidad; hasta en llamar a su marido «primo».

Deste término suele usar la nobleza muy alta, huyendo las mujeres de decir «mi marido» y los hombres de decir «mi mujer». Las más veces son deudoss y usan del nombre del parentesco por no usar de los nombres del matrimonio. No sé si lo aciertan. Confieso que esto tuvo el principio en la honestidad, mas no parece atención acertada. Muy honesto es el matrimonio, y parece que le calumnian los que siendo esposos en lo secreto son parientes en lo público. Por mejores tengo los nombres que da un sacramento que los que da la sangre. La palabra «marido» se halla cariño y matrimonio; en la palabra «primo» se desaparece el matrimonio y no entra la significación de el cariño. Esta mujer se primeaba con su marido por sonar a gran señora; y cuando en la nobleza suma fuera este lenguaje acertado, en los que tienen menos quilates es monería ridícula.

Interrumpió la conversación el chocolate. A esta manera de merienda, porque le viene largo el nombre, le llaman «agasajo». Salieron con él dos doncellas que arrodilladas le servían. La bebida es saludable, el modo de servirla injusto. Disminuidas aquellas criadas en la tercia parte de su estatura —de rodillas digo—, se confesaban todo aquello menores que la mujer a quien servían; que aunque se arrodillaban a las otras, era en virtud de su dueño, que daba el dominio de su casa a las visitas —antigua y discreta urbanidad— mientras en ella estaban.

Este modo de adoración se hace a Dios por deuda justa; por imitación a los Reyes, porque son de aquella Majestad imitación. A Dios se le debe porque da al alma, la vida, el sustento, la riqueza, el trabajo y la gloria. A los reyes porque, ya que no den eso, dan los

medios para conservar la vida; porque como protectores de lo sagrado dan ministros que dirijan las almas; porque sustentan la guerra para que no se deshaga la paz y para atraerla; porque premian a los beneméritos de la guerra y de la paz y administran a todos justicia. Por esto adoramos a Dios, y por imitación suya a los reyes; pero a los particulares, que ni son Dios, ni hacen nada desto, ¿por qué? Que el pobre lo haga, que no puede evitarlo, vaya; pero que el rico se lo mande es desenfrenada soberbia.

El cinocéfalo es un animal de Etiopia que en la luna menguante queda tan corto de vista que no ve para buscar aquellas cosas a que la Naturaleza le inclinó para su alimento: padece hambre, y con ella grandes descomodidades. Desea increíblemente la luna nueva. En asomando en el cielo empieza a cobrar la vista, y poniéndose en dos pies, levanta las manos³¹ y la mira con ademán de adoración. Porque le da luz para un mal sustento la adora. La Luna es planeta de poca utilidad, de poco agrado y de ninguna constancia: verdadero retrato de las mujeres ricas a quien sirven mujeres pobres. Estas pobres mujeres que servían en esta casa por una miserable comida adoraban a una loca. El cinocéfalo es especie de perro. Él adora a la Luna, y ella le trata como a un perro. Pues peor lo hacen estotras con sus criadas, porque tratan a los perros mejor que a ellas. Mejor plaza es la del perrito faldero en casa de una mujer poderosa, que de criada valida. No tratan estas mujeres a sus criadas como a perros, sino como la Luna a los cinocéfalos. La Luna, cuando le da la gana deja a estos animales a oscuras, muriendo de hambre y llenos de angustia. Estas mujeres, en antojándoseles, pasan su dinero al mercader, al joyero, a la platería, al comprador, y dejan por muchos días a sus criadas a oscuras; esto es: sin ración y sin remedio. En viendo las infelices que asoma aquel casi inútil dinerillo que se les había escondido, le reciben adorando a quien se le da.

¡Válgame Dios! ¿Si pensarán las ricas que sustentan a sus criadas? Sin duda ninguna lo piensan, y sin duda ninguna se engañan. Quien las sustenta es Dios, porque lo que ellas les dan no basta: Dios, o les acorta los estómagos o les da a aquello poco que comen virtud de mucho, porque a no ser así la hambre las matara. Quien hubiere visto una ración de una doncella verá que es verdad lo que digo. No sé cómo no consideran esto los que tienen criados para andar con ellos más cumplidos. Pero no son todos malos en el mundo. Yo diré lo que pasó en mi presencia: quiera Dios que sirva de ejemplo a muchos.

A esta Corte vino de el ejercito de Cataluña un capitán de caballos, castellano viejo, hombre valentón, sumamente colérico y muy sencillo. Diole una ceática que le hacía de peor condición. Levantábase, pero no salía de casa. Eramos amigos y fuile a ver una tarde. Estando en conversación en dos sillas llamaron a la puerta —que no estaba más que encajada—, y él dijo en tono regañado: «¿Entre quien es!». Entró una mujer de buena estatura, de edad moza y no de mal parecer, con una mantilla negra en la cabeza y una cedulilla en la mano. Él así como la vio la dijo: «¿Qué quiere, señora?». Ella respondió: «Señor: en el Buen Suceso me han dado esta cedulilla, porque dicen que vuesa merced busca criada, y vengo a ver si vuesa merced quiere recibirme». El dijo: «Es verdad: criada he menester. Mire qué la tengo de dar». La mujer respondió «Diez y seis reales de salario y catorce cuartos de ración». A que él dijo, con harto mal semblante: «Hermana: vos sois ladrona. ¡Idos de ahí en hora mala!». La mujer respondió, vertiéndole sangre el rostro con

31.- 1667: 'la manos'

la vergüenza del ultraje: «Señor, yo no soy ladrona: lo que le he pedido a vuesa merced es lo menos que se le puede pedir y lo que dan en todas partes». «Y aun por eso digo yo que sois ladrona —replicó—. Porque ¿cómo es posible que os sustentéis con eso si no es comiéndome la mitad de mi comida? La cuenta está en la mano: una libra de carnero vale once cuartos y medio; un pan, cinco; medía azumbre de vino malo y aguado, siete, y cualquiera golosina que queráis añadir, que sí querréis, no os la han de dar de balde. Pues ¿cómo queréis vos hacerme creer a mí, siendo esto lo preciso para tenerse un cuerpo en pie, que os habéis de sustentar con catorce cuartos? Hermana mía: tres reales y medio os he de dar cada día si los quisierais, y si no, idos con la Madre de Dios». La mujer respondió: «Señor: el partido es muy ventajoso. Yo le admito y le agradezco».

Hasta aquí es lo que deste cuento hace a mi propósito, pero pondré lo que falta, porque a mi parecer hará gustosa risa.

La mujer prosiguió diciendo: «Si vuesa merced quiere fiador, tengo quien me fie». «Yo, hija, ¿para qué lo quiero? —respondió el capitán—. Por el miedo que me has de tener si me llevas algo te lo perdono. Sola una cosa te ruego, y es que los primeros días, cuando todos los criados sirven bien, me sirvas mal; porque si me acostumbras a buen servicio y luego me das con el malo no habrá hora de paz en esta casa». La mujer dijo: «Yo procuraré siempre agradar a vuesa merced. Y ahora, con su licencia, voy por mi arca». El capitán se andaba paseando, iba la mujer a salir por la puerta, y él la dijo: «¡Vuelve acá! Mira...». La moza volvió a la sala y él prosiguió desta manera: «Hija mía: no eres muy vieja y y no sé qué complexión tienes. No me meto en tu honestidad, que no me he de casar contigo. El bien o el mal que hicieres, para ti lo harás; pero voto a Dios que si me traes sombras a casa, que te dé tan grande bofetada...». Y diciendo y haciendo, levantó la mano, y la dio tan fiera gaxnatada que dio con ella en aquel suelo. El volvió las espaldas sonriéndose viendo el disparate que había hecho, y en mí hubiera hecho la risa lo que en la mujer el golpe si no me cogiera sentado. Ella se levantó diciendo: «¡Dios de mi alma! ¿Qué señor es éste?». El hombre la dijo: «¡Vén acá! No se te dé nada, que con esto no volveremos a reñir en toda la vida. Muchacho: dale de beber a esta moza». Diola el criado una taza grande de vino bueno, y él sacó de la faltriquera un real de a dos y se le dio para que trujese su hato, diciendo que aquél no entraba en la cuenta. La mujer le tomó y se fue. En quedando solos me dijo: «Amigo: cuando le dije lo de las sombras se me representó que las traía: arrebatome el enojo y dile el sopapo. En lo que toca al partido, me parece que he hecho una cosa cuerda, porque de esotra manera ella me matara de hambre comiéndome mi comida o yo me muriera de verla a ella morir de hambre». Pasamos a otra conversación, y cuando yo pensé que la mujer huyera del hombre siete parroquias, hela aquí: entra con su arca. Quedó en su servicio, y tan bien hallada que le sirvió hasta que él murió, que fue de allí a dos años.

Lo que pretendo que se saque de la narración es que lo que se les señala de alimento a los criados sea lo que basta para que coman, no lo que basta para hacerlos creer que comen. El hacerse servir dellos de rodillas no siendo Dios ni rey es soberbia muy desamedrentada; que no hay quien sea Dios si no es Dios no es dudable. Los reyes ya se sabe los que lo son. Quererse tomar adoración de rey el que no lo es, es detestable arrojamiento. El cinocéfalo es bruto y adora a la Luna. Quizá la adora porque la ve con diadema de luz, que si la viera sin corona puede ser que no la adorara. Con más desprecio que a brutos tratan a sus criados los que no teniendo ni apariencia de corona se hacen servir de rodillas.

Ya que el cinocéfalo nos ha servido en este discurso en favor de los que sirven, sirva ahora en utilidad de los que mandan. Una yerba hay, que porque tiene la figura deste animal se llama «cinocefalea». Ésta desarma innumerables venenos. La mujer rica que ve a su criada puesta a sus pies de rodillas porque la sustenta, considere que si ella no tuviera con qué sustentarse se viera de aquella manera a los pies de otra, y considere lo que lo sintiera no habiendo más diferencia entre las dos que cuatro maravedís, que se los lleva en un instante un despegue de la Fortuna. Tome de la figura de su criada puesta de rodillas este contraveneno para su soberbia.

Recogen las criadas las vasijas en que han bebido el chocolate, y quedan las visitas alabándole. Habla cada una en el que tiene en su casa. La desvanecida dice que el que ella tenía se hizo en un convento de monjas de Guaxaca para la Reina, y que su primo, a fuerza de dinero, le extravió y se le envió a ella. Los desvanecidos son los molinos de viento de las conversaciones, y como nunca el viento les falta, están moliendo siempre a los que los escuchan. La enfermiza dice que no es malo el chocolate que se hace en su casa, pero que su marido es tan bueno, que a título de presentársele a personas de quien necesita para sus negocios se le envía a su dama y la deja a ella a que se desayune con miel rosada. Revuélvensele con las preguntas de las otras los celos y dice cuantos defectos tiene el marido. Este es un gran defecto. Yo no pretendo que en las casadas no haga sonido de queja el golpe del agravio, que fuera pretender novedades en la Naturaleza. El agua es elemento muy blando, y si la hieren se queja. Quéjense, pero quéjense como el agua: un gemido tras el golpe y algunas lágrimas. De aquel golpe no hay más queja ni hay más llanto. La casada cuerda gima y llore junto al marido que la injuria en voz blanda y llanto ligero, que ella descansa y a él le dispone para la enmienda; peco pasado el primer dolor del golpe y ausente el esposo que le hizo, no se vea en ella, no se oiga, ni más llanto ni más queja.

No puedo dejar de decir esto a los hombres, porque la ocasión me llama: una de las mayores crueldades que se cometen en el mundo es la que hace un hombre casado con su mujer dándole celos evidentes. Si no hubiera nacido para él más que aquella mujer que le dio el matrimonio, ¿cómo sintiera que se le despegara? —apartome de las mordeduras de la honra y no hablo más que en la sensibilidad de amante—. Fuera para él terrible tormento. Pues para una mujer casada que es la que debe no ha nacido más hombre que el que tiene. ¡Vease ahora cómo sentirá el que se le desvíe! Sin duda alguna es dolor mortal.

Múdase la conversación y hablan en cosas de comer. Dice la doncella que lo que mejor le sabe, fuera del barro, son las cosas de leche. La dueña de la casa dice: «Hoy a mediodía comimos la mejor leche helada que los nacidos han visto; y aun pienso que ahora hay una poca». «¡Por amor de Dios, que la traigan! —dijo la doncella—. Y ella mandó a sus doncellas que trujesen la que había. Trajéronla, y fue tanta que hubo para todas y todas la comieron. ¡Cuáles andarían los estómagos destas mujeres para hermanar la leche con el chocolate! Tan natural cosa es como no haber paz en la casa donde hay mujeres, haber en los estómagos de las mujeres guerra con los enemigos que comen.

Dijo la viuda —acabando con la que le había quedado y recogiendo con la lengua la que se le había quedado en los labios—: «Oh, si estuviera aquí doña Fulana! —por otra amiga de todas—, y qué buena tarde hubiera tenido, porque muere y pena por estas cosas». Dijo la vieja: «Muchos días ha que no se deja ver. Tiene poca paz en su casa». Salió la desvanecida y dijo: «Las mujeres no basta que sean honradas, que es menester que lo

parezcan. Su marido ha sospechado algo por sus ojos que quizá a ella no le ha pasado por el pensamiento. La despejada dijo: «La sangre ruin engendra pensamientos ruines. Ella cumple con su obligación, y el pícaro no merecía descalzarla». La enfermiza, para averiguar lo que había en aquello, dijo: «En verdad que le tenía yo por hombre calificado». «¡Qué calificado! —dijo la despejada—. Mi padre conoció a su abuelo, y dice lo que ellos son». Con este resbalón da la mujer tan gran caída contra la honra de aquel hombre, que la hizo mil pedazos. La viuda, a título de hacerle al hombre justicia, dijo: «No le echemos toda la culpa al marido, que verdaderamente la amistad de aquella vecina de abajo ha estragado mucho a nuestra amiga». Y por esta abertura se entró a decir cosas de la mujer que eran para taparse los oídos. «¡Qué frío rengo el estómago» —dijo la enfermiza—. Y, compadecida, mandó la dueña de la casa que sacasen hipocrás. Bebiéronle todas sólo porque le vieron. ¡Qué lindo veneno labraron de tres cosas buenas! Prosiguiose la murmuración, y no pararon hasta que se despidieron.

¡Qué buena labor hace entre estas mujeres un pececillo, que llaman «púrpura», que entre dos conchas nada las profundidades de el Mar de Tiro! Éste es tan goloso que le suele costar la vida. Tiene la lengua tan aguda y tan dura como una espina. Suele introducirla por donde ajustan mal las conchas de otros peces que también viven entre conchas: ellos, por defenderse, se fatigan; él, por que la presa no se le escape, no se despega. Con la agitación del medroso se le hincha la lengua al atrevido: duélele y quiere sacarla, y como está hinchada no puede. Colgado muere de su golosina: luchando con ella acaba. En la lengua está el sentido del gusto, por el gusto de su apetito han tomado veneno estas mujeres. Muy dichosas son si su golosina no las acaba. No solamente está el sentido del gusto para la comida y bebida en la lengua, sino para la murmuración. Como una espina —ya está dicho— tiene la lengua la púrpura, y espina tan fuerte, que pasa con ella lo más fuerte de la concha del más bien guardado marisco: por allí le chupa la substancia vital, por allí le mata. Estas mujeres, con la dureza de su lengua desarmaron la bien fortalecida honra de la mujer ausente. Agotáronle la fama sin más fruto que regalar con ellas la lengua. ¡Oh púrpuras de lengua feroz con dos tan detestables golosinas!

Señoras: no es la santa tarde del día de fiesta para los vicios aquí representados, sino para cesar en los vicios. Para interrumpirlos hizo Dios el día de fiesta, por que dejándolos tan a menudo se desacostumbren y olviden.

EL JARDÍN

EL escudo de armas de los anglos es rosas y leones. El mismo escudo tiene el deleite: holgura, y estrago. Placeres hay que acaricien, pero entre los placeres leones que despedacen. Presto se hará esto patente.

Conciertan por el mes de mayo cinco amigos juntarse en un jardín la tarde de un día de fiesta. Encárgase de un plato para la merienda cada uno, porque no se tienen por vivos los que no echan a perder el tiempo que viven. Llega el día señalado y júntanse cerca del jardín todos. Entran, y aquel todo repentino hace a los ojos repentino y sabroso agasajo. Páranse en la primera estancia, como cobardeando el darse de golpe a todo el gusto de aquella selva. Entran a quitarse las capas y espadas en una sala que hay con sillas, bufetes y pinturas: las sillas, las que sobran en casa de su dueño; los bufetes, los que basta; las pinturas, las que son de allí naturales fábulas: mujeres, y hombres desnudos. Mal logro tenga de su habilidad quien los pinta. ¿No bastan para la conciencia los riesgos vivos, sin que le añada riesgos pintados? ¿Tan sin enemigos está un alma, que la aumentan enemigos? El que compra estas pinturas, ¿no ve que mete en su jardín demonios? Si en lo hermoso las desconoce, conozca que lo son por lo hermoso: aquellas figuras pintadas son demonios vivos. Bien puede ser su jardín paraíso sin que en él haya demonio.

Salen ya aligerados de alguna parte del peso del adorno, y van a parar a una fuente que, engalanándose de una garzota de agua, la vierte en una taza de alabastro de muchas maneras apacible: riendo como Aurora, bullendo como fuego de nieve, brillando como cristal, sonando como cítara y oliendo, con la fragancia de las flores, que con ella se mezcla, a agua destilada de flores. ¡Valedme Dios, y qué parecidos son los hombres al agua! El agua nunca es pura, la diferencia de sabores que tiene lo certifica: la tierra por donde pasa le da el sabor. Hermosa es siempre, pero con diferentes sabores.

Estos que están junto a esta fuente, todos son ahijados, y limpios. Uno brilla como verdad, y en lo profundo de su trato hay verdad poca. Otro ríe tan sin saber porque es como la Aurora. Otro bulle incansablemente, como si por dentro estuviera hecho de llamas. Otro suena a entendido y es un insensato. Otro huele a muchas cosas buenas, pero no tiene dellas más que el olor. El bullicioso empieza a burlarse de manos, el risueño lo celebra, el bachiller lo acusa, el cabal se desvía y el afectado se cansa. Las burlas de manos suelen traer pependencias de muchas veras: los hombres son como el fuego, que quisieran abrasar a quien los toca. No hay cosa manoseada que no se desluzga; no hay hombre que no se enfade de que le manoseen, porque ve que es deslucirse. Las burlas de manos no son ofensa, pero son un retrato muy parecido. En los retratos no hay nada, pero hacen presente lo que figuran. A las cosas retratadas las trata la vista como a verdaderas. No hay injuria en las burlas de manos; pero tienen presencia de injuria: mientras se padecen lo parecen.

Divídense de dos en dos por las calles del jardín, y el risueño anda de unos en otros. Quedan los unos en una calle que por una parte es pared cubierta de jazmines, y por otra vallado de rosales. La pared estrellada de aquellas radiantes y olorosas flores fingen un cielo verde, Penden los jazmines, y parecen luceros que cuelgan. Muévelos el aire, y se

juzga que llega el aire al cielo. Por esotro lado, aquellas generosas zarzas están tan llenas, tan cubiertas de rosas, que a no estar el sitio tan fresco creyeran los ojos que se quemaban. Detiéndense allí y añaden al agrado del sitio, de el alterno razonar el deleite. Apenas deja acabar razón el estruendo enfadoso del risueño. Los otros toman otra calle, que es por una parte pared de naranjos y por otra pretil de murtas. En la pared, ni se pueden sufrir ni dejar, de olorosos, los azahares. Las murtas son embarazo discreto para que la mano no llegue a las flores de que se están enamorando los ojos. Muchas se ven, y varias, y en alguna dellas variedad de muchas; Allí se mira el tulipán, que no parece flor, sino ramillete. Allí la clavelina con pintas de sangre: falsas y hermosas señas de viviente. Allí el jacinto, hecho de menudos pedazos de cielo. Allí el clavel, con su misma fragancia abochornado, y allí la azucena: copa de plata en que bebe el Sol aljófara y en que bebe aromas el aire.

Estando en este embeleso suave llega el risueño diciendo: «¡Graciosa gente están nuestros compañeros! Empecemos a hablar de un hombre conocido de todos, y dijo Don Fulano que era hombre a quien una felicidad hacia más soberbio que a un francés, y a quien una infelicidad hacía más abatido que a un gallego; y luego don Zutano, que pienso que se nos ha de quedar en el jardín por mortal, añadió, muy ponderado, que los bobos son como el marisco, que crecen y menguan con las lunas; que aquéllos con la dicha se hinchan y con la desdicha se embeben. Y que el varón cuerdo siempre es uno; y acabó la cláusula en una risada».

Uno de los que lo oían dijo que habían hecho muy mal de nombrar a su conocido para hallarle o ponerle una tacha; que lo uno no era caridad y lo otro no era justicia; pero que era verdadera la proposición general, y su comparación, ajustada. Él se volvió a reír, y uno de los que allí estaban dijo: «Hombre: déjanos hablar un rato en juicio». Y asomándose los dos de nuevo a las murtas empezaron a discurrir. Estúvolos oyendo un buen rato el risueño, y luego partió dando risadas hacia los otros a decirles lo que había oído. Grajo enfadoso, que andas graznando de rama en rama y llevando y trayendo cuentos: sosiégate, y no atiendas a lo malo y escucha y toma lo bueno. En llegando les dijo: «Amigos; ¡bravo negocio! Nuestros compañeros son ya hombres de importancia, que gobiernan el mundo». «¿Cómo?» —dijeron los otros—, y él dijo: «Sabréis que Fulano —que era uno de los otros dos— reparó, mirando a un cuadro de diferentes flores, en que era el Sol autor y padre suyo, y que luego las fiaba a la alquilada atención de un jardinero. A que el secretario añadió —éste era el otro compañero— que desta manera eran las monarquías y era preciso que fuesen, pena de no ser bien gobernadas. El príncipe soberano es el Sol de una república y padre común de sus vasallos. No puede acudir a las conveniencias de todos a un mismo tiempo: entrégales a ministros dotados de buena fama. Alquilales el desvelo y págasele muy bien, pero ¿basta esto? No basta, que es menester que dé de cuando en cuando atención singular a cada cosa. Así lo hace el Sol con sus flores y plantas: entrégales, pero visítalas. Aunque se interpongan la tierra de algunos embarazos y la tierra de algunos engaños, al cabo da vuelta a la tierra, deshace las nubes y va visitando por menor las cosas de su cargo. Con solos los jardineros, por buenos que sean, no estará bueno un jardín: es menester que le dé el Sol de cuando en cuando».

A esto dijo uno de los que le escuchaban: «Y ¿de eso hacéis burla? Yo me holgara mucho de haberlo dicho. Ésa es verdad muy cierta; con un ejemplo muy claro la haré más clara. Los reyes entregan a amas sus hijos recién nacidos: infelicidad precisa de los hijos

y dolor inescusable de los padres. Las amas, por la mayor parte, cuidan de aquel racional que se les entrega con desvelo y cariño. No parecen asalariados el cariño y desvelo, sino paternas. Tras todo esto, si el padre natural no le ve de cuando en cuando y se hace capaz del tratamiento pasará la criatura muchas descomodidades. El príncipe soberano es padre y señor natural de sus súbditos. No puede acudir a todas las cosas de su conservación por sí mismo, porque no caben en una comprensión. ¡Grande infelicidad de sus vasallos! Encárgalos a sus ministros. Muchos son los que hacen su obligación con rectitud y cariño. Tras todo esto, es menester la atención particular de el príncipe. Padecerán mucho aquellas gentes de que Dios le tiene encargado».

«¡Bueno! —dijo el risueño—. Pensé descansar de los otros bobos y he venido adonde añaden cansancios. Los jardines son lugar de bobear y no discurrir: vamos de aquí, señores». Fueron andando y salieron a un mismo tiempo con los otros a una calle través a quien tapaban el cielo con otro cielo unos hermosísimos emparrados. Juntáronse todos y fueron saliendo por entre unos frutales a un claro de menos aliño, donde en una pared anciana cubierta de yedras estaba embebida una fuente en los remedos de una gruta. Tenía a los dos lados unos escaños de madera teñida de verde. En el de mano derecha estaba sentado un hombre de edad madura, aun más encanecido que viejo, de rostro mal figurado, de aspecto profundo y de silencio misterioso. El hombre era de capa y espada; su vestido, de bayeta que empezó por octubre: no podía estar buena por mayo. La ropilla daba señas de tratada con descuido: en descuidándose la Fortuna con el aliño de un hombre se descuida él con el aliño. Tenía en la mano izquierda la mejilla, y en la derecha una hoja de la yedra y una rosa. Los ojos tan hacia su pensamiento, que aun a los que tenía delante no veía.

Uno de los que iban en la tropa festiva dijo, parando a los otros: «¿No conocéis aquel hombre?». Uno dellos respondió: «Sí: aquel hombre es don Fulano, de quien he oído decir que es hombre no de corto entendimiento y de larga lección». Otro dellos dijo³²: «Este hombre ha escrito muchos versos y prosas con admiración de algunos, con aprobación de muchos y con desprecio de otros». «Con esos altos y bajos —dijo el bullicioso— han tenido la fama todos los que la han tenido. Nada hay tan bueno que contente a todos, pero siempre es bueno lo que por mucho tiempo contenta a muchos. No hay entre los mortales obra sin tacha. No hay entendimiento bueno que lo parezca si no le perdonan algo. Los ignorantes no saben desta benignidad, por eso les cansa todo. Los entendidos, enamorados de lo bueno, pasan con humanidad por forzoso lo malo. Algo tiene bueno este hombre, porque he oído hablar bien dél a muchos entendidos». «Presto lo veremos —dijo el risueño—. Y él es muy desdichado si no hay buen cerebro detrás de aquella cara».

Fueron andando hacia él y llamáronle por su nombre. El hombre alzó los ojos, púsose en pie y recibió los con agradable cortesanía. Preguntáronle qué hacía allí tan retirado? Y él respondió que se había entrado en aquel jardín huyendo polvo de las calles, porque le fatigaba la respiración, y que luego se retiró a aquel sitio por no ser tropiezo a los que entraban en el jardín a holgarse; y que había elegido por compañeros aquella hoja de yedra y aquella rosa. «¡Oh, lo que vuesa merced habrá sobre ellas discurrido! —dijo uno dellos maliciosamente—. Y él respondió: «A ingenio tan pesado como el mío son poca espuela tan sutiles cosas. Cuantas hojas hay en este jardín y en el mundo son lenguas celestiales;

32.- Suplo 'dijo'.

mas yo, o las entiendo muy poco o no las entiendo, pero diré lo que me pasa. Cuando llegué a tomar en la yedra esta hoja se me representaron la pobreza y la vejez: la yedra siempre se abraza o con pared vieja o árbol viejo; pero el abrazo no es amor, sino lucha: para derribarle le abraza. La pobreza grande siempre elige viejos: abrázase con ellos hasta que da con ellos o en pobre o limosnera sepultura. No puedo negar que me desconsoló la representación, pero luego me consoló esta rosa. Es flor que la producen espinas. Las aplicaciones codiciosas son las espinas que llevan estas flores: unos gustos momentáneos que o los desbarata el aire o pocas horas los deshojan, y para gozarlos se mueve un corazón entre espinas. Mal por mal, mejor es pobreza desagradable que riqueza arañadora». «Harta lastima es —dijo uno de ellos— que vuesa merced no tenga muchas comodidades. Y ahora andemos, andemos un poco: gozará vuesa merced de todo el jardín, y nosotros de su amena conversación».

Empezaron a andar y llegaron a un ciprés. Dijo este mismo: «Éste es el árbol más dichoso que hay en el mundo, porque no tiene cosa buena y siempre le tienen estimado y regalado dondequiera que la urbana riqueza cría y regala plantas. Él no lleva flor ni fruto, ni pompa ni hermosura, ni aun sombra: él es un verdadero jeroglífico de que las dichas no están donde se merecen». «Muchas veces —dijo el anciano— pensamos eso de los dichosos y suele haber en ellos mérito invisible. Los cipreses son los predicadores de los jardines. Los jardines son unas oficinas donde se rehace la vida: allí son menester señas de la muerte. El ciprés es verdadera imagen de un difunto: parece amortajado en pie. Su inutilidad aviva la imagen. Luego es árbol que no reverdece si una vez se seca: no hay tan retrato de la vida humana. Fuera desto, era señal de un entierro, y no entierro cualquiera, sino entierro noble: sobre el sepulcro de Cipirisa, adorada hija de Borca, rey de los celtas, lo hizo plantar su padre. De su madera se hacían urnas para los huesos nobles. Los jardines siempre son posesiones de poderosos, y el ciprés les está acordando que en aquel sitio donde ellos renuevan la vida se cría la madera de que se hacen las arcas de la muerte». «Ahora digo —dijo el que le había hecho la acusación— que el ciprés es el árbol que lleva el mejor fruto, pues lleva el mejor aviso».

Pasaron adelante y vio uno un jilguerillo, enjaulado y no preso, en una rama de rosal. Preguntóle al anciano qué causa había natural para que las plumas de aquel pajarillo saliesen de tan diferentes colores, y él respondió con semblante apacible y voz mansa: «No lo sé». «Más vale saber decir eso —dijo el bullicioso— que saberla», y partió hacia una ventana que caía al paseo público. Ellos quedaron acá haciendo discursos a tiento: dolencia ordinaria de hombres sin letras. En esto estaban cuando oyeron decir al bullicioso en alta voz, mirando al campo: «Si van por la puerta». Preguntáronle qué era aquello, y él dijo: «Nuestra madre Leonarda —ésta era una vieja acarreadora de vicios—, que está con tres sobrinas postizas, me ha preguntado si podría venir acá y yo la he dicho que sí. Y a fe que no tienen las parientas nuevas muy desordenadas las caras». No entristeció a los otros las nuevas, y el viejo se mesuró.

Fueron andando hacia la puerta al tiempo que cerca della estaba uno de los criados que habían traído parte de la merienda regateando el porte con bien malas palabras con unos esportilleros descaperuzados, que porque son pobrísimos los quieren todos hacer más pobres sisándoles el justo estipendio de su trabajo. ¡Grande injusticia! ¡Dura impiedad! ¡Qué pensarán que son los esportilleros en la república? Unos de los pobres más

miserables que hay en ella. Ellos son tan encogidamente pobres, que parece que piden limonsa con su trabajo, que juzgan, que están obligados a trabajar, y que casi piensan que lo que trabajan no es digno de precio: tan corto es el que toman y el que piden. Tan sumamente son bien aplicados, que para trabajar trabajan: desdicha que sólo a ellos sucede en el mundo. Para que los ocupen andan ocupados y oprimidos de una espuerta de esparto que pesa por lo menos media arroba. Cuando está vacía, la cuerda de que pende les asierra el hombro izquierdo; cuando está cargada se le corta. Ellos son los jumentos racionales de España y los más baratos jumentos: como a una bestia los carga cualquiera, como a una bestia los manda. Menos el palo, padecen la misma fortuna, que una bestia. Y los que los ocupan son tan inhumanos que aun los quisieran más bestias, por que sufriesen más carga y no supiesen pedir.

Fuéronse, en fin, bien ofendidos y mal premiados. Aún se oían sus quejas cuando llegaron a la puerta Leonarda y su conducta. Entró con grande desembarazo, y las mujeres con un poco de vergüenza. ¡Oh mala mujer! ¡Válgame Dios, cómo se estremecerían los Ángeles de guarda de estos hombres y estas mujeres cuando esta mujer introdujo a estas mujeres con estos hombres! A mi parecer no sienten tanto los Ángeles de guarda la guerra que a sus encomendados hacen los demonios como la que les hacen otros humanos. Porque los demonios no les deben a los Ángeles nada, antes los miran con el sentimiento de ejecutores de su castigo; pero los humanos deben a otros ángeles, compañeros suyos, grandes beneficios, y es dolor muy sensible encontrar enemigos a los obligados.

Empezose a trabar la conversación y el viejo se desapareció insensiblemente. Ya sonaban en un cenador cubierto de jazmines los aparatos de la merienda. Este ruido fue muy gustoso para las mujeres, por indicio de que no era de todo punto inutil la tarde. Porque han comido son lascivos los hombres, pero las mujeres, por comer y porque han comido. Encendióse la conversación en deshonestísimas palabras. Ya tan sin razón se procedía, que parecían irracionales con articulación de palabras. La encantadora Circe sólo a Ulises no pudo convertir en bruto, y fue porque no le pudo hacer lascivo. Los deshonestos son brutos con piel de racionales.

En grande rato no cayeron los hombres en que el anciano se había ido, y cuando cayeron no lo ponderaron. Pues a fee que tiene muy alto el grito el silencio: bien pudieron oír aquella reprehensión sin palabras. Ellos juzgaron que el viejo se había ido porque aquel vicio no prende en aquella edad. Sí prende: todos mientras viven son hombres; tan natural es este apetito en los viejos como en los mozos. Hay para los viejos más acusación, pero no menos propensión. La acusación es injusta, porque está aquel entendimiento más doctrinado de los años; pero no por tener menos años los mozos se libran de justa acusación: todas las edades están obligadas a la honestidad, como rocas dentro del peligro de errar contra ella. Hombres: poned el oído del alma a las voces del silencio deste anciano ausente; huyendo dijo que en las batallas en que no se puede matar al enemigo, con huir dél se le quita la vitoria; con no dejarle qué vencer le vencen. Por no estar con vosotros se apartó de vosotros, y lo que avergüenza al bueno no puede ser gala para el malo. El no aconsejaros fue que desesperó de reduciros. Afrentaos de parecer tales que no hagáis esperanza de enmienda.

Llamáronlos a merendar, y iban hablando con las mujeres. Pasaban por junto a un cuadro en que había cinco fuentes pequeñas que sin aparato de copas salían por entre las flo-

res a que las flores les sirviesen de copas: fiel retrato de aquellos sentidos derramados en deleites. Detuvo a una mozueta la hermosura de el cuadro, y quedose con ella el que con ella iba. Parose Leonarda junto a ellos, y pareciéndole aquélla buena ocasión de subirle de precio al hombre el pecado, dijo: «¡Ah Leonorica: harto mejor jardín era el que tú tenías en Granada en casa de tu tío el veinticuatro! ¿Quién te dijera que habías de parar en esto? Pero no importa, que al cabo vendrá a ser tuya su hacienda; que no tiene hijos y piensa que estás en la Corte en servicio de una gran señora». El hombre, aunque no lo creyó de todo punto, por la duda empezó a hacer más estimación de la mujer para darle más por la deshonra. Mentiras hay tan esforzadas que, aun conociéndose que lo son, consiguen parte del afecto a que miran.

Llegaron a la mesa y sentáronse, ladeándose los hombres con aquella mujer que apetecían. Sentose Leonarda en la cabecera de la mesa —que hay culpas tan dichosas que gozan el premio de los méritos—, y uno de los hombres, que estaba ocioso porque no había mujer que le ocupase, empezó a hacer platos. Comían de dos en dos, y una de las mujeres estaba algo desapacible con las caricias del que las galanteaba. Cansose Leonarda, y dijo: «Muchacha: no seas tonta, que Juan merece mucho y lo hará muy bien contigo: conostrasle y verás cómo no te engaño. Y es demasiado desvanecimiento hacer lo que no hacen tus compañeras». ¡Bien haya Luisica, que roba con su agrado los corazones! Escribiendo estoy esto y se me está representando en esta mujer. un demonio: de demonio era el ansia con que estaba de ocasionar más pecados. Diablos hubo desde poco después que Dios crió ángeles, pero no huyo diablos humanos hasta que hubo alcahuetas: estas viejas parece que se pasan a naturaleza de demonios.

Despertaron las ensaladas el apetito, y el vino la sensualidad. Con ansia se comía, con libertad se obraba: no parecían sino animales de la piara de Epicuro. Bebíase muy a menudo como en sacrificio de la salud ajena. Lo que yo aseguro es que no era rogativa para la salud propia. Este solo rastro ha quedado de la idolatría en nuestras naciones: por la salud ajena beben. Quien ha de dar esta salud, ha de ser divino: Para el Dios verdadero no es un vicio sacrificio aceptable. No fuera ilación temeraria sacar de aquí que algo falsamente divino suponen. Bien veo que no lo suponen, y que sin más razón que porque lo han visto hacer lo hacen. Ignorancia es, pero ignorancia que parece que hace idolatría implícita y que se incorpora coa el error de los que adoraron dioses falsos. Por una salud ajena que no ha de medrar por aquello dan la vida propia. Si no es imitación de la barbaridad idólatra, emparenta con ella. Este modo, en fin, de obligar a beber bebiendo es vicio dañosísimo en Europa: muchas vidas cuesta, muchos secretos ha descubierto, muchas honras ha desmantelado, muchas pependencias ha movido. De miedo de estos males inventaron los romanos primitivos el beso de la urbanidad, por que registrase cada uno su templanza o destemplanza en el rostro ajeno, por que de vergüenza de los unos no bebiesen cantidad de vino que les pudiese salir a la respiración los otros. ¡Aguda providencia!

Anocheció, acabose la merienda y volvieron a derramarse por las calles del jardín. ¡Ay Dios! ¡Ay Dios! ¡Ésta es tarde de día santo? ¡Qué verdadero escudo de armas trae el deleite: rosas y leones! Rosas había en este jardín que divirtieran, pero también había leones que matasen. Las rosas eran los placeres lícitos; los leones, los vicios que se crían a escondidas entre esos placeres. Quien a los placeres lícitos va sin mucho cuidado pone su alma

donde se la puedan despedazar los vicios, donde pueda³³ ensangrentar en ella la garra el León de el Infierno. Diana no cazaba en selvas en que había leones: la honestidad no se ha de ir a entretener donde pueda haber culpas mortales.

De estas horas santas empleadas mal sacó esta gente daño para el cuerpo y para el alma: muy malas son la sensualidad y la glotonería para el alma y para el cuerpo. Pirro, rey de Epiro, iba muy a menudo al templo a obligar a los dioses con sacrificios para pedirles solamente salud. Éste tenía por el bien más grande, y de los bienes corporales es el mayor. Todos le piden salud al Cielo, y poquísimos se la piden a sí mismos: a sí mismos y al Cielo se ha de pedir la salud. Dios lo puede dar todo, pero puso parte de su poder en nuestro entendimiento: a nosotros quiere también que nos pidamos lo que a su bondad le pedimos, porque si contra lo que le pedimos hacemos, o es revocar la petición o desmerecer lo que rogamos. ¿Qué merito, qué concordancia tienen pedirle a Dios salud y hacer sin necesidad cosas que o la lastiman o la acaban?

LOS LIBROS

SIN utilidad nos vemos en los ajenos ojos, con utilidad en las palabras ajenas. En ellos nos vemos muchas veces; veámonos muchas veces en ellas. Esto se consigue leyendo. El más perdido se halla en un libro: muy perdido será si no se recoge. Muchos hay de tan buena elección que pasan leyendo la tarde del día de fiesta. Algunos hay, de los que leyendo se entretienen, que tienen mala elección: un piélagos hay de libros de entretenimiento tan inútiles y tan lascivos como el mar. Que el mar es inútil es claro: para nada su agua es buena. Que es símbolo de la lascivia es patente; de sus espumas fingieron los antiguos que se formó Venus. En la orilla del mar Occéano puso Hércules dos columnas en señal de que allí se terminaba el mundo. Su subscripción lo decía. Ésta era: el Occéano está después de todo, y después del Occéano nada. La razón ha puesto a la orilla de los libros inútiles y poco honestos estas dos columnas. Esta subscripción imaginaria tienen. Hasta aquí llega el mundo de las cosas buenas que hay en los libros buenos. Desde aquí adelante no hay nada.

Acaba de comer la doncella recogida el día sagrado. No ha de salir de casa aquella tarde, no ha de coger la calle ni aun por la ventana, y toma un libro para entretenerse. ¡Que bueno, si fuese bueno el libro! Toma uno de comedias: erró la carde. Empieza a leer blandamente. Vase encendiendo en la comedia, y ella revestida de aquel afecto, va leyendo y representando. Engólfase en una relación en que hay dos mil boberías de sonido agradable. Enamorase della y determina tomarla de memoria para lucir en las holguras recias. Llega a un paso tierno en que la dama se despide de su galán, porque su padre la casa violentamente con otro, y le dice que a él le lleva en el alma, que nada le podrá echar de ella. La doncella lo lee con el mismo desasimiento que pudiera si la estuviera sucediendo el caso, y le está

33.- Eds. consultadas: 'puedan'

pareciendo que si le sucediera fuera razón hacer lo mismo. Va andando por un paso de chanza, que es puerto para llegar a uno de celos, y se enfría como en un puerto. En los celos toma palabras con que reñirlos cuando los tenga; desea tenerlos por usar de las palabras. Ve luego una fineza que hace la dama por el galán aventurando su reputación y parécele cosa de grande alabanza hacer de aquellas finezas. Al cabo aderezan un casamiento todos estos errores y acábase la comedia. La moza queda doctrinada de amante, de celosa y de fina. Es muy contingente que use con quien la galantea de las enseñanzas, y como allí no hay poeta que los case, se puede quedar con su amor, sus celos y sus finezas, y sin marido.

Los libros de diversión han de servirnos como los espejos. De los espejos usamos para ver en ellos los descuidos, los defectos de nuestras personas, y corregirlos; no los ajenos errores para aprenderlos. No hay espejo en que no se vea el que le tiene delante: tampoco había de haber en el mundo libros que no avisasen de sus defectos a los que los leen y que enseñasen más defectos.

No quiero decir que todas las comedias son malos modelos para hacer costumbres: muchas hay de muy buen ejemplo, de sucesos que escarmientan sin lastimar y que son letra que entra con ajena sangre. Las comedias que más acuso son las que llaman «de capa y espada», porque éstas desde el principio al fin están hirviendo en afectos de amor. Las otras, que llaman «de caso» y que ordinariamente son de buena proposición, no las juzgo dañosas, pero no aconsejo que las lean. La razón es porque de necesidad inevitable tienen muchos pasos de amores, y quien no sabe entresacar lo bueno mezclado con lo que no lo es hace mezcla totalmente mala. Un ejemplo nos dirá la verdad. Hay un arroyo cristalino en un campo: precisamente ha de correr sobre la tierra y precisamente ha de ablandar la tierra sobre que corre: eso quiere decir «mojar».

Este arroyo es común para hombres y brutos. Rarísimo es el hombre que en él bebe, y el que bebe es con limpieza, tomando solamente lo puro, lo cristalino de aquel agua. Los brutos que beben son muchos, y éstos sin asco ni reparo. Primero meten los pies que la boca: con ellos enturbian el agua, y bebe la boca agua y tierra. Rarísima es la persona de buen juicio que lee comedias: ésta es lección de juventud muy verde. El prudente bien sabe apartar lo bueno de lo malo: éste bien sabe coger el aviso claro y dejar lo torpe en el fondo. Las personas de mal discurso que llegan a beber de esta lección son innumerables; mezclan con su mala atención lo amoroso con lo honesto, enturbian lo puro con lo impuro, y en aquellos renglones beben tierra, beben mundo y beben vicio. Si es inclinada a leer poesía esta doncella, lea la *Vida de San Josep*, de Josep de Valdivieso, el *Poema de la Cruz*, de Francisco López de Zárate, las *Rimas Sacras*, de Lope de Vega, y otros infinitos libros que hay de poesía santa.

Acaba de comer el día de fiesta el hombre casado, vase a holgar y deja a su mujer en casa aun más sola que el día de trabajo, porque en éste la labor la acompaña. No puede trabajar y quiere divertirse: toma un libro de narraciones amorosas: a esto llaman «novelas». Éntrase en un balcón, que es un aposento de celosías; siéntase con las espaldas a la calle y abre el libro. Empieza a leer, vuelve de cuando en cuando a la calle los ojos y revocaselos la dependencia del cuento, porque en esta lectura el principio hace gana casi incorregible de llegar al fin. No es mal efecto de este libro el apartar los ojos de esta mujer de la diversidad peligrosa de una calle. Fuera de esto, es lección adornada a largas distancias de sentencias que hablan con agrado y utilidad a la oreja del corazón. Luego no mueve ni

embravece tanto los afectos como la comedia, porque habla como que cuenta, y no como que padece. Más tiene este libro de inútil que de útil, pero poco de peligroso. No le doy por malo, pero quisiera mejor.

El ocio no es hacer nada, porque éste es ocio de muertos, sino hacer algo que deleite o que no fatigue. En el ocio, en no haciendo algo bueno es preciso caer en hacer algo malo; que aunque ello no sea malo por su naturaleza, lo es porque embaraza para hacer algo bueno, y así, es menester elegir buen ocio. En los guisados, primero que a lo gustoso se atiende a lo saludable. Saludable ha de ser y gustoso un libro, pero lo saludable ha de tener el lugar primero. Cardo guisado es plato sabroso; pero se diferencia en la substancia muy poco del agua con que se guisa. Las novelas es plato de tan corta sustancia, que la tiene en pocas briznas: más sustancia ha menester la buena salud de las costumbres. Las vidas de los Santos, en los libros que escriben sus vidas, tienen gracia de cuento y utilidad de ejemplo. Ruego muchas veces por amor de Dios que se use de estos libros.

Toma el seglar que estudió un poco de latín, después de comer el día de fiesta, un libro, el primero que se topa en un estantillo que tiene en un rincón de su dormitorio: acierta a ser de suspiros sonoros de poetas enamorados, de versos nupciales con poca honestidad escritos, de blandas elegías que ponen delante de las ojos cosas en que se quiebre los ojos el alma. Empieza a leer con una atención segura y obediente. Vase endulzando y lee con golosina, como con miedo de que no se le acabe lo que lee. Toma en la voz el sonido de aquel afecto y parece que está aquel afecto en el corazón de que sale aquella voz. Léidas con espacio y gusto, quedan por familiares de aquel corazón aquellas palabras, y sirven después de lo que en algunas familias algunos criados: de sólo hacer alcahueterías.

Parécele luego a este hombre que son de la misma especie que este libro las rimas humanas, y toma unas rimas. Lee un soneto doloroso en la ausencia de una dama un romance a un sueño con el favor de una cinta, unas décimas rabiosas con unos celos y una canción lastimosa en una despedida. ¡Que haya quien gaste en esto la tarde santa del día de fiesta! Esto ¿es más que aprender la lengua de la sensualidad y encenderse en los afectos en que se gasta aquella lengua?

¡Oh, no se lean estos libros! Pero si casualmente cayeren en las manos de alguno, haga lo que hacía un religioso santo de la orden de Santo Domingo. Tenía su celda una ventana que caía a la calle. Vivían en ella unas mujeres mozas a quien despertaban con músicas algunos mozos que las galanteaban. Despertaban, de camino, al religioso, que los que introducen música en una calle de noche llaman una atención que se lo agradezca y muchas que se lo murmuren. Conocía el Santo lo que aquello era, que no es la advertencia culpable donde no es menester el hurón de la malicia. Encendíase en emulación ardentísima, pero con diferentísimo objeto, porque él quería festejar a una mujer divina de quien era devotísimo: a la Madre de Dios. Decía con enojo santo: «Pues ¿cómo, Señora, cuando la juventud errada se desvela en festejar hermosuras que quizá no le han dado ocasión para este escándalo, yo, que os debo tanto y os he menester tanto, ¿no os festejo? ¡Ea! Perdonad el descuido y atendedme». Empezaba a entonar el himno cuyo principio es «Ave Maris, stella», con furor santo tan grande, que echaba la voz fuera de la proporción de la celda y de los términos de la música y alborotaba el convento. Quien cogiere entre las manos un libro de afectos de amor humano avergüéncese de estar él tan frío en el amor divino y dígame a Dios muchas ternezas; que cuando le falte el fervor que se las dicte, la razón que

hay para decirle muchas le deparará algunas, y por el mérito de éstas puede ser que le envíe hechas muchas el Cielo.³⁴

Tiemblo con el horror cuando considero que hay papeles en el mundo, en quien se estampan estas poesías. Bien veo que se permiten por la conservación de la elegancia de las lenguas; pero cierto que me espanta que porque enseñen a hablar bien se les sufra que den ocasión para obrar mal. En esta parte yo sujeto mi dictamen al de las repúblicas cristianas. Lo que no puedo tolerar es que los llamen «libros». ¿«Libros» han de llamar estos papeles? Libro quiere decir «maestro que enseña cosa buena»; pero el que nada bueno ni importante enseña, ¿por qué se ha de llamar «libro»? Los atenienses prohibieron por decreto público el que los esclavos tomasen los nombres de los varones que habían hecho cosa grande en servicio de la patria, porque llevaban mal que los nombres que significaban salud común anduviesen desterrados o violentos en sujetos indignos. ¡Oh repúblicas! Buscad nombres para estos papeles sin utilidad, y quitadles el de «libros».

Acuérdase después de comer el día de fiesta un mozo de los que desean parecer de todas buenas partes, de que ha de ir aquella noche a la Academia y que aún no ha escrito el asunto que le fue encomendado. El parecer poeta es la cosa más fácil del mundo, porque no cuesta más que hablar en números: el serlo, lo más difícil, porque cuesta decir divinidades, y hay pocos entendimientos que tengan caudal para hacer esta costa.

Este mozo era de los que con parecer poetas a cuatro ignorantes piensan que lo son, y en esta confianza toma un libro de Poesía española que le ayude a cumplir con la obligación de el asunto. Anda en él escogiendo las palabras por el sonido, como si escogiera cantarillas: la que no es de sonido grande la desprecia, y como lo macizo suena poco deja lo macizo: su intención es hacer poesía que atruene, no poesía que hable. Porque no se repara en los ratos serenos, piensa que son mejores los ratos del torbellino. Porque la mansedumbre discreta de la Poesía mueve a pocos, cree que es mejor la que turba y desasosiega a muchos.

Empieza su obra y va haciendo unos versos de mosto, que requeman y no regalan, que abrasan y no sustentan. El asunto es a una dama que corriendo por un jardín se le pegó una flor a la cinta de un zapato. Empieza el hombre a discurrir, y lo primero con que topa es aquello tantas veces repetido como errado, que el contacto de su pie produjo la flor en la tierra, Lo que en la tierra han hecho muchas veces los pies, por pulidos que sean, es deshacer o manchar las flores; pero hacerlas o formarlas, nunca. A esto me dirán que la Poesía levanta testimonios tan divinos. Lo que yo sé de cierto es que con estos testimonios que levanta derriba el juicio de las mujeres. ¿Qué fruto sacan los poetas de enloquecer las damas? Yo lo diré sin errar en mucho: hacerse indignos dellas. Como las persuaden a que su mérito es grande, quedándose ellos pobres, o hacerlas fáciles con los ricos porque piensan que los han de hacer pobres con lo que de sí piensan. El poeta que en grande alabanza de una dama hace una copla juzga que ve en la copla la dama solamente la grandeza del ingenio y el artificio de la lisonja, y ella cree que menos que apartándose de la verdad no podía el hombre decir menos. ¡Oh error ingrato y dañoso!

Pasa luego a ponderar la brevedad del pie, y tanto se le achica, que si aquello fuera verdad no pudiera tenerse sino en dos muletas. El fuego hiciera con estos pies poco menos

34.- Eds. consultadas: 'al'

que él hace. La hermosura de los miembros humanos es la proporción: si los pies de un cuerpo humano no tuvieran correspondencia en la cantidad con los demás miembros fueran feos y erraran hacia la pequeñez; fueran pies de oso, que ni son hermosura ni firmeza. ¡Válgame Dios, en lo que se ve huyendo de las bajísimas voces «zapato» y «cordobán»! Al fin va a parar en «coturno». ¿Qué tiene que ver con el calzado de ahora? Lo que las sandalias con los zapatos, y calza a la pobre mujer de tragedia. En las coplas de más adelante dice que aquellos pies son unos copos de nieve aprisionados sin estrechez en las breves prisiones del calzado; y si esto fuera así, o la mujer se estuviera muriendo o anduviera con grandísimos dolores de vientre. Quiere hacer creer a todos que aquellos pies descalzos son unas migajas de nieve de linda labor, y no ha habido pie descalzo en el mundo, que no dé horror mirarlo. ¡Dios de mi alma! ¡Que gasten los hombres de entendimiento la tarde del día de fiesta en estos disparates!

No sólo no tengo por culpables los concursos de las Academias de Poesía, sino por muy loables. Ellas obligan ejercitar con fatiga el ingenio, y como al yerro le hace relumbrar el uso, al ingenio le hace lucir la fatiga. En ellas se desembarazan los mozos para hablar en público, y de turbarse donde no importa sacan el no turbarse donde importa. En ellas le cogen al aplauso el sabor y se engolosinan en el aplauso. En ellas se aprende la urbanidad de no desconsolar al que obra con corto ingenio, a tratar con humanidad discreta la humanida⁴ defectosa del prójimo. En ellas se aprende a chancear sin hiel y a punzar sin dolor; y en ellas, en fin, se estudia la lengua de la Poesía, de donde sale sin poesía y con elegancia la prosa. Lo que culpo en las Academias es la mala elección de los asuntos. Debiéranse desterrar totalmente los amatorios. No los pretendo tan severos como si los repartiera Catón: quiérolos festivos, pero quiérolos honestos. Ellos son la espada negra del entendimiento, que le habilita para cosas de grande importancia; mas nadie me negará que fuera locura grande tomar espada negra que cortase por la empuñadura. Asuntos poéticos que hieren la razón del alma que se encarga de ellos son muy malos asuntos. El acónito es veneno tan cruel que aun con el contacto mata. Los asuntos sin honestidad, aunque el que los discurre piense que no los bebe, es peligro mortal del alma el tocarlos. ¡Huyamos, por Dios, huyamos dellos!

Luego de las Academias sale otra cosa digna de reprehensión, que es andar leyendo después a los conocidos los papeles sus dueños. Ya dije que aquellos asuntos son la espada negra del entendimiento, que habilita para cosas de importancia grande. Todos saben que en acabando de hacer ejercicio con una espada negra se deja en un rincón de los más escondidos. Ninguno hay que sin que le tuvieran por loco saliera con ella a la calle. Pues en verdad que lo que se aprendió con ella suele importar la vida. No importa, que no todo lo que hace buena obra hace buena compañía. Los papeles académicos, allí y para allí son de utilidad. Leídos después por ostentación, o hacen calumnia o significan flaqueza.

Queda después de comer el día del ocio santo el inclinado a la lección de la Historia deseando que pase el rato en que no se ha de poner estorbo a los primeros hervores de la digestión, porque si el alma impide esta operación al cuerpo, vuelve después a ella con tardanzas de rogado y con desdenes de ofendido. Para lo que desea la velocidad deste rato es para tomar un libro de Historia y gastar en él la tarde. Él tiene muy buena elección, porque la Historia entretiene dulcísicamente. Hace, para la prudencia, que hayamos vivido

lo que no vivimos; danos las experiencias de vida muy larga en vida tan corta; hácenos señores de la vida ajena para los buenos acuerdos de la propia.

Si la Historia se lee con prudencia es uno de los ratos más aprovechados de la vida; pero suele o la poca atención o la mucha hacer inútil y vicioso este rato: leerla con velocidad por alcanzar presto lo que está adelante es dejarse muy atrás lo que queda atrás, y a manera de río, llegar al fin de su carrera sin impresión ni señal de las guijas por donde pasó. El leer historia quiere sosiego de estudio, quiere —digámoslo así— atención esponjosa que se vaya llevando el jugo que encuentra. Leerla con censura prolija y paladar enfermo es echar un vicio en una acción honesta. La mucha atención en esta lectura significa genio político. Y porque esta palabra «política» no la he visto bien declarada en nuestra lengua, procuraré explicarla lo mejor que pudiere.

Lo primero, es adjetivo que tiene el sustantivo embebido. Éste es «arte», que quiere decir «arte de pulir y ordenar». Este adjetivo se deriva del nombre «Policía», que quiere decir, en sentido común, «gobierno»; pero su primera significación no es sino «aliño». Y a mi parecer la palabra «policía» se deriva de «pollex»; que aunque «polícia» se escribe con una «l» y «pollex» con dos, por quitar la aspereza de la pronunciación si se dijera «pollicía» convirtieron la «l» segunda en «i» y dijeron «policía». Que se deriva de «pollex», en mi entender no tiene duda, porque esta voz significa el dedo primero de la mano, que por ella le llaman «pulgar», que es el dedo con que se perficiona y aprieta: con mano sin dedo pulgar, ni se puede hacer nada bien ni apretar nada mucho. Ahora pues, como el gobierno civil y el particular han menester aseó y fortaleza, por eso se llama esta arte «política». Querer que esta palabra signifique más el gobierno público que el particular me parece antojo y no razón, porque la república no es más de una familia grande, y la familia una república pequeña, con que el gobierno de la familia corta será político, y el de la república grande también.

Esto hecho con medios honestos y lícitos es virtud o discreción; pero esto no se tiene ya por política, sino por candidez desaprovechada: política sin grandes malicias no lo parece. Al que tiene por político el mundo es al que emboza la envidia de lisonjas; al que en virtud del disimulo sabe ser sin riesgo propio enemigo; al que representa en la amistad al odre en la puerta del botero, que está, con apariencia de lleno, vacío; al que enreda de tal manera a los hombres, que es más fácil salir de un laberinto que de sus mañas; al príncipe que sólo para engañar usa del juramento; al que camina al fin sin dársele nada de los inconvenientes de la senda; al que llama a los cargos a los facinerosos para exprimirlos luego, y al que tiene inquietud interior para engañar a todos y no fiarse de nadie. Nadie se enamora leyendo destas maldades, porque lo que agrada se imita fácilmente. Los corazones políticos no están tan hondos que en breve tiempo no se vean, y mueven contra sí los corazones. El sol de un día descubre las cosas exteriores; el de muchos, las interiores. La luz de las falsedades luego luego deslumbra y después alumbra. Corta vida es la del embuste de los políticos: en breve tiempo quedan aborrecidos y sospechosos. El Cielo tiene luz por dedentro y por defuera. El día en que el Cielo quiere que la tierra sea Cielo debemos aprender celestiales luces para el pecho y para las palabras.

A las tres de la tarde el día de fiesta entra en una pieza en que tiene gran número de libros un hombre a quien dan más vanidad que enseñanza. Los libros cerrados se estudian por defuera, los abiertos por dedentro. De los cerrados no se aprenden más que los rótulos, de los abiertos las materias. No puede tener muchos libros abiertos el que

estudia una facultad punto por punto: con pocos tiene hartos, los demás le sobran. Los muchos libros, las más veces son embuste para la fama: los que los ven en los estantes los consideran trasladados al pecho de su dueño, y miran en aquel pecho toda aquella librería desatada en venerables conocimientos. Engañanse, porque de todos aquellos libros no hay en aquel hombre más que la malicia de hacerlos testigos falsos. Y doy que los tenga para estudiar: por esta misma razón es inhábil para tenerlos, porque el que no conoce que la varia lección es más distraimiento que estudio no tiene entendimiento para comprender lo que estudia. Si hubiera en el cielo muchos soles encontrados no vieran los hombres: lo que alumbrara un sol deslumbrara otro. De la manera que los ojos no pueden sufrir más de cierta cantidad de luz, no pueden los entendimientos sufrir más de cierta cantidad de enseñanza. Para conocer melones es menester toda una vida; para saber razonablemente una facultad son menester ciento. Nada sabe quien estudia muchas cosas; algo sabe quien estudia mucho una.

Sólo para una cosa son buenos los muchos libros, que es para prestarlos a quien desea aprender de ellos y no los tiene. Lo primero que hace este hombre es negarlos a quien se los pide, y le sabe que le pidan prestado un libro a lo que le sabe que le pidan una figura de un tapiz prestada al que tiene colgada una tapicería. Hablemos claro, señor mío: si los libros son colgadura, trataremos de comprárselos por lanas.

Llega un hombre, bien aplicado, que está escribiendo un libro de Historia, obra tan necesaria en todas las repúblicas, y pídele prestado un libro histórico de poco valor. Él se le niega con las mismas ponderaciones que si aquella Historia estuviera colorida por el pincel de Ticiano. Entra un médico curioso y dícele que tiene necesidad de tal libro para el conocimiento de la virtud de tal planta para acabar de ajustar un remedio nuevo que ha de ser de grande utilidad al mundo; que tiene un enfermo en quien hacer la experiencia: que le haga favor de prestársele por aquella noche. Y él le dice que aquello es querer matar a uno para sanar a otro, que busque por otra parte su remedio. Es muy favorecido suyo un abogado que empieza: llega y dícele, muy confiado, que el día siguiente ha de ver un pleito eclesiástico, que le preste tal autor, y él le responde que estudie allí el punto. El mozo le dice que nadie ha estudiado en casa ajena que haya hecho noticia propia. A esto replica que nadie ha prestado libro propio que no le haga ajeno, y que él no quiere ver ajeno su libro.

¿Hay tal crueldad? No puedo creer sino que este hombre se holgara que todos los hombres se convirtieran en brutos por que le dejaran sus libros en paz. Nadie puede dar en el mundo lo que no tiene si no es el que tiene muchos libros, porque con prestarlos da a saber muchas cosas que él no sabe. Nobilísima mendiguez es la del alma que pide ciencia para ser más racional y para sustentar y lucir un cuerpo ilustrado con la dignidad de ser su compañero. Criminosa impiedad es negarle el socorro de la ciencia por no prestarle un libro. Los más destes libros son comprados en los suelos de los patios de Palacio en un enlodado serón de la plazuela de Santa Cruz, a tan corto precio, que lo más que se dió por ellos fue bajarse por ellos. ¿Por qué lo que costó tan poco ha de costar tanto de guardar, y más cuando es mérito el dejarlo perder?

Enfadado ya de que le pidiesen libros prestados, se encierra por dentro en la librería y empieza a entresacar de los estantes los que tenían las encuadernaciones maltratadas para hacerlos encuadernar de nuevo. Esto es lo mismo que si anduviera uno por los sepulcros a sólo renovarles las mortajas a los muertos: cuerpos muertos son los cuerpos de los

libros que hay en estos estantes, pues a nadie son de provecho. ¿Qué importa que tengan las mortajas carcomidas? Cansado, al fin, de estar en pie tanto tiempo, toma un libro pequeño y se sienta junto a una ventana. Es el libro la *Vida de Estebanillo González*, un mozo de hatos de la comedia. ¿Para leer en éste compra vuesa merced tantos libros? ¿No está por ahí la *Ciudad de Dios* de San Agustín? Allí está: en tarde tan sagrada bueno será ser pasajero de ciudad tan divina.

SANTIAGO EL VERDE EN MADRID

QUÉ engañoso es el mundo! El descanso que promete en las fatigas son otras fatigas. De holgura a trabajo no hay más diferencia que el nombre, si no es que a veces sea holgura mayor trabajo. Deseando están la tarde del día de San Felipe y Santiago, que es a primero de mayo, cuantas órdenes de gente seglar contiene la Corte. ¡Válgame Dios! ¿Qué querrán hacer con esta tarde santa más que con las otras? Bajar al Sotillo. Y ¿qué es Sotillo? Un pedazo de tierra que dista de Madrid, por cualquiera de sus salidas, más de un cuarto de legua. A la ida muy cuesta abajo, ¿cuál será a la vuelta? Hay en ella unos árboles, ni muchos ni galanes ni grandes; más parecen enfermedad del sitio que amenidad influida. Humedece este soto, dividido en listas, Manzanares, poco más que si señalaran la tierra con el dedo mojado en saliva.

Estas no son cosas de llamar gente: algo más debe de haber. Unas pisadas hay de unas paredes, o unas mal averiguadas reliquias, de una ermita que se dice fue dedicada a estos dos Apóstoles. ¡Oh inaudita devoción de la Corte, hacer peregrinación gustosa a venerar las señales de unas paredes que fueron santas! De cuantos bajan al Sotillo, no debe de haber tres que sepan que hubo en él tales paredes. Pues ¿a qué bajan? A verse unos a otros. ¡Oh sagrados principios de las cosas! Este concurso le empezó la devoción y le conserva el vicio. No se caerá tan aprisa esta mala costumbre como las paredes de la ermita. De más duración que de cal y canto son los vicios públicos.

En fin, a verse los unos a los otros bajan. Pues ¿no conseguían lo mismo con concurrir en la calle Mayor? Sí, pero no sabía tan bien, que costaba menos trabajo. La fiesta que muele es grandísima fiesta. Peor que las letras en el rostro del esclavo está el florido adorno en las mujeres. Las letras publican al esclavo fugitivo, pero le enmiendan: la demasiada gala publica a una mujer ligera y la hace más ligera. El esclavo señalado no halla quien le compre, con que es fuerza que esté siempre debajo de la saludable crueldad del dueño que le señala. La mujer adornada mucho es de muchos apetecida, con que se empeora la fortuna de su alma. Y siendo así, que el adorno grande en las mujeres hace una nota en su honra y un riesgo muy esforzado para su conciencia, hay innumerables mujeres que ansiadamente le solicitan.

Un mes antes del día del Sotillo está pensando la dama que ha de ocupar aquella tarde estribo en coche, qué gala sacará que embelese los otros coches. Piensa mil boberías de varios colores; comunícalas con el galán que le ha de dar el coche y la gala, y él indetermi-

nable en la confección de el vestido, la dice que se lo deje comunicar con su camarada don Fulano, que tiene donde saborear vestidos. Es el dicho camarada un mozo ocioso, pobre, vicioso; de cuerpo de caballero, de habla de bien criado, y de impacencias corregidas que señalan debajo del entendimiento grande profundidad de valor. Desta profesión llenan³⁵ muchos hombres los lugares muy grandes. Déstos, algunos fueron soldados mientras pensaron que era holgura la guerra, y la dejaron porque vieron que era muy peligroso el arrepentimiento tardío. Otros sirvieron a señores mientras creyeron que los podrían mandar, pero en viendo que son señores y amos huyeron dellos, y otros ganaron su patrimonio en Salamanca, afilaron el pico en cuatro o seis libros de comedias y viniéronse a la Corte a ser hablantes. Todos estos baldíos andan en los lugares populosos como en algunos campos unas yerbezuelas que ni tienen raíz ni sustancia propia, pero agárranse de una piedra y danse tan buena maña, que sacan jugo della y se sustentan de chuparla. Ellos, pues, como se hallan sin raíz y sin virtud, con el ansia de vivir se agarran de un rico sin reparar en que es una piedra; pero, al fin, sacan sustancia dél y viven.

Comunica nuestro galán con su chupante el vestido que ha de sacar su dama el día del Sotillo, y como no ha de pensar en cómo lo ha de pagar tiene más lugar de pensar en cómo ha de ser, y guísale sabroso, y guísale, como por libro de cocina, a muchísima costa: procura tener la parte que puede en el mérito por ver si puede tener parte en el merito, y cría traidora esperanza para el premio. Llega la noche del último día de abril y no duerme a derechas el galán que ha de dar coche a su dama el día siguiente, téngale propio o no le tenga. El que le tiene propio hizo herrar las mulas aquella tarde; acostose temiendo no le hubiesen clavado alguna y durmió cojeando: El que no le tiene propio, sino ofrecido, se acuesta temblando de tantos accidentes como se llevan una palabra, y el ruido que hace el coche en su sueño le despierta aquella noche treinta veces. Siempre se sueña lo que se teme. Enfermedad es de la noche lo que inquieta de día. No sé qué ha de hacer el Cielo para que no seamos malos, más que llenarnos de espinas los vicios.

Amanece, pues, el deseado día que da principio al mayo, y abre la tierra tantos ojos cuantas rosas despliega. Los ojos de la tierra son las rosas: la semejanza y amistad que tienen con los ojos humanos lo dice. Lo más hermoso del cuerpo humano son los ojos; las rosas son lo más hermoso de la tierra. Tanto es el amor que tienen las rosas a los ojos del hombre, que sólo parece que nacen para ellos. Entre cuantos medicamentos hizo la Naturaleza para nuestros ojos, en pocos puso tanta eficacia, en ninguno tanta seguridad, como en la rosa. Lo primero que hace esta flor amiga en dilatándose por el aire es ahuecar las hojas para coger y guardar el rocío de la aurora. Por la naturaleza del humor y el contacto del vaso, es el mejor colirio que se halla para los ojos enfermos. Cocidas sus hojas, se desatan en tantos ojos cuantas lágrimas llora el alambique; cualquiera gota de aquéllas le restituye la luz a una vista. Y pregunto: ¿serán buenas las rosas para los ojos del entendimiento?

Todos los corazones que aman a una cosa aman todas las cosas a ella semejantes. Muy parecidos son los ojos del alma a los ojos del cuerpo. Con los ojos del cuerpo se distingue lo bueno de lo malo; con los ojos del alma se distingue lo malo de lo bueno. Con los primeros en las cosas corporales; en las espirituales con los segundos, Muy bien cura los ojos del entendimiento la brevedad de la vida de la rosa, la verdad de su hermosura, da muy bien

35.- EDD. consultadas: 'lleuan'

a conocer de la hermosura humana la mentira. Cierto que no parece que hubo rosas el año pasado, según estamos este año de ciegos: rosas hubo, pero no quisimos nosotros usar de sus avisos. Bien pudimos ver en los ojos de la dama más hermosos que con dos horas de sereno amanecen tan lastimados que es menester crueldad para mirarlos con sosiego. Bien pudimos ver en las mejillas de mejor medida que con un flemón que dé en una quedan feísimamente desiguales. Bien pudimos ver en la boca de mejor hechura y color que una postilla óue una calentura arroja al labio la deja con horror de llaga; y pudimos ver una enfermedad que da muy a menudo en las bocas de las damas queridas, que es un despedimiento repentino: cosa que obliga a cualquier hombre a guardar muy bien su corazón de aquella pena, y de aquella rabiosa ingratitud su dinero.

Pues aún no hemos visto todo lo que pudimos ver, veamos ahora algo de lo que no vimos. Pudimos conocer la falsedad de la hermosura de las mujeres en la certeza de la hermosura de la rosa. Póngase el que fuere curioso —algunos lo habrán hecho— a ver cómo una rosa amanece: la verá salir del abrigo de sus hojas (flor, en fin, de entre el invierno y el verano) con la púrpura transparente del verano sobre la nieve del invierno, colores verdaderamente suyos, indubitavelmente sanos. Y si los ojos no le dieron de esto toda la fe que merece, no deje hoja en todo el rosal que no mueva, a ver si esconde ministros del engaño. Vea amanecer una dama, la que a él le pareciere a todas horas rosa: la hallará con el cabello apretado en trenzas y con la cabeza sin cabello, de tal arte trabado lo uno con lo otro, que parece cabeza de loca que se ha prendido al pellejo tiras de bayeta. Los ojos donde suelen estar, pero sin las cejas con que anohecieron. Las mejillas pálidas, la nariz morada, los labios secos, los dientes turbios, el aliento pesado y la garganta sin lustre. Pues ¡válgame Dios! ¿Qué encanto es éste? A las once del día todas las señas tiene de rosa. Váyase tras de ella en saliendo de la cama y verá el encanto. Sale en enaguas y justillo; vase al sitio determinado para la reformation; siéntase en una almohada pequeña; arrímale la criada un espejo hendido a un taburete bajo; abre ella una arquilla que tiene a la mano derecha, y saca della más aderezos de engañar los ojos que un jugador de manos de la bolsa ceñida. ¡Paciencia de Dios! ¡Y las maldades que se pone en aquella cara!

Mientras ella se está traspintando por delante la está blanqueando por detrás las espaldas la criada, que arrollando el justillo hacia las sangraduras lo permite. Esta es tarea larga y trabajosa: yo pienso que ha de venir a parar en albañiles. Acabado este negocio, se encargan ambas de la provincia de la cabeza. Una peina por delante y otra por detrás, correspondense ambos gobiernos y queda el pelo muy bien ordenado. Si las mujeres supieran gobernar sus pensamientos como su cabello, fueran las mejores cabezas del mundo. Remata esa obra una lazada de colonia de color alegre y remátala con agrado. Ya este demonio ha tomado forma de ángel de luz, y son tan bobos los hombres, que sabiendo que todas amanecen demonios se dejan engañar de la luz mentirosa que se aplican. Por cumplir con ellos vestiglos se hacen pedazos.

Haciéndose pedazos andan el primer día de mayo por la mañana los que han de dar coche a alguna dama a la tarde. Por el suceso siguiente se verá cuáles andan. En la calle del Príncipe posaba un caballero de Burgos que gozaba cumplido mayorazgo. Éste había ofrecido su coche para el Sotillo a una dama que galanteaba. El mismo día a la una llegó a su posada a caballo el Corregidor de Madrid, que era su tío, y sin apearle le envió a llamar. Él salió, y el Corregidor le dijo: «Sobrino, yo he menester dar un coche ella tarde, y no le

tengo porque en el mío va mi mujer. Tan grande es el empeño, que será menor cualquiera razón que haya para no dármele; y así, el de vuesa merced esté esta tarde a las tres a la puerta de mi casa. ¡A Dios, que es día muy ocupado!».

Fuese, y quedó el hombre en el umbral de la puerta, tan sin movimiento y sin voz como si fuera de piedra. Cobrose un poco, y díjole a un criado con voz desagradada que en comiendo las mulas llevase el coche a la puerta de su tío, y entrose en su cuarto. En él tomó la espada y la capa, y sin acordarse de que había de comer aquel día se salió de la posada como fuera de sí. Cogió la calleja de la Lechuga, que estaba enfrente, pareciéndole que hombre a quien sucedía aquel desaire no podía andar por calles en que hubiese luz. Entrose luego por la del Gato, también por calleja, y salió, sin saber donde iba, a la Plazuela del Ángel. Como era mediodía, estaban a las puertas principales algunos coches sin mulas, y entre ellos uno con una cedula, señal de que se vendía. Reparolo el hombre, crecieronle un tercio los ojos, partió como una flecha al coche; informose, de la cédula, de la persona con quien había de tratar de la compra, y encontrola fácilmente, porque la hora le tenía en casa.

Empezose a hablar en la materia y el dueño del coche le conoció la enfermedad al Buralés y pensó en vendérsele como si le vendiera la salud. Hizo el comprador que sacasen las mulas al patio, más por ver si estaban vivas que por ver si eran buenas. Concertó, en fin, el coche lo más apriesa que pudo, por que no se arrepintiese el dueño de venderle aquel día, y concertole en setecientos ducados de contado. Hízole poner, y con la persona que había de recibir el dinero se fue en él a su posada. Sacaron cuanto dinero suyo había en ella, que fueron seis mil reales, y por los mil y setecientos que faltaban dio una sortija de diamantes en prendas a quitar el día siguiente. Nadie ha cogido de repente una corona con tanto gusto como él estaba con su coche repentino. Enviósele a la dama y vino por él el coche de los amigos que le habían de llevar a la fiesta. Encontró en el campo a su dama: ella le hacía con los ojos halagos y él echaba el corazón por los ojos. Anocheció, pasose a un estribo del coche en que ella iba y acompañaola.

Amaneció el día dos de mayo y hallose con dos coches y sin blanca. Fue preciso vender con mucha brevedad el uno, porque los estómagos son acreedores muy puntuales. Sacó el más moderno a la Puerta de Guadalajara y despachole presto. En cosa comprada con necesidad y vendida con necesidad bien se conoce cuál sería la compra y cuál sería la venta. Él compró el coche en mucho más de lo que valía y le vendió en mucho menos de lo que valía: dióle en docientos y cincuenta ducados. ¡Oh gallardía española dar por el alquiler de un coche de sola una tarde cuatro mil novecientos y cincuenta reales! ¡Linda limosna hizo, por cierto, la tarde santa del día de dos Apóstoles! Este coche hizo por entonces con este hombre lo que su carro con Plutón, que le metió en el Infierno con una dama.

Dan las tres de la tarde y empiezan a bajar los coches, llenos de mujeres los unos, llenos de hombres los otros. Al llegar al Hospital de la Pasión los que llevan el camino por la Puerta de Atocha ven salir un entierro de una pobre a quien algún deudo suyo enterraba en la parroquia. Va en un medio atahud una mujer descubierta a quien la muerte no la pudo quitar las señales de moza. Llevola toda la hermosura, pero dejó los puestos que ocupaba: poco sitio en la boca, mucho espacio en los ojos. Lo restante del cadaver va cubierto de un sayal de San Francisco. Más costoso traje debió de gastar su vida que su muerte. ¡Ah señoras damas! Gran sermón, y breve: mujer moza, hermosa, muerta y pobre. ¿Qué se les da a las otras de eso? Pues a fe que si no toman el sermón de memoria

que les mando mala ventura. Tampoco eso creen: cualquiera dellas se persuade a que ha de llegar a muy vieja, a que no ha de perder la hermosura y a que ha de vivir tan rica que lo sea mucho después de muerta. ¡Andad de ahí, ignorantes, que no sabéis lo que os creis! Los mismos días en que vivís os enseñan que no son de un tamaño las vidas: por junio muere el día viejísimo; de muchas horas menos por octubre; por diciembre es tan corta su vida, que sólo vive aquel corto tiempo que es menester para aparecerse y desaparecerse lo uno tras lo otro: más parece relampago que día. Un mismo Sol les dio la vida a todos; un mismo Sol se la desiguala. Bien podrá hacer lo mismo el Autor de la nuestra, pues es más poderoso que el Sol. ¿Seréis vosotras los primeros árboles a quien han quitado la fruta verde? Seréis las primeras mujeres a quien haya Dios quitado la vida antes de nacer?

Muchísimo tiempo ha que se usa morir mujeres mozas. Muy de mujeres es andar al uso. Guardaos no os metan en éste en castigo de que os metéis en los otros. Si os persuadís a que nunca perderéis la hermosura os engañáis. Las cosas a que os comparan los que os alaban os desengañarán. Fulanica, dicen, es como una rosa, es como un clavel, es como un jazmín. Vélgate Dios, Fulanica jazmín, Fulanica clavel, Fulanica rosa! Si es tu hermosura como la de la rosa, del clavel y jazmín, ¿por qué piensas que ha de ser más durable que la del jazmín, el clavel y la rosa? Crees lo que te está bien y no lo que te está mal; pues más cierto es lo que te está mal que lo que te está bien.

También os persuadís a que habéis de morir ricas: también os engañáis. Confíeose que hacéis de muchos ricos pobres; pero vosotras por eso no os hacéis de pobres ricas. En el aire que hay entre ellos y vosotras se vuelve aquella hacienda aire. Sale de mano del hombre rico y amante el dinero en doblones y reales de a ocho, y llega a vosotras en empanadas, en dulces, en pollas de leche, en chocolate, en cintas, en abanicos, en guantes, en puntas, en manguitos, en vestidos que se estrenan hechos pedazos con los embustes de la gala, en países, en sillas y en otras muchas cosas, que o se vuelven en nada o quedan en poco; y en tan poco que se lo lleva con facilidad una pendencia que sale de vuestra casa o una enfermedad que se entra en ella. Y el Diabolo es tan mañoso, que dispondrá la pendencia para que de todos vuestros pecados no os quede más que el castigo. Moza y pobre murió la que va en aquel ataúd: mozas podéis morir. Doy que muráis viejas: viviréis sin mocedad y hermosura. ¿Qué mayor muerte? Moriréis pobres, y quizá sin el espacio de un hospital y el beneficio de los sacramentos; pero muráis pobres o ricas, iréis a la tierra con una triste mortaja. Poca desdicha, es verdad, pero mucho aviso. No hay cosa tan desengañada como los muertos, y ellos se avergüenzan de ir a la sepultura con galas. Muy engañados deben de estar los vivos que usan de ellas. ¡Oh, como disponen al pecado!

Representaseme que estoy diciendo esto a un coche de mujeres, y que ellas dicen con cuidado al cochero «¡Anda!»!. Andan, pues, los coches, y llegan al Hospital General y oyen una voz alta y piadosa que pide³⁶ para decir misas por los que mueren en esta santa casa. ¡Ah, señores hombres: limosna y buena, que mueren muchos! Parece que los oigo decir: «No llevamos vellón». ¡Bella disculpa! Llevarlo. Por donde quiera que van los ricos hay pobres, y no solamente pobres cuerpos, sino pobres almas. ¡Desvanecemos, poderosos, que aún os han menester en la otra vida! Desvanecemos, pero santamente: dadle gradas a Dios de que, siendo como los otros, os diferencia de los otros tanto, que podéis a puras mi-

36.- Eds. consultadas. 'dize'

sas estar haciendo en la otra vida beneficios que valen tanto como muchos siglos de gloria, que ahorran tanto como muchos siglos de pena.

Rico que vas en el coche al Sotillo y no llevas monedas menores que dar para ayuda de las misas que se dicen por los que mueren en el Hospital por donde pasas: lleva memoria, haz decir el día siguiente una misa por la alma que de aquéllas Dios eligiere. ¿No sabes si se te acordará? Yo te daré un remedio para que no se te olvide: mira el negocio de más importancia que tienes el siguiente día y pon la misa junto a ese cuidado, que él te la acordará, y Dios, que ve en ti la buena intención, te tirará de la capa por que no pierdas el mérito.

Prójimos nuestros son las almas que en el Purgatorio se están aligerando para el Cielo: obligados estamos a su socorro, y con mucha fineza, porque ellas nos son muy buenos prójimos. Yo diré qué tan buenos: padeciendo están las puntualidades de la justicia de Dios para ir a gozarle; en necesidad están de vocear a su clemencia para que mueva a los vivos a que las ayuden. Siendo esto así, todo su negocio es rogar por los vivos. Así lo fundo: el buen prójimo está obligado a amar a su prójimo como a sí mismo; éstas son unas almas indefectiblemente santas: no pueden faltar al precepto, nuestros peligros los miran como a suyos. Si ellas estuvieran en dos peligros, primero sin duda pidieran a Dios remedio para el mayor. Ven que el peligro de sus penas no puede pasar del día del Juicio. Ven a los vivos en peligro de penar para siempre si cometen culpa mortal. Entre estos dos conocimientos, olvídense de sí mismas por rogar a Dios por los buenos, y malos: por los buenos, para que los conserve en su gracia, y por los malos, para que los vuelva a ella. No hacen, pues, mucho los vivos en procurar librar a buenas obras a los difuntos de las penas temporales cuando ellos se están haciendo pedazos por librar a los vivos de las eternas. ¡Ea, ricos: misas, y limosnas. ¡Ea, pobres: oraciones y penitencias!

Por la Puerta de Valencia baja esta tarde otro hormiguero de coches. A ver los que van en ellos bajan algunas personas de las que ni se atreven al cansancio ni pueden sufrir la inquietud que mete en las casas la fiesta que hay fuera de ellas. Siéntanse por las angostas sombras que hacen las encogidas paredes de aquellas pobres casas algunas mujeres, y junto a ellas se paran algunos hombres. Hablan unos con otros, y de cuando en cuando ellos con ellas. Ven venir a una mujer al estribo de un coche sentada al sesgo: ni bien toda la cara a la calle ni bien adentro toda. Si no tuviera movimiento era un medio perfil; con él es veleta cabal, flechando —a su parecer— con los ojos todos los vientos y los corazones. Llevaba fuera del estribo media vara de guardainfante cubierto con una basquiña de camelote de aguas, que es más dificultosa de recoger la vanidad. Cuando ofrece al pueblo la espalda es una sierra de nieve; cuando ofrece el rostro, una aurora. Pues no ha cuatro horas que ni era nieve su espalda ni aurora su rostro; pero no hay mejor colorido en España que el de sus botes. Algunas veces que da el rostro al pueblo se le da cubierto del abanico, mas es por descubrir la mano. Cuando no usa desta maña, con la que tiene vacía se corrige una guedeja. Sabe ella que son blancas y bien formadas. Tan bien tratadas, que parecen manos domingueras y que toda la semana se sirve de otras. Yo pienso que si los ojos a estar cerrados se pusieran hermosos, no los abrieran las mujeres sino muy pocas veces al año; y no se puede dudar que hiciera esto gente que por sacar algunas veces las manos blancas está manca toda la vida. Ellas deben de haber pensado, como las gitanas las dicen por las manos la buenaventura, que está su buena ventura en sus manos, Si usan mal dellas, no está en ellas sino su desdicha.

Lleva la tal dama el cabello puesto de arte que se le vea por dondequiera la garganta: es blanca y carnuda. A lo blanco ya le sabemos el secreto; a lo carnudo le hemos menester averiguar la significación. Los que tratan de fisonomía dicen que la garganta cubierta de mucha carne acusa a su dueño de prompto a la ira. A costa de buena tacha da el Cielo esto que a los ojos es bueno. Tener familiaridad con un enojadizo es lo mismo que vivir donde hay una mina de pólvora, que en la mayor seguridad revienta. Harto mejor fortuna era tener la garganta de un ganso. Pero tacha que se emboza de una perfección no se les da nada a las mujeres de tenerla. La nuestra está muy desvanecida con su garganta: lo que a mí me parece es que mujer que afecta tener la garganta linda tiene lindos tragaderos para pecados. Yo me holgaré de engañarme.

¡Válgame Dios! ¿Por qué será buena la cabeza de la víbora para algunas enfermedades de la garganta? ¿Será amistad natural? No puede ser, porque las serpientes no tienen garganta: a todas les empieza el vientre entre las quijadas, y la semejanza es causa de enemidad. ¿Enemidad y hacer provecho cosa estraña? No mucho. Los peces no tienen pies, y casi todos son medicina para la gota que da en ellos. Los animales que carecen de un miembro tienen enemidad

con él dondequiera que está; pero sírvele de remedio cuando está enfermo. La razón es porque aplicados estos animales a aquella parte, van a destruirla. Lo primero que allí consumen son los humores superfluos que encuentran. En habiéndolo hecho los quitan, con que no tienen lugar de hacer daño. Para las gargantas que enferman de desahogadas son buenas las cabezas de las mujeres mozas, y virtussas, que de tal manera esconden la suya entre el jubón y la toca, que parece que nacieron sin ella. A éstas llama el mundo «víboras» porque aborrecen sus locuras. Con el juicio destas, si se le aplican, sanarán de su garganta las otras.

No pueden todos los coches salir de una vez por la puerta, y páranse unos para que salgan otros. Párase el de nuestra dama y dice una de las mujeres mironas a otra que estaba junto a ella: «¿No es aquella Fulanilla?». «Sí, amiga, y está en grande altura». «Yo la conocí más muchacha —replicó la primera— y no era el imposible del barrio: de puro agradable, no sabía dar una mala respuesta. Harto deslucidilla andaba. ¿Quién la habla ahora?». «Un caballero —dijo la otra— muy poderoso gasta mucho con ella. Aquel mozo galán que va en aquel caballo de color de huevo añejo es criado suyo y guarda de la tal señora». Apenas oyó esto un hombre entrecano que estaba junto a ellas, cuando se sonrió. Advirtiólo la una y díjole que de qué se reía. Y él respondió con este cuento: «Iba a uno de los garitos de la Corte continuamente un caballero que cuando tenía dinero jugaba, y cuando no lo tenía se entretenía en ver jugar a los otros. Entró una tarde de verano en el patio de la casa un muchacho vendiendo abanicos de papel. El caballero concertó uno con poca prolijidad en seis maravedís y estuvo haciéndolo aire con él toda la tarde. Súpole bien el airecillo, y cuando se quiso ir, por hallar allí el día siguiente el mismo regalo se llegó al aposento de un criado de la casa y díjole al criado que le guardase aquel abanico porque era de su gusto, y que por el cuidado le daría cuatro cuartos cada día; y que mirase no se hiciese aire nadie con él. El hombre tomó el abanico y los cuatro cuartos y puso el abanico en una alacena. Apenas el caballero volvió las espaldas cuando el primero que se refrescó con el abanico fue el guarda, y después todos cuantos quisieron». Dijo entonces la mujer: «Parece que vuesa merced quiere decir...». Y el hombre, antes que acabase, se quitó el sombrero

y se fue. Innumerables hombres hay tan perdidos, que la mujer que conquistaron con seis maravedís la quieren conservar con gastos excesivos. Y si fuera sólo éste el daño, no era tanto daño; pero lo que hacen con ponerle hombre que la guarde es añadirle materia a su flaqueza y darle una seguridad firmísima al secreto de sus traiciones. Si este hombre guarda tanto a esta mujer por que no le ofenda, ¿por qué no se guarda él a sí para no ofender a Dios, estando él a Dios más obligado que a sus finezas ella? Y si la quiere tanto, ¿por qué no la guarda de sí mismo, para que no ofenda a Dios con él? A esta consideración le había de obligar la santidad del día.

Al otro lado estaban cuatro hombres en conversación, como que iban juntos o como conocidos que allí se habían encontrado. Entre ellos estaba un estudiante de barba nueva, de cabello corto y de semblante compuesto, con punta de alcalde mayor. Enfrente dellos estaban algunos coche, parados, que distintamente ocupaban ambos sexos. Encarósele uno al licenciado y dijo: «¡Allí está Amaltea!». Fueron los ojos de todos a un mismo tiempo al coche, y a un mismo tiempo se rieron todos. Él preguntó con mesura de qué se reían, y ellos respondieron que de no ver en el coche que él señalaba persona en quien asentase bien el apodo, porque no había en él sino seis hombres con las barbas hasta los parpados. El escolar dijo entonces: «Pues uno de éstos es Amaltea, y se lo llaman con mucha propiedad». «La razón» —dijeron ellos—, y él dijo: «He aquí la razón: Amaltea es una diosa a quien pintan siempre abrazada con uno de aquellos infelices huesos que quitan a los toros de la frente, cuyo nombre, injustamente abatido, no tiene lugar entre las voces hidalgas de los españoles. La parte hueca deste hueso la ocupa de espigas, uvas y flores. Los frutos están en lo escondido; cuando mucho, el trigo asoma una³⁷ espiga; cuando mucho, el racimo asoma un grano. Las flores ocupan la superficie con tanta pompa, que con la sombra, si no le desaparecen del todo, embozan lo restante del vaso. Este hueso airosamente revuelto es en España símbolo necio de la nota que deja la flaqueza de la mujer casada en el mal afortunado esposo, y esta diosa abrazada a este hueso es jeroglífico de los descorazonados maridos que de las flaquezas de sus mujeres sacan fruto y cubren el fruto y la flaqueza de flores. Flores como no ir a su casa algunas veces, cuando piensan que pueden embarazar; como ir otras a ser de susto y no de peligro; como llamar «primo» al adúltero tolerado; como decir a sus mujeres que busquen ducientos ducados sobre sus joyas y recibir los ducientos ducados y ver las joyas en casa, y como decir con mucho secreto a seis o siete personas diferentes —número, que no guarda secreto— que su mujer debajo de aquellas galas trae un silicio que le come las carnes, y que debajo de lo rosado postizo del rostro trae la palidez de muchos ayunos. Uno de los que en aquel coche vemos cubre sus torcidas conveniencias destas flores, y por eso el renombre de Amaltea le está como cortado a su medida». «¡Oh, válgame Dios! dijo uno de los que oían al estudiante—, y cómo el hombre es demonio del hombre! Cuanto mal nos podemos hacer los unos a los otros, nos le hacemos. ¿Qué le va a un hombre en que otro sea malo, que con tanta ansia publica sus defectos? No parece sino que le hacen gusto los disgustos de Dios, según el gusto con que los arroja a los oídos del mundo. Vuesa merced, señor, por decir una agudeza, o le ha hecho una injusticia o una impiedad a ese hombre que dice. El peor informe de la tierra es el de nuestros sentidos cuando es en daño del prójimo. Lo que hace gusto se cree fácilmente, y ordinariamente —no sé por qué— nos hace gusto

37.— Suplo 'una'

el defeco ajeno; por eso la la tacha ajena se ha de creer de allí a cien años de como la escuchamos o la presumimos. Con esto no hay vida para creerla ni decirla; y dichosa la vida en que no hay rato para esto». «Yo confieso — dijo el estudiante, con pintas de vergüenza en el rostro — que he hecho mal en creerlo y mal en decirlo; pero muchas veces permite Dios que las culpas ajenas se crean ligeramente y se vengan a la boca en castigo del que las comete. Si el Cielo les diera a los delitos licencia de desprenderse, los delincuentes fueran innumerablemente muchos: la infamia pública de uno hace a muchos mantener la buena fama. Grande pena para el Demonio que escuse Dios muchos pecados con cada uno de los que él ocasiona con la murmuración».

Van desembocando en el campo los coches, y entre ellos muchos hombres lucidos a caballo. El caballo de Palante, llevándole en el entierro de su dueño lloró. Con más razón podían llorar ellos caballos por sus dueños de verlos ir a echar a perder la tarde del día de dos Apóstoles y a riesgo de cometer muchas culpas mortales. El Pegaso fue un caballo que die una coza en una peña de la tierra de Helicon: hizo abertura a una fuente cuya agua hace poetas. Estos caballitos de hoy hacen poetas satíricos a cuantos los miran. Pasa uno destos hombres por entre dos coches y va metiendo en el uno las colonias de la crin. Dice uno de los que van en el coche: «¡Muchas cintas gasta este caballero en su rocín! Yo me acuerdo cuando no las tenía en los zapatos». Dice otro: «Pues en verdad que habría menester muchas, porque según va mal puesto en el caballo parece que ha andado toda su vida a pie».

Pasa otro en un caballo muy ancho de caderas por junto a un coche de damas, y dice una: «Este caballero tiene singular gracia en engordar caballos y en enflaquecer lacayos. Al caballo, porque no lo trabaja y le sustenta, y al lacayo, porque no le sustenta y le trabaja». Dice otra muy severa: «Tendrá más prolijidad con las bestias que con los hombres». ¿No veis que van vuestros caballos haciendo poetas? En lo que entienden estos caballeros es en ir mirando a las damas pareciéndoles todas bien y deseando parecer bien a todas. Tiberio César tuvo un caballo que parecía que echaba llamas por la boca. Todos estos caballos me parecen a mí al del César. ¡Oh miserables! Pensáis que vais en un caballo y vais en el Infierno.

La plebe ínfima desgranada por aquellos suelos ya se junta en ranchos, ya se aparta en pendencias, ya se muele en bailes, ya se apelmaza a tragos... Pero esta descripción es más natural de la tarde del día de San Marcos Evangelista; a esta holgura llaman...

EL TRAPILLO

CELEBRA la Iglesia al Evangelista San Marcos en veinte y cinco de abril, y este día el vulgo más movable, que son los cortesanos, acostumbraba ir a visitar a este Santo en una ermita que estaba una legua de la Corte. Era tan largo el número que salía, que le pareció a la nobleza viciosa que sería holgura verle salir, y a verle salir con devoción alegre se iba en sus coches con curiosidad ociosa a la calle de Foncarral. Apagose la devoción en la plebe y quedó la costumbre en plebe y nobleza de ir este día

a este sitio: los nobles dicen que a ver el trapo; los plebeyos, que a orearle, y por eso esta fiesta tiene por nombre «el Trapillo».

Hubo en Roma unos juegos que llamaban «Seculares» porque no se hacían sino una vez cada siglo; esto es, cada cien años, que tan de tarde en tarde toman las holguras los cuerdos. Pocos días antes del tiempo señalado se echaba un pregón que decía: «Venid a ver los juegos que no habéis visto ni volveréis a ver». Inquiétábanse con esto innumerables gentes; y con disculpa se inquietaban, porque era por ver una fiesta que no había visto ni que si escapaba de entonces sería posible el verla. Pero ¿con qué razón se mueve Madrid cada día de San Marcos, habiendo visto el pasado lo que hay en éste, habiendo de ver en éste la friolera del pasado?

De lo que se componían estos juegos Seculares era de bestias extraordinarias, y tardaban en juntarlas cien años. Más abundante debe ser España de bestias, pues cada año hay tanto irracional vulgo con que hacer la fiesta el día del Trapillo. Cúpole al Emperador Filipo, a mil años de la fundación de Roma, celebrar estos juegos y trajo treinta elefantes, diez tigres, diez pardos, mil pares de gladiadores pagados por el Fisco —que también se contaban entre las bestias fieras—, y diez hienas. Llegó a tanto la diligencia de los que tras dél vinieron, que ya que habían agotado el mundo de animales exquisitos buscaban brutos comunes que hiciesen cosas estrañas. Atención, pues, a la fiesta, que cada año hacen a los hombres otros hombres transformados en brutos.

Desahógase por la Puerta de Foncarral en tropas el pueblo desarrapado, hablando unos con otros a gritos, deseando cada uno ser oído para ser admirado. ¡Oh amor propio! Sale un hombre de mediana estatura, poco menos ancho que largo; corto y erizado el cabello, hecha de muchos cabellos cada espina; grueso el pellejo del rostro; el color, sin luz; los ojos, con desagrado dormido; los vigores, sin gobierno; el cuello, corto; los brazos, mal tirados; las manos, en forma de cucharones, con más señales de andar sobre ellas que de obrar con ellas; la cintura, donde la quiere poner la canalada pretina; los calzones, largos y desatados por abajo, mondándose los dientes, con las piernas y los pies hacia afuera, como navío a quien le da el viento por un lado. El sombrero, descolorido, a manera de negro difunto; la toquilla, de grasa; las faldas de viudo a medio consolar; la valona, con sed; el vestido, pardal y basto, con unos visos de manchas blancas que se han curado con friegas; la pretina, floja; la espada, lejos de la pretina; las medias, de color de borrico; los zapatos, de ningún color; y la capa, de paño negro de buena antigüedad, pendiente y resbalándose del hombro izquierdo. Van con este hombre otros con las más destas señas: estos son los elefantes de la fiesta de este día, pesados y feos. Gustan de andar en tropas y son amigos de honras y estimación. Ésta tiene entre ellos estrañas y ridículas ceremonias y palabras. No gustan de mover pendencias, pero ocasionados riñen.

Sale luego una gorróna, adornada toda la cabeza de media vara de listón encarnado, hecho lazada en el pelo sobre una entrada de la frente. En las orejas unos anillos de oro, tan sutiles, que aun siendo de oro no valen nada. Luego una gargantilla de corales, que si los lleva para preservación contra el mal de ojo, pudiera muy bien habérselos dejado en casa. En las coloradas muñecas unas colonias verdes que la hacen esperanza engañosa de que parecerán bien sus robustas manos. La mantellina es de bayeta blanca —que debió de estar tal antes de lavarse; que aun recién lavada no está limpia—. El jubón, de rasilla caduca que desechó tiempos atrás la mujer de un barbero a quien servía. Una basquiña

enfaldada de estameña gorda, que compró en una ropería con medio año de soldada; las enaguas, de jerguilla verde con tres guarniciones anchas, matizadas y baratas. Zapatos negros de suela espaciosa con cintas azules, viéndose por lo alpargatado unas medias coloradas de Inglaterra. Con ésta van otras tres o cuatro de semejante aliño, y éstas son la panteras de esta holgura. La pantera es un animal que se cubre de pellejo tan hermoso, por la variedad de sus colores, que con ellos llama los animales de que ha de sustentarse, y de tan fiero rostro, que los ahuyenta. Pues ¿qué hace para sustentarse? Esconde el rostro y enseña la gala. Lo mismo hacen estas mujeres: esconden la maldita cara debajo de dos plastas de color y enseñan las cintas, los corales y las enaguas, y con esto convocan animales que las sustenten.

Tras de éstos va un mozuelo con un vestidillo de bayeta que porque fue negro no deshonra más que si fuera pardo. Lleva el sombrero desaforándose, desaforada la golilla; la valona de color amusco; algunos botones vacíos, algunos ojales yermos; las mangas, de estameña; pretina de retazos, sin espada que la fatigue; las medias, de lana —menos por donde han tenido puntos, que por allí son de seda—, y zapatos de otra medida; pero lleva un olor consigo venerable y agradable. ¿Qué hombre es éste, Dios mío? Y ¿qué animal ha de ser luego este hombre? Este es un aprendiz de guantero que está ya barbeando sobre la dignidad de oficial. Metió al salir de casa los dedos en el almizcle y limpióselos en el vestido, que fue lo mismo que echar ámbar en el muladar. El animal que ha de ser en saliendo al circo es pardo. En Libia hay unos animales con este nombre; la piel fea y el olor suavísimo, paran con él algunos brutillos y mátanlos. Éste no es animal pendenciero, sino entremetido. Este mozuelo con otros dos de su ocupación andan en el campo parando con el olor sabandijas y matándolas con las palabras: prenden con la fragancia y ofenden con la boca.

Ya está en el verde anfiteatro una mujer de mediana edad, pequeña de cuerpo, muy cubierta de carne baila; la piel confusa, la cara libre, rodeada de una toca de lino; en la garganta unos hilos de perlas menudas, turbias y mal formadas; los pechos, altos, cubiertos de un jubón de terciopelo liso a quien se le cayó antes el uso que el pelo; al lado del corazón, colgado un mondadientes de oro; en la muñeca izquierda, devanado un rosario de raíz de lirio con tres medallas grandes de plata; en la derecha, cuatro cuentas de ámbar, o reumas, muy gordas; en los dedos muchas sortijas de oro, unas con piedras blancas de luz espesa; otras con piedras coloradas, como de hígado, y dos con unas guijas aceitunadas; la basquiña, de paño vitoriano; hacia la mano derecha un llavero de plata con seis llaves de diferentes hechuras. El manto, en fin, de peso, despeñado hacia las caderas. La cueva desta fiera es en el lugar un bodegón oscuro donde se venden venenos y hambre a grande precio.

Y ¿cómo se llama esta fiera que sale hoy al Trapillo? Hiena. Este animal adormece a los que se le acercan. Esta mujer con la respiración envinada, causa sueño a los que se le acercan. La hiena imita la voz humana, esta bestia la imita: no dirán cuando habla sino que es mujer. La hiena se llega de noche a las cabañas de los pastores, y si oye nombrar a alguno, le nombra, como que le llama, y en saliendo se le come. Esta mujer llama al primer cortador que ve pasar por su nombre, y se le come en avellanas, castañas verdes y otras golosinas. La hiena es toda de una pieza. Esta mujer está tan gruesa, que si toda no se vuelve no puede mirar a un lado.

No sola Hircania engendra tigres: Madrid también los engendra. Entra en el campo en que se celebra la fiesta de San Marcos un mozo espigado, enjuto, derecho, proporcionado;

largo y liso el cabello, cultivado con el peine y la escobilla; la tez, sin las inclemencias del sol y el aire; la valona, limpia y caída; el vestido, de raja de Segovia, de color gustoso; las mangas ajironadas, de color de perla aforradas en flor de romero; las mangas, perdidas, abiertas y aforradas en tafetán verdemar; la pretina, forcejada; la guarnición de la espada, limpia; la daga, pendiente en una colonia azul; los calzones, justos, cerrados por abajo con unas lazadas negras; las medias, de seda, del color de las mangas, arrugadas con orden; los zapatos, justos, limpios y derechos; el sombrero, doble, airoso, y la capa bien manejada. Bien matizado está este tigre: sepamos qué hombre se convirtió en él. Un oficial de sastre, que con los aforros que le cobran se engalana de aforros, y con los moros que le compra al maestro se luce de mangas. ¿Qué dote tienen los tigres? Suma ligereza. «Flecha» es su nombre en español: esto quiere decir «tigre» en griego. Este mozo, como está sentado toda la semana, no pesa una onza el día de fiesta. Arrojando se anda, y dondequiera que ve mujeres, allí intenta herir como flecha: puede ser que lo logre.

Sube de Villaverde una labradora muchacha, de rostro bien figurado, de cuerpo seguido, de garbo amedrentado y de vista sosegada, revuelta al rostro una toca de seda con mucho aliño; sobre ella un sombrerillo negro con muy buen aire, el jubón, de terciopelo rizo, hecho en la Corte; unas enaguas de sempiterna encarnada, con Siete bui iras de puntas negras de telarejo; el avantal, de rasilla parda con ataderos de colonia verde; los zapatos, nuevos, con botoncillos de bronce dorado. En las manos un rosario de coral y oro, y en los dedos algunas sortijas de azabache. Anda con otras que se diferencian poco en la edad y que la igualan en el aliño. ¿Qué papel entrará a hacer ésta entre los demás animales?

Unos animales hay, que llaman «monopes», que tienen la estatura y casi la figura de una vaca. A éstos los buscan con ansia los cazadores; ellos huyen dellos con tanta ansia, que dejan encendido el aire por donde huyen en un ardor tan enemigo y penetrante, que si entran en él los cazadores se abrasan. Estos animales representan aquí estas labradoras: lléganse algunos mozuelos a ellas, ellas huyen dellos, y mujer que huye deja encendida la senda, al que la busca, en fuego que inquieta mucho.

Andan por entre aquella bulla de gente unos zonzos que no tienen habilidad de unirse con ninguno y tienen golosina de verlos a todos. ¿Quién creyera que las ranas entraran a hacer cuerpo de fiesta con tantas diferencias de brutos gallardos y horribles? Pues entran; estos desgarabados mirones son las ranas. Estos brutillos no tienen sangre más que en los ojos: lo demás del cuerpo es sin calor y sin sangre. Andan cada uno de por sí con movimientos ridículos, embobando los abiertos ojos en cuanto pasa en el sitio. Párase uno junto a un corro de gente sentada que está merendando: aquí, sobre el desnudo suelo, desahogan de unos paños no limpios unos mantenimientos rudos, fríos y asquerosos. Las mujeres trinchan mientras los hombres descuelgan de las pretinas unas botas de vino, tan abundantes y tan llenas, que aunque no costaran más que el trabajo de llevarlas eran costosas.

Empiezan a comer todos y a servirse los unos a los otros los bocados, cumpliendo cabalísimamente con todas las pesadas ceremonias de la cortesía baja. La sal y la pimienta que sirven de fuego a los fiambres empiezan presto a obligar al socorro de la bebida: cogen tres hombres, cada uno, su bota debajo del brazo derecho; inclínanles las ligeras cabezas hacia tres vasos que en las manos izquierdas tienen; el uno de vidrio gordo aplastado, otro de plata que negreguea y el otro de Talavera, desollado por dos o tres partes. Recíbenlos diferentes manos, y a la salud unos de otros los apuran. Vuelven a comer, y vuelven a beber más que comen.

En Arabia, la casi desierta, hay un seno en cuya desapacible cavidad yace una selva, no desapacible, por donde pasa un río traído con violencia con las sedientas manos de los gandeos. Sangradura es del Nilo, mas tan copiosa que excede a los ríos de caudal grande. Por las bocas de las bodegas de los lugares circunvecinos a Madrid salen tantos arroyos de vino, que si le juntaran hicieran un río mayor que el que entra en el mar por siete bocas. A éste le sangran tan descompasadamente los que van al Trapillo, que llevan otro río a cuestras; es inmensurable lo que se bebe. Este mismo río artificial de Arabia hace en algunas partes unas balsas cenagosas que engendran unas sierpecillas de maliciosísimo veneno. Éstas se crían con alas, y salen volando del paterno lodo a hacer daños de mucha infelicidad. El río de vino que han llevado con sus manos, éstos que meriendan, a aquel campo hace unas balsas cenagosas en sus estómagos donde fe crían unas palabras volátiles y venenosas, como aquellas sierpecillas. Salen de la boca de una mujer hacia otra mujer, y flecha cada una sus venenos; ármase entre ellas una pendencia. Defiende a cada una el hombre a quien le toca, y enciéndese entre ellos otra pendencia a quien hacen muy ejecutiva las sierpes que salen da sus bocas. Ruedan las reliquias de la fuerte merienda, corre en arroyos el vino malhechor, el vaso de plata se desaparece, el de vidrio se quiebra, el de barro anda entre los pies, las servilletas y los pañuelos se mezclan con las capas, las mujeres gritan y las espadas suenan. Nuestro rana mirón, atropellado de los que riñen, pierde el sombrero y el color, y apártase de allí sin color ni sombrero.

Con este alboroto se sosiega un baile que estaba algo apartado, pero no pierde el puesto. Sosiégase el alboroto y desasosiegase el baile. Vuelven a su alegre, y moledera tarea los que bailaban. Toma una mocetona robusta entre las manos un pandero, y da en él tan desatinados golpes, que le hace quejarse en grande y compasado ruido: haciéndole está pedazos, y él quejándose como si cantara. Yo pienso que el cisne, que canta cuando muere, es el pandero, y que no hay otro que cante. Al son desta música vocinglera bailan una gallega y un asturiano, con tal ansia, que parece que han apostado a cuál derriba al otro primero. Esto es luchar desde afuera. No se diferencia esta lucha de la de los romanos más que en el poco aire que hay entre los dos que luchan. Una es la fiereza: a derribar y a matar tiran. Y aun ésta es fiereza mayor, porque allá ordinariamente quedaba uno muerto y otro medio muerto, y acá quedan muertos ambos.

Los luchadores de Roma también contendían a puñadas: poníanse unos guantes de pellejos durísimos y dábanse durísimos golpes. Lo mismo hacen el asturiano y la gallega: tienen puestas unas castañetas que parecen hechas de cuatro artesones: tiranse unas puñadas de ruido, que le hacen pedazos las sienes. Cleomedes fue uno de los que en los espectáculos públicos de Roma lidiaban a golpes de armados puños. De éste se cuenta que mató a Laco su contendor de una puñada. Esto fe tuvo por cosa prodigiosa, y acá no se tiene por maravilla que una gallega bailando mate a castañetadas a treinta o cuarenta que la miran.

Como se van rindiendo los que bailan van ocupando su lugar otros. Calamidades de buen parecer no causan escarmiento, porque esta fatiga vino en traje de holgura hay muchos que la apetecen: si un rayo dejara hecha ceniza el alma y alegre el cuerpo, se anduvieran los hombres tras los rayos.

Las bestias fieras que aún no hemos encontrado en este circo son los gladiadores; ahora los veremos. Allí hay juego de armas. Vase acercando una de las ranas mironas a un círculo dilatado de hombres en pie. No ve lo que miran, pero oye en el vacío que dejan ruido

de espadas y conoce que son esgrimidores. La antigüedad que usaba de gladiadores rodeaba de estacas clavadas en el suelo el sitio en que los encerraba. ¿En qué se diferencian de aquellas estacas éstos, que clavados en el suelo están haciendo sitio y palestra a aquellos bárbaros que se meten a reñir por holgura? La mayor crueldad que cometen los hombres es jugar las armas en público, porque es ir a maltratar al prójimo sin enojo ni interés. Delitos hay dichosos: contra esta culpa no hay leyes.

Métese nuestro mirón a ser estaca entre los otros a tiempo que soltaba la espada uno y se abalanzaban a ella tres o cuatro hombres. ¿Tanta priesa corre el que os descalabren? ¿Piérdese algo en que sea de aquí a media hora? Teníala asida por la empuñadura un hombre de mediana estatura, muy corto de la cintura a las rodillas, y el cabello de color de zorra. Tenía el mejor lugar en aquel derecho, y declaró el maestro que le tocaba, Mientras éste se quitaba la capa y la espada blanca, el que le aguardaba, que era un hombrón alto con media vara de pescuezo, gastaba el tiempo en pasar la negra, que tenía en la mano, por debajo del pie izquierdo, y luego llevarla al ojo derecho.

Llegó el peliraposo al puesto, y desviando con toda la mano zurda dos dedos de la cabeza el sombrero, tocó la espada en el montante, que es como jurar obediencia. Hiciéronse la acostumbrada cortesía los combatientes y empezaron su batalla. El altón era muy movedizo; el bermejo, muy asocarronado. Dejó asegurar al esgrimidor bailarín y dióle un cimbronazo que casi le dejó sin sentidos. En viéndole aturdido y desordenado, le apretó de manera que le mataba: ya se ve si los raposos son amigos de gallina. Comíase el bermejillo al pobre altazo. Hízole al aporreado el maestro dejar la espada, porque le tocaba y le convenía. El bermejo quedó muy sosegado aguardando palestrita, limpiándose con la manga perdida el sudor del rostro.

El que entró fue un zurdo cejijunto. Apenas le vio el bermejo cuando dijo entre sí: «A éste le conozco la intención. y no el juego: en grande peligro me hallo. Pues ¡buen ánimo!». En el mismo punto que le vio en batalla le asió de la espada con la mano siniestra por el segundo tercio y le dio tres o cuatro cintarazos con facultad de cuchilladas, porque le corría la sangre por muchas partes de la cabeza. El zurdo le dejó con ambas espadas en las manos y se pegó a él como un león, y en el primer acometimiento le dio dos cabezadas en las narices que se las desformó. El maestro no hallaba por dónde meter el montante, y no se metió en nada. Los amigos del zurdo acudieron a defender la razón, y los del bermejo a defender su amigo, y trabose una escaramuza muy sangrienta. Sucedieron algunas desgracias y cogiolos a todos la noche.

¡Vulgo necio! Estas no son las cosas en que has de gastar la tarde del día que en honra del Evangelista San Marcos no trabajas. Este Santo gastó gran parte de su vida en escribir con suma verdad la vida de Cristo. Gasta tú tres horas de estudio en trasladar lo que pudieras de ella en tu corazón. En aquellos papeles andan aquellas memorias para regalo de las almas. ¿Puede haber inadvertencia tan torpe como entregarte tú a los engaños el día del que escribió desengaños?

De esos concursos, ¿quién sale limpio de culpa? Los que van a merendar, ¿van más que a ser homicidas de sí mismos? Los que van a bailar, ¿van más que a volverse locos y a matarse sin saber lo qué se hacen? Los que van a jugar las armas, ¿van más que a tener una pendencia por su gusto? Los que van a mirar, ¿van más que a entretenerse con el daño del prójimo? En la merienda se alegran con el que bebió más de lo que podía llevar; en el baile,

con el tonto; en la esgrima, con el desatinado. Aquí la crueldad es la fiesta. En el baile, la deshonestidad es la holgura; en la merienda, los dictámenes de el vino son ruido gustoso de sus orejas. Para empeorar la vida, mejor era, pues no es día de guardar, estar trabajando, y lo muy bueno era estar orando.

LA PELOTA

EL emperador Nerón instituyó unas fiestas o juegos que llamaban «de los Juvenales». Esto era ir a un puesto que para ello estaba señalado y dispuesto la juventud noble y plebeya a hacerse pedazos, a bailar, a representar cosas burlescas y a hacer otras piezas que eran de risa para el que las veía y de molimiento para el que las hacía. ¿Quién sino aquella fiereza de condición pudo pensar crueldad de tantas malicias? Incitar a los hombres a que se matasen haciéndoles creer que se holgaban. Provocarlos a que se descoyuntasen, aun sin el miserable consuelo de la conmiseración ajena, y, al fin, matarlos él haciendo creer al mundo que ellos se tomaban la muerte.

Si el juego de la pelota no hubiera sido antes que Nerón, pensara yo que era máquina de su crueldad: ninguno de cuantos desatinos entretienen a los hombres atormenta tanto. Hombres hay de buen juicio que dicen que es bueno; y como ellos lo imaginan no tiene duda, pero nunca se ejecuta como lo imaginan. Dicen que el juego de la pelota es ejercicio universal de todo el cuerpo, porque en él están obrando los pies, los brazos y la voz, y que éste es el más saludable ejercicio. En el que anda, sólo trabajan los pies; en el que trabajan los brazos, ordinariamente los pies no se mueven; en el que con la voz se fatiga, ni los pies ni los brazos. Cualquiera de estas agitaciones ayuda a adelgazar la sangre para que corra por las venas y a que se facilite lo que está en el estómago crudo. El ejercicio de los miembros, todos saben que es provechoso; el de la voz no lo deben de saber tantos. Pues ténganlo todos por cierto. Los que hubieren porfiado podrán decir la hambre que de haber voceado les queda. Los viejos, los gotosos, ordinariamente hablan más que lo ordinario. Parece vicio y es impulso de la Providencia: en aquellos cuerpos, o no hay movimiento, o el que hay es tardo y torpe. Han menester alguna agitación que les aligere las operaciones internas: no tienen parte sin impedimento sino es la voz, y con ella ayudan a la Naturaleza. Por esto se persuaden a que los que juegan a la pelota, como no hay parte en ellos que no se ejercite, están haciendo con medios muy eficaces el negocio de su salud. Yo lo creyera si hubiera visto a alguno que de este ejercicio tomara la cantidad conveniente, pero todos juegan aún después del cansancio, aún más allá de la fatiga, aún dentro del ahogo, y eso no puede dejar de ser nocivo. ¿Quién se persuade a que el que pierde dejará el juego cuando convenga a su salud? Muy dificultoso es que haya acción de cuerdo en el que está picado. Y ¿cuál hay de los que ganan a esto que no piense o que el partido es ventajoso o que es suyo el día? Con que se debe creer que querrá aprovecharle todo.

Fuera desto, los fines deste juego son de peligro grande, porque si es invierno, quedarse al frío sudando, ¿cómo puede no ser ofensivo? Y si es verano, ¿no es dejar enjugarse en las

carnes aquella camisa mojada? ¿No es volver al cuerpo por los abiertos poros la calidad de aquel sudor empeorada? Para que el juego de la pelota fuera provechoso a la salud era menester que fuera muy moderado, tener el invierno una estufa en que meterse cuando se deja, y el verano una camisa y lugar honesto en que mudársela. No hay moderación, ni estufa ni camisa, con que el peligro es palpable.

Entra nuestro tahúr de pelota el día de fiesta por la tarde en el lugar en que se juega chupando el palillo de dientes. Introdúcese en el corro en que se trata de partidos y pónese a pensar cómo engañará a alguno. Esto en este juego dicen que no es culpa; por lo menos no es gracia. Nunca ella de buen aire el que se declara demasiado codicioso. La vitoria no se ha de ganar allí con el ingenio, sino con las manos o la fortuna; que no es academia, sino palestra. Sobre el ajustar el partido dan desatinadísimas voces: ya están convenidos, ya desconvenidos. Al fin allá, después de gran rato de contienda, se conforman. ¡Lindo juego, que muele antes de empezarse!

Quítanse las capas, los sombreros, las espadas, las ropillas y las golillas: ya entran perdiendo. Preguntaranme qué: la decencia y el decoro. Los árboles, al tiempo que quieren dar fruto se visten de hoja, se honestan y se componen. Cuando no tratan de hacer nada dejan caer la hoja. En el traje que se ponen allí en público, los más dellos no consentirán que los vea nadie de fuera de su casa, y los que son hombres de muy lucida sangre, no todos los de su familia, sino los escogidos para su cámara. Por estar más ligeros se desnudan; y lo consiguen, que están de menos peso. Y ¿para qué es toda prevención? Para no hacer nada.

Los hombres y los árboles son en el desnudarse y el vestirse muy parecidos. Los árboles, para llevar fruto se visten de hojas. Con ella están mientras le producen y le maduran. Para no hacer nada se desnudan dellas. Para entrar en el invierno, que es el tiempo en que no hacen nada, se desnudan³⁸. Los hombres se visten para obrar en ejercicios provechosos y se desnudan para no hacer nada: para dormir se quitan el vestido. Señal es que no van a hacer nada los que van a jugar a la pelota, pues se desnudan. No quieren llevar fruto aquel tiempo: ocio es aquella ocupación, pero ocio fatigado.

Quedan nuestros jugadores en jubones de colores diferentes, algunos con las manchas en las espaldas del sudor de el juego pasado. Desanúdanse las agujetas para bracear más libres, desatan las cintas que ajustan los calzones por abajo, y echan de los ojales los botones. Si quedarse en jubón fue indecencia, ¿qué será esotro? Alguno se pone unas alpargatas. ¡Bien lo ha menester para lo que ha de caminar aquella tarde! Otro se ata el cabello atrás con una colonia y queda como una Venus con la flor de su tocado. . Un par dellos se aprietan los lienzos por la frente, como si tuvieran jaqueca; y es que la tengan muy posible de lo que vocearon para hacer el partido. Otro par dellos están depositando el dinero. ¡Para buena obra pía!

Toman todos las palas y saca el juez el rosario. Buena señal para un juez, pero éste no le saca para rezar, sino para saber los tantos que se pierden. Este hombre ¿no cae en que es irreverencia hacer de una cosa tan venerable como el rosario contaduría del juego de la pelota? Aquellos granos no se hicieron más que para contar oraciones: meterlos en otra obligación no parece que es cumplir con la de cristiano.

Empiézase el juego: el que saca encamina la pelota hacia donde no la puedan coger los que rettan: ellos fe desatinan por volverla a la parte de donde salió; los del saque la salen a

38.- Eds. consultadas: 'desnuda'

recibir como enemigos, rabiando por echarla de sí. Al fin la apaga uno. Esto, ello por ello, o con poca diferencia, es lo que se hace toda la tarde, repetirlo innumerables veces. Por inilantes se ofrecen dudas, y como están lejos los unos de los otros, se desgargantan a voces para volver por su razón. Entre pelota y pelota, el que tiene la mano de la pala, con el sudor, resbaladiza, parte a la pared y la imprime en ella por sacar polvo pegado que se la ponga áspera. La pared se ensucia y la mano se enloda: por sola la limpieza es amable este juego. Sudan los pies: ya se ve lo que hacen los pies sudados. La camisa se ablanda en humedad enfadofa. Por coger una pelota que viene arriinada a la pared se pone el que la sale a recibir de manera que, visto por aquel lado, parece albañil. Si uno yerra una pelota que se le vino clara, los de la parte contraria se ríen y los de su parte le riñen, y él queda tan avergonzado que no se atreve a mirar a nadie. ¡Fuerte locura hacerse un hombre ridículo por su gusto!

Anda nuestro tahúr tan inquieto como si siguiera ardillas. Al cabo viene una pelota muy recia: él no mete bien la pala, ella le topa en la frente y da con él en aquel suelo, Levántanle con un chichón como un puño. Apriétanle un lienzo y vase a sentar detrás de la valla. El antiguo gobierno Romano tenía costumbre de poner a la entrada de todos los caminos una letra del abecé cuya conocida significación dirigía y avisaba a los caminantes. La «P» en la entrada de un camino daba a entender que no se podía andar aquel camino sino a pie, que era decir que era difícil, molesto, penoso y fatigado, Parece providencia que fuese «P» la primera letra del nombre deste juego para dar a entender que es juego en que se andan a pie, en tierra poca, muchas leguas de camino tan fragoso que se rompen en él los que le andan los pies y la cabeza.

Ahort bien, ya que este juego no es de provecho a los hombres, sea de provecho a las mujeres. Señoras mías, las que gustan de que las galanteen los hombres: ¿para qué piensan que las buscan los que las galantean? Para hacer con ellas lo que con la pelota: el que la tiene rabia por arrojarla de sí; el que no la tiene, por alcanzarla. El que tiene los hastíos de dichoso no sólo la arroja, sino la avienta. El que la apetece hace diligencias inquietísimas para alcanzarla; viénesele a las manos, y en teniendo el gusto de conseguirla busca el de desviarla: maltrátala y échala de sí. Sale a recibirla otro que la deseó, y luego hace lo mismo. Anda de unos en otros, ya deseada, ya despreciada, y al fin anda rodando entre los pies de todos. Recógela un picaro, como a la pelota el criado del pelotero: tiénela algún tiempo consigo, vuelve a arrojarla al juego: sucédele lo mismo que antes, y al cabo hace uno una falta con ella y arrójala en un corral donde se desaparece. Sale del poder deste llena de males vergonzosos y va a parar a un hospital; muere en él, entiérranla en un corral de tierra santa y allí se desaparece.

Con la gente que estoy bien es con los mirones del juego de la pelota. No hay ocio tan sin gracia en el mundo. En este juego no dan barato, que esta esperanza entretiene. Las más veces no juegan dinero considerable, y lo que hace una contienda espectáculo gustoso es que sea grande la causa. Lo que se obra es una misma cosa toda la tarde: juéganse veinte juegos, que son como el primero los diez y nueve. Lo que se oye no es más que «jugar», «afuera», «chaza», «a dos», «envido». ¡Miren qué sonoras palabras, qué misteriosas! Por no oírlas, se pudiera un hombre ir a un campanario. En otros juegos se atraviesan muchas palabras de ingenio y de gusto; en el de la pelota no hay más que estas palabras sin gusto ni ingenio. Digo que se les puede fiar tiempo molido a los que en ver y oír esto gastan el tiempo. Piensan éstos que, ya que no hacen cosa buena, no hacen cosa mala. Pues engañanse, que no hacer

algo bueno es hacer algo malo. El que ve jugar a la pelota el día de fiesta no hace nada malo, pero hace mal en no hacer algo bueno. El ocio que se le concede no es el inútil, sino el provechoso. Lo que era cosa de perder el entendimiento era que pensasen éstos que es la vida breve. Pregúntenselo a cada uno de por sí y dirá que es un soplo. Pues, hombres errados: ¿cómo ha de ser larga si no hacéis nada en la mayor parte de ella? Un bolso de materia preciosa, cuando está vacío o poco ocupado parece una migaja; échesele quinientos escudos y parece grandísimo. Nadie tendrá por hueco pequeño el que coge mil reales de a ocho.

La vida es de materia preciosísima, porque es de tiempo; pero si ésta no se llena de ocupaciones loables parece un suspiro; llénenla de buenos ejercicios y parecerá muy larga. ¿Habrá quien se atreva a decir que San Agustín vivió poco porque sus años no fueron más que sesenta y seis? Cierto que me persuado a que no habrá quien se atreva a decirlo; porque, mirado lo que escribió, lo que leyó, lo que oró, las penitencias que hizo, las almas que redujo, parece que no cabe en mil años de vida, y así, parece aquella vida de más de mil años. Y tiene otra circunstancia más: que se hizo todo en treinta y tres años, que fueron los que después de su conversión tuvo de vida. La duración de una vela no se tasa por la cuenta de los días que ha que está, formada, sino por las horas que alumbrá: bien puede estar cien años guardada, pero aquello no es durar cien años. Lo que vive es desde que se enciende hasta que se acaba. Sólo el tiempo que trabaja es el que vive; la cantidad de lo que se vive es la cantidad de lo que se obra.

Si estos mirones quieren que sean vida los días de fiesta, hagan los días de fiesta algo que parezca vida. Si gustan de espectáculos contenciosos, recójense en su casa las tardes de los días de fiesta y pónganse a pensar la contienda que traen en el mundo unas cosas con otras, que espectáculos hallarán por muchas tardes. Y se pueden sacar muchos aprovechamientos de las contiendas. Piensen una tarde la contienda que trae la necesidad con el pobre: ella rabiando por acabar con él, y él matándose por acabar con ella. Va a trabajar el pobre por tener armas con que matar su hambre: trae con qué matarla, pero él viene muerto con lo que ha trabajado: por aquí o por allí anda siempre maltratado el pobre de su necesidad. Llega el mendigo con el sombrero en la mano a pedir limosna al rico, mas él no sólo no se la da, pero le niega la cortesía: estase con el sombrero puesto porque le parece que así está más alto que el pobre. Luego, para despedirle, por no darle la cortesía ordinaria le dice: «Perdone, hijo: no tengo qué le dar, hermano», «Padre: Dios le socorra». Para maltratarle le dice requiebros. ¡Oh infelicidad grande del pobre que el lenguaje que sirve al amor sirva para su desprecio! «Padre» le llama el rico, «hijo» y «hermano», por no decirle «vuesa merced». Advertencia parece de Dios arrojar en aquella crueldad estas palabras para que él mismo se diga, sin irlo a decir, las razones que hay de socorrer al pobre: su padre es, porque representa a Dios; su hermano, porque es hijo de Adán; su hijo es, porque para que cuide dél se le prohijó el Cielo. Las palabras con que le despide son la razón por que le había de llamar. Por que no se disculpe con la inadvertencia le hace Dios que él mismo confiese el parentesco: por que le socorra se le acuerda.

De aquí se puede sacar conocimiento de lo mal que hace en no dar limosna el que puede darla. Los pobres venden siempre muy barato: quizá aquel pobre que le pide va a darle por un ochavo el Cielo. Luego que el tratarle sin cortesía es desacato que le hace al Rey de los reyes, porque el pobre que pide es un hombre enviado del Cielo a que le ruegue de parte de Dios que haga una buena obra. Al que envía el recado ofende quien desestima al

recaudador. Y cuando no hubiera esto, ¿qué le va a pedir, sino que haga una cosa que le ha de ser de gran utilidad? Desestimarle por esto es declarada injusticia. El no darle limosna es villanía infame, porque es ponerse de parte de la necesidad su enemiga, que es la parte más fuerte. Con estas consideraciones pueden quedar los que de ver contiendas gustan la tarde de el día de fiesta muy de parte del pobre contra sus necesidades.

El que gusta el día de fiesta por la tarde de jugar a la pelota por hacer ejercicio, puede hacer otros ejercicios que sean más saludables para el cuerpo y para el alma. Sálgase al campo con un par de amigos no pesados y necios, que éstos no hacen más que descargar en las orejas del desdichado que los oye un diluvio de boberías, y es tempestad muy penosa.

Todos piensan que no hay más de una especie de animales ponzoñosos que envíen su veneno por el aire: éstos son los basiliscos. Pues se engañan, que otra especie hay que hace lo mismo: estos son los tontos. También piensan todos que el oído solo es el sentido que está libre de venenos. Pues también se engañan: el veneno que por ellos se recibe son las necesidades. Salga, pues, al campo con dos amigos discretos y virtuosos, cosa de que es tan corto el número; mas vaya, puede ser que sea tan dichoso que los halle. Paséese y hable con ellos: a pocas palabras de una conversación hay diferencia en las opiniones, con el calor que defiende cada uno la suya a hace muchas acciones con los brazos, que es cosa natural irse los brazos a cualquiera defensa: ellos son los valientes de cada individuo: aun en lo que se ha de defender a razones quieren tener parte, y ayudan muy bien a las razones con sus movimientos, las hacen más fuertes. Con esto ejercitan los tres amigos a un mismo tiempo los pies, los brazos y la voz, sin la violencia del juego de la pelota y con la templanza que pide la salud en los ejercicios. Allí está un hombre de discípulo y de maestro: lo que sabe bueno lo enseña; lo que oye bueno lo aprende: Enseñar hace vanidad gustosa; aprender hace provecho deleitoso. El que enseña recibe y provecho con hacer provecho; el que aprende hace provecho con recibir provecho. De los gustos y utilidades de discípulo y maestro está gozando el que conversa con hombres entendidos y virtuosos. Mejor se emplean en esto las horas santas de la tarde del día de fiesta que en andar alocadamente tras de una pelota.

EL JUEGO DE LAS DAMAS

TAN falta está de cuidados la vida, que se le añaden cuidados? No hay cosa en ella que no cueste afán y desvelo. La casa es lo más acomodado della, y de tal manera acomodado, que para preguntar por la casa de alguno se pregunta dónde vive: vulgaridad muy significativa, pues afirma que sólo se vive donde se mora; y afirma muy bien, porque allí se come, allí se duerme y se descansa. Esta, pues, parte de la vida, que parece que sola se escapó de ser muerte, cuesta cuidados, innumerables: innumerables son las cosas que son menester en una casa, y cada una da muchos desvelos. Si es propia, es menester repararla; si es ajena, es menester pagarla. Ajena o propia, es menester vestirla de aliños. ¡Válgate Dios por descanso tan cansado!

En saliendo un hombre a la calle es todo fatigas: es menester ir mirando dónde pone los pies para no caer y para no enlodarse, atendiendo a que no le atropellen y salpiquen los que van a caballo, cuidando de que de las ventanas no le amancillen la limpieza y pensando sutilezas cómo hacer bien lo que va a hacer. El vestido o es pesadísimo desvelo: el que no tiene con qué hacerle se mata pensando cómo lo acaudalará; el que tiene con qué hacerle, no duerme pensando con qué sainete le hará. El que no tiene qué comer, se hace pedazos para tenerlo: el que lo tiene, para tenerlo más regalado. Para no tener cuidados, no le ha bastado a nadie ser dichoso. El que no tiene mujer propia está entregado a ladrones: menos cuidado le costara, si viviera entre águilas, guardar dellas lo que tiene que de los que le sirven. El que tiene mujer, ya que no tenga necesidad de cuidar de guardar lo que tiene, la tiene de guardarla a ella y de estudio incesable para vivir en paz con ella. Los hijos son otros cuerpos propios. Para acudir a todos los menesteres de un cuerpo son menester todas las atenciones de un alma; para acudir a tantos, ¿cuántas habrán de ser las atenciones? Los cuidados de la vida no se sujetan al número: por ser tantos parecen menos; y siendo tantos, hay quien se añade cuidados impertinentes: el que juega a las damas.

Acaba de comer el día de fiesta un flemático y quédase en la silla con el mismo sosiego que si estuviera en un tapiz. Los flemáticos no tienen la vida muy larga, porque hay en ellos más frialdad que calor, y en no estando proporcionados el calor y la frialdad hacen la vida corta: en no pudiendo pelear con iguales fuerzas, con la frialdad el calor se extingue. Éstos empiezan desde niños a tener temple de viejos, y no hay tan larga vejez como una vida larga. Por su complexión tienen los flemáticos la vida corta, pero mucho más por lo poco que obran en ella: siempre parece que están muertos.

Acuérdasele a nuestro flemático que es día de holgar y no que es día de fiesta, y trata de irse a holgar. Hay una botica enfrente de su casa: como es vecino el boticario, es conocido. Quiere irse a hablar con él y tarda hora y media en llegar a la botica: halla arrimados al mostrador a un platicante de un hospital y a un médico que ha tan poco que salió de platicante que aún no tiene acabada de pagar la mula, y al boticario por dentro hablando en calidades de yerbas, con tanta erudición, que parece que estudiaron en un monte. El flemático está como en Vizcaya, pero él tiene tan buena espera que todo lo sufre. El médico y el platicante oyen con desprecio lo que dice el boticario. Él se cansa desto, y sin darse por entendido le dice al flemático que si quiere jugar a las damas; y él responde muy despacio que sí. Entra por la puerta a la tienda; ya el boticario ha puesto sobre un bufetillo de nogal el tablero; toma el flemático una silleta de paja, y el boticario un taburete alto, destos que se compran a la puerta. Sentados con esta desigualdad, se conforman en que vayan dos cuartos a cada juego. Constitúyese cada uno en general de un ejército de palillos y empiezan a formar sus escuadrones. El médico se despide del platicante diciendo que va a hacer unas visitas, y las visitas no son más de dos: la una es a un amigo que se le ha muerto su mujer, y la otra a una monja que le pidió por un billete que le buscara sobre unas prendas un poco de dinero prestado. El platicante se va a platicar a una plazuela.

Ya han formado sus escuadrones el flemático y el boticario y presenta el uno la batalla. Empiézase a disputar la vitoria con alguna celeridad: en estando deshechas las avanguardias entra la consideración y el espacio: mover cuquiera palillo cuesta más atención que aventurar mil hombres en un asalto. Hombres: mirad que jugáis, y que no jugáis cosa que

importe: ese cuidado es bueno para cosas de mucha monta. No tiene remedio: no apartan los ojos de los escaques, no se atreven a mover la mano sin larga consulta.

Llega un muchacho, pone una escudilla gorda en el mostrador y pide en voz alta un cuarto de aceite de lirios. El boticario está tan embebecido en el juego, que no le oye más que si le pidiera el aceite desde su casa. Vuelve el muchacho a pedir en voz mayor el recado por que viene. Entreóyle el boticario, y hace en aquel tiempo una dama y olvídase de lo que entreoyó. Parecele al muchacho que le despachará presto, y por gastar el tiempo en algo empieza a hacer con el cuarto sonecitos en la escudilla. El boticario no hace más que andarse tras su dama, hecho rufián, procurando que gane para él mucho. Su mujer, que lo está mirando por una tribunilla que cae a la tienda, le dice con tono blandamente reprehensivo: «Señor: despache aquel muchacho». Entonces se levanta el hombre, tan atontado de la atención con que discurría en el juego, que por darle aceite de lirios se le da de verdolagas: quien en este juego pierde es el enfermo.

El flemático le espera estudiando cómo le ganará aquel juego. Vuelve el boticario a sentarse; juega una pieza el flemático; él levanta otra para ponérsela al encuentro, y en estando con la mano levantada pensando dónde la pondrá llega una muchacha dando golpes en el mostrador con una mano de almirez. Como los golpes son tan recios no puede dejar de oírla: mírala enfadado y preguntala qué quiere. Ella dice que una ayuda, y que aquélla es la prenda. El hombre, por abreviar, pone la pieza donde no la ha de poner y levántase. Quita una jeringa de la percha, límpiala con un trapo más sucio que la jeringa, dásela a la muchacha, toma la mano del almirez y escribe en ella el nombre. El flemático se está riendo de ver que no ha de ganar tanto en el alquiler de la ayuda como ha perdido en no haberle dado buen lugar a la pieza. Prosíguese el juego y gánale el flemático. Enfurécese el boticario, y todo es echar la culpa a la muchacha, que llegó dando golpes con la mano del almirez.

Empiezan otro juego, y desta manera se están toda la tarde, el uno con cuidado y sin sosiego, y el otro con sosiego y sin cuidado. ¿No sabríamos que es lo que deleita en este juego a estos hombres, que ponen en él atención tan grande? No le hallo más razón que el mal ajeno, porque allí no se hace más que tratar de echar los unos a los otros de su casa y de comerse unos a otros; y a esto da tanto gusto, aun retratado, que no es caro en cuidado tan grande. Sin duda es para los hombres grande gusto hacer mal a otros hombres.

Flemático mío: pues tienes espera para estarte toda una tarde del día de fiesta cuidando atentísimamente de lo que no importa nada, tenla para pensar atentísimamente esa tarde lo que yo te dijere aora, que importa mucho. Dios manda amar al prójimo y obrar con él como quien ama. La gloria pone por premio a quien lo hiciere. ¡Oh bondad suya grande ofrecernos premio por lo que es conveniencia propia! Esto no se manda a uno, sino a cada uno, porque un hombre los ama a todos manda a todos que amen aquel hombre. Cuando no obedezcan todos el precepto, con que le obedezcan algunos basta para tener muchos socorros: los bienes de todos aplica a cada uno. Ninguno puede ser muy necesitado con este precepto, porque cada uno está obligado a amar a los otros están los otros obligados a amarle a él: este precepto es beneficio. ¡Oh otra vez, y otras muchas, Dios suavemente bueno, que a la obediencia que es conveniencia le pone, aun después de las conveniencias, premio grande! Todos estamos obligados a amar a Dios, a nosotros mismos y al prójimo, pero no hay precepto especial de amarnos a nosotros mismos. La razón principal es porque muy bien se ama a sí mismo quien a Dios ama. Mas cierto que

si esto admite segunda razón es porque parece que no tiene necesidad de amarse Aquel a quien aman todos. ¿Para qué andan los avarientos insidiando las haciendas de los otros, si tienen tanta parte en aquellas haciendas?

El miedo de la necesidad hace a muchos inicuos. Éste es un enemigo que, si se mira bien, no le hay. Esta verdad se asegura en el precepto de amarnos los unos a los otros. Quien tiene tantos obligados a que le amen no puede tener necesidad de nada de lo preciso para la vida mucho tiempo. Haga cada uno las diligencias legítimas que en sus fuerzas cupieren, y si éstas no le acomodaren, no piense que ha perdido lo que ha hecho, porque nadie ha trabajado de balde en el mundo: al que no le da Dios por las diligencias legítimas lo que ha menester para la vida, le tiene guardada en la otra mucho mejor paga por ellas. Ve el necesitado que al tiempo que a él le está negando Dios los bienes temporales se los está dando a otros a manos llenas, y aflígese. Por esto debía alegrarse, porque se lo está dando Dios a aquéllos para que con él lo partan. Y en esto está haciendo el negocio de ambos, porque el uno merece padeciendo y el otro repartiendo.

Lo que se teme en la pobreza mucho es el tremendo lance de llegar a declararle la necesidad al rico. Yo confieso que al primer semblante es cosa terrible, y tan terrible, que el menesteroso que se determina a ir a buscar al rico para pedirle que le socorra, en viéndose delante dél se asusta de modo que le pesa de haberle encontrado. Este horror se vence con las consideraciones.

Si el pedir se siente, porque quedan muy desiguales el que da y el que pide, es injusto el sentimiento, porque los hermanos, aunque uno sea rico y otro pobre, son iguales. Hermanos son el pobre y el rico. Si se aflige de pensar que va a pedir lo que no se le debe, no se aflija, que no va a pedir sino lo que se le debe: aquella parte va a pedir que Dios le dio a guardar al rico para que en su necesidad se la diese. Si le asusta el ceño que pone el poderoso cuando se le pide socorro para las necesidades, no se admire de que le ponga, porque él estaba creyendo que toda su hacienda era suya. Ve que le notifican de parte de Dios que tiene en ello el pobre parte, y siéntelo: si hace el socorro, lo tiene menos de caudal, y si no le hace, tiene aquel escozor más en la conciencia. Si se turba el necesitado al llegar pedir, pensando que ha de ser tenido por hombre de mala aplicación, tampoco se admire, porque los ricos que lo son con mucha facilidad se persuaden a que es negligencia del pobre no ser rico, pero consuélase con que Dios no hizo a los ricos jueces de los pobres, sino mayordomos: aunque la necesidad sea culpa, éstart obligados a socorrer la necesidad.

De todo esto se infiere que el que es injustamente codicioso comete en andar tras la hacienda ajena una culpa y una bobería. Una culpa, porque quiere atraer a sí maliciosamente lo que no es suyo, y una bobería porque teniéndolo allí seguro para la necesidad, se mata antes de tenerla por sacarlo, con que no lo hallará allí cuando la tenga. A esto me responderá que los socorros que se les hacen a los pobres son tan escasos que apenas alcanzan a lo preciso, y que él también tiene apetito, como todos los mortales. A esto le respondo que dé muchas gracias a Dios de que le hizo en esto ventajoso a los ricos, porque ellos tienen para ser viciosos voluntad y medios, y él no tiene más que voluntad, y es menester ser muy necio para ser con sola la voluntad vicioso.

Volvamos ahora a nuestro flemático. Los muchachos juegan, mientras lo son, a lo que han de hacer cuando no lo sean: juegan a los tenderos, juegan a los alguaciles, juegan a los ladrones. Ahora se ofenden unos a otros de burlas; en siendo grandes se ofenderán de

veras. Jugador de damas: yo pienso que juegas el domingo a lo que has de hacer el lunes: a andarte a destruir los otros. Para que el lunes no lo hagas, piensa el domingo, los ratos que en jugar a las damas pierdes, que están obligados a amarte todos cuantos viven mientras tú vives, y que muchos cumplen con su obligación. No le usurpes al prójimo su hacienda, que si la hubieres menester, en el prójimo la tienes.

Una culebrilla hay en el Arabia, menor que la víbora, pero más veloz para hacer daño. El efecto que hace su mordedura es dar sed insaciable: los heridos della beben tanto que se toman ellos mismos la muerte. Esta culebrilla es el Demonio. Él no puede hacerle a nadie que peque, pero puede con vehemencia incitarle: por culpa propia se toma la culpa que la comete. ¿Date sed de hacienda que no es tuya? Guárdate de beber della, que te ha de matar. ¡Oh, que la sed es grande! Sufre la sed. La sed que no es natural, con no beber se quita: con no meter en tu casa ajenos bienes no tendrás sed dellos. Esta culebrilla se llama «melanuro». Con este mismo nombre hay unos peces en un pedazo de los mares de Italia, tan astutos, que jamás han mordido bocado en que haya anzuelo, pero salen a recibir con mansedumbre el pan que les arrojan, y les arrojan mucho: sólo comen el bocado que viene sin malicia, y los provee Dios de quien se le dé. En el dinero ajeno que deseas sacar con engaño y astucia te tiene puesto el anzuelo el Demonio: no le toques, que Dios te proveerá de hacienda sin anzuelo.

EL DOMINGO DE CARNESTOLENDAS POR LA TARDE

UNAS plazas hay tan fuertes, que sólo por hambre pueden ser vencidas. Una destas plazas parece el hombre poseído de la hostilidad de las culpas. Por el ayuno, por la abstinencia, pueden ganar las virtudes esta fortaleza a los vicios; pero ¿qué hacen ellos en este riesgo? Previénense de vituallas golosas: contra la expugnación de hambre santa se arman de hartazgos viciosos. Ven el domingo de Carnestolendas al amanecer bajar a la Cuaresma con cuarenta ayunos, que son otros tantos batallones de buenas obras, y empezar a tomar puestos para sitiarse al hombre. Allí es la prisa a meter bastimentos. Tanto es lo que comen los hombres aquellos tres días, que los ayunos subsecuentes más son medicamento suave que mortificación dolorosa. ¿Qué casa hay en que este día no coman de muerte cuantos en ella viven?

Sin el contraveneno de la inquietud, corrían grande riesgo los más de los que viven aquellos días. Que todos los que comen demasadamente hacen mal no tiene duda, pero hácelos errar estos tres días el miedo de la hambre que esperan. Floja disculpa; mas tal cual es no la pueden dar todos. Los más, ni comen pescado ni ayunan la Cuaresma. Pues ¿con qué pretexto se hartan? Porque se usa. También se usa ayunar la Cuaresma y no ayunan; y no sólo se usa, sino se manda. Los que lo usan son los virtuosos; quien lo manda es la Santa Madre Iglesia. Aquéllos para ejemplo son mucho; ésta para obligar poderosa. Todos me lo

confiesan, pero en llegando el Miércoles de Ceniza salen muchísimas razones que libran desto. Aquel día se vuelve enfermería el mundo: no hay persona a quien no le duela algo. Todos estaban sanos el domingo de Carnestolendas para comer como unos lobos. ¿Ninguno está sano para no comer carne el Miércoles de Ceniza, siendo más sano? Traza es, y agudísima, del Demonio que se desordenen tanto aquellos tres días los hombres para que lleguen llenos de enfermedades a los días de la mortificación que los escusen della.

Cristianos: para ayunar, ayunar. El ayuno Cuaresmal nos le da la Iglesia por medicamento para los vicios. La medicina humana, por donde empieza a disponer al enfermo que quiere meter en cura es la dieta. La medicina Soberana usara de este método si los hombres quisieran: tuviéranlos en dieta las Carnestolendas para que entrasen en la curación del ayuno aptamente dispuestos; pero no quieren los hombres: dejan que introduzcan en ellos los vicios socorro de bastimento contra las virtudes, y no hallan las virtudes cómo vencer a los vicios.

Acaban de comer en una casa rica el domingo de Carnestolendas a mediodía, necia y abundantemente. Los dueños se levantan de la mesa a holgura hidalga, los criados a necia holgura. Júntanse los amos a jugar al hombre: luego seremos con ellos. Las criadas se dividen por los balcones o ventanas con pucheros en las manos. Los criados las socorren de calderos de agua que arrojen con los pucheros sobre los pobres que pasan. ¿Qué querrá ser esto? A mi parecer, no más que entretenerse unos con el enfado de los otros. Y ¿qué querría ser cuando empezó? Eso no sé. Mas costumbre necia y peligrosa tan tolerada debió de tener el principio bueno: sin duda hacían esto los cristianos unos con otros por prepararse unos a otros a burlas, a escarnios, a mofas, a desaires, a golpes, a ajamientos, para recibir con todo el corazón el horrible desengaño del miércoles siguiente, de que cuantos han nacido son polvo y serán polvo.

Muy engréido animal es el hombre. Vese con un alma racional que es retrato de la mejor esencia: no es de admirar que se estime; y si esta estimación fuese para no entregarse a la indecorosa comunicación de los vicios, era soberbia loable. Pero nadie hace caso de sí mismo por su alma, sino por su cuerpo: del alma no se sirven los hombres más que para vivir; de el cuerpo, para vivir muy estimados. Por el respeto propio, cada uno en su esfera, miran incesablemente. La palabra que se les desluce les duele mucho; la obra que se les desaliña los mata. El soberbio escarnecido se encoge mucho, a desprecios repetidos se desensoberbece. No va mal dispuesto a creer que es solo el que va hecho un lodo. Si para esto se inventó maltratarse y mojarse unos a otros las Carnestolendas, fue discreta invención; y si no fue para esto, hagamos nosotros que para esto sirva.

Están, pues, atalayando a los hombres que pasan, para mojarlos, las mujeres. Ven venir un esportillero por la calle abajo; previénese una fregona de un cubo de agua; tómale por el asa de esparto con la mano izquierda; por el resbaládizo suelo con la derecha; arrímale al balcón mohoso, y en viendo al pobre hombre en paraje se le vuelca encima. El miserable paciente con el susto se aturde y con el peso se agobia. Pasa turbado a la otra acera a reconocer el balcón enemigo y ve a mujeres y hombres tomando risueño placer del mal que le habían hecho: enójase justamente del exceso de la burla y empieza a hacer difiniciones injuriosas de los que se la han hecho. Algunas yerra y algunas acierta, y ellos se ríen de todas; que los que pierden el miedo a la culpa se le pierden a la afrenta. Al injuriado no se le daba nada de mentir por ofender, y los ofendidos desestimaban el agravio por el gusto de verle

padecer de nuevo en el enojo. Nadie se huelga a tanta costa como los burlones, porque el corrimiento es enojo muy ejecutivo, y sufren con risa mil cosas que después padecen en el silencio con suspensión molesta.

Esta gente hizo con esta burla muchas cosas malas: mojaron a este hombre en cantidad que le obligaba a mudarse vestido, y no tenía vestido que mudarse. Los cuerpos humanos no enjagan ropa de balde: la salud les cuesta. Es lo más verisímil que vendría de dejar alguna carga que le hubiese hecho sudar, y mucha agua fría sobre el cuerpo sudado se diferencia poco de una estocada. Con el enojo que le encendieron le precipitaron a la venganza. El que ocasiona un pecado mida el daño que hace por la pena que corresponde al pecado. Con todos estos males que hicieron a este hombre se hicieron a sí mal harto grande.

Dos mujeres que están en una reja de un cuarto bajo con un instrumento de disparar agua por las troneras de una celosía, a un hombre vestido de negro, que descuidado arriado a ella pasaba, le dan una rociada por el rostro, que le turban los ojos y le desaderezan la valona. El hombre prosigue su camino sin volver la cara al lugar de su ofensa: pasa por la necesidad del uso con silencio; no sé yo si con paciencia. Como la Iglesia tiene agua bendita que quita pecados veniales, tiene el Demonio agua maldita que los ocasiona veniales y mortales: ésta es la que se echa las Carnestolendas en injuria del prójimo.

Algunas cosas hay con que no se mezcla el agua, como son el aceite y la resina. Esta agua ofensiva que se arroja las Carnestolendas, ni se mezcla con la prudencia ni con la virtud. Con la prudencia no, porque es error descubierto hacer a otro ni aun el menor enfado. No con la virtud, porque no puede dejar de ser malo causar enojos vengativos. Aquellas mujeres le hicieron a aquel hombre un cansancio forzoso con el ímpetu y con el agua; y quizá más que cansancio, porque quizá no tendría cuatro cuartos con que aderezar la valona. No hay daño pequeño para el que no tiene con qué remediarlo. Cualquiera pérdida hace dolor grande en quien no sabe el camino del remedio. Haber callado este hombre no es haberlo llevado en paciencia: impaciencias hay mudas; y aun pienso que son las peores impaciencias, porque no temen los oídos de nadie y hablan como sin riesgo del castigo y como sin miedo de la murmuración. Calenturas son muy maliciosas las encubiertas: ardores de mucha culpa se pudieron disimular en aquel silencio.

Ven venir las que están en el balcón una silla de una señora, y tras de ella un escudero a caballo. Va por medio de la calle, y enojándose de que se haya salido de debajo de su tiro buscan desquite y hállanle. Métese una un poco adentro y dícele en voz disparada: «¡Rodrigón!». Ayúdala otro mozuelo, y dícele en grito agudo: «¡Ciento y dos!». ¿Por qué? ¿Por qué baldona esta gente necia a este hombre? ¿Porque sirve en una casa principal? No por eso, que a nadie se le esconde que para la organización del mundo importan tanto los que sirven como los que mandan, sino porque sirve por tres reales, que parece la ración más sin sustancia que se le puede dar a la vida de un hombre de buena esfera. Si esos tres reales estuviesen desacompañados de otras conveniencias no era mucho el tratar como a loco al que se mataba por servir y se dejaba matar de hambre; pero estos tres reales suelen tener tantas comodidades adherentes, que se hace una muy buena comodidad de todo.

Mas doy que no las tengan y que este hombre coma de manera cada día que es menester que le resucite Dios cada mañana. ¿Habrà alguno tan irreverente al Cielo, que se burle de aquel con quien Él acaba de hacer un milagro? Si viéramos a uno que había resucitado, ¿no le miráramos como a obra extraordinaria de Dios? Por lo menos, acabado de suceder

el prodigio le tuviéramos mucho respeto. Siete horas habrá que resucitó aquel hombre, ¿cómo os burláis dél, gente bárbara? Fuera de esto, se ofende a aquella señora que va en aquella silla, que va dándole estimación de su estimación a aquel criado. Algunas horas tiene el Sol en que parece mayor de lo que es. Esto sucede por las tardes. Cuando va hacia el Occidente llena de luz finísima el aire que le rodea, y parece Sol el aire. Cuando esta señora va acompañada de su escudero, le da de su respeto tanto, que aunque él sea un poco de aire se ha de mirar por entonces con el mismo respeto que a ella.

Pasa algo apartado de ella silla, en un coche, un hombre rico que fue mozo pobre, que hay hombres tan dichosos, o tan desalmados, que enriquecen en menos tiempo que otros se pierden. No le echan agua porque no le pueden³⁹ coger, pero puédenle decir baldones porque los puede oír. No se los dicen. ¿Qué es esto, mundo injusto? Al otro pobrecito avergüenzas, que es pobre sin culpa suya, y a este rico no le dices nada, que es rico con grande culpa? Menos acusable fuera, por la libertad del día, decirle a éste oprobrios que le enmendaran, que al otro cosas que le affigieran. ¿Sabes lo que hace éste? Compra haciendas vinculadas por la vida de los que se las venden. Lo primero que hace es tasarles las vidas en cuatro o cinco años. Para hacerles creer que no pueden vivir les acuerda los riesgos que se andan tras el vivir, los que se agarran de la vida moza y los que acechan desde una baraja de naipes. Háceles, al fin, un sermón muy desengañado para engañarlos.

Ellos se persuaden a que la vida es un soplo. Paréceles que en vida tan corta es menester darse mucha prisa a holgarse, y que esto no se puede hacer sin dineros, y véndenle la comida y la estimación de mucha vida en el corto precio de cuatro añadas. Ellos van contentos como una herencia, y él se queda riendo de ellos porque sabe que con hacerlos desdichados los hace eternos. Gástase el dinero en poquísimos días, y luego viven innumerables de calamidad insufrible. A la hora que estos perdidos están aguardando cuatro reales dudosos en una casa de conversación para ir a matar su hambre, está el que les compró sus haciendas haciendo hambre en una tienda de sedas mirando si se le antoja algo para hacer un vestido que no ha menester.

Hombre cruel: yo no me meto en si te salva o no la conciencia el peligro a que pusiste el dinero con que compraste, pero te afirmo que si no hubiera quien comprara de por vida no hubiera quien vendiera, con que se quitaba la ocasión a daño tan grande. ¿Pudiste tú dudar, según la condición de los que te vendieron, que dentro de muy pocos días habían de pedir limosna? ¿Pudiste no conocer que

la intención de los fundadores de aquellos mayorazgos fue dilatar su nombre por los siglos con lustre y reverencia, y que esto lo desearon tan esforzadamente que hicieron por conseguirlo a otros muchos hijos y nietos pobres, a quien amaban tiernamente? ¿Puedes no haber oído decir lo que miran las repúblicas por la continuación de estas haciendas, porque son las estrellas fijas con que lucen? No por cierto. Pues si todo esto te era patente, ¿cómo tienes corazón para ver mendigar aquel con cuyo caudal tú, de puro abundante, te envicias? ¿Cómo tienes descaro para falsearles el logro, por lo menos en aquella vida en que empobreces, a los loables deseos de difuntos venerables? ¿Cómo tienes osadía de embarazarle, ni aun temporalmente, las sagradas atenciones a la república?

39.- Eds. consultadas: 'puede.'

¡Ah mujeres, las que echáis agua! Echad agua a calderos sobre ese coche. Tiradle los calderos. Mas no se los tiréis, que a vosotras no os toca el castigo de esta culpa: Dios, a cuyo cargo está, le dará el castigo.

Suben tres o cuatro caballeretes mozos por la calle y reciben de una ventana baja, donde están unas mujeres hermosas, una de aquellas cargas que da la hostilidad burlesca de aquella tarde. Mójanlos con festiva agua. Ellos miran los enemigos y huélganse de verlos. ¡Oh hermosura, aun ofendiendo muchas veces amable! Tratan de su venganza y arrojan dentro de la pieza muchas bombas de agua olorosa hechas de cáscaras de huevos. Enciéndense en tema las baterías. Quere desde los balcones hacerles guerra fastidiosa el vulgo de otra familia noble. Embarázase el dueño corrigiéndole con los apellidos heroicos que aquellas mozos tienen. Con sólo el nombre los quiere hacer respectables. No halla otras señas. ¡Desdichado del hombre que no tiene más señas para su estimación que el nombre! Solos los apellidos pronuncia: esas son señas de que nacieron, no de que han vivido. «Don Fulano de tal» significa descendencia, pero no obra; dice sangre, pero no virtudes. Esa es gloria ajena, que no hace lustre propio.

¡Puédese desvanecer el papel pardo porque estén escritas en él las hazañas de Julio César, la recta judicatura de Solón y la prudencia de Sócrates? De ninguna manera. Pues de esa manera, ni ellos se pueden desvanecer ni nadie debe estimar a aquellos hombres en quien, como en papel ordinario, están escritas con el nombre las historias de abuelos excelentes. Si la prudencia de Sócrates, la rectitud de Solón, la gallardía de ánimo de Julio César, estuvieran escritas en láminas de oro, aunque se borrara la Historia quedaban las láminas estimables. Hombre en quien con el nombre está escrita la historia de grandes ascendientes, si él por sí no queda estimable aunque borren la Historia, crea que es papel de poca estimación. Lo que cada uno es, es, lo que fue otro, no es nadie. Estos mozos no tenían más señas que el apellido. ¡Desdichada fortuna! Si al mundo se le olvidasen sus nombres no tenía señas con que buscarlos. ¡Oh verdaderamente nobles aquellos que pueden ser buscados sin el apellido, aquellos de quien se puede decir: «¿Quién ha visto a uno que peleó increíblemente en tal batalla? ¿Quién ha visto a a otro que era la admiración de la Universidad? ¿Quien ha visto a un mozo que frecuenta mucho los templos?». Esto, esto es ser noble: esotro es ser historia.

Huyendo de un aguacero que caía de unos balcones se entró en un zaguan un mozo lucido a tiempo que bajaba por la escalera un conocido suyo, hombre de más ingenio que fortuna, de más nombre que hacienda. Saludáronse, y el que entró le dijo la causa que le tenía allí al que bajaba, y subsecuentemente le preguntó a qué había ido a aquella casa. El otro, sonriéndose, le dijo: «Que me vendrá a mí que bien me venga? Sabréis, amigo mío, que vive aquí Fulano. Éste era un extranjero muy rico, el cual ayer, en el congreso de un garito, me dijo que me viniese hoy a comer con el, como dando a entender que añadía a su mesa el plato de mi conversación, que los ricos se sirven hasta del alma de los pobres. Yo vine a la hora señalada, estudiando moderaciones contra la abundancia de la comida. Entré en una pieza ricamente adornada, y lo primero que se me vino a los ojos fue la mesa, cuyos manteles eran tan blancos que deslumbraban, tan cumplidos que tapaban los pies al bufete, tan labrados, que eran una selva nevada. La plata de los servicios no parecía sacada de minas, sino de cantera de diamantes. No podían sufrir tanta luz mis ojos y paselos a la tapicería: si lo extraño, si lo hermoso, si lo rico no embobara, matara el gusto de compre-

henderla. Llegó la hora de comer y sentámonos. Yo descogí una servilleta sobre la mesa y mi silla, tan blanca, tan fina y tan hermosamente labrada de las señales de los dobleces, que me pasó por la imaginación limpiarme en las faldas de mi ropilla por no violarla. Empezamos en unos orejones. Todos los principios son pequeños: eran pocos. Sucediéronles unas escudillas de caldo de color de pobre que sale del hospital. Quise tomar unos tragos y figuróseme que era escudilla de materia: no me atreví. Viéndome ocioso mi convidador, dijo en voz de vender por la calle: '¡Las perdices! Yo he oído cantar a cuantos músicos buenos ha habido en mi tiempo en la Corte, y ninguna voz me ha sonado tan bien. Empezaron los criados a hablar en secreto unos con otros, y las perdices no venían. Al fin se determinó uno y dijo que se le habían olvidado al comprador. ¡Ira de Dios, y cuál se puso el hombre! Temí que los matara a todos. A mí se me afligió el corazón de ver la ira en que se abrasaba, como avergonzado. Procuraba templarle representándole la poquedad de la culpa y la pequeña de la falta. Él, como enfrenado de la urbanidad, se compuso a mi ruego. Hartó me pesaba de que faltasen las perdices, porque soy muy amigo destes pájaros, pero apelé al regalo que en lo que faltaba suponía. En esto estaba cuando he aquí asoma un braserillo de plata enrejado con un plato, encima tan grande como la Vega de Carmona, cubierto con otro del mismo tamaño. Mirele como a vengador de la injuria de las perdices y consóleme. Pusiéronle en la mesa, descubriole su dueño y descubrió tres alcachofas enteras cocidas en agua y sal: hízome plato con una, hízose plato con otra, y dejando en el plato grande la tercera, echó aceite y vinagre en ambos platillos diciendo que era la mejor invención con que había topado la gula. Yo lo probé, y en mi vida vi cosa tan sin gracia. Sirvieron luego otro braserillo con otra tanta plata preñada, y era un plato compuesto de escarolas, hojas de rábanos, malvas, ortigas, culantrillo de pozo, agallas de ciprés y hojas de yedra. Esto es lo que a mí me pareció: puede ser que me engañase. Hízome el italiano un plato de muy buena presencia: probele y era de muy maldito sabor. Echaba la culpa a mi paladar y guardábame para los platos futuros. Volví los ojos hacia la puerta y veo entrar un cubierto muy majestuoso: pusiéronle en la mesa, y dijo el hombre: 'Esta es la muestra del escabache que tengo para esta Cuaresma, y como no es más de muestra, es poco.' Debía de ser como un cuarterón, pero preciosísima cosa. La bondad le hizo menos, y la hambre le hizo nada: acabose antes de empezarlo. Pedí de beber, y en una salva como una rueda de molino me trajeron una copa de vidrio de Venecia, de corta cavidad, llena de agua sobre una cuarta de pie, y junto a ella una limetilla del mismo vidrio con una gargantilla azul, que debía de hacer la cuarta parte de un cuartillo, llena de vino de Colmenar. Para echar el vino en la copa fue necesario vaciar el agua en la salva, y diome vergüenza de vaciarla toda, con que vine a echar una lágrima de vino porque no cabía más. Fui a beber: derramóseme un poco y apenas quedó con que mojar me el pico de la lengua. Al dejar la tacilla la miré con atención y me pareció volatín en zancos: un muchacho, una legua del suelo, con un tamborilillo que no es música, sino ruido, que no es deleite, sino estruendo. Cuando yo restituía la copa estaba ya en la mesa una polla de sabrosísimo olor. Empezola a trinchar el dueño de la casa, y en la fuerza que hacía me pareció que era de escultura: infaliblemente era de madera. Preguntaráseme ahora que cómo olía. Yo lo diré: ésta polla se asó en la pastelería, donde en tales días se asan innumerables, y sucedióle lo que a los melones malos, que de estar entre los buenos huelen a buenos. Cúpome una pechuga, y era menester una azuela para dividirla en bocados: dejela de comer por falta de instrumento

para partirla. Levantaron este plato y vino sobre ascuas el de la olla, y tan sobre ascuas que no sosegó un instante. Mandó el dueño que la quitasen, dando por razón que estábamos reventando, pero era por comer. Pusieron luego en un trincherero una zanahoria con un caldillo agridulce que olía a especias, que fue el último plato de estupendo convite: ¡mirad ahora cuál sacaré el estomago! Amigo: lo que pondero aquí no es sino mi desgracia, pues en una casa tan rica y tan abundante como ésta, en día que todos comen bien han tenido maña de matarme de hambre».

Sonriose el mozo y dijo: «En cualquiera de las naciones son de diferente cantidad los ánimos: unos son grandes; otros, no tanto, y otros pequeños. En la nación de vuestro convidador hay hombres que el día de la vanidad no sólo son cumplidos, sino derramados. Los que no tienen tan alto el espíritu caen en las debilidades que vos llamáis desgracia vuestra. Yo los conozco muy bien, y sé los vicios que las producen. Estar la ropa y la plata tan limpia es crueldad y no aseo, que es por hacer reventar a los desdichados que los sirven. El estar el caldo sin color es un ahorro muy estudiado: tienen ajustado que lo menos que puede llevar una olla es un maravedí de azafrán, que al cabo del año son trecientos y sesenta y cinco maravedís que se ahorran en el consumo de el almirez; con no machacar aquello, por lo menos otros cuarenta y siete maravedís, que son cuatrocientos y ocho, que son doce reales. Que éstos empleados, se doblan cada año, y que en pocos años la multiplicación de estas duplicaciones monta un tesoro. El reñir porque falta un plato de la orden que dio es cortedad ingeniosísima, porque es concordia entre él y los criados para abultar sin costa el aparato, para hacerle agradecer a la sencillez del convidado español el plato que no come y para tener él a la noche el plato de la risa de haberle engañado. El comer tanta hortaliza es porque el poco sustento debilita la sensualidad, y es vicio en España muy costoso: si las mujeres no pidieran tanto se comiera cada día un carnero. El ser la polla dura es culpa del comprador, porque lo mismo cuesta la esquiva que la blanda. El levantar intacto el plato de la olla es porque tendria hecho concierto con el ama que la había de sustentar con aquel plato, y como os vía tan hambriento temió que no habíais de dejar nada. Estos son en suma los motivos de haber comido hoy vos tan mal, y no vuestra mala fortuna».

«Con mucha malignidad —dijo el hambriento— discurrís en estos motivos, y me persulado a que os engañáis en muchos. Lo que me sucede ahora es que cada vez que se me vienen a la memoria las perdices se me llena la boca de agua, y me he de ir a una despensa a comer una, aunque deje una cajilla de plata que tengo aquí con tabaco». «Y si tardáis mucho —dijo el otro— os desustanciaréis en salivas». La Naturaleza, cuando comemos algo, envía saliva a la lengua, que reciba el sabor de lo que se come. Los que desean mucho comer una cosa piensan que la están comiendo: hace la aprehensión el caso, acude la Naturaleza con sus salivas a la boca, y como no encuentran sabor con que volver adentro, se vierten dañosamente. Y ahora, porque a los afligidos se les ha de dar consejo y ayuda, vamos a una despensa abundante, que yo tengo aquí un doblón y nos le comeremos de perdices, que ésta no es tarde de estómagos quejosos. Si es hombre desconsiderado, tarde es de no comer sin mucha necesidad, porque está ya empezada la primera semana de Cuaresma, y ese que se ha quejado de la comida, por más que él diga, para sustentarse fue suficiente, si no que los convidados, en no sacando ahíta la estimación propia, piensan que no ven de hambre.

Nada siente un pobre tanto como que le traten como a pobre. El que convida a un pobre y no le tiene veinte veces más comida de la que puede llevar su estómago, le hace

una injuria desintencionada. Los convites no se hacen por susento, sino por especie de sacrificio. En honra del convidado se desperdicia mucha comida. El pobre que no halla esta honra en el convite le tiene por deshonra. Los ricos, que saben la condición humana, hacen mal de convidar a los pobres para mortificarlos, y los pobres hacen harto neciamente en querer que los traten como a ricos. No hay dos cosas tan diferentes en el mundo. Este convidado mal contentadizo dio ocasión al otro para que glosase la comida del extranjero ofensivamente, y luego para que, no habiendo media hora que había comido, volviese a comer, exceso en que no hay salud que no peligre. Para todos estos errores tomaron ocasión del día, y el día no era digno de errores.

Volvamos ahora a los que quedaban jugando al hombre, entretenimiento disputador y pesado: todas las manos se acaban en reprehensiones y advertencias. Los dos que pierden se echan la culpa el uno al otro y ninguno quiere confesar que ha errado. Los mirones los quieren enseñar a todos, y no hay mano en que no haya una escarapela. Éste es juego de entre amigos, y con cualquiera encendimiento se muda el estilo y el tono de la amistad. En acabándose el juego han menester olvidarse todos de lo que han dicho y oído para volver a ser lo que eran. No sé que sea cordura ponerse a descantillar una amistad para tomar luego el trabajo de aderezarla, y raras veces queda tan buena como estaba antes.

Esta es la tarde, que se ha de huir de los entretenimientos, porque siempre son en ella desordenados. Díganlo todos los templos, que por apartar a los fieles de estas locuras los llaman con altares celestialmente fabricados: tan verdaderamente cielos, que está en ellos Cristo Nuestro Señor: las antorchas ardientes están representando a los serafines; las flores, a los bienaventurados; las músicas, las mentales suavidades de la gloria; las fragancias, las amenidades. Los retratos dan la compañía de lo retratado como en el Cielo está quien está en aquel Cielo. ¡Ea discretos, a dejar holguras por esta holgura!

LA MERIENDA

NO infundió el Cielo el halago de los sabores en las cosas de comer por que comiésemos mucho, sino porque comiésemos. Por que conservásemos la vida nos saboreó el alimento: el demasiado mata, luego no le saboreó para demasiado. En muchas cosas usamos mal de los amorosos primores de Dios; en ninguna tantas veces como en la comida, porque ninguna da tantas ocasiones. Muchos vicios hay que dan la ocasión muy de tarde en tarde: algunos, algunas veces. La gula, cada día dos veces por lo menos: a dos comidas estamos obligados cada día, pena de mala vida o pena de muerte. Éstas procuramos que sean deleitosas: el deleite las pide abundantes; el hastío de aquel deleite, otro deleite. Por aquí caemos en la merienda: comida ordinariamente sin necesidad, quedose sin disculpa. La culpa a que se atreve es venenosa por dos partes: por el principio y por el fin. Por el principio topa con la no perficionada digestión de la comida del medio-día; por el fin, con la vecindad de la cena: crudo sobre mal digerido, bien puede ser que no mate, pero no puede ser que no sea milagro. Para que la merienda no sea culpable ha

de ser tan ligera que no sea dañosa: de pocos bocados y buenos se compone. Ahora bien, quiero convidar a quien me lee a merendar una tarde de un día de fiesta. La merienda será de pocos y no dañosos bocados destos avisos sueltos.

1 La prudencia es arte de vivir: quien no tiene prudencia vive sin arte. Lo que se hace sin arte es preciso que se yerre; lo que sin arte se acierta es milagro. Una pared no se puede hacer aún regla; sin prudencia no se puede gobernar una vida. La prudencia tiene dos partes: la una se tiene, la otra se viene. La que se tiene es la razón, la que se viene es la experiencia. Aquélla entra desde luego entendiendo y escogiendo; ésta llega mejorando. Quien quisiere acertar sus acciones siga la razón cuando mozo, la razón y la experiencia cuando viejo: vivirá sin errores en los primeros años, vivirá con primores y destrezas en los postreros.

2 La Fortuna, al que la sigue le lleva, al que se resiste le arrastra. Nadie sigue con tanto trabajo como el que arrastrado sigue. Sus trabajos no se los puede quitar nadie; pero en sus trabajos pueden todos quitarte uno: el de la impaciencia. Éste es el mayor: echando fuera éste, quedan en pocos los trabajos.

3 El amigo se ha de probar antes de la necesidad, porque fuera penosísima cosa hallarse en la necesidad sin amigo. Allí el engaño es muy costoso, y a muy mal tiempo el desengaño: la mayor de las necesidades es la del dinero, y para remediarla es menester amistad muy fina. De la manera que el dinero es la mejor hacienda, es el mejor amigo el que socorre con dinero. De lo muy bueno hay siempre muy poco: muy pocos amigos hay que valgan tanto. Todos son difíciles para socorrer con dinero la necesidad, porque temen caer en la necesidad que socorren. El oro se prueba en la piedra de toque; el amigo en el oro. Quien quisiere saber el amigo que hallará en su necesidad pruebe antes de la necesidad al amigo.

4 Quien no es bueno para su casa no es bueno para nada. La familia es una república pequeña: quien para una república pequeña no es de provecho, ¿cómo lo será para una grande? El que no sabe obligar con las buenas obras halla muy dificultosas las obediencias: la república quejosa obedece de muy mala gana. En la casa mal asistida tiene poca autoridad su dueño; en la república en que no se cuida de las utilidades comunes son casi irremediabiles las culpas. Por que no entre nadie a los oficios públicos sin examen, da Dios a casi todos los que pueden entrar en ellos familia: quien para esta república no tiene gobierno, no hay que esperar que le tenga para la otra. Los que proveen estos oficios, sepan primero cómo lo hacen en sus casas los que en ellos proveen: verán qué pocas veces se engañan.

5 Gran sabiduría es saber sufrir la ajena ignorancia. Quien no sabe que hay ignorantes sabe muy poco; quien lo sabe, no se enoje de encontrarlos, o se pensará que no lo sabe. ¿Habrá quien andando entre espinas se admire de que le piquen algunas? El discreto que anda entre hombres, donde son tantos los necios, no se ha de enfadar de que algunos le enfaden: saber sufrir al que habla sin razón es tener mucha. Muy recio hiere la necedad en el oído discreto, pero con pensar entonces cuán mejorado está en la naturaleza pasará el dolor en silencio y luego le hará gusto el golpe. El que responde una picazón muy aguda al que le dijo una pesadumbre muy necia es más necio que el que dijo la pesadumbre.

6 Los ricos han menester muchas reglas para vivir bien; la pobreza, ella se enseña a sí misma. El rico tiene necesidad de que le digan que no coma mucho, para comer poco; el pobre, para comer poco no ha menester más de no tener mucho. El rico ha menester que le digan que no se ponga galas de mucha costa; el pobre, para no ponerse galas no ha menester más que no tenerlas. El rico, para no ser soberbio ha menester que le persuadan a que las riquezas son un poco de aire; el pobre, para ser humilde no ha menester más que ser pobre. El rico, para no ser vengativo tiene necesidad de muy buenos consejos: el pobre, para no tener venganza no ha menester más que el desamparo de la Fortuna. Todos deben estimar en mucho la pobreza, pues es con ella tan fácil ser buenos todos.

7 El pobre a quien la Fortuna obliga a que sirva, para agradar al amo que no tiene ha de agradar al que tiene. El pobre que toda su vida ha de servir ha de procurar tener a quien servir toda su vida. Con servir bien a uno tiene prevenidos muchos a quien servir: si se sabe, le apetecen muchos; si no se sabe, él se dispone para agradar a muchos. Con rendirse a uno queda rendido para todos. Ya tiene hecha la costa de esclavo: lo que no hace costa se hace fácilmente. Con callar con un amo, sabe que lo ha de saber todo un criado, si no es hablar. Los poderosos se sirven de los criados como de unos brutos. Ninguno hubiera que se sirviera de bruto que hablara; ninguno se sirve de buena gana de criado que no es mudo. El que habla quiere dar a entender ciencia. Los amos quieren obediencia. Como le quieren menor en la fortuna le quieren menor en las habilidades. El que se halla más que ellos, juzgan que juzga que le debían servir ellos: por esto aborrecen criado que hable muy en razón. Pobre que has de vivir de servir: desposéete del entendimiento con uno, serás bruto codiciado de muchos.⁴⁰

8 La necesidad es discordia doméstica. Las mujeres no piensan que hay suerte. Aunque reviente un hombre, si no trae dinero piensan que se anda holgando, y como juzgan que tienen razón riñen con grande fuerza. El hombre, que vive⁴¹ desesperado con la mala fortuna, como ve la sinrazón se embravece con extremo. De aquí resulta una guerra incesable. El hombre que tiene mujer y poca dicha, sepa que la peor parte⁴² de su poca dicha es tener mujer. Conozca qué le fatiga, como ignorante, y súfrala como cuerdo.

9 La Poesía es inútil: nadie tiene necesidad della. Con esto, todo poeta tiene necesidad de todos. En la pobreza suma sólo hay un alivio: el ocio. Ni aun este alivio tiene el que entiende en hacer versos: hecho pedazos estás, y sin tener que llegar a la boca. Sólo él en el mundo ha menester trabajar para ser pobre. La poesía teatral, la cómica, tiene algún aprovechamientillo, pero lleno de sustos y dolores. Por dos mil peñas camina la comedia hasta llegar al teatro, y allí se la entregan al pueblo para que la sentencie. Juez bárbaro, ordinariamente condena lo inculpable. Habrá estado haciendo milagros una comedia llena de buen ejemplo, de buena enseñanza, sin indecencia, sin delito, y porque en tantito no dio gusto muera: la matan a silbos.

10 Los príncipes soberanos no pueden hacer que los monos sean leones: pueden mandar que llamen leones a los monos. De los hombres incapaces no pueden

40.– Este apartado no se incluyó en las eds. de 1667 y 1672.

41.– Eds. consultadas: 'viene'

42.– 1667: 'paree'; 1672, 1704: 'pared'

hacer ministros: sólo les pueden poner el nombre de la dignidad y de mandar que nadie se le quite. Estos hombres en los oficios públicos, harán sus monerías, harán como que hacen; pero no harán cosa de provecho: todo será o cosa de risa o cosa de llanto. Los errores de éstos corren por cuenta de los que les dan los oficios, porque no miraron a quién se los daban. Terrible cosa es que por no huir de un error haya quien tome sobre sí tantos errores.

11 Más parientes son los buenos de los buenos que los de un linaje unos de otros: el parentesco de éstos está en la sangre, el de aquéllos está en el alma; la semejanza en las virtudes los hace parientes. El parentesco de la sangre es de tierra; el de las virtudes es de Cielo: de mejor naturaleza es éste que el otro. En el parentesco de los cuerpos puede haber engaño; en el de las almas no puede haberle. En el amor del virtuoso al virtuoso no puede haber duda; en el amor de el pariente al pariente nunca hay certeza. Procuren todos ser virtuosos: se harán un segundo mejor linaje y se asegurarán los patrocínios.

12 El mejor ardid de aumentar la hacienda es acortar el gasto: A mucho gasto no hay mucha hacienda. No hay hombre rico con mal gobierno: con buen gobierno no hay quien sea pobre. La mejor renta es la moderación: quien vive hoy como quiere, mañana vive como puede. A nadie le ha durado mucho el ser perdido: los que gastan con templanza tienen siempre qué gastar; el que se mide con lo que tiene vive descansado; el que gasta menos de lo que tiene vive sobrado; el que gasta más de lo que alcanza vive un día rico y muchos mendigo.

13 La virtud mejor se aprende obrando que leyendo; mejor con la voluntad que con el entendimiento, mejor sabe hoy ser caritativo el que ayer lo fue una vez que el que ayer leyó cuatro veces cómo había de serlo y no lo fue ninguna. El acto de virtud de hoy es el mejor maestro que puede tener el de mañana. La virtud es la mejor luz de sí misma. Cuanto hay escrito de virtudes, no enseña tanto de ellas como algún ejercicio. Para obrar muy bien, obrar bien. Hacer algo es mejor disposición para hacer mucho, que leer mucho para hacer algo.

14 Las más de las dichas se habían de recibir con llanto, por los peligros en que ponen. Quien teme ser soberbio temerá ser rico, porque es raro el rico que no es soberbio. Quien teme a su codicia temerá los oficios públicos, porque, las más veces, en poniendo las manos en los brazos de la silla de la dignidad se desatinan por oro las manos. El que teme la sensualidad temerá la herencia, porque el gusto repentino y el dinero son alas hacia en casa de la mujer perdida. Los que temen los vicios recibirán con llanto las felicidades; los que no los temen las habían de recibir con más llanto, porque están más dispuestos a perecer en el peligro.

15 La mujer propia, ni por fea es segura ni por hermosa peligrosa. No hay fea a quien le falte alguna gracia: por lo menos tiene la gracia de nueva. Puede rogar si no fuere rogada, y éste es el ruego que menos veces sale vano: para las feas hay pobres, hay gustos de mala elección y viciosos desdichados a quien les da lo peor el vicio. Contra las persecuciones de la hermosura hay buen natural y la ayuda del Cielo. De las mujeres, la virtuosa es la segura: el que la quisiera tener segura busque la virtuosa.

16 De los pobres, el más desdichado es el pobre de virtudes. El que no tiene hacienda no es muy pobre, el que no tiene virtudes es pobrísimo. Al que le falta lo necesario le puede remediar otro pobre; al que le falta la virtud, sólo Dios puede remediarle, y Éste está enojado. El necesitado, aun estando durmiendo puede ser socorrido: sin que él lo desee, le puede otro hombre dejar a su lado el sustento; al pecador, sin que él haga nada de su parte no le hará Dios el socorro de la gracia. Al pobre le falta la comida y el vestido; la caridad al malo: mucho va de una necesidad a otra. Al pobre se le afea, se le enflaquece y se le debilita el cuerpo; al malo se le debilita, se le enflaquece y se le afea el alma. El pobre navega a la orilla del Cielo; el malo, en el golfo. El que tiene el remedio más lejos es el pobre más desdichado.

17 Los muy dichosos, por la mayor parte nunca viven mucho. No sé cómo son malos los dichosos: a precio de la vida suelen dar las felicidades: más de lo que valen cuestan. Por sola la vida son caras; por la vida y el alma serían carísimas. Enfermedades de muerte suelen ser las dichas: muy loco es quien empeora las costumbres cuando se está muriendo.

18 Vergüenza es de los buenos que al bueno le falte lo necesario. ¿Con qué cara pasa el noble rico por junto al noble necesitado sin socorrerle? ¿Con qué corazón guarda lo que le sobra sin remediarlo lo que le falta? Mucho derecho tiene a la hacienda del noble el noble sin hacienda; y tanto derecho, que al noble que le niega lo que le toca le tiene condenado la Naturaleza a vergüenza pública. La semejanza es causa de amor: quien no socorre no ama; quien no ama parece diferente: no parece noble quien al noble no ayuda. La misma razón corre del honrado al honrado. Los virtuosos solos nunca faltan en esto, porque el que falta deja de ser virtuoso; ya no está en el número, ya es de otra especie.

19 A los enemigos se les ha de curar el odio, no vengarle. Con dejar de hacer un hombre aquello por que otro le quiere mal no le querrá mal el otro. Al enemigo no se le ha de sacar el corazón, sino del corazón la enemistad. Nadie hay tan vengativo que no se huelgue de que le quiten las razones para la venganza. Con las buenas obras se quitan estas razones; con las buenas razones empiezan a quitarse. Lo malo que se hizo, con lo bueno que se hace se deshace. El que injuria al que le aborrece hace más enemigo; el que le desenoja queda sin enemigo y hace un amigo.

20 Hasta conocerlos, se ha de desconfiar de todos. El hombre es animal de muchos escondrijos: todos quieren parecer lo que no son o más de lo que son. El tramposo quiere parecer puntual, y el puntual más puntual. El mezquino quiere parecer despejado, y el esparcido más esparcido. El que ha menester al puntual no se fíe presto del que lo parece ni fíe mucho del que lo parece mucho: estúdielos primero, y con eso no los errará. En cada hombre hay dos: uno fuera y otro dentro; el de adentro no se parece más al de afuera que al cuerpo el alma. El exterior es muy compuesto y aliñado; el interior suele tener mil defectos; el uno engaña y el otro daña. Hasta conocerle el hombre interior no se puede fiar de ningún hombre.

21 El cobarde nunca piensa que ha de vencer aunque contienda con otro cobarde: siempre promete lo peor el miedo. Por no atreverse a lidiar con los vicios, son muchos los viciosos. ¡Qué cobardes son, pues temen al cobarde! No hay vitoria tan cierta:

no hace de costa más que querer. ¿Qué dificultad tiene ser humilde habiendo tantas razones para no ser soberbio? Para matar al hijo de la Tierra le levantó Hércules en el aire: si hubiera tenido cuidado de estar a la tierra asido matara él a Hércules. Si el hijo de la tierra, el hombre, cuando ve que la vanidad le quiere levantar en el aire se pegara con la consideración a la tierra, tomara fuerzas para destruir cien vanidades. No hay vicio valiente: con tirarle un puño de tierra se vence este vicio. ¿Qué fuerza tiene la avaricia? De cuitada, no se atreve a gastar; de medrosa, no se atreve a pasar sin los bienes ajenos. ¿Qué dificultad tendrá vencer a un vicio medroso y cuitado? La sensualidad, que parece el vicio más terrible, tiene el valor de una mujer: muy para poco tiene el ánimo quien no sabe triunfar de vicio tan sin fuerza. De cobardes, no se atreven los más a los vicios que son más cobardes. De los esforzados es el Cielo.

22 No hay cosa para el entendimiento humano tan dificultosa como gobernar hombres: no se puede hacer sin grande entendimiento. Siendo facultad tan superior, no hay ignorante que no se atreva a censurar el gobierno: desto resulta que de todos los gobiernos se hable mal, porque los juzga quien no los entiende. ¡Con qué resolución en un corrillo cuatro bachilleres declaran de repente por error lo que estuvieron estudiando, pensando y meditando muchas horas, muchos días y muchas noches algunos hombres de muchas letras, de mucha capacidad y de muy buen celo! Los que oyeren de algún gobierno hablar mal, sepan que los más de los que hablan mal dél no entienden de gobierno.

23 La cosa más alabada del mundo es la pobreza, y la más aborrecida: cuantos la alaban tiemblan della; mil leguas de ella quisieran estar los que la aplauden. O la alabanza es falsa o el aborrecimiento es injusto. Que la alabanza es verdadera no tiene duda, porque de la manera que por el remedio se conoce la ciencia del médico se conoce muchas veces la misericordiosa providencia de Dios por las necesidades que envía: en esto se ve cuán injusto es el aborrecimiento. Estar mal con las necesidades es aborrecer el remedio de las culpas.

24 El que quiere no ser despreciado ha ga cosas por que le estimen: pretender honra sin mérito es vivísima diligencia para la deshonor. El que pide el respeto que no se le debe pone a los otros en necesidad de dar la razón por que no le dan lo que pide. De los premios humanos, el que no les puede faltar a las virtudes es la estimación: puede no llegárseles la comodidad, pero no puede huírseles el aprecio; deuda tan fácil de pagar como la veneración nadie se la regatea a la virtud. Para tratar sin reverencia al Cielo es menester ser blasfemo o sacrílego. Para tratar sin reverencia a las virtudes, que son doctrina del Cielo, son menester dos culpas graves y extraordinarias. La estimación se viene naturalmente a las virtudes.

25 A las mujeres no se les ha de creer nada o errará innumerables veces el hombre que las creyere. Engañanse fácilmente y engañan naturalmente: por cualquiera destas dos causas están siempre engañando. Jamás tienen la credulidad cerrada: cuantas cosas oyen las abrazan como verdad, las afirman como si lo fueran. En ningún corazón hacen tanta presa las pasiones como en el suyo: casi siempre hablan con pasión. La verdad y las pasiones no tienen comercio. Cuando hablan sin credulidad y sin pasión, hablan con su propensión. La cosa de que menos ha de usar la prudencia es de la lengua de las mujeres.

26 Tener muchos criados no es más que ser criado de muchos. Mayor desdicha es la vanidad que la pobreza, porque el vano tiene necesidad de servir a muchos; el pobre, de servir a uno; con un criado no está el vano lucido; con un amo está el pebre socorrido. No manda el vano tantas veces cada día a un criado como los menesteres de el criado le mandan a él. A él le acompaña el criado tres o cuatro horas; el cuidado de sustentar y vestir al criado le acompaña de día y de noche. Al que tiene muchos criados, cada criado le sirve poco y el cuidado de sustentarlos le hace a él estarlos sirviendo a todas horas. Mejor fortuna es ser pobre para servir a uno que ser rico para servir a muchos.

27 Lo que se siembra se coge: quien siembra agravios no coge agradecimientos; quien siembra beneficios coge premios. Si la tierra en que se siembran es ingrata, se coge, lo primero, el gusto de verse mejor tierra; luego, la complacencia de acreedor que no pide; después, la grande paga de que toma en sí las deudas de los desagradecidos. El que siembra crueldades coge aborrecimientos: nunca ha dado el Cielo trigo por cebada. La tierra nunca se olvida de lo que en ella echaron; el Cielo se acuerda de lo que echaron en la tierra. Ella en su ocasión da el fruto; Él en su ocasión da el castigo. La semilla se corrompe, pero vuelve su semejante. La miseria que el tiempo destruye produce a largo tiempo injuria. Sembremos buenos hechos: cogeremos felicidades.

28 El temor de la muerte no ha de ser hacia la vida, sino hacia la otra vida. Sin el desprecio de la muerte temporal no se puede hacer cosa grande; sin el temor de la muerte eterna no se hará cosa justa. El Cielo es de los valientes contra su vida, de los cobardes por su alma, del que se atreve a desbaratar la salud a penitencias, de el que no se atreve a dar un disgusto a Dios. Ambas son valentías, y mayor la que no lo parece. El temor de Dios es la mayor valentía: con él se traba batalla con todo el Infierno. Miedo tan animoso es la mayor gallardía. Con el miedo de Dios y el desprecio de sí mismo hará el hombre cosas tan grandes que valgan todo el Cielo.

29 No hay cosa más desairada que la severidad fingida. Entereza que no es natural causa siempre desprecio. En el que vimos más veces apacible que grave, parece máscara la gravedad. Pocos embozos hay que no sean ridículos. El enmascarado se avergüenza de que lo conozcan. No está satisfecho del peso de su agrado el que le disfraza. Disfraces que engañan mal provocan a risa. Los naturales festivos, con la severidad y las obras se hacen respetables; con el silencio forcejado de los ojos se hacen despreciables. Dar peso al agrado natural hace reverencia y amor. Fingir la severidad hace odio y risa. La severidad se encamina al temor: quien la finge no es temido porque la finge. Esconder el agrado es no querer ser querido. Sin temor y sin respeto se queda quien finge la severidad.

30 Nadie quiere que le acuerden sus errores. Todos deben de ser soberbios: porque quedan en menos temen su memoria. Los soberbios, de puro soberbios son humildes. Por borrar de la memoria de los hombres sus tachas son esclavos de los hombres: a todos agasajan, a todos lisonjean: si le vieran sin defecto descubrieran el defecto grande de su vanidad. Al discreto le ha de pesar de haber errado y se ha de holgar de que se lo acuerden: la vergüenza de aquella memoria le quitará los vicios; el encogimiento le hará humildad, que es la entrada de todas las virtudes. El ramo más cargado de fruta es el que más se rinde, pero él más bien visto de los ojos humanos. El hombre más cargado de virtudes es

el que más se inclina a la tierra, pero el más exaltado en el respecto de todos. Si se pudiera apeteer la estimación sin vicio, era la virtud el camino más derecho para conseguirla. Vese claramente en que con virtudes falsas se adquiere estimación perecedera, porque lo fingido no es durable. Al que huyere de la estimación, le seguirá ella y le alcanzará:

31 Las muchas noticias, o adornan mucho al que las tiene o le desadornan mucho. Al que las maneja con discreción y destreza le son gala hermosísima. El que sin ocasión las derrama, las derrama y se desluce. Si al que tiene un vaso de aromas en la mano se le vierte, se mancha; si las reparte en vasos que las desean, le veneran todos. Estar siempre vertiendo ciencia es ser enfadoso siempre; desatarla cuando la ocasión lo pide causa veneraciones de divino. El que canta cuando no es menester, por bien que cante, ofende. Lo que granjea es que le tengan por tonto. Lo mismo le sucede al que sin ocasión muestra su ciencia. La discreción es habilidad que nunca enfada y que siempre honra.

32 Al delito dichoso le mira el mundo con reverencia de virtud: culpa con premio toma el traje del mérito y se desmiente de culpa. En el que enriqueció a robar parece la riqueza paga justa de diligencia grande. Como no le ven ahorcado le veneran como a virtuoso. La riqueza amedrenta las malicias: los más piensan que el rico les ve los pensamientos y no se atreven a pensar mal dél. Fue culpa dichosa: no la buscó el castigo y trátanla como a desvelo generoso. Sale al campo desafiado un hombre y mata a su contrario: a la vuelta nadie le mira como a homicida, sino como a honrado. Los más piensan que tuvo para aquella acción la virtud de la fortaleza, y no tuvo sino el vicio de la pusilanimidad. No pudo sufrir el enojo: si desafió, si salió desafiado, no pudo acabar consigo el padecer el dolor de la desestimación de que no salía, y fue a cometer un delito. La fortaleza era, por no ofender a Dios, sufrir el enojo y la infamia. Sin la honra de Dios no hay honra alguna. Quien no obedece a Dios no le honra: más caso parece que hace de sí, que de Dios. Estiman los hombres al matador por de corazón grande: es delito dichoso, tomó apariencia de virtud. Grande mal ha hecho en el mundo este engaño con el ejemplo.

33 El hombre que hizo una vez por que le castigasen volverá a hacer por que le castiguen. El castigo suele enmendar a los muchachos, porque es edad que admite mudanzas; pero ¿cuál es el hombre que se amedrenta con un castigo? Más fácil está el malo a los golpes de la pena segunda que a los avisos de la primera. Raro es el que escarmienta en sí mismo; en cabeza ajena suelen escarmentar algunos. El que pasó por un castigo desprecia los que han de venir. Nadie dé crédito a la enmienda del castigo, que si no le asiste Dios, las más veces es mentirosa.

*Todo cuanto aquí va escrito lo sujeto a la enmienda de la
Santa Madre Iglesia.*